









La treaumont = 396 pag

Et Coronel de Surville = 164 = pag



# LA TREAUMONT.

HISTORIA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.



JOSÉ VAZQUEZ-YLL  
SABATER  
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,  
Libreros de la Universidad y del Instituto.

---

1881.





# LATREAUMONT.

HISTORIA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

---

## PREFACIO.

---

Un gigante, espadachin, especie de bufon cruel, monstruosidad moral y física; uno de los mas seductores y mas altos personajes de la corte de Luis XIV; un pobre y austero viejo, holandés, filósofo eminente, gran talento político y de mucha fama; una jóven de la primera nobleza que llevaba su abnegacion hasta el heroismo; otra jóven rica, estremadamente hermosa, noble tambien y que lleva del mismo modo al heroismo la fé sagrada del pensamiento; por último, un gracioso

timido y sensible adolescente; tales son los principales actores del drama que vamos á referir.

El autor de este libro ha obedecido á todas las exigencias de este rasgo enteramente histórico con la mas escrupulosa abnegacion en lo relativo á la invencion. Pero de este proceder, y de la naturaleza misma del objeto debia nacer una grave imperfeccion al combinar artisticamente esta obra; el que escribe estas lineas es el primero en advertirlo. Por una rara casualidad estos seis personajes, de naturaleza, estado y paises diferentes, aunque marchando todos á un mismo fin, guiados por lo tanto por intereses y pasiones estremadamente opuestas, eran estraños los unos á los otros; y tres de ellos se vieron por primera vez al verificarse el desenlace de esta aventura á la que habian concurrido á la vez. Pero para abandonarse ciegamente á las mil raras fantasias de esta realidad tan variada en los incidentes; para poner en relieve cada una de estas fisonomias serias, afectuosas, serenas ó feroces (desconocidas hasta ahora por un increíble desden de la historia); para manifestarlas por completo y acordes con todas sus adherencias rodeadas sencillamente, por decirlo asi, de sus accesorios de familia ó de posicion, ha sido preciso consagrar á la pintura curiosa y estudiada de estas figuras y contrastes de todo género, una série de cuadros aislados al parecer, pero unidos entre sí por el pensamiento, ó mas bien por la invencible voluntad de Latreaumont, cuya fuerza moral domina poderosamente la accion, como su fuerza fisica domina á los actores.

De aquí proviene la estremada abundancia, ó mas bien el abuso de las perspectivas variadas hasta el infinito que se puede justamente reprender en esta vigorosa reproduccion de hechos reales y completos. Pero al terminar la lectura de esta obra, tal vez se convencerá el lector que era imposible presentarla de otro modo, sobre todo si se queria hacer entrever



---

# PARTE PRIMERA.

---

EL HOTEL DE LAS MUSAS.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

**Maese Afinio Van-den-Enden:**

*Chi troppo l'assotiglia, si scavezza.*

PETRARCA, cant. XI, v. 48.

En 1669 se veía en Amsterdam una plaza larga y estrecha, á cuyos lados habia dos calles de tilos; á cada costado de esta plaza llamada Burgwal, se estendia una hilera de edificios pintados de diversos colores segun la moda de aquel tiempo. Cada una de estas casas tenia un escalon de piedra esmeradamente conservado, y su puerta de encina con grandes clavos de cobre, brillantes como el oro, merced al extraordinario aseo de los flamencos,

A la mitad y á la izquierda de Burgwal, no lejos de la antigua sinagoga portuguesa, se advertia una casa mucho mayor que las otras, pero que se distinguia completamente de las demás habitaciones del cuartel por una ancha y pesada muestra negra colocada sobre la puerta, y en la que se leia la siguiente inscripcion grabada con letras de oro: «Hotel de las Musas, Escuela de filosofia, teologia y medicina de maese Affinius Van-den-Enden.»

A principios de enero de 1669, la nieve que caia en abundancia cubria con una blanca sábana las calles y las casas de Amsterdam.

Serian las cuatro de la mañana, y los viejos tilos de Burgwal, agitados por la brisa helada del Norte, doblaban sus secas y ennegrecidas ramas, y turbaban con su monótono ruido el triste silencio que reinaba en aquella parte de la ciudad.

En medio de la tenebrosa oscuridad de la noche se distinguia una luz á través de los vidrios pintados de una ventana ojiva en el pátio de la escuela de maese Van-den-Enden; porque este sábio, sumido en las profundidades de la ciencia, ó arrebatado por la irresistible fantasia de la imaginacion, pasaba las horas sin sentir, y mas de una vez la luz del alba hizo palidecer la lámpara que alumbraba sus veladas.

Aquella noche habia examinado un manuscrito que tenia delante, obra inédita de uno de sus mas predilectos discípulos; y aunque se acercaba el dia, estaba absorto en sus reflexiones, con la vista fija maquinalmente en las cenizas de la chimenea apagada ya hacia tiempo.

Aunque sencillamente amueblado el gabinete donde entonces se hallaba el doctor, tenia un severo é imponente aspecto; todo invitaba al recogimiento y al estudio; añadiéndose á esto que la habitacion estaba débilmente iluminada por la pálida y vacilante luz de una lámpara que con su agitacion hacia grandes

sombras. Las paredes estaban cubiertas con una fuerte sarga verde de Brabante: en un lado se veían recipientes y alambiques sobre sus hornillos; en otro un pesado crisol ó el cobre relumbrante de instrumentos de física y astronomía, en tanto que una cortina encarnada, medio corrida, dejaba ver el blanco osamento de un esqueleto humano colocado en el fondo de un nicho oscuro practicado en la pared. Sencillos estantes de encina pintados de negro ocupaban todo un lienzo de la habitación; enfrente se veían dos cuadros groseramente pintados, representando gigantescos y horribles animales fabulosos como las creencias populares, y aun algunas personas ilustradas los admitían entonces; y también estaban colgados muchos útiles de caza y pesca de varios pueblos de la India. Para completar el extraño y casi cabalístico aspecto de esta silenciosa morada, á la menor corriente de aire se movían largos reptiles empajados que estaban suspendidos del techo.

No debemos olvidar un objeto tal vez menos científico, pero muy digno de llamar la atención, no solo por ser de un trabajo notable, sino también porque era un recuerdo; era nada menos que un tablero de damas lleno de embutidos, regalado al filósofo por uno de sus admiradores, el gran pensionista de Holanda, Juan Wit, que le había enviado como muestra de afecto; por último, en el lienzo de enfrente del gabinete opuesto á la ventana se abría una puerta que daba á la sala de la escuela, á la que se bajaba por cuatro escalones. Cerca de la chimenea se hallaba maese Van-den-Enden sentado en un sillón de cuero de Córdoba, teniendo delante de sí una larga mesa en la que se veían abiertos ó cerrados, pero en el mayor desorden, gruesos volúmenes en folio, latinos, griegos ó hebreos, porque el doctor poseía perfectamente estos idiomas. La brisa del Norte mugía sordamente, y la lámpara de cobre de tres mecheros colocada sobre la

mesa parecia que rodeaba al filósofo de una aureola luminosa, al paso que alumbraba el resto del gabinete con una luz vacilante y dudosa.

Este hombre, de corta estatura y débil, tenia una bata de camelote negro, y el gorro de terciopelo del mismo color que cubria su cabeza dejaba escapar algunos cabellos grises, porque Van-den-Enden tenia cerca de sesenta y ocho años. El carácter dominante de su fisonomía grave y seria parecia ser la calma tenaz de la resolucion, en tanto que sus ojos azules, vivos y animados, que brillaban bajo espesas cejas blancas, su elevada frente ancha y atrevida, decian que toda la vida de este anciano estaba concentrada en el cerebro, y que la ardiente energia que se cobijaba bajo tan ruin cerebro no tenia otra salida que aquella resplandeciente mirada de valor y serenidad. Pero si en este filósofo el ángulo de la mandíbula inferior, saliente y vigorosamente pronunciada, revelaba segun los fisonomismas una indomable fuerza de voluntad, muchas veces una melancólica sonrisa de resignacion y desden daba á sus facciones una indecible espresion de tristeza, ó hacia traicion al desprecio invencible que tenia para ciertos hombres y para ciertas cosas: por último, el color de su rostro y las arrugas que le surcaban hacian conocer bastante la fatal reaccion de las veladas, de los disgustos, de las decepciones y de los sufrimientos físicos, y tambien de la fiebre devoradora del saber que mina y mata lentamente. En efecto, ciencias exactas y físicas, filosofia, politica, legislacion, teologia, artes y poesia... este hombre lo habia abrazado todo, y todo lo habia comprendido. Acogido bajo el árbol de la ciencia, al recibir este alimento eterno de la inteligencia humana, habia experimentado de todo; la amargura de sus profundas raíces, el perfume de sus florecencias embalsamadas, y el fuerte sabor de sus frutos. Su existencia habia pasado en satisfacer esa irresistible necesidad de saber y de ver-

dad, siempre insaciable en los ánimos elevados, lo mismo que en la condicion material el apetito físico no se satisface mas que para renacer de nuevo.

Nacido en Amberes en 1601, y viviendo en Amsterdam desde veinte años, cuando volvió á establecerse definitivamente á esta ciudad, envolvía el mas profundo misterio su vida pasada. Solo se sabia que despues de haber estudiado mucho tiempo con los jesuitas del Haya, recibió las primeras órdenes; pero un dia abandonó la carrera eclesiastica para unirse á una pobre huérfana con la que tuvo dos hijas, y que murió poco tiempo despues; habiéndose casado poco tiempo despues, tuvo otras dos hijas de su segunda mujer Catalina Audeam. Esta especie de perjurio á sus primeros votos, el retiro profundo en que vivia, su aspecto grave y triste, sus raros conocimientos médicos y anatómicos, el conocimiento de los idiomas, los resultados verdaderamente prodigiosos en la cura de muchas enfermedades, y sobre todo la curiosidad incesante con que se ocupaba de esperiencias y trabajos químicos; por último, aquella vida misteriosamente ocupada de las cosas ocultas, que sin duda hubiera sido causa de que le hubieran quemado como hechicero en otro pais menos libre que la república de las Siete provincias unidas, le habia granjeado en Amsterdam la reputacion de sabiduría que le atrajo multitud de discípulos. «Este sábio, dicen sus contemporáneos, enseñaba los idiomas con una facilidad increíble, gracias á un método que le era enteramente peculiar.» El hecho es, que la afluencia de discípulos fué sumamente grande durante muchos años, y el famoso Spinoza vino á su casa á aprender los primeros rudimentos del griego y el latin.

Con una vida austera y retirada, teniendo pocas necesidades que satisfacer, destinaba el escedente de un modesto gasto a consolar algunas miserias oscuras, en procurar á los pobres los medicamentos que les

mandaba como médico, porque como hemos dicho sobresalía en esta profesion, ó en facilitar á estudiantes desgraciados, como hizo con Spinosa, los medios de abordar la ciencia, asegurándoles por algun tiempo una existencia independiente. Pero este hombre que se mostraba tan conciliador ó tan indiferente en las cuestiones religiosas, y tan superior á las cosas materiales de la vida, parecia que reservaba todo el poder de su voluntad, toda la fuerza de su espíritu, toda la tenaz resolucion de su carácter, para hacer que á toda costa triunfase su fé política. En una palabra, el pensamiento que incesantemente le asediaba era el establecimiento de una sociedad libre, cuyos estatutos habia formado, y que debia hacer tanto lugar á la democracia, que el gobierno republicano de las Siete provincias unidas, de que era ciudadano, debia aparecer aristocrático.

Loco ó sábio, tal era el fin único hácia el que marchaba Van-den-Enden hacia muchos años con singular pertinacia.

Asi es, que al abrir una escuela pública, sobre todo, habia pensado en la propagacion de sus doctrinas, y la enseñanza de las lenguas muertas le servia de pretesto para la enseñanza política. Por esta razon, esta escuela abierta á todos, atraia muchos viajeros deseosos de oír esplicar tan públicamente principios democráticos, tan hostiles á los gobiernos monárquicos de aquel tiempo y tan condenados por ellos. Entonces, sobre todo, el filósofo estaba mas elocuente que nunca, esperando hacer germinar en el ánimo de aquellos extranjeros valerosos instintos de libertad que podrian fecundar los acontecimientos, y que tal vez algun dia podrian dar nobles frutos. En una palabra, si este doctor habia consagrado su vida entera á la felicidad de los hombres, no habia trabajado con menos ardor por el triunfo de su libertad sin distincion de pais.

Desgraciadamente, como todas las cosas llevadas al extremo, la realizacion de las teorías de Van-den-Enden era irrealizable. Era uno de esos sueños magníficos, una de esas utopías espléndidas, producto del delirio de una imaginacion ardiente y generosa; era el grito desgarrador de una alma noble, grande y desolada, que pide á la especulacion lo que siempre la rehusa. Por lo tanto este filósofo se obstinaba en correr tras de una idealidad.

Como él era de una estremada severidad de costumbres, de una inagotable caridad, y de una rara y sólida virtud, en su plan de regeneracion social no habia contado con todo lo malo, injusto, sórdido y egoista que hay por aquí abajo; de manera, que ángeles que se hubieran encargado de realizar esta combinacion, se hubieran visto mas apurados. Por desgracia se aumentaba mas y mas la ilusion de Van-den-Enden al ver la eléctrica y poderosa simpatía que suscitaban en su auditorio sus admirables utopías; porque los hombres honrados, así como los perversos, se conmueven profundamente con las maravillas de todo sentimiento grandioso.

Mas aunque la multitud aplaudia con frenesí las generosas idealidades del filósofo, no hay que pensar, como lo creia aquel sábio, que sus oyentes harian inmediata aplicacion de las teorías como consecuencia natural del entusiasmo que sentian. Es preciso considerar que la vida humana no es mas que una larga sucesion de aceptaciones sublimes y caídas degradantes.

Por último, como no hay ningun carácter que no tenga su punto vulnerable, y como de hecho las mas bellas organizaciones se *humanizan*, por decirlo así, con una miseria, Van-den-Enden, ese tesoro de sabiduría, aquel talento privilegiado, aquel sábio austero y piadoso, experimentaba una ciega debilidad, una notable inconsecuencia y una ambicion casi feroz cuando

se trataba de la aplicacion de su plan favorito. Para conseguir que se realizara esta quimera, hubiera sacrificado (como lo hizo) su familia, su fortuna, su porvenir, su vida.

En una palabra, desde que se conmovía aquella fibra irritable la razon del filósofo, hasta entonces radiante y serena, se oscurecia de pronto y venian á sorprenderla impunemente los proyectos mas insensatos, las mas vanas esperanzas.

Ya que hemos hecho un análisis, aunque imperfecto, de Van-den-Enden, pero que puede conocerse algun tanto, continuaremos nuestra relacion. Cuando la triste luz de una mañana nebulosa de invierno apareció á través de los cristales, cediendo á su pesar Van den-Enden á la fatiga de tan larga velada, se durmió tranquilamente en un sillón con la mano puesta en el manuscrito.

Era preciso que el sueño del anciano fuera bien profundo, para no despertarse al ruido de una puerta bruscamente abierta, y que no oyera la violenta exclamacion de sorpresa y cólera de Catalina al ver que su marido habia burlado otra vez su vigilancia.

La señora Catalina seria de unos cincuenta años, vestida de negro segun la moda flamenca: un estrecho gorro blanco y una ancha gola almilonada rodeaban aquel rostro enjuto, duro y pálido, digno del pincel de Holbein, y en el que se leia el hábito de la dominacion doméstica.

En efecto, Van-den-Enden, siempre absorto por la ciencia y el estudio, habia abandonado á su mujer el gobierno interior de casa y aun de su persona en el órden material de la vida, reservándose, segun decia, la libertad de sus pensamientos, que felizmente se libraban de la inquisicion de la señora Catalina.

Viendo dormido á su marido, despues de haber levantado las manos al cielo con aire de indignacion,

se acercó al sitial; despues, tirando de una manga al sábio le despertó:

—¿Quieres decirme, exclamó con una espantosa volubilidad, quieres decirme cómo te has compuesto para escaparte de la habitacion en que te dejé encerrado despues de comer? ¿Qué caso haces de mis consejos! ¿No te avergüenzas á tu edad de escaparte así y pasar las noches en claro? ¡y todo para qué! Para venir á escondidas como un criminal á engolfarte con esos librotos al lado de la chimenea apagada. ¡Buena salud tienes tú para esas valentías! No hay duda, que sin dormir en una noche de enero y con tanto frio te curarás al momento de la ciática.

—¿Dormia tambien! exclamó el sábio con una indecible espresion de sentimiento.

—¡Muy bien! ¡no dejarias de dormir á gusto en un sillón! Ahora te iras á charlar á la clase, y cuando nos pongamos á comer, la funcion de todos los dias: Catalina, estoy malo; Catalina, me quema el pecho; Catalina, no tengo apétito; y pedirás una taza de caldo en vez de tomar medio capon ó un trozo de vaca asada y rociada con una pinta de cerveza ó vino de Canarias; así como debe hacer todo buen cristiano para conservar en sí las obras de Dios. Pero no tengas cuidado, que yo lo arreglaré, y que os han de admirar en Amsterdam. Que no han de decir mas que esas magnificas palabras: Es el famoso doctor, el gran filósofo... vos gran filósofo!... ¡Ah! ¡Dios mio! Si os conociesen como yo te conozco, pobre Afinio!.. dijo la señora Catalina con aire compasivo y de superioridad.

Esta exclamacion hizo sonreir al sábio, que contestó á su mujer:

—Tranquilízate, Catalina, que ya trataré hoy á la hora de comer de reconquistar tu afecto, aunque no sea mas que para predicar el ejemplo, porque tendremos un convidado.

—¡Un convidado! Supongo que no será vuestro gigante, ese gloton de coronel que me habeis dicho que habia marchado al Haya hace unos quince dias, pero que podria muy bien estar de vuelta, si es que no le han ahorcado en el camino en atencion á sus méritos.

—¿Quién? ¿Latreumont?

—¿Y quién otro ha de ser sino ese renegado, primo de Satanás, tragon, que es capaz de dar fin en un mes con las provisiones que una buena ama de casa reúne para un año? No sé por qué aborrezco á ese hombre. ¿Y de dónde viene? ¿á dónde vá? ¿quién es? ¿por qué se halla en Holanda? ¿qué ha ido á buscar al Haya? Nadie lo sabe, y creo que tú tambien lo ignoras. Ya te he dicho, Afinio, que corren los rumores mas siniestros acerca de ese extranjero.

Van-den-Enden dejó pasar ese torrente de preguntas, y dijo:

—Cálmate, Catalina, cálmate: el coronel no tomará parte en nuestra comida.

—¿Partè, parte? di que el coronel no se comerá nuestra comida, dijo Catalina sumamente indignada.

—Ya te digo que te tranquilicés: el convidado que anuncio es Spinosa, á quien invité ayer.

—¡Hum! no se alegrará mucho de su venida nuestro yerno Ker-Kerius, dijo Catalina bastante incomodada.

—¿Por qué? ¿porque Spinosa ha amado como él á nuestra hija Clara Maria? ¿Pero de qué se queja Ker-Kerius? ¿no ha sido preferido? dijo Van-den-Enden suspirando.

—¡Todavía sientes que no se haya efectuado ese enlace! Pues era á fé mia un partido excelente el tal Spinosa! Un visionario que ha tenido que ponerse á anteojero para comer; y de una facha tan rara, que los chicos de Burgwal le señalan con el dedo. A lo

menos Ker-Kerius, nuestro yerno, visita enfermos, y su profesion de médico es bastante lucrativa. No hace lo que tú, que das á los pobres lo que te dan los ricos. ¡Pero cómo ha de ser! eres mas testarudo que un mulo, aunque todavía tienes tres hijas sin casar. ¡Qué bien ha hecho Clara Maria en preferir á Ker-Kerius!

—Y sin embargo amaba á Spinosa; ¡se aveñian tan bien! ¡eran los dos tan eruditos, tan elocuentes! ¡Ah! cuántas veces les he oido discutir sobre algun punto de la doctrina judáica en el latin mas admirable que he oido en mi vida!

—Si; pero ya sabes que Spinosa á pesar de la belleza de su latinidad no quiso abrazar la religion católica, y Clara Maria no quiso casarse con tan detestable pagano.

—Ya lo sé, que se defraudaron todas las esperanzas de Spinosa y que todavía lo llora.

—Que lllore, que todavía tiene que llorar mas en la eternidad, porque es tu digno discipulo así como tú le llamas. Ya te lo he dicho, Afinio; te acercas a la tumba, y ya es tiempo de que te arrepientas.

—Espero que nos darás esos bizcochos que haces tan bien.

—Si, si, haz que no me oyes; pero ya llegará un dia en que tengas que oir los gritos de los condenados y que tengas precision de creer en el infierno y en las llamas cuando ya te veas quemado; eres un pecador muy empedernido.

Iba á continuar Catalina con sus exhortaciones, cuando Clara Maria entró en el gabinete de su padre. Tendria entonces 22 años; era alta, pálida, y en su seriedad demostraba como su padre una rara fuerza de voluntad unida á la calma profunda é inalterable que dá la perfecta tranquilidad del alma.

Estaba vestida de blanco, y el gorro negro que le

ceñía la frente dejaba escapar dos rizos de cabellos rubios; sus cejas casi imperceptibles y sus grandes ojos azules sumamente claros aumentaban la impasibilidad glacial de aquella fisonomía. No tenía gracia; pero su modo de andar era noble y grave; así es que cuando apareció en la puerta del gabinete de su padre con un grueso volúmen bajo el brazo, aquella austera figura tenía un imponente aspecto.

Después de haber recibido respetuosamente un beso que Van-den-Enden imprimió en su frente, dijo:

—¿Daré hoy la lección de política?

—Sí, hija mía, por dos razones: la primera, porque he velado toda la noche y me siento malo; y la segunda, porque está aquí Spinosa que desea oírte.

—¡Spinosa está en Amsterdam! dijo, sin que cambiase de expresión su fisonomía de mármol. Le veré con satisfacción, y procuraré manifestarme digna de ser escuchada de tan privilegiado talento.

En aquel momento se oyeron varias voces que anunciaban al doctor que ya estaba casi llena la escuela; se levantó de su sitio, y apoyándose en el brazo de su hija, bajó con trabajo los escalones que conducían desde su gabinete á la clase.

Alumbrado por cuatro altas y estrechas ventanas que estaban en un solo lienzo, el interior de esta escuela ofrecía un cuadro digno de Rembrandt. Aquella larga sala estaba adornada con mesas y bancos, y á un extremo á la derecha de los escalones se veía un estrado en el que había una silla y una mesa de encina primorosamente trabajada.

Clara María se sentó allí con toda gravedad, y su padre se puso á su lado mirándola con cierto orgullo.

Casi todos los escolares estaban vestidos de negro

segun la moda de aquel tiempo, y su barba se destacaba sobre los blancos cuellos de puntas redondas, y la luz que por aquellas ventanas entraba ponía en relieve el perfil de aquellas fisonomías atentas que se dibujaban en las arruinadas paredes del Hotel de las Musas.

Aquella primera hora estaba destinada á la discusion de ciertas cuestiones politicas que naturalmente conducian al exámen del sistema de los diversos gobiernos que entonces se conocian; y en esta esplicacion sustituia Clara María á su padre, porque la energia de ánimo de esta jóven se acomodaba perfectamente á las ideas democráticas del filósofo, que ella profesaba con una rara energia y conviccion.

La esposicion de ideas tan sérias, la enseñanza política confiada á una jóven, que chocaria extraordinariamente en nuestros dias, eran entonces muy frecuentes, y entre otras podemos citar á la célebre Paccola de Venecia, que enseñaba jurisprudencia en un colegio de aquella ciudad; y como era de extraordinaria hermosura, esplicaba detrás de una cortina, á fin de que, segun decia, no se distrajeran sus oyentes.

Despues de haber dado dos golpes sobre la mesa con su plegadera de marfil para llamar la atencion de sus discipulos, empezó Clara María su esplicacion en medio del mas profundo silencio.

Para esplanar mejor el testo de la disertacion, propuso el ejemplo de la emancipacion violenta de las siete provincias unidas, que habiéndose constituido en república despues de una lucha tenaz y encarnizada con la España, habia escapado de su dominacion despótica, y asegurado valerosamente el ejercicio de sus derechos.

Aunque parecia que esta discusion debia dar lugar á una improvisacion acalorada, la palabra de Clara

María, aunque sonora y firme, conservó la misma inflexion.

Profundamente convencida de la majestuosa autoridad de las máximas que profesaba, sin duda desdeñaba el recurso tan poderoso de las inflexiones oratorias, que tal vez hubieran animado su lenguaje á costa de su soberana gravedad.

Habia entre los oyentes uno que seguia con singular atencion, y aun puede decirse con inquietud, los diferentes periodos del discurso de la jóven.

Sentado cerca de la cátedra, cambiaba una mirada de ternura ó de admiracion con Van-den-Enden siempre que su hija hallaba algun pensamiento ardoroso de patriotismo, que á pesar de que salia de aquellos labios de mármol, no perdía nada de su fuerza... del mismo modo que la lava ardiente que se petrifica en el momento que se enfria.

El hombre de que hablamos estaba vestido de paño grosero, y sus vestidos anunciaban que era bastante desaliñado.

Delgado y de corta estatura, estaba ya calvo, aunque no tenia mas que treinta años, y su ancha frente estaba surcada por arrugas prematuras; su color era aceitunado como el de todos los judíos; su nariz muy arqueada parecia el pico de una águila, y sus mejillas juanetudas y ligeramente coloreadas revelaban una enfermedad mortal que muy pronto debia conducirle al sepulcro.

Aquella fisonomía de sufrimiento y distraida, aquel exterior humilde, no anunciaban un génio eminente: al poderoso jefe de secta... porque aquel hombre era Spinosa.

Clara Maria continuaba gravemente su discurso, cuando el religioso y profundo silencio de admiracion que reinaba en el auditorio fué interrumpido de pronto por un canto grosero que resonó detrás de la puerta de la escuela, y se oyó una voz de trueno

que cantaba en Francés una antigua cancion de la Fronda.

Esta cancion y estas palabras, que comprendieron muchos escolares, les dejaron estupefactos.

Van-den-Enden no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa, y su hija hizo otro de indignacion.

Entonces apareció un nuevo personaje en el Hotel de las Musas.

## CAPÍTULO II.

### El coronel.

...Pero la mas horrible figura no me hubiera causado mas espanto que la de Coppelius.

HOFMANN.—*El hombre en la arena.*

Se abrió la puerta, y se vió entrar un hombre de una estatura colosal cuidadosamente envuelto en una capa cubierta de nieve. Este personaje, sin dejar de cantar, aunque en tono mas moderado, repitió su canción.

Después, cerrando bruscamente la puerta, se desembarazó aquel gigante de su capa, que echó en los bancos que estaban á lo último de la sala. Se quitó después su sombrero gris con sus plumas encarnadas,

y las sacudió á uno y otro lado, llenando de nieve á los escolares.

Este extranjero, que tenia unos seis pies de estatura, tendria unos cuarenta años, y su traje, bastante estropeado, demostraba que era un militar. Sus anchas espaldas y robusto pecho, en perfecta armonía con su enorme talla, se dibujaban poderosamente bajo una casaca de búfalo, guarnecida todavia con algunos adornos de oro. Tenia tambien calzones de paño escarlata, pesadas botas de becerro, un cuello de blancura dudosa, un tahalí de seda color de naranja, que debió haber estado ricamente bordado de plata, si se juzgaba por los restos que conservaba de su antiguo esplendor; encima de todo llevaba un ancho gaban de camino, de color de ala de mosca, y por debajo se veia la vaina de una espada de puño de hierro; por último, completaban el traje de este personaje unos guantes viejos de piel de gamo que le cubrian hasta la mitad del brazo.

Su figura, que ofrecia un tipo notable de audacia y descaro, revelaba sobre todo esa insolencia de atleta, esa confianza brutal que dá la conciencia de una fuerza física hercúlea y de un valor á toda prueba. Aquel coloso no llevaba peluca, contra la moda de aquel tiempo, y sus cabellos negros, cortos, espesos y fuertes blanqueaban ligeramente sobre aquellas sienes, en las que á la menor emocion resaltaban unas venas gruesas y azuladas. Se veia que sus facciones habian sido hermosas, pero de una belleza mas varonil que elegante: sus bigotes y sus cejas noblemente arqueadas hacian resaltar el color amoratado de su rostro, muy avivado por el frio; su nariz aguileña estaba dominada por una frente alta, prominente; y por último, sus ojos pardos, saltones, brillantes, rasgados, y cuya pupila era tan grande que apenas se veia lo blanco, tenian tal espresion de arrogancia y de desden, que los oyentes de Clara María, irritados por la insolencia de aqu e

caballero, comenzaban á murmurar. Pero el gigante, como si no lo advirtiera, con una mano en el puño de la espada, y retorciéndose los bigotes, se aproximó á la silla de Van-den-Enden haciendo resonar sus espuelas.

Cogió sin cumplimiento en su ancha mano la blanca mano de Clara María, la llevó bruscamente á sus labios, é imprimió en ella un vigoroso beso antes que la jóven pudiera retirarla.

Al ver tan impertinente familiaridad, que para ella era un insulto, la hija de Van-den-Enden se levantó con viveza, la indignacion hizo que se cubriera de un vivo encarnado su pálido rostro, y su padre exclamó en francés:

—Coronel, ¿qué haceis?

—¡Diablo! dispensadme, reverendísimo doctor, contestó el atlético personaje con voz fuerte, perdonadme; siento tal regocijo de hallarme de vuelta en este incomparable Hotel de las Musas, de que sois el digno Júpiter, ¡qué diablo! no he podido menos de rendir homenaje á la Minerva de vuestro Olimpo en la persona de esta señorita tan estremadamente bella como sapientísima y doctísima.

Volviéndose despues hácia los escolares, de los que ya habia algunos subidos en los bancos, les dijo con tono burlon y altanero:

—Y tambien estoy pronto á rendir homenaje al valiente dios Marte en la persona de cualquiera de estos ilustrísimos y valerosísimos señores que desee que yo le haga bailar una zarabanda al son de dos espadas que chocan; porque han de saber estos pollitos que el campo cerrado es mi sala de baile, y acero sobre acero los violines que yo uso.

Felizmente maese Van-den-Enden hizo que cesaran las bravatas de aquel matamoros, diciendole:

—¿Quereis acompañarme, coronel? porque juzgo que

en vista de vuestra vuelta tan inesperada, tendremos mucho que hablar.

—Como gustéis, mi venerable amigo, contestó el coronel, mirando con impertinente sonrisa á Clara María, que le contestó con una mirada de desprecio.

Despues siguió al doctor sumamente sorprendido por tan repentina llegada.

Despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta del gabinete, dijo Van-den-Enden al extranjero:

—¿Cómo es que habeis vuelto tan pronto? ¿Qué noticias traeis? ¿Los habeis visto? ¿Hay alguna esperanza? ¿Se puede contar con ellos?

Pero el gigante, en vez de contestar á tan precipitadas preguntas, haciendo con la mano derecha una demostracion que parecia indicar que tuviera paciencia ó á lo menos que aplazara su inquieta curiosidad, le dijo con la mayor sangre fria:

—Antes de que os diga una palabra del resultado de mi viaje, serenísimo filósofo, es muy conveniente que os declare las condiciones que tiene derecho de imponer el que desafía las tinieblas y la nieve, al pacífico ciudadano que no ha abandonado su casa en toda la noche. Son:

1.º Que mandeis poner buen fuego en ese antro doctísimo, donde os tostareis algun dia si no teneis cuidado; es un consejo que os dá un amigo sincero.

2.º Que me deis un glorioso frasco de vino de Canarias para desterrar el frio que he cogido toda la noche, y que ha convertido mis entrañas en una Moscovia.

3.º Que mandeis añadir al vino de Canarias algunos de aquellos hermosos bizcochos, amarillos como el oro,

cuyo secreto posee la señora Catalina; y puesto que me hallo en tan buena disposicion, me desayunaré aqui, y hablaremos largamente, y tanto, que estoy seguro llegará la hora de almorzar, y seguramente que podré esperar con sumo placer la de comer.

—Pero esas noticias, esas noticias... dijo Van-den-Enden.

—Vamos á lo positivo, replicó el coronel mirando al anciano con suma seriedad; y os advierto que decididamente preferiria antes de los bizcochos media lengua salpimentada, y luego podria mojar los bizcochos en un buen vaso de vino de España caliente y azucarado, á fin de desechar este maldito frio que me tiene yerto.

Vamos, reverendísimo doctor, ejecutad mi primo, secundo y tercio, y despues ya vereis cómo oirán mi relacion vuestros doctísimos oídos.

Persuadido sin duda de la inutilidad de nuevas instancias, Van-den-Enden salió un momento para buscar las provisiones, que trajo bien pronto, y sin duda con harto pesar de la señora Catalina.

Cuando entró el doctor, el atlético coloso estaba reanimando la lumbre de la chimenea, y habia reunido mas leña que hubiera sido necesaria para el festin de los héroes de Homero.

Abandonó tan delicioso pasatiempo para engullir con increíble voracidad el desayuno que habia hecho colocar Van-den-Enden en su mesa de despacho. Despues exclamó:

—¡Viva el sábio! Empiezo á sentir algo de apetito, y puedo asegurar con verdad ra satisfaccion que dentro de poco sentiré un hambre terrible.

Despues tomó un vaso de vino y un bizcocho, y se colocó con toda comodidad en el sillón de Van-den-Enden que se habia apropiado, y avivando la lumbre dijo:

—¡Mirad, señor sábio! esto es lo que se llama una buena lumbre. Pero es preciso confesar que esto es lo único que puede hacerme olvidar una noche tan terrible.

Ahora que tan ámplia y lealmente habeis cumplido con mi primo, secundo y tercio, vais á saberlo todo.

---

## CAPÍTULO III.

---

### Julio Duhamel de Latreaumont.

...D. Fernando, en su provincia, está ocioso, inquieto, sedicioso, pendenciero, impertinente; saca la espada contra sus vecinos; por nada espone su vida; ha muerto algunos hombres, y morirá.

LA BRUYERE.—*De l'homme.* c. IX.

Este personaje se llamaba Julio Duhamel de Latreaumont, descendiente de una noble y buena familia de Normandía, que habia sido estremadamente distinguida en la toga. Era hijo de Bárbara Deschamps y de sir Jorge Duhamel, consejero de Ruen y señor de Latreaumont. A la muerte del consejero, Latreaumont, muy jóven todavía, y que salia entonces del colegio, se halló en estado de disponer de una fortuna

considerable que no tardó en disipar. Las posesiones que tenia, poco á poco fueron convertidas en luises de oro, que durante algunos años alimentaron espléndidamente los gustos desordenados de Latreaumont; porque se hubiera dicho que las pasiones de este hombre debian participar de su colosal organizacion segun eran de fuertes y fogosas.

Se entregó con toda la energia de su carácter, y con el inagotable vigor de su naturaleza, á los mas ardientes apetitos del hombre, reasumidos en estas tres palabras: el juego, el vino y las mujeres. Al principio Rouen, su ciudad natal, fué el teatro de sus desórdenes y de sus oscuras prodigalidades. En tanto que conservó algunas tierras de su patrimonio, tuvo como todos los caballeros del pais, algunas trahillas de galgos, porque amaba con pasion la caza, no solo por el placer de este vigoroso ejercicio, sino tambien por las tumultuosas orgias que le seguian, ó por las partidas de juego que se entablaban despues de comer. Pero este hombre no tenia elegancia en sus desarreglos; era el vicio sórdido y grosero despojado de los atractivos que le hacen disimulable algunas veces. Solo que en tanto que fué rico, tuvo una ruda franqueza en sus relaciones con sus amigos de placeres. Compañero tan pródigo como atrevido, su bolsa y su espada pertenecian de derecho á todo caballero; y además su probidad en el juego podia pasar verdaderamente por milagrosa en un tiempo en que el caballero Gramont y tantos otros habian hecho admitir en el gran mundo cierta destreza que seria una fortuna para los prestidigitadores modernos.

Desgraciadamente los medios de sostener tan alegre vida, y de alimentar tan generosas cualidades no duraron mas que unos cinco ó seis años, y un dia Latreaumont se despertó pobre y solo. Desde aquel momento todo lo que hasta entonces habia parecido leal en él, no pudo resistir á la decisiva y terrible prueba

de la desdicha. Aquel carácter hasta entonces tan fácilmente honrado, agriándose poco á poco, se corrompió para siempre, desde que Latreaumont debió luchar contra la exigencia de sus pasiones, ó sufrir privaciones sin número, todavía mas punzantes por los recuerdos de los goces pasados.

Así es que hubo en su organizacion moral una trasformacion espantosa, y sus malos instintos, ocultos hasta aquella ocasion bajo el manto de oro de su pasajera opulencia, se dejaron ver bien pronto desnudos y amenazadores: siéndole imposible la profusion, la reemplazó con una avaricia monstruosa; siendo antes irrepreensible en el juego, llegó á ser desleal desde el momento que jugó para subvenir á sus viciosas necesidades.

Valiente hasta entonces en cualquiera lance, libre de todo motivo bajo y criminal, se hizo espadachin para sostener sus fechorías con ese asesinato autorizado, ó realizarse un poco usurpando esa especie de consideracion que la intrepidez unida á la destreza y á una fuerza atlética, arranca generalmente á los hombres. Por último, para completar el cuadro, diremos tambien que encontró impuros recursos en sus ventajas físicas.

Despues de haber descendido así hasta la miseria por todas las fases degradantes de la ruina, habitando siempre en Rouen, se precipitó en un espantoso caos de desórdenes; sus terribles inclinaciones no tuvieron freno, y estinguiendo en la erápula que le rodeaba todo sentimiento de respeto á si mismo, despues de varios lances innobles y sangrientos, de algunos duelos desgraciados, y acosado por los acreedores, se vió obligado á dejar á Rouen.

Era entonces lo mas fuerte de la Fronda, de esa guerra civil, tan pueril en su causa como espantosa en sus resultados.

Latreaumont, de extraordinario valor, entreviendo en esa vida de pillaje y de peligros algunas esperanzas de lucro, compró con sus últimos luses armas y caballo y se hizo partidario.

En lo físico y en lo moral parecía que había nacido á propósito para esta vida aventurera. Animoso hasta la temeridad, de una naturaleza de hierro, de una fuerza tan espantosa, que atontaba un caballo de un puñetazo, de una rara habilidad en todos los ejercicios corporales, avaro, sin fé ni conciencia, no temiendo nada, capaz de emprenderlo todo, su resolución era de una terrible tenacidad si se trataba de satisfacer sus desenfrenadas pasiones.

Por un curioso y extraño contraste, este hombre se preciaba de afición á las letras, porque antes de la muerte de su padre se había distinguido en el colegio de Rouen de tal manera, que se han conservado muchos trozos de buena latinidad compuestos por él. Así es que sabía perfectamente su idioma, cosa rara entre los caballeros de aquel tiempo, y muchas de sus cartas, escritas en estilo elevado, demuestran la singularidad de su carácter.

Por desgracia, la oscura y execrable vida que llevaba había apagado en él sus mas brillantes facultades; solo que, á la manera que el sol fertiliza algunas plantas silvestres enteramente abandonadas, del mismo modo el inagotable fondo del talento natural de Latreaumont producía algunas veces dichos picantes de bufonada ó de una ironía brutal, que á pesar de su aparente grosería no dejaban de tener fuerza.

Por último, como no puede existir un carácter enteramente escéntrico en bien ó en mal, y además la bestia brava, una vez sujeta, es inofensiva, en el momento que Latreaumont tenía diez luses en su bolsa y una buena mesa, era tratable, obsequioso y capaz de abnegación, si se conseguía tocar entre las tinieblas

de aquella alma perversa las pocas fibras que la hacian estremecer.

Otro contraste singular: este sér implacable, endurecido, que casi habia hecho morir á su madre á causa del dolor que experimentaba por sus desórdenes, conservó hasta el fin de su diabólica vida el mayor afecto á la pobre mujer que le habia criado.

Mientras fué rico, la tuvo á su lado; y cuando se arruinó y tuvo que emigrar, la envió á casa de su cuñado Duchesnes, señor de Preaux (de quien mas adelante hablaremos largamente), recomendándosela eficazmente, hasta que llegara á mejor fortuna.

Jamás cometia una mala accion solo por el placer de ser malo; y cuando su pasion ó su capricho no le cegaban, la poca honradez que tenia sobrenadaba, por decirlo así, y se inclinaba á alguna accion noble.

Latreauumont se hizo pues partidario en las turbaciones de la Fronda; mucho mas que escéptico en materia de opiniones políticas, sirvió sucesivamente al rey y al príncipe de Condé; hoy frondista (1), mañana mazarino (2), segun que cada ejército sentaba sus reales en un pais rico ó pobre; pero tratando siempre con la misma imparcial avaricia del rescate de los ciudadanos ó paisanos neutrales, que ambos partidos llamaban moderados, y que fueron verdaderamente las únicas víctimas de sus sangrientas divisiones. A su destreza en el juego y á sus pillerías, añadió otro manantial de recursos que vamos á esplicar.

Era entonces frondista; y sea porque no estuviera muy convencido de la justicia de las reclamaciones del príncipe de Condé, en abierta rebelion; sea que oyese todos los dias las relaciones de las ricas presas que hacian los partidarios de Mazarino, Latreauumont dejó

---

(1) Partidario del príncipe de Condé.

(2) Partidario del rey.

la Fronda, se sometió al partido del rey, y se batió intrépidamente.

Durante una campaña y en premio de sus servicios recibió el mando del regimiento Richelieu. Entonces imaginó reunir una gran suma de moneda falsa, de que había mucha abundancia, para pagar á su regimiento y reservarse la buena que le daba el Real Tesoro; porque como él decía, el dinero no era mas que un signo representativo.

Por desgracia se descubrió bien pronto tan inocente cambio, y soldados y oficiales se quejaron de una manera tan amenazadora, que desengañado el coronel empezó á sentir el haber abandonado la Fronda; indignado de ver que la Francia sufría la orgullosa tiranía de Mazarino, y reconociendo de nuevo la escendencia del partido del príncipe de Condé, abandonó para siempre á los realistas.

Esta vuelta á la Fronda no le fué infructuosa, porque mandando una compañía de niños perdidos, que había formado con beneplácito del mariscal Hocquincourt, y saqueando cerca de Mehun el castillo de un incorregible mazarino, encontró un collar de perlas con un medallon guarnecido de brillantes que vendió á un judío en cuatro mil duros.

Las opiniones políticas de Latreaumont sufrieron entonces una tercera trasformacion, y desde aquel dia, ó mas bien desde aquellos cuatro mil duros, empezó á recapacitar, y se preguntó que con qué derecho desgarraba el seno de su madre.

El corazón se le contristó al ver á su desdichada patria tan devastada por la rábida de los partidos: se horrorizó por lo pasado, pensando que había sido uno de los actores parricidas de estas espantosas disensiones, en las que habían intervenido los extranjeros á nombre de una ambicion sacrilega.

Entonces envolviendo en la misma reprobacion á mazarinos y frondistas, se hizo moderado: solo que

como tenia una larga y fuerte espada que manejaba vigorosamente, los cuatro mil duros de hilo de perlas se gastaron en paz y al abrigo de toda tentativa enemiga.

Despues de haber disipado una buena parte de esta suma en deplorar las desgracias de aquel tiempo, no pudiendo sin duda soportar por mas tiempo el espectáculo de los desastres de su patria, se marchó á visitar las cortes del Norte.

Habiendo residido algun tiempo en Colonia, y habiendo chocado su valor y su bufoneria al elector principe de Fustemberg, le propuso que sirviera en su ejército.

Acercándose el fin de su dinero aceptó la proposicion, y S. A. electoral le dió el mando de un regimiento de coraceros, y le nombró su edecan. Al cabo de algun tiempo disminuyó el favor de Latreaumont: sus detestables costumbres, su carácter imperioso, que no se prestaba á hacer ninguna concesion al elector, su altanería y su impiedad brutal, que llegó hasta el extremo de pegar en el púlpito á un ministro protestante, produjeron su destierro de Colonia, donde habia estado unos ocho meses.

Entonces entró al servicio de Hungría contra los turcos, y se portó valerosamente en esta campaña en compañía del principe de Guiche, que servia como voluntario en los ejército del Imperio para consolarse de su destierro.

Despues de dos campañas en que consiguió algunas ventajas, abandonó al emperador y ofreció al sultan que abrazaria la religion mahometana si S. A. queria emplearle de una manera conveniente á su clase; pero no conviniendo las condiciones propuestas por el gran señoral frondista-mazarino-moderado, felizmente para él no se separó de la Iglesia Católica, y volvió á respirar el aire natal de Rouen, donde ya se habian olvidado sus desórdenes.

Latreaumont se encontraba en Normandía á principios del año 1668. Desde que habia dejado la Francia habia habido grandes cambios: el espíritu inquieto y turbulento de la Fronda habia desaparecido ante la enérgica y poderosa direccion dada á los negocios por Lyone, Colbert y Le Tellier, ministros hábiles, apoyados además por un numeroso ejército, que empezaba á disciplinar la infatigable actividad de Louveis, y cuya fidelidad estaba garantida por la alta influencia de Turena y de Condé, unidos ya para siempre al trono de Francia.

Los pueblos, oprimidos por los tributos, sin rebelarse del todo, se agitaban sordamente, y algunas veces se enviaron tropas al Delfinado, Bretaña, Languedoc y Normandía para asegurar con su presencia el cobro de los impuestos.

Latreaumont, que por sus vínculos de familia y sus antiguas relaciones de juego, caza y disipacion, habian conservado muchos amigos en Normandía entre gentes de toda clase, viendo estos síntomas de sordo descontento en la provincia, se persuadió que no habia habido cambio alguno en los diez años; que el gobierno estaba como en tiempo de la Fronda, sin fuerza ni unidad, y que podia renacer aquel lucrativo y hermoso tiempo de las disensiones civiles: así es que se manifestaba uno de los mas ardientes opositores á la percepcion de contribuciones, obrando, como él decia, con el mayos desinterés, porque no tenia un solo óbolo imponible.

Aunque aparentemente insensata para un hombre que no estaba acorde con los principios de aquellas guerras civiles, la conducta de Latreaumont era sana y lógica, porque desde el príncipe de Condé hasta el ultimo descontento todos habian obrado del mismo modo: ó fomentar una sedicion bastante fuerte para trastornar el poder, ó reunir bastantes partidarios para asustar á la autoridad y obligarla á contar con ellos y

hacerse comprar lo mas caro posible; pero, repetimos, los tiempos no eran los mismos: asi es que por mas que Latreaumont se agitó y declamó contra la tiranía, la desigualdad de los impuestos y la miseria general, no encontró uno que quisiera rebelarse, aunque muchos se hicieron sus ecos.

En una palabra, si el antiguo partidario no consiguió sublevar la Normandía, aseguró por lo menos en el pais la fama de descontento atrevido, y por algunos avisos caritativos supo que le vigilaba la autoridad.

Latreaumont, siempre imbuido en las máximas de la otra época, creyó entonces que habia dado un magnífico golpe y que no tenia mas que pedir para conseguir; y así es que marchó á Saint German á hablar de sus pretensiones.

Ignorando completamente sus ideas, uno de sus antiguos compañeros del ejército del rey, M. de Brissac, mayor de guardias de Corps, le proporcionó una audiencia con Mr. Louvois, y el partidario entró al momento en materia con la seguridad y descaro que le eran habituales, y pidió desde luego al ministro con tono imperioso un regimiento; añadiendo que á la verdad no tenia dinero para comprarle, pero que á hombres como él se les debía pagar, y pagar generosamente por mas de una razon.

Cualquiera puede figurarse el modo cómo oíria esta relacion Mr. Louvois, altanero, brutal, arrebatado, y que estaba acostumbrado á ver temblar en su presencia á todo el mundo.

El ministro se puso encarnado de cólera, sacudió su peluca, y con un tono terrible y enseñándole al mismo tiempo la puerta, le dijo: que como se conocian sus maniobras en Lombardia, no solo no le daria un regimiento, sino que si no salia al momento de Francia, tendria que podrirse en la Bastilla.

Latreumont furioso le enseñó los puños, le amenazó, y le juró que se las pagaría, y salió dando un fuerte portazo.

No hay que dudar que sin la intervencion poderosa de Mr. Brisac hubiera sido inmediatamente encarcelado el partidario; pero Louvois consintió en olvidar esta injuria con la promesa que hizo el mayor de que el gladiador insolente dejaría al momento la Francia.

En aquel momento Mr. Brisac hizo que Latreaumont montase á caballo, le dió algun dinero, y consiguió que prometiera retirarse á Holanda; promesa que no tuvo dificultad en hacer, porque no le desagradaba este viaje.

No era jóven; la vida del campamento, sus heridas, sus desórdenes, le habian hecho perder una parte de sus ventajas exteriores, y por lo tanto no le quedaba mas que su espada, su destreza en el juego, su fuerza de atleta y su imperturbable audacia. Con tan singular capital y con unos veinte duros llegó nuestro héroe á Amsterdam.

Se ha dicho que á Latreaumont no le disgustaba para retiro pasajero uno de los Estados libres de la república de las siete provincias unidas, porque sabia perfectamente que el Imperio y la España acogian siempre bien, ya en el Haya, ya en Amsterdam, merced á la mediacion de sus ministros residentes, á todos los descontentos que el destierro ó la mala suerte echaba de Francia, esperando fomentar por medio de ellos algun dia nuevas sediciones en aquel pais, y dar así un golpe sensible á la monarquía de Luis XIV.

Además, los mismos holandeses comenzaban á desconfiar de la alianza de Luis XIV, que les habia hecho traicion muchas veces, y el pueblo se pronunciaba cada vez mas contra la Francia: así es que Latreaumont, sin tener un plan ideado, comprendió bien pronto que podria sacar algun provecho de la especie de pros-

ericion que tenia que sufrir interesando á los extranjeros en su suerte, y que no serian inútiles á su interés personal su perfecto conocimiento de Lombardia y los elementos de rebelion con que allí podia contar.

Dos ó tres dias despues de su llegada á Amsterdam entró por casualidad en la escuela de Van-den-Enden.

Jamás aquel austero anciano habia espuesto sus teorías de libertad con mas entusiasmo y conviccion; jamás aquel ardiente amor á la humanidad de que estaba poseido su corazon, se habia despertado mas arrebatador.

Latreumont, que á causa de los diversos acontecimientos que habia presenciado, y de las vicisitudes que habia sufrido, conocia perfectamente á los hombres, escuchó friamente aquellas bellezas, examinó al filósofo con una penetrante y profunda atencion, y se penetró bien pronto de que estaba íntimamente convencido de la escelencia y de la pureza de los principios democráticos que profesaba, y que ejercia ciega-mente esa caridad universal de que acababa de hablar con tanto calor. Desde entonces ideó el papel que habia de representar, y consiguió su objeto.

Al concluirse la leccion se presentó atrevidamente al doctor, y afectando una rudeza de lenguaje, que se podia mirar como la espresion de una brutal franqueza, le dijo:

—Acabais de declamar contra los tiranos; yo sufro los rigores de un tirano; acabais de elogiar á los que desean la libertad de su pátria; yo he querido esa libertad, y por esa razon estoy proscrito: acabais de decir que compadeceis á vuestros hermanos desgraciados; yo soy vuestro hermano, estoy desterrado, soy desgraciado: acuó á vos.

Desde aquel dia Latreaumont se consideró como comensal obligado de Van-den-Enden. A propósito de esto, debemos decir que desde el momento que se trató

de una conspiracion, se propuso Latreaumont vivir lo mejor y mas sensualmente posible á costa de sus cómplices, y sacar impunemente todo el partido que le sugeria su avaricia.

Así es que llegándose á comprometer sin reserva con este hombre, eran tales su audacia y sus exigencias, que era preciso una rara energia para libertarse de tan fatal influencia y poner término á las impertinentes familiaridades de aquel imperioso atleta.

Pero Van-den-Enden, que deseaba sobre todo el tiempo y realizacion de sus utopias politicas, sufría á Latreaumont con aquella tolerancia desdeñosa de las almas fuertes, que ardientemente preocupadas con sus vastos proyectos, no consideran á ciertos hombres mas que como instrumentos, y acogen indiferentemente todos los medios de accion, no pensando mas que en la magnificencia de los resultados.

Las relaciones entre el filósofo y el partidario se establecieron, como hemos dicho, gracias al descaro de este último, que se atrevió á pedir impunemente á Van-den-Enden asilo y socorro en nombre de su amor á la libertad. Despues de muchas conversaciones en las que se manifestó entusiasmado con las máximas democráticas que profesaba el doctor, supo que este habia conservado íntima relacion con el gran pensionado de Holanda, Juan de Wit, personaje de mucha influencia y de una integridad universalmente admirada, que ejercía en el gobierno de las siete provincias unidas funciones análogas á las de presidente de una república; y por último, que Van-den-Enden era tambien muy amigo de Orondei, agente secreto del imperio en Amsterdam y corresponsal del baron de Isola, embajador de Leopoldo en el Haya, y el mas ardiente enemigo de Francia.

Creyó entonces que con la mediacion de Van-den-Enden podria convencer á Wit y á Isola que era muy fácil escitar una rebelion en Normandia, y que le harian

jefe de tan arriesgada empresa, de lo que sacaría muchas ventajas, porque se le confiaría el dinero destinado á fomentar esta rebelion y volvería á esa vida aventurera á que habia renunciado con sumo disgusto. Un dia despues de haber exigido del doctor el mas profundo secreto, le espuso su plan, reclamando su auxilio, que era indispensable para la ejecucion y buen éxito de una empresa intentada solo por el interés de la democracia. La Normandía, abrumada de impuestos, deseaba sublevarse, y las demás provincias estaban en igual situacion, y no esperaban mas que una señal; él, que tenia una influencia positiva en Rouen y sus inmediaciones, respondia de la rebelion de aquel país, si la España, el Imperio ó los Estados de Holanda, que tantos motivos de queja tenian contra Luis XIV, querian favorecer este movimiento, dar el dinero necesario, y apoyarle abiertamente por un desembarco en una aldeilla situada á seis leguas del Havre. Con este apoyo la Normandía se declararía independiente, y las demás provincias imitarian su ejemplo. Como sabia sus relaciones con los personajes que podian asegurar el éxito de este levantamiento, y sabiendo tambien su amor á la libertad, y cuanto deseaba el triunfo de las doctrinas republicanas, le pedia que le proporcionase el medio de tener una entrevista con Wit y con Isola, que le auxiliaria con sus consejos y que le diera el plan de un gobierno libre, aplicable primero á la Normandía, y despues á la Francia entera cuando hubiera sido general la sublevacion.

Aunque á primera vista parecia impracticable el proyecto de Latreaumont, no dejaba de tener posibilidad; ni sus asertos carecian de verosimilitud, porque no hacia muchos años que la guerra civil habia asolado la Francia; y en aquel momento habia, como ya ndicamos, un descontento general, pero rudamente comprimido por el terror; y por medio de numerosos folletos, los embajadores extranjeros, y especialmente

el baron de Isola, evocaban como un fantasma amenazador para Luis XIV esos síntomas de disgusto general.

Por lo tanto, es fácil de concebir que Van-denden, movido por el ardor del patriotismo, ciego por sus ilusiones democráticas, y sobre todo, impulsado por esa misma curiosidad devoradora que hace desear ardientemente al poeta el ver su drama animado, vivificado por la pompa del teatro, ó á un músico oír su obra majestuosamente realzada por mil voces, es creíble que irresistiblemente seducido por la esperanza de dar así un cuerpo á sus magníficas utopías, y realizar en una inmensa escala sus sueños de libertad, favoreciese con todo su poder los proyectos de Latreaumont.

Dió al partidario una larga carta para Juan de Wit, en la que le esponía los planes y esperanzas de Latreaumont, y le pedia francamente para esta empresa su apoyo y su cooperacion en nombre de la emancipacion y de la libertad de los pueblos. Hay que advertir que la República de las siete provincias unidas estaba entonces en paz con Francia; pero se sabia públicamente que Luis XIV habia falseado esta alianza y la fé de los tratados, y por lo tanto creia el doctor que Wit tenia en esta proposicion un medio de servir la causa de la libertad, y de castigar á su aliado perjuro.

La carta de Omodei que llevaba para el baron de Isola, contenia la esposicion del proyecto, una larga nota biográfica de Latreaumont, y se invocaba el concurso de España y del imperio en nombre de los agravios que estas dos córtes tenian que vengar de Luis XIV.

Marchó el aventurero con estos despachos, y de vuelta de su viaje es cuando le hemos visto llegar á casa del doctor.

Dejaremos ahora al coronel que refiera á Van-denden el resultado de su entrevista con Wit é Isola,

---

## CAPÍTULO IV.

---

....Se cumplirá, oh! se lo direis, ese sueño, ese noble sueño de una política nueva; esa concepcion divina de nuestra amistad,—pondrá la primera mano en esos materiales informes. ¿Podrá acabar? ¿Será interrumpido? ¡Qué le importa! pondrá la mano en ellos.

SCHILLER.—*Don Carlos*, acto IV, esc. 21.

Seria difícil espresar la indiferencia desdeñosa con que Van-den-Enden sufría las insolentes familiaridades de Latreaumont, á quien consideraba como un instrumento brutal pero necesario; porque á pesar de la ceguera que tenía acerca de la realizacion de sus proyectos favoritos, no habia podido desconocer la condicion arrogante y venal del que desempeñaba tan importante papel en este asunto. Así es que en la conversacion de que vamos á dar cuenta, se ve que el doctor pregunta, escucha, pero rara vez contesta á Latreaumont; sus palabras son breves, pero muchas veces altaneras y siempre serias; se ve que sigue tenazmente su objeto, sin atender á los mil rodeos por

los que hace pasar la narracion la bufonería del partidario; y cuando la relacion le inspira alguna reflexion repentina é involuntaria, la hace para si, pero no la comunica al partidario, como si fuese indigno de comprenderla.

—Vamos, coronel, ¿qué habeis sacado del viaje? dijo Van-dea-Enden con una impaciencia que no podia dominar.

—Calma, venerable amigo, calma. Ya lo contaré todo; voy á empezar: Al salir de Amsterdam con el dinero que me prestásteis, ó mejor dicho, que prestásteis á la noble causa de la libertad, que os lo pagará algun dia en bendiciones de toda clase, me dirigi al Haya; alli tenia que ver á Isola y á Wit; pero como el primero pasa por un bribon, y el segundo por un hombre honrado, y asi como en la mesa se empieza á comer por los manjares mas sanos y naturales para llegar despues á los que están cargados de diabólicas especias....

—Coronel, el asunto es grave, y esas comparaciones son inútiles.

—Paciencia, doctísimo doctor; es preciso dejarme obrar y decir: ya sabeis que el único medio de gobernarme es el de dejarme hacer lo que quiera. Además, que la comparacion no está tan fuera de su lugar cuando tratamos de un cocinero, porque todo el mundo dice que el baron de Isola, embajador hoy de Leopoldo, empezó á ilustrarse como marmiton (1) en la cocina real del emperador.

Van-den-Enden no dijo una palabra; pero se encogió de hombros con aire de resignacion desdeñosa, que el partidario interpretó perfectamente.

—Me compadeceis, no es verdad? Como gustéis; no importa: pero continuaré, y no usaré retóricas. Fui á ver á Juan Wit para entregarle vuestra carta; pero co-

---

(1) Véase Bayle.

mo creia que iba á verme delante de un primer ministro que creeria imponerme respeto, tomé el aspecto mas impertinente; porque, lo confieso con franqueza, nada me predispone mas á la insolencia que saber que me voy á encontrar cara á cara con un gran señor. Mas esta vez me equivoqué; ¡qué hombre es vuestro Juan Wit! Diab!o! Con su sencillez me ha dejado estupefacto, á mí que no he doblado la cerviz ante los mas deslumbrantes esplendores. En fin, llegué á una puertecita, que puede ser que sea mas modesta que la de vuestra escuela, y esta apariencia ya me hizo reflexionar un poco. Llamo, y en vez de contestar un suizo con su alabarda, salió á abrir una gorda flamenca con una escoba en la mano. Pregunto por el gran pensionista, dispuesto á rebelarme contra los plantones que quisieran hacerme sufrir; pero nada de eso: aquella gordinflona me dijo con la mayor reverencia:—Seguidme, caballero, que Mr. Juan está en su cuarto,— ¡Mr. Juan! el gran pensionado de Holanda que tiene un uquier con saldas que hace la guardia con una escoba! Seguí á la criada, y á lo último de un corredor abrió una puertecita y me encontré en un gabinete, no tan bien amueblado como este.

—¡Hombre respetable! siempre el mismo! dijo el doctor con admiracion.

—Entro, y encontré escribiendo á vuestro Juan Wit. Al ruido de la puerta volvió la cabeza, y al verme se levantó de su asiento. Jamás he visto presencia mas noble. Estaba vestido de negro como un clérigo.—¡Qué mandais? me dijo con la mayor afabilidad. Pero..... os vais á reir... porque el diablo me lleve si no senti entonces que latia mi corazon, latia como jamás ha latido... y al cabo de un momento quedé triste.

—¡Con que os ha latido el corazon al ver á Juan Wit? preguntó el doctor, echando una mirada inquieta al coloso. Tanto mejor para vos.

—Tanto mejor ó tanto peor, eso no importa: contes-  
tó bruscamente el partidario, sin querer comprender la  
intencion de Van-den-Enden. Lo que digo es que me  
latió el corazon, y que no me avergüenzo de confesar-  
lo. ¿Era el contraste tan imprevisto de lo que veia y  
y de lo que esperaba ver? ¿Era su presen ia? ¿Era la  
virtud que el mundo entero proclama, lo que así me  
imponia? Lo ignoro. Lo que sé es, que yo que hasta  
entonces jamás habia usado de la palabra *monseñor*,  
y que ni aun al príncipe le habia saludado así, no pude  
menos de decir al diablo de Wit: «Monseñor, os trai-  
go una carta de maese Afinio Van-den-Enden de Ams-  
terdam.—Afinio? ¿Y cómo está ese austero anciano...  
ese raro talento... ese modelo de los hombres de bien?  
me preguntó Wit.

Al oir estas palabras, el doctor enjugó silenciosa-  
mente una lágrima que corria por sus mejillas.

—Llorais! mi digno filósofo, dijo el partidario, y te-  
neis razon; porque me parece que debeis conmoveros  
al saber que aquel hombre dice esas cosas de vos.  
Tambien lloraria yo si pudiera, ó al menos sollozaria,  
al saber que el gran presidente de la República infer-  
nal pregunta á los que van por allá abajo: ¡Hola seño-  
res! ¿Cómo está aquel pícaro de Latrecaumont? aquel  
gran pecador, modelo de bribones?

—Chanza muy pesada es esa, coronel! dijo grave-  
mente el doctor. Si vuestra vida pasada ha sido mala,  
el noble fin á que concurrís puede hacerla espiar un  
dia á los ojos de los hombres... pero sentiria que la  
grandeza de vuestros designios no os hiciera estima-  
ros en algo mas. Vuestra accion es de interés para la  
causa de la libertad; y además ¿qué importa la reja  
del arado, siempre que el suelo, desembarazado por  
medio de ella de plantas parásitas, produzca algun dia  
frescas y ricas espigas? exclamó el doctor con entu-  
siasmo.

—¡Qué importa la reja! Teneis razon, señor sábio; qué importa la reja! Adopto la comparacion; Juan Wit cogió la carta de manos de la reja, vuestro humildísimo servidor, y leyó con suma atencion; brillaron sus ojos, suspiró, y parecia que reprimia un sentimiento de exaltacion involuntaria; y despues de haberme rogado que me sentara, porque estaba de pié acariciando el puño de mi espada y dando vueltas á mi sombrero para disimular mi turbacion, me dijo:—Caballero, venís á hablarme de una causa protegida por tal persona, que debo hablaros con franqueza, en conciencia, el gobierno que yo represento cometeria una accion criminal y una falta política favoreciendo una rebelion en Francia; Luis XIV es nuestro aliado; entre él y nosotros hay una fé jurada. Con esto os digo, que por profunda que sea la simpatía que tengo á la libertad, en cuyo nombre se intentaría esta rebelion, y á pesar de los agravios que nuestra república ha sufrido de vuestro rey, el respeto debido á la santidad de la alianza me impedirá apoyar una sedicion en vuestro país. Aunque viva cien años, recordaré el tono sonoro y penetrante con que me dijo estas palabras, que se grabaron en mi memoria.

Al oír el doctor la negativa de Wit, no pudo ocultar un movimiento de asombro: una dolorosa espresion de amargo desengaño hizo contraer sus facciones; pero permaneció silencioso. Latreaumont comprendió este silencio y dijo:

—Os quedais como yo me quedé, sin acertar á decir una palabra contra una resolucion que destruia mis proyectos. Nada pude objetar, porque juro que su acento, su mirada, su palabra revelaban una fé tan inalterable en lo que decia, una voluntad tan resuelta de obrar del modo que me indicaba, que quererle hacer variar de determinacion con lo que yo dijera, hubiera sido tanta locura como querer cambiar por

medio de las palabras las letras de una inscripcion grabada en un mármol.

Esta singular comparacion, el tono sério de conviccion del coronel, hicieron esta vez impresion en Vanden-Enden, que contestó despues de un rato moviendo tristemente la cabeza:

—Teneis razon, coronel: nada en el mundo podria hacerle mudar de determinacion. Yo habia creido que las repetidas traiciones del rey de Francia contra la república, que el amor de la libertad, que el deseo ardiente de verse propagar á lo lejos nuestras santas y fecundas doctrinas, hubieran podido decidirle á no respetar una alianza que nuestros enemigos desprecian á cada paso. Pero no, no; yo lo debia haber previsto; aquella alma tan pura, tan elevada, que á cada nueva felonía contesta con una noble accion, se ha decidido irrevocablemente. Conozco á Wit; toda tentativa será ya inútil. ¿Y de Isola, coronel? preguntó el anciano suspirando.

—¡Isola! Esa es otra cancion; pero esperad que acabe de referir mi visita á Wit. Viendo que me quedaba como un estudiante, me dijo: Decid al venerable sabio que os envia, que dentro de poco irá mi hermana á Amsterdam, y le llevará una contestacion larga y detallada; que nuestros votos y nuestros pesares son iguales, y que si desgraciadamente todavia no es tiempo, tengo la conviccion de que el porvenir será para nosotros, y debemos tener paciencia, esperanza y valor. Me hizo despues los mayores ofrecimientos que no quise aceptar, y volvió á acompañarme el ugier de faldas con su escoba, y me encontré en la calle tan aturdido como si me hubieran dado un golpazo en la cabeza.

—Sí; el porvenir es para nosotros! El porvenir crece con toda la fuerza de la fé en el triunfo de nuestra santa causa; pero no poder siquiera levantar una pun-

ta del velo que oculta á nuestra vista tan magnífico y majestuoso cuadro! dijo el anciano con doloroso decaimiento.

—Es cruel, lo confieso, cuando en una punta de ese magnífico cuadro de que hablais, doctísimo doctor, se espera ver el cadalso de Artabau, de ese brutal visir de Louvois que algun día encontraré en la tierra ó en el infierno.

Pero volvamos á nuestro asunto, trataremos de ese bribon de Isola. Este no me daba cuidado. Al ir á su casa respiraba á gusto, me retorcia los bigotes, me insultaba a mí mismo, por decirlo así; tan altanero era el aire que llevaba; no era bastante ancha la calle para mí. Llegué al palacio de este señor, y como me habia figurado, no encontré nada que me intimidara; guardias, lacayos, oficiales, gentil-hombres inundaban aquellas salas; todo esto manifestaba un gran señor y aumentaba mi insolencia. Entro en el zaguán, y el suizo me pregunta en nombre de su alabarda adonde voy. Le miro con desprecio, y paso adelante. Los lacayos me preguntan tambien qué quiero, y tampoco les contesto. Llego por último al salón donde habia algunos pajecillos vestidos de negro con cadenas de oro al cuello. Digo á uno de ellos: Avisad á vuestro señor que el coronel Latreaumont quiere hablarle de parte de don Omodei de Amsterdam. Pero como parecia que dudaba si llevaria el recado, le miré orgullosamente y se apresuró á obedecerme. En verdad que el palacio del antiguo cocinero parece una casa real, comparado con la sencilla habitacion de Wit, y por lo tanto estaba allí sin miedo. Como estaba cansado, me eché en un diván con asombro de los pajes, y para pasar el tiempo me puse á tararear una antigua cancion que los valientes que tenia á mis órdenes cantaban en la batalla del puente Masouri. Despues de haberla repetido diez veces se me hizo muy largo el tiempo, y cogiendo á uno de aquellos por su cadena de oro, le dije:

dime: ¿sabe tu amo que hace media hora que estoy esperando, y que la compañía de pillos como vosotros no es para gente de mi clase?—Pero... me contestó. No hay pero que valga, le dije; ó vas ahora mismo á avisarle, ó te echo abajo las orejas. A tal insinuacion echó á correr, y á dos minutos vino á anunciarme que podia pasar. Entré entonces en una magnífica habitacion, y me encontré enfrente de un hombre bajito con ojos saltones y brillantes que parecia un mono, magníficamente vestido con una casaca de terciopelo de color de naranja bordada de plata. Aquel hombre no me llegaba á la cintura.—¿El objeto que os trae aqui es sin duda muy urgente? me dijo con una vocecilla aguda.—Muy urgente; y además tengo prisa, y no estoy acostumbrado á esperar.—¿No traeis una carta de Omodei? Si señor, aqui está. Isola la tomó, la leyó, y con una sonrisa diabólica, como la de una bruja, me dijo:—¿Sois el coronel Latreaumont? y al mismo tiempo parecia que examinaba si eran exactas las señas que debian darle en la carta.—Lo mismo que vos el baron de Isola.—Conque, señor coronel, continuó con su aire burlon, esa pobre Francia va contando sus últimos luises y empieza á comprender que vale mas que los guarde en sus bolsillos que no en las arcas del tesoro? ¿Con que esos honrados ciudadanos empiezan á conocer que es muy duro el látigo del señor? Pues yo creia que no lo habian de advertir hasta que tuvieran las bolsas vacías y las espaldas desolladas; pero al cabo se deciden esos pacíficos señores.

Al oir á aquel bribon hablar de este modo de la Francia, se me subió la sangre á la cabeza; direis que no estaba esto en armonía con mi conducta en las pasadas guerras civiles; lo confieso; pero lo cierto es que me puse furioso.

—Puede ser muy cierto, coronel, porque en el fondo de los corazones mas endurecidos hay ciertas fibras que puede conmovier un insulto á la patria.

—Pues os juro que vibró la fibra, y tan vigorosamente, que agarré al baron por el brazo y si no le tengo tan asegurado, empieza á dar campanillazos.—¿Coronel, qué haceis?—Nada: es el efecto de vuestro razonamiento, el entusiasmo que me causan vuestras palabras. El bribon del cocinero no adelanta mucho con hacer salsas de agraz (1), es preciso que sepa servir á cada uno segun su gusto. Con la mayor sangre fria me contestó:—A buen hambre no hay pan duro. Esta seguridad de Isola me sorprendió, y habiéndose re puesto del susto que le habia dado, repuso:—Os han dicho que he sido cocinero? Ha sido porque he sabido servir algunos platos delicados; pero el tiempo urge; conque hablemos formalmente.—Pues bien, le dije, vamos al asunto en pocas palabras. Ya habeis visto por la carta de Omodei que mi familia es de Normandía; conozco esa provincia, tengo amigos alli, y bastante influencia; las contribuciones son enormes, el pueblo sufre, los aldeanos se quejan, la nobleza se irrita; yo creo posible una sedicion que podrá producir una sublevacion general en Francia. Ahora decidme: ¿quereis apoyar esta revolucion con vuestro dinero, vuestras municiones y vuestros barcos? Un sí ó un no es lo que pido.

—¿Qué contestó á esa proposicion?

—Despues de haber reflexionado algunos instantes y recorrido con atencion el mapa de Francia, me dijo:—No os hablaré, coronel, del interés que el Imperio y España, que es todo uno, tienen en esa sublevacion; porque si se realiza, si las provincias de Francia se

---

(1) El baron de Isola era autor de un folleto que se titulaba *La salsa de agraz* (en francés verjus), destinado á refutar un escrito de Mr. Verjus, embajador del rey en Suecia. Se publicó bajo el nombre de Fr. Warendorp. Mandó Louvois que se contestara con otro que tenia por título *Consejos al cocinero plenipotenciario*.

declaran independientes, desaparece la unidad monárquica, y no tenemos que temer al coloso que nos asusta; sino se consigue, habremos favorecido desórdenes siempre graves y peligrosos; así pues, nuestra política exige que apoyemos á los sediciosos abiertamente si los acontecimientos ocasionan de nuevo la guerra con la Francia; secretamente, si las cosas continúan como ahora. Pero vos, coronel, que, según me dice Omodei, teneis suma esperiencia de lo que son los partidos, no ignorais sin duda que para hacer una sedición real y considerable es preciso poder enseñar una bandera, poder poner á la cabeza de la revolucion un nombre ilustre, al que quieran unirse y someterse el pueblo y la nobleza; un nombre, en fin, que por la alta posicion de aquel que le lleva pueda dar bastante confianza á los gobiernos extranjeros para sostener eficazmente una rebelion intentada bajo su amparo. Pero, añadió Isola con un tono que me hacia hervir la sangre, aunque seais muy valiente y muy buen caballero, y muy influyente en Normandia, como me asegurais en la carta, francamente, no creo que podais ser el jefe de este movimiento. Pero antes de ir mas lejos, decidme en nombre de qué gran señor obrais, porque me es imposible tratar sin saberlo. De mi discrecion os responde el interés de mi política.

—¿En nombre de qué gran señor? exclamó Van-Enden, que hacia algunos instantes se esforzaba por contener su indignacion: ¿en nombre de qué gran señor? La causa de la libertad ¿no es bastante hermosa, bastante santa, para que se la defienda por sí sola y en su propio nombre? ¿Estraña locura la de los hombres! Se trata de echar abajo un poder de nombre, de casta, de privilegio. é invocan antes de todo para llevarlo á cabo el nombre, la casta, el privilegio.

Latrocaumont se encogió de hombros, no queriendo sin duda chocar abiertamente con el anciano, de que todavia necesitaba, y dijo: JOSÉ VAZQUEZ-YL

—Calmaos, serenísimo doctor, calmaos. Sin duda que esto no os parece muy lógico; ¿pero qué quereis? Siempre se ha hecho lo mismo: ya habeis visto que en todas las sediciones han resonado los nombres de los duques de Borgoña, de Guisa, Montmorency, Bisson, de Rohan, el del marqués de Cing-Marc, y el principe de Condé; siempre han sido grandes señores los jefes de los descontentos. ¿Por qué? Porque el pueblo y los nobles lo quieren así; y además ya sabeis que los carneros siempre marchan detrás de los mansos. Así es que, francamente, aunque tenia deseos de disputar con Isola, no pude menos de conocer que tenia razon, porque os aseguro que, á pesar de la estimacion que profeso al coronel Julio Duhamel Latreumont, no podia admitirle ni proponerle como continuador de los distinguidos sediciosos que acabo de nombrar.

—¿Qué le contestásteis?

—Ya conocéis, mi verdadero amigo, que hubiera aparecido un pécora aventurándome sin base y sin apoyo; y por lo tanto, para eludir toda pregunta, dije que la eminentísima persona de que era agente no me habia autorizado para que pronunciara su nombre hasta despues que le diera cuenta de mi entrevista con Isola.

—Pues bien, coronel, dijo el hombrecillo, cuando me nombreis esa persona y pruebe su participacion en el complot, os repito que si es un hombre de crédito, trataremos sobre la marcha, y no os faltarán ni armas ni municiones. ¿Qué habia de contestar á esto? Me despedí de Isola, monté á caballo y héme aquí.

—Otra vana tentativa, otra esperanza defraudada, exclamó Van-den-Enden con amargura; despues añadió: Siento que los escrúpulos políticos de Wit y las condiciones de Isola hagan fracasar nuestros proyectos; con el apoyo de estos dos creia posible una sublevacion intentada en nombre de la libertad, contaba

con el grito de independencia dado por una provincia; para que contestara toda la Francia. Me he engañado; no hay que pensar en ello.

—¡Cómo, doctor! que no hay que pensar en ello, exclamó el coloso, dando tan violento golpe sobre la mesa, que hizo caer muchos libros. ¡No pensar en ello; en el momento en que todo nos sonríe; en el momento en que podemos contar con el apoyo del Imperio y de la España, con tal que podamos decir un nombre á ese bribon de Isola! Vaya, estais malo, mi venerable amigo.

—¿Y qué pensais hacer ahora, coronel? preguntó friamente el filósofo.

—¿Qué voy á hacer? Volverme á Francia y buscar un gran señor, que descontento de la corte y de sus acreedores, quiera por esta razon librar á su país del yugo que le oprime, y facilitarnos la ocasion de aplicar á mi amada patria vuestro hermoso sistema de República.

Van-den-Enden se sorprendió primero de la seguridad del partidario; despues reflexionó un momento, y por último le dijo:

—Pero no estais proscrito, coronel?

—Proscrito... proscrito... no hay mas que el imperpinente Louvois me aconsejó que viajara; pero como esto entraba en sus miras, seguí su consejo: ahora que entra en las mias el volver á Francia; volveré; por otra parte, como no pesa sobre mi ninguna sentencia, haré una aparente sumision y quedaré en libertad de buscar á mi placer el hombre que nos hace falta para dar buen aspecto á nuestros planes, que llegarán á producir una sublevacion general, como desea el marmiton de S. M. imperial.

—Siempre ha sucedido así, dijo el doctor; cuando la revolucion se levanta con cien brazos amenazadores, entonces viene un jefe nulo, miserable ó ambicioso, de antiguo y noble linaje, que para darla buen espec-

to, como dicen, la impone su nombre; de manera, que la insurreccion, esa protesta, acaba por llamarse Guisa, Borgoña ó Condé!

Despues de algunos momentos de reflexion, y levantando la cabeza con orgullo, dijo el anciano:

—¿Creeis en efecto encontrar en Francia un gran señor que quiera ponerse á la cabeza del movimiento?

—¿Si lo creo? Seguramente, contestó el partidario con su imperturbable presuncion. En la córte bullen muchos señores descontentos, y solo se trata de llegar á tiempo de aprovechar un momento de despecho, de cólera, de ruina, para comprometerlos de tal manera que no se puedan librar. Contad conmigo, mi digno sábio; y que me ahorquen si antes de seis meses no estoy de vuelta con un escudo tan noble como el de los Montmorency, que sirva de bandera á nuestra sedicion. Entonces se ejecutan nuestros proyectos, y jamás se trasplantará la república á un terreno mas fértil que á la Normandía, y sobre todo si echamos las primeras semillas de mi ley de recuperacion libre (proyecto legislativo en favor de los desposeidos, de que hablaremos largamente), en la parte de ciertos feudos de Cracoville y de Charmsy, de que he sido desposeido por la avaricia de mis acreedores, y cuya posesion querria recobrar para gloria de nuestra causa.

—¿Cuándo marchareis? dijo el anciano sumamente pensativo.

—Mañana, despues del desayuno, porque urge el tiempo, y Amsterdam no está tan divertido en el Carnaval como la loca Venecia. Pero, serenísimo doctor, para que el pájaro vuela necesita alas, y yo no tengo ni alas, ni plumas, ni oro, ni plata, ni cobre; del dinero que me disteis no queda nada ó muy poco. Espero que me adelantareis lo que necesito para llegar á Paris, porque en llegando allá digo lo que Juan de Wit: el porvenir es para mí, porque en aquella gloriosa villa

al caballero que tiene una buena espada no le falta que comer, ni dónde alojarse, ni en su bolsa el eterno escudo del judío errante. En tanto vuestros talentos ni son conocidos ni pagados; conquese adelantadme el importe del viaje, y eso mas tendrá que agradeceros la causa de la libertad.

Después de un momento de silencio Van-den-Enden se levantó, sacó el dinero, y dándoselo á Latreaumont, dijo:

—¡Tal vez me engañais! ¡tal vez luego que os halleis fuera de esta casa os reireis del viejo demasiado loco para aventurar lo poco que poseo solo por vuestras fanfarronadas, en vez de emplearlo en socorrer á mis hermanos!... Pero tambien es muy posible que penseis en servir nuestra santa causa, no por afecto á ella, sino por vuestro interés; en fin, como podais servirla, tomad este dinero; si os lo hubiera negado, hubiera tenido un eterno remordimiento de haber podido por mi desconfianza perjudicar al triunfo de mi causa; marchad á Francia á buscar un nombre, puesto que es preciso un nombre, dijo el anciano suspirando.

—Y encontraré ese nombre, mi digno doctor, creedme. En cuanto á reirme de vos, os habeis equivocado; pues aunque soy brutal, pendenciero y avaricioso, y tengo todos los defectos y vicios, cuando me hacen un beneficio y no tengo razones para ser ingrato, no lo olvido. Yo sé que os interesais por la causa que sirvo indirectamente, y no por mí; ¿qué importa? Me habeis socorrido, me habeis auxiliado en una empresa hasta ahora vaga, pero segura de aquí en adelante. Pues bien, venerable doctor, estos son hechos y cosas que jamás olvido. Adios, digno doctor. No tardaremos en vernos, si el diablo no me lleva, dijo apretándole la mano.

—¡Adios, coronel!

Al dia siguiente marchó Latreaumont á Francia.

## SEGUNDA PARTE.

---

### EL GRAN MONTERO DE FRANCIA.

### CAPÍTULO V.

---

#### Las camaristas de la reina.

...Ipsa si velit salus  
servare, prorsus non potest han familiam.

TERENCIO.—*Adelph.* acto IV, esc. 7.

En los primeros dias del mes de mayo de este mismo año de 1669 se hallaba la córte de Francia en Fontainebleau. A lo último de la galería de los ciervos, humeante aun con la sangre de Monadeschi, amante y víctima de Cristina de Suecia, aquella lúbrica amazona que hubiera sido digna de los cantos apasionados de Tasso, se veía una escalerilla que conducía a la habitación de las camaristas de la reina. Aquella habitación era llamada el cuarto de las estufas, porque Francisco I había hecho poner allí esta clase de calo-

ríferos, usados entonces en Alemania. Este cuarto estaba defendido con todas las precauciones imaginable- contra las indiscretas tentativas de los señores de aquella corte hipócrita y libertina: en una palabra, rejas y cerrojos, dobles puertas y ventanas, la habian convertido en una ciudadela inespugnable, despues de cierta aventura que referiremos, aunque sea anterior en muchos años á la época de esta historia.

La duquesa de Noailles, señora de grande y sólida virtud, era en aquel tiempo camarera mayor de la reina, y como á tal le estaba encargada la vigilancia de las amaristas. Supo un dia que por una puerta secreta que estaba oculta detrás de una cama, entraba Luis XIV, que todavía era muy joven, todas las noches al cuarto de las jóvenes: el escándalo era enorme, y con tal motivo la duquesa consultó con su marido que era el honor y la rectitud personificada. Reflexionaron acerca de su deber y de la cólera del rey y el destierro que era consiguiente; pero aquella austera pareja no titubeó un momento en lo que habia de hacer. La duquesa tomó tan diestramente sus medidas, que un dia mientras comia el rey fué tapiada la puerta. Llegó la noche, y Luis XIV quiso entrar en el cuarto á la hora acostumbrada; pero en vano: tiente, busca, y no encuentra mas que tapia por todas partes, Con la rabia en el corazon tuvo que retirarse maldiciendo la vigilancia de la duquesa, á quien culpaba desde luego. En efecto, se informó, y supo que con consejo de su marido habia mandado tapiar la puerta. Al momento les mandó que hicieran dimision de sus cargos, y los desterró á sus tierras de Guyena, á pesar de las instancias de la reina madre.

Despues, por una aparente contradiccion, y pareciendo avergonzarse de este escándalo, pero en realidad por haber encontrado otros medios de conseguir mas oscuramente sus fines Luis XIV, despues de esta aventura hizo rodear la habitacion de las camaristas de

barreras impenetrables, y encargó formalmente á la duquesa de Montansier, nueva camarera mayor, que tomara las mas rigurosas medidas para la vigilancia de las jóvenes. A propósito de esto, y para dar una significacion mas pronunciada á la escena siguiente que así sirve de esposicion á esta relacion, debemos hacer mencion de uno de los rasgos primordiales del carácter de Luis XIV, sus orgullosos y despóticos celos eran tales, que se extendian no solo á las mujeres que le llamaban la atencion, sino tambien á las otras de que no se ocupaba.

Por esta razon estaba seguro cualquiera de incurrir en el ódio ó la cólera del rey, si llegaba á tener en su presencia la mas inocente familiaridad con cualquiera mujer. De aquí provinieron esas dos fisonomías tan distintas de la córte de Francia en aquella época, confundidas por la mayor parte de los historiadores bajo un falso semblante de caballeresco y majestuoso. Nada habia sin embargo mas distante que lo caballeresco y majestuoso, porque si ante el señor se conservaba un exterior hipócrita, una frialdad preciosa que casi rayaba en idiotismo, lejos de su vista, esta insoportable reserva se desbordaba en un cinismo de palabras y un desarreglo de costumbres que sobrepasaba á toda figuracion.

Locura sería creer que el rey imponia á la córte esta reserva aparente por el buen parecer, porque ya se sabe qué públicas y sangrientas mortificaciones hacia sufrir á la reina, obligándola á sufrir que la acompañaran en su propia carroza, y á la vista de la córte, del pueblo y del ejército las dos queridas públicamente declaradas, las señoras Lavalliere y Montespan. No! en Luis XIV esa especie de celos era una consecuencia de aquel ciego y terrible orgullo, del espantoso egoismo que le hacia decir con insolente conviccion: El encanto, la belleza, el arte de agradar... soy yo! ed la misma manera que habia dicho: el Estado soy

yo. Personalidad sórdida, que se encontraba en todo, se extendía á todo y todo lo celaba!

En una palabra, la desgracia, el destierro ó la suerte cruel del príncipe de Conti, del duque de Rorbon, del conde de Guiche, del marqués de Wardes, del caballero de Lorena, del conde de Louvigny, del conde de Soissons, del de san Pablo, del caballero de Grammont, del conde de Bussy, Rabutin y tantos otros; y por último, el odio implacable conque persiguió al desdichado Fouquet, cuyo mayor crimen á sus ojos era haberse atrevido á amar á la señorita Lavalliere, manifiestan con qué avidez se aprovechaba de cualquier pretexto para separar de su corte ó herir á golpe seguro á aquellos cuyo talento ó cuyos triunfos le hacían sombra. Si los celos de este príncipe se exasperaban á propósito de mujeres que no le interesaban, puede juzgarse de la violencia de esta pasión cuando se trataba de alguna de las que obsequiaba. Aunque largo, ha sido necesario este paréntesis para la inteligencia de la escena que vamos á referir.

La corte de Francia habitaba en Fontainebleau, y la habitación de las camaristas estaba, como hemos dicho, al extremo de la galería de los Ciervos; allí había una escalerilla que conducía al cuarto de la canonesa de Vestables, entonces aya; de manera que la única entrada que podía comunicar con la habitación de las jóvenes sometidas á la vigilancia de esta señora estaba en su cuarto. Nada más encantador que el aspecto de este voluptuoso gineux con sus seis camas con colgaduras de damasco gris perla con cordadura encarnada. Una hermosa alfombra turca cubría el pavimento, y las paredes desaparecían bajo magníficos tapices que representaban uno de esos deliciosos idilios de Legrais, entonces tan á la moda. Pastores vestidos de raso, y pastoras de ajustados corpiños guarnecidos de cintas, llevaban sus blanquísimas ovejas á la orilla de un cristalino arroyuelo, y hablaban

de sus amores sentados en un finísimo musgo, en tanto que alegres sátiros los espían ocultos entre los rosales.

Iluminadas por la luz suave y vacilante de una lámpara de plata cincelada con pantalla azul claro, las graciosas figuras pastoriles parecía que se animaban y realizaban así el sueño adorable de yo no sé qué edad de oro, poética, fabulosa é imposible, pero encantadora como todo lo poético, fabuloso é imposible. En el fondo de esta habitación, y enfrente de dos ventanas enrejadas que caían al parque, se veía una gran luna de Venecia con marco dorado; pero en lugar de estar suspendida según la moda de aquel tiempo, estaba empotrada en la pared. Y los mil arabescos que tenía el marco impedían ver unos agujeritos por medio de los que se podía oír todo lo que se hablaba en aquel cuarto, cuyos agujeritos daban á un cuartito que comunicaba por una escalera secreta con el gabinete del rey. En aquel momento se había colocado Luis XIV en su escondite, y estaba con el oído listo, renovando la aventura de San German, que tan funesta fué para la duquesa de Navailles.

Sabiendo que aquella noche estaban solas las jóvenes, porque estaba el aya enferma en París, y que estando presente impedía que obrasen con libertad, contaba el rey por instinto de orgullo y fatuidad aprovechar aquella ocasión en que naturalmente las jóvenes debían hacerse mil confianzas de que sin duda creía iba á ser el único y adorado objeto. Serían las cuatro de la mañana: las ventanas habían quedado abiertas para atenuar los perfumes de numerosos ramilletes de rosas y violetas colocados en grandes vasos de porcelana: todavía era de noche: el cielo magníficamente estrellado y la brisa embalsamada traía el aroma suave de los jazmines del parque, en tanto que el canto suave de los ruiseñores acompañaba deliciosamente al silencio de la noche.

En este viaje, por una singular casualidad, se habían reunido en Fontainebleau cinco de las más bonitas jóvenes de la corte, de las que la mayor apenas tenía veinte años. Eran Maricia de O, Maria de Chavigny, Teresa de Gourville, Olimpia de Montbrun y Diana de San Andrés, viviendo sin cesar en una atmósfera embriagadora que las penetraba por los sentidos y no podían librarse de la influencia amorosa.

Los observadores podrán sacar curiosas inducciones de los hábitos del sueño; inducciones que prueban la analogía que esas actitudes sencillas casi involuntarias ofrecen algunas veces con el carácter natural y verdadero.

Así es que en la habitación donde descansaban aquellas cinco jóvenes se podían observar diferentes contrastes entre las posturas tan diversamente expresivas. Aquí un sueño calmoso, una respiración suave y mesurada que levanta un seno tranquilo sobre el que se hallan modestamente cruzadas dos blancas manos: al aspecto de esa actitud de paz y serenidad; al ver aquella frente brillante como el marfil, en la que no se advierte ninguna emoción. ¿no es fácil de adivinar un carácter indiferente ó perezoso? Tal es en efecto Maria de Chavigny, cuyo cutis de alabastro apenas se diferencia del lino que le rodea.

¿Pero quién es aquella joven de estatura imperial, de facciones vigorosas y regulares que duerme con un sueño tan atrevido, apoyada orgullosamente la cabeza en la almohada sobre su brazo? Sus cabellos negros, largos y espesos caen sobre su morena espalda; un ligero pliegue apenas separa sus cejas, y aunque duerme profundamente, sus mejillas se colorean, sus narices pronunciadas se dilatan, y su labio de color de coral un poco saliente se levanta con orgullosa sonrisa. ¿Qué poderosa expresión no se encuentra en esta valiente postura, en aquella figura varonil, sobre todo si se compara esa naturaleza decidida á la fisonomía

tímida, á la actitud temerosa de la jóven que reposando entre los brazos de la amazona parece que se ha refugiado á ellos.

Pero estos indicios no engañan, porque la morena Diana es voluntariosa, apasionada, y nada hay mas sencillo y mas sensible que la rubia y encantadora Teresa que ha despreciado las órdenes de su aya viniéndose al lecho de su amiga para hablar de sus esperanzas y de sus proyectos, y de los sueños que tanto atormentan á los diez y seis años. ¡Admirable oposicion la de estas dos naturalezas que por sus contrastes se hacen valer tan maravillosamente! La una delicada y esbelta; la otra noble y varonil; aquella de un color tan vivo que parece le ha adquirido al deslumbrador reflejo del Asia; esta, de una blancura tan azulada, tan vaporosa, que se diria que estaba velada por los pálidos rayos de la luna. Ahora, ¡qué cuadro mas encantador que esta otra jóven con cútis de nieve y mejillas sonrosadas! Su respiracion sosegada y su pequeña boca entreabierta deja ver unos dientes de perlas.... ¿Qué cosa hay mas graciosa que aquellos torneados brazos suspendidos sobre su cabeza como las asas de una ánfora? Esta es Olimpia, alegre, bulliciosa, burlesca, y sobre todo enamorada.

Por último, Mauricia ocupaba el quinto lecho de aquella habitación, y ofrecia un extraño contraste con sus compañeras. No se habia dormido, sin duda, sino despues de haber llorado mucho tiempo; porque sus pálidas mejillas tenian el sello de las lágrimas, y su cabeza parecia que todavia se apoyaba sobre la mano que la habia sostenido durante sus meditaciones; pero era de tan rara belleza, que parecia un dibujo de Rafael. Su figura, sin ser estremadamente bonita tenia un grande encanto, debido á su indefinible expresion de bondad, tristeza y resolucion; sobre su alta frente se dibujaban las cejas estremadamente separadas la una de la otra, y tan estrechas que se hubiera creido

estaban hechas por el pincel de un indio, en tanto que las sedosas pestañas que cubrían sus cerrados párpados eran tan largas que parecían rodearlos de una aureola: cosa rara, en fin, esta fisonomía espresiva no tenía un solo rasgo que no llamara la atención, y desde el momento que se la veía era imposible olvidarla. Su cutis, de una blancura mate, pero deslumbradora, contrastaba de una manera estraña con lo negro de sus ojos, y daba á sus miradas estraordinario atractivo. Sueño doloroso, convulsivo, de bruscos estremecimientos, que hacían traición á las emociones punzantes de aquella alma, ya profundamente alterada por el disgusto; porque ya veremos cuál fué la sublime resignación de esta jóven, cuya escesiva y fatal pasión por Mr. de Rohan parece digna de los tiempos heróicos.

Pero el silencio que reinaba en aquella habitación no duró mucho tiempo; porque bien pronto apareció el día, y del mismo modo que su brillo despierta á los pájaros anidados bajo las hojas, desde que los primeros rayos del sol inundaron la habitación con una luz dorada, todos aquellos párpados se abrieron alegres, tristes é indiferentes, y se volvieron á cerrar deslumbrados por el vivo resplandor; porque el despertar tiene sus pronósticos como el sueño. Así es que entre estas jóvenes una parece que sonreía á las esperanzas que la traía un nuevo día; otra echaba de menos amargamente la soledad y el silencio de la noche, tan grata para los afligidos: en tanto que las otras acogían con indiferencia este día que creían sería como tantos otros. La primera que se despertó fué la alegre Olimpia. Viendo á sus compañeras dormidas, no quiso disfrutar sola del espectáculo de una hermosa mañana de primavera, porque apenas abrió sus grandes ojos azules, alegres y brillantes, cuando con voz argentina llamó á las otras.

—Vamos, Diana la gloriosa, Maria la indolente, Teresa la tímida, Mauricia taciturna, bastante habeis

dormido; despertaos. Vereis que nunca tan hermoso sol ha pronosticado un hermoso dia. La caza de hoy será magnífica. ¡Qué felices somos de que no haya estado aquí el aya, que nos hubiera estropeado tan hermoso dia!

Esta voz, que satisfacía la impaciente curiosidad de Luis XIV, que hacia media hora que estaba encerrado en su escondite, despertaba á sus compañeras.

—Yo, dijo Teresa con una voz sonora, mirando tímidamente á su compañera Diana, espero que si vamos á cazar podré disfrutar de esta diversion desde el carruaje, porque desde allí se puede ver sin temor y sin fatiga.

—¡Quires callarte, miedosa! dijo Diana; ¡qué afeminada eres! preferir una pesada carroza al placer de montar un fogoso caballo y dar una rápida carrera.

—A mi, dijo Maria estendiendo perezosamente los brazos, no me gustan las cabalgatas; prefiero un paseo por el canal en la hermosa falúa dorada. Nada hay comparable á ese delicioso balanceo! Se va mas aprisa que á caballo, y no se sufren ni las sacudidas de la hacanea, ni el insoportable ruido de la carroza.

—¡Qué hablais, dijo Olimpia á su vez, de carroza, caballos, ni canal?... Lo que vale mas que todo en mi concepto, es oír sentadas á la sombra una buena música, Yo digo: las serenatas sobre todo.

—Sobre todo el paseo por el canal, dijo María.

—El paseo en coche, dijo Teresa.

—A caballo, dijo Diana.

Tan diversos pareceres dieron lugar á mil discusiones que Olimpia reasumió de este modo:

—Convengamos en una cosa, querida: se asegura que todos los gustos son segun la naturaleza, y yo digo que nuestros gustos son segun nuestros amantes; así es que á mí me agradan las serenatas, porque el caballero de San Pablo canta como un ángel. Tú,

querida María, prefieres el paseo por el canal, porque un jóven capitán que yo conozco dirige la falúa en esos paseos. A tí, Teresa, te parece mejor el ir en carruaje, porque cierto pajecillo de S. M. cabalga al lado y va mirándote continuamente. Y tú, Diana, mi fogosa amazona, quieres montar á caballo, porque nadie maneja mejor un corcel que Mr. de Sommorville, caballero del rey.

Luis XIV empezaba ya á impacientarse, porque veía que aunque hablaban continuamente de él, era siempre como accesorio.

—¡Y Mauricia! ¡Mauricia! dijeron todas las jóvenes.

Olimpia continuó á pesar de la mirada triste y suplicante de Mauricia.

—¡Oh! El verdadero nombre de la pasión de Mauricia es un misterio que nadie ha podido penetrar todavía. Se sabe que la agrada la caza hasta el frenesí... pero, ¿quién es el feliz cazador? Esto es lo que se ignora; pero como hay una multitud de arrogantes caballeros en la comitiva del rey, desde el montero mayor el caballero de Rohan, el mejor mozo, el mas galante y el mas magnífico de la corte, hasta mi bonito primo el pequeño Lignerolles, es difícil poder acertar, y mucho mas cuando Mauricia es tan callada.

Si la alegre Olimpia hubiera observado atentamente á Mauricia, y hubiera podido penetrar detrás del espejo que ocultaba al rey, la hubiera chocado el doble efecto que habian producido sus palabras. Al nombre del caballero de Rohan, Luis XIV no habia podido reprimir un movimiento de cólera; pero cuando Olimpia continuó hablando de la pasión oculta de Mauricia, la espresion de las facciones del rey se suavizó un poco, porque creyó sin duda que entre aquellas jóvenes habia una al menos que se ocupaba de su persona. Las mejillas de Mauricia se colorearon ligeramente cuando oyó nombrar al caballero de Rohan;

pero reprimiendo con orgullosa indignacion aquel movimiento, volvió á tomar su rostro el carácter habitual de taciturna melancolía; quedó sumida en una profunda meditacion, y así estuvo durante la escena que se siguió, aunque algunos estremecimientos involuntarios de rato en rato demostraban que no era indiferente al objeto de la conversacion.

—¡Pobre Mauricia! dijo Diana riendo, ya puedes tener cuidado hoy; porque te advierto francamente, que no te perderé de vista en todo el dia; y por el nombre de Diana, esa diosa pagana, te prometo descubrir el misterio.

Mauricia no contestó, y se sonrió haciendo una señal negativa con la cabeza.

—Ya que hablamos de caza, dijo Olimpia, habeis de saber que, segun se dice, el rey y el montero mayor están cada dia mas incomodados, y sé por Lavaradin que no habrán avisado á Mr. Rohan para este viaje, aunque debia venir en atencion á su cargo.

—Sin duda que Mr. Rohan está en desgracia, replicó Diana... Ya lo habia yo previsto.

—Di, bella amazona, dijo Olimpia, ¿quieres tú rivalizar con Nostradamus, el adivino por excelencia?

—Búrlate todo lo que quieras; pero acuérdate que lo dije el año pasado, cuando aquel lance del rapto de la duquesa de Mazarino por Mr. Rohan, por lo que el rey se puso tan furioso.

—O celoso, replicó Olimpia riendo.

—Celoso?... como quieras; pero no te acuerdas que te dije entonces: lo que ha perdido á Mr. de Guiche, Grammont, Rabutin, Lorena, y sobre todo al desdichado Fouquet, perderá tambien á Mr. de Rohan.

—Es cierto.

—Esa es en mi concepto la causa de la cólera del rey contra esos caballeros... ó mas bien, añadió la joven cruzando las manos con aire maliciosamente hipócrita, ó mas bien, los efectos de su gracia; porque el

rey se interesa tanto por el bien de sus súbditos, que se quiere encargar de cometer por ellos la parte mas florida de los pecados capitales. Así es que cualquiera caballero, que celoso de su parte de debilidad humana, quiera ayudarle á llevar la carga, de seguro incurre en su indignacion. Y por desgracia Mr. Rohan pertenece al número de esos tercios.

—Es feliz esa ocurrencia, contestó Diana riendo de la chanza de Olimpia acerca de la caridad del rey. Se parece al gordo Louvois, que parece que quiere cometer él solo todos los pecados de orgullo del reino. Pero á propósito, ¿sabes tú cual es la causa del ódio tan violento que profesa Louvois á Mr. Rohan?

—No; pero compadezco al caballero, porque Louvois es omnipotente en la voluntad del rey. ¿Y de qué procede ese ódio?

—Del motivo mas pueril y mas miserable del mundo; en una palabra, Louvois aborrece á Rohan, porque cuando estudiaban en el colegio, era este tan vivo y atrevido, como pesado y perezoso el otro, y el caballero le sacudió algunas veces de lo lindo. De aqui proviene ese ódio del ministro, que ha sido causa, segun se dice, de que no obtenga Rohan ningun cargo militar correspondiente á su nacimiento.

—¡Ya veis lo que es el destino! exclamó Teresa. Despues añadió: Es preciso que mi abuela pegara tambien en el colegio á madama Vestable, nuestra aya, segun lo que me aborrece.

Esta chanza hizo reir á las jóvenes, por madama Vestable tenia grandes pretensiones de ser una joven-cita. Diana abrazó á Teresa en recompensa de su malicia, y continuó:

—Pero no es esto todo; porque en verdad que ese pobre caballero parece que tiene que combatir lo presente y lo pasado, y ser victima de sus buenas cualidades: ¿no sabeis, amigas mias, lo que le aconteció el otro dia en el juego con el rey?

Al oír estas palabras, Luis XIV no pudo menos de encolerizarse, porque le recordaban una escena humillante para él, en la que Mr. Rohan habia conseguido toda ventaja; pero se resignó por fin, puesto que no tenia otro remedio que escuchar.

—Cuéntanos esa historia, dijeron Teresa y María.

—La referiré con toda exactitud, porque se la he oído contar á la pobre duquesa de Mazarino, que la refería como un lance maravilloso. Pasó un poco antes de la muerte del cardenal, en el cuarto de la reina madre. Jugaba el rey con Mr. Rohan, y el rey habia puesto por condicion que se pagaria en oro de España y no de Francia, porque el de España tenia mejor liga. Rohan perdió mil luises, y á la mañana siguiente le envió á S. M. la suma en una bolsa de brocado de oro con las armas de Francia, y enriquecida además con perlas finas. Mad. Mazarino me decia que aquella bolsa debia haber costado cincuenta luises.

—¡Dios mio! que delicadeza! dijo Maria, en vez de enviar el dinero en un saco.

—Se portó como un gran señor, dijo Olimpia.

—Seguramente; pero no hizo otro tanto el rey, añadió Diana bajando la voz y mirando á su alrededor con una especie de temor involuntario. Recibió la bolsa S. M. y la envió á su caja. Pero habiéndole advertido su tesorero que de los mil luises cuatrocientos eran franceses, S. M. al dia siguiente dijo á Rohan cuando fué á verle á su gabinete: «Señor de Rohan, esos cuatrocientos luises son de Francia: ya podeis enviármelos en oro español, porque os acordareis que esa era la condicion del juego.»

—¡Es posible! exclamaron las jóvenes.

—Yo habia oído hablar de esa aventura, aunque la contaban de otro modo; pero no lo habia creído.

—Ya os he dicho que me la ha contado la duquesa de Mazarino, que estaba presente, lo mismo que

el cardenal. Pero no es esto todo; el caballero de Rohan saludando entonces al rey, con esa gracia encantadora y ese aire, á la vez respetuoso y de noble orgullo, que le es tan propio, se acercó á una ventana que daba sobre el foso (porque esto pasaba en Vincennes) y los arrojó, diciendo al rey: «Señor, puesto que vuestra majestad ha rehusado este oro, no es bueno para nadie.» Una hora despues recibió el oro español en una bolsa tan magnífica como la primera, y se lo guardó.

—¿Lo guardó? preguntó María.

—Lo guardó, contestó Diana. Y habiéndose quejado S. M. al cardenal de la conducta irreverente del caballero en esta ocasion, contestó el cardenal: «¡Qué quereis, señor! Mr Rohan ha perdido como rey y vos habeis ganado como un segundon,» haciendo alusion á que el caballero es segundo de la casa de Guemée.

Es fácil figurarse la exasperacion que sentiria Luis XIV desde el fondo de su escondite, al oir la relacion de esta aventura en que Mazarino le dió tan buena leccion y Rohan se habia conducido tan magnificamente; pero desgraciadamente para el caballero, el rey debia oir todavía otras comparaciones en que siempre habia de llevar ventaja el montero mayor, y bendiciendo la casualidad que le hacia oir tales cosas y alentaba sus proyectos de venganza, se propuso oir hasta el final.

—Confieso que la respuesta del cardenal me parece muy buena, dijo Olimpia; y ya que hablamos de monsieur Rohan, quiero contaros tambien otra historia; pero segun parece, el rasgo es mucho más hermoso, porque á la magnificencia y á la galanteria se une yo no sé qué destello de bondad que conmueve y que honra á la vez á la mujer que la inspira y al hombre que la siente.

—Cuenta pronto, dijeron las jóvenes, cuya curiosidad se había escitado vivamente por este exordio.

—Hubo un tiempo en que Mr. Rohan se ocupaba en obsequiar á... pero no sé si debo decirlo....

—Olimpia, Olimpia, cuéntalo; dijeron las jóvenes acercándose á su compañera y haciéndola mil caricias.

—En fin, dijo Olimpia despues de un rato de meditacion, nadie nos oye; y os advierto que la que llegue á decir una palabra será tan desgraciada como si hubiera inventado esta aventura.

Hubo un tiempo en que Mr. Rohan se ocupaba en obsequiar á cierta hermosa marquesa, blanca como la nieve, que tiene una garganta y unos brazos admirables, los mas hermosos ojos n gros que se pueden ver; su cabello es rubio ceniciento, magnifico, y está dotada del talento mas satirico y mas seductor del mundo; solo que es un poco gruesa y está casada con el mas fastidioso de los marqueses. ¿Comprendeis?

—Ya sé quién es, dijo Diana.

—Y yo tambien, exclamó María, es la hermosa Atenais.

—De Montespan, añadió vivamente Teresa.

A este nombre las jóvenes casi se miraron con espanto.

A las primeras palabras de la relacion de Olimpia, Luis XIV habia tenido un secreto presentimiento del nombre que iba á pronunciar. Despues de algunas palabras no dudó.

Hemos dicho ya que la estraña fatuidad de este principe lo hacia tener crueles celos del presente, del porvenir y de lo pasado; de manera que toda alusion á un sentimiento que no habia inspirado, le enfurecia. Pero hasta entonces, Mad. de Montespan habia sido bastante diestra, ó el terror de los cortesanos bastante discreto, para que el rumor de esta amistad de la

marquesa y del caballero hubiera llegado á los oídos del rey mas que como uno de esos rumores vagos sin fundamento.

Pero la relacion de Olimpia iba á dar á este hecho todo el aire de evidencia y realidad, y cualquiera puede figurarse la horrible ansiedad del rey.

Mr. Rohan obsequiaba á la marquesa de Montepan, digámoslo pronto para acabar de una vez. El rey que obsequiaba á la sensible llorona y coja de Lavalliere, no hallando en ella lo que á él le faltaba, se habia de fastidiar necesariamente.

Un dia oyó á la marquesa hablar mal de toda la corte, pero con esa alegría satirica, con esa burla especial á los Mortemart.

Esta murmuracion chocó al rey, y como la que murmuraba era tan hermosa, no pudo menos de oír con agrado aquellas sátiras.

Sabiendo Mr. Rohan esta rivalidad real, se manifestó mas apasionado que nunca y redobló su galantería; la marquesa por su parte no podia menos de apreciar una insistencia tan amorosa como atrevida que le hacia despreciar la cólera de su señor tan implacable en este punto.

—Comprendo muy bien ese sentimiento, dijo Diana; y yo hubiera despreciado al amante que se hubiera retirado de miedo de tan temible rivalidad.

—En una palabra, el caballero se manifestó á la vez tan triste, tan tierno, imperioso y tímido, y sobre todo tan exigente, que una noche en un paseo que siguió á una funcion que dió la reina en Saint Germain, la marquesa hizo á Mr. Rohan la declaracion mas decisiva y mas encantadora. Entonces el caballero, ébrio de gozo, se quitó una cadena de brillantes que llevaba al cuello, y arrojándolos por el parque dijo: «Que á lo menos no sea este dia de felicidad para mí solo.»

—¡Qué pasión tan extraordinaria se descubre en ese rasgo! exclamó Diana, y cómo admiro esa embriaguez del alma después de una declaración que colmando el corazón de una alegría inefable, le hace desbordar con bondad. Después de tener tal amante, ¿cómo es posible querer á otro?

Estos detalles eran muy exactos para que el rey, prevenido ya por vagas sospechas, pudiera dudar un instante de la realidad de esta aventura; así es que exclamó con una voz sofocada por mil emociones de odio, cólera y orgullo ultrajado:

—¡Atenais!... ¡Rohan! Me vengaré.

Fué tal su abatimiento, que se apoyó en la pared, y abismado en la meditación no oyó durante un rato el resto de la conversación.

—¿Y por quién se ha sabido tan deliciosa galantería? preguntó Teresa.

—La marquesa no tuvo reserva, y encantada de este rasgo lo refirió á su hermana Mad. de Ruanges, que también estaba enamorada de Rohan, con quien ha vivido en mucha intimidad; con gran disgusto de la marquesa refirió esta aventura á Mad. de Cœnvres su íntima amiga. Pero esta señora, que no tiene nada reservado para la toga y la espada, ó lo que es lo mismo, para los señores Bethune y el presidente Tamboneau, les contó la historia, y el menos discreto de los dos, Mr. Bethune, se la confió al caballero San Pablo, que me la ha dicho en confianza, así como yo lo hago ahora.

—¿Por qué causa es ahora la marquesa una de las más terribles enemigas de Rohan? dijo Maria con asombro.

—Tal vez sea la causa, primero, la rabia de haber sido sacrificada á su hermana por el caballero, y después porque sabe los terribles celos del rey y cuánto detesta en amor los precedentes; así es que desea á Mr. Rohan todo el mal posible, para que el rey no

pueda figurarse que han sido amigos; de manera que si necesitara una paja Mr. Rohan para no ahogarse, se la daría mejor la marquesa á Lavalliere para que hiciera pompas de jabon, que es la diversion favorita de esa tonta.

—¡Pobre caballero! dijo tristemente Teresa, ser aborrecido por el rey, la querida y el ministro.

—Y por su madre, que es peor, añadió Diana.

—Es verdad, dijo Olimpia, que la princesa de Guimenee es bien cruel con su hijo, tratándole como madrastra, reteniéndole los bienes, y animando contra él á los acreedores que tiene á causa de su magnificencia.

—Dicen, añadió Diana, que tiene muchas deudas. ¡Qué lástima siendo tan generoso! Los caballeros debían encontrar el secreto de la piedra filosofal.

—Mr. de Rohan se ha ocupado ya de eso; pero ha dejado todo el aparato de la mágia de miedo al diablo, que dicen se le apareció realmente.

—¡Ah! dijo Teresa, si hubiera descubierto ese tesoro, cuántas maravillas se hubieran visto en la córte.

—A propósito, dijo Maria, ¿habeis visto qué bien vestido estaba el otro dia en casa de la condesa de Soissons? ¿visteis qué encajes tan magníficos llevaba? El puño de su espada dicen que valia diez mil escudos.

—¿Y el baston de marfil, rodeado de un sarmiento de coral con hojas de esmeralda y racimos de záfiro?

—Lo cierto es que tenia una presencia tan arrogante, que al entrar en la galería todo el mundo decia que tenia aire real.

—¿Cómo real? ¿crees que se parece á S. M?

—¡Oh! no. Digo real, para espresar todo lo que hay en el mundo mas imponente y gracioso. El rey es her-

moso sin disputa; pero de una belleza bien diferente de la de Mr. Rohan.

Estas palabras sacaron al rey de la especie de éxtasis en que estaba sumido, pensando en los medios de vengarse de Mr. Rohan.

Al oír su nombre, unido de nuevo al del caballero, prestó atención inquieta y colérica á la conversacion.

—Vamos, señoritas, con franqueza, ¿á quién preferiais? ¿al caballero, ó al rey? preguntó Olimpia.

—No es fácil de contestar, dijeron Teresa y Maria.

—Pero decidlo.

—¿Me preguntas que si preferiria á un rey ó á un buen mozo? dijo Diana.

—Eso es.

—Pues bien: aunque el caballero fuera como un Adonis y el rey como un mónstruo, direis que soy muy rara, però preferiria al rey.

—Por vanidad, por orgullo.

—Sin duda; ¿por qué habia de ser?

—Tienes razon, repuso Olimpia.

—¿Qué horror! esclamó Maria.

—Cállate, tonta; ¿qué sabes tú? Has de saber que de cien mujeres, las noventa y nueve por lo menos sacrificarian á todos los Adonis del mundo al placer de ver á sus pies á aquel á cuyos pies se prosterna todo el mundo.

Luis XIV creia su cualidad de rey de tal manera identificada con su persona, que no conoció á primera vista lo ofensiva que era esta preferencia, que se dirigia solo á adorar la corona sin ocuparse de la frente que la llevaba; pero lo restante de la conversacion acabó de desengañarlo.

—Yo creia al principio, dijo Diana, que me preguntabas á cuál preferiria, si á Mr. Rohan ó á S. M. siendo los dos caballeros y sin corona.

—Eso ya es otra cosa, Diana; y para contestar

francamente, te confesaré que preferiria mil veces á Mr. Rohan, á condicion que siendo los dos caballeros no pusieran en la balanza una corona, por pequenita que fuese, ni aun como la de Polonia ó Portugal.

—¿Sin corona? replicó Diana; pues yo preferiria al momento á Mr. Rohan.

—Yo tambien, dijo Maria.

—Yo lo mismo, añadió Teresa.

Luis XIV acababa de ser instruido cruelmente, y comprendia mejor la distincion entre el hombre y el rey, y su rábia se aumentó, no solo contra Mr. Rohan, sino tambien contra estas jóvenes, que pagaron mas tarde la indiscrecion de su confianza, porque se suprimieron sus plazas.

—El rey es muy buena figura, dijo Olimpia, pero me parece que vá muy derecho.

—Y despues, añadió Diana, come tanto y tan glotonamente...

—A mí, dijo Maria, me incomoda el que no monte á caballo ni aun para cazar; siempre vá en carruaje, y parece que tiene miedo.

—Yo, añadió Olimpia, lo que me permitiria reprehender en S. M., es que no tiene mucho cuidado con su persona, al contrario de Mr. Rohan, que parece á una coqueta, y sobre todo no olvida to las aquellas cosas indispensables á un amante que quiere agradar. El rey no se afeita sino cada tres dias, y ese cinismo no sienta muy bien en un principe enamorado.

—En un rey galante, dijo Teresa; me parece que un monarca que ha tomado al divino Febo por emblema, debia siempre lucir por la elegancia.

En este momento entró Mad. Vatable, y cesó la conversacion, y poco tiempo despues llegaron las doncellas, y las jóvenes no se ocuparon ya mas de su toilette.

Estas imprudentes jóvenes no supieron jamás el

terrible foco de venganza y de ódio que habian encendido en el corazon del rey; y viendo este que no continuaba la conversacion, se volvió á su gabinete. Allí se echó en un sofá para descansar de tan terribles agitaciones y reflexionar acerca de sus proyectos de venganza.

Despues de una hora de meditacion, se levantó tranquilo: al verle se hubiera dicho que estaba su ódio satisfecho. Se marchó á su cuarto, y se acostó á fin de que pudieran hacerse todas las ceremonias acostumbradas cuando se levantaba. Cuando entró el ayuda de cámara, dió el rey la órden de que no se hiciera mas que lo que se practicaba cuando estaba enfermo, á fin de evitar la presencia de Mr. Rohan; pues á pesar de lo elevado de su cargo, no tenia el honor de entrar en aquellos dias, absolutamente reservados á los príncipes de la sangre y á los embajadores.

Despues anunció al primer gentil-hombre de su cámara que cazaria aquel dia, y mandó espresamente que se avisara al montero mayor, y fijó la hora de la reunion á las doce en punto en la plazuela de la Venta del diablo.

¿Cómo es que á pesar de sus intenciones respecto á Mr. Rohan daba órdenes tan formales para la caza, en la que debia encontrarse el montero mayor y tener inevitables y frecuentes conversaciones con el rey?

En el capitulo siguiente explicaremos el motivo de esta aparente contradiccion.

---

## CAPÍTULO VI.

---

Spumantemque dari, pecora inter  
inertia, votis.

Optat aprum, aut pulvum descen-  
dere monte leonem.

VIRGIL.—*Æn.* IV. 158.

A la parte meridional del bosque de Fontainebleau, del lado de Thomery, hay una ancha plazuela, á la que vienen á desembocar seis calles que parecen los rayos de una estrella de que este punto es el centro. Entonces se llamaba la encrucijada ó plazuela de la Venta del diablo, porque segun una antigua tradicion, se decia que el diablo habia escogido esta parte de bosque para aparecerse mas particularmente y recibir allí á los que estaban en relaciones con él.

El sitio era muy á propósito para citas diabólicas: nada hay mas solitario ni mas agreste; al horizonte se veian las enormes rocas grises y desnudas de la Mala Montaña, de donde salian algunos abetos de som-

brío y triste follaje, y alrededor de la Venta del diablo se veían encinas seculares de sombra impenetrable rodeadas de espinos, entre los que se destacaban enormes pedazos de piedra blanca caprichosamente cortados por la naturaleza, y que vistos de lejos destacándose de entre estas bóvedas de sombrío verdor, parecían estatuas gigantescas de los malos espíritus.

A pesar de su infernal reputación, la Venta del diablo había sido designada como punto de reunión para la caza de aquel día, según las órdenes reiteradas y aparentemente tan contradictorias y tan inesplicables de Luis XIV.

Eran las ocho de la mañana. Sentado al pie de un poste verde de seis brazos, en cada uno de los que se leía el nombre de un camino, un hombre acompañado de un perro hacia los honores á un canastillo de provisiones que tenía á su lado. El hombre tendría unos cincuenta años; su rostro moreno respiraba salud, fuerza y buen humor unidos á esta especie de gravedad casi melancólica, particular á los que han vivido mucho tiempo en la contemplación habitual de las grandes soledades de la naturaleza. Este hombre tenía sobre sus vestidos una especie de colete de piel de cabra; llevaba botines de piel, y de su sombrero de ala ancha se escapaban algunos cabellos grises. A su lado tenía un cuchillo de monte de mango de asta y el collar de su perro. Este hombre era Iban Cloarec, llamado el Trompetero, jefe de los perros ventadores de la montería real, que había venido de los matorrales de Lyon, acompañando al difunto príncipe de Gueménie; que se interesaba por su suerte, porque era hijo de uno de sus guardabosques de Bretaña.

El perro, compañero fiel del cazador, se llamaba Rodomonte; su pelaje liso y blanco se señalaba por grandes manchas de color de naranja, que con algunas señales grises anunciaban que este excelente ventador iba ya envejeciendo; era de mediana talla; pero

sus anchos riñones, su jarreto corto, su cabeza casi cuadrada, sus ojos vivos, llenos de fuego, anunciaban un vigor y una inteligencia poco comunes. Por las atenciones y caricias que le prodigaba su amo se podía juzgar desde luego que le apreciaba sobremanera; pero se concibe fácilmente la estimación de todo cazador á un perro sagaz, cuando de esta sagacidad depende el que se haga buena caza y que se encuentre el animal destinado á ser corrido por toda la trailla. A propósito de esto, nos vemos en la precisión de entrar en algunos detalles de montería para mejor inteligencia de la escena que vá á seguir.

Ya se sabe que durante la primavera, y sobre todo en el estío, los ciervos no salen de los bosques mas que por la noche; entonces van á pastar á la llanura hasta el alba, que vuelven á internarse en la espesura para estar al abrigo del calor y dormir durante el día.

Los bosques bien dispuestos para la caza están rodeados de prados, y divididos interiormente con una multitud de cercas cortadas en ángulos agudos ó rectos, y el ciervo no puede entrar en el bosque sin dejar huella, y una vez emboscado no puede salir sin dejar la misma pista.

Pero como la caza descansa en estas señales, el explorador debe recorrer el recinto al alba, y es tal ya su sagacidad, que por solo estas señales conocen el sexo, la edad y la corpulencia del animal.

Instruido por esta pista, y despues de innumerables fatigas y siguiendo paso á paso, cerca por cerca, y dando las mil vueltas que ha dado el animal, llegan por fin al recinto que ha escogido para descansar. Seguros ya, por las observaciones que han hecho, que se halla allí el explorador, rompe una rama de árbol á fin de conocer el sitio. Despues vuelve al punto de reunion, y dice al primer ojeador que cree tener noticia de un ciervo de tal edad; porque segun regla de

montería, nada se afirma hasta que se vé. El jefe de la comitiva se decide entonces á dejar correr el ciervo. Se envían las paradas de caballos y perros á los puntos reconocidos como paso habitual de los animales, y los cazadores se colocan en el punto que el explorador designa como de retirada.

Al llegar á este sitio, y dejando la trailla de ataque cerca del recinto, penetran los ojeadores á caballo en lo mas áspero seguidos de cinco ó seis alanos viejos y ya experimentados, que son los que han de echar fuera al animal.

Al principio marchan aisladamente por aquí y por allí sin concierto, con sus ladridos breves, inquietos, entrecortados; pero á medida que se acercan al animal, sus gritos son mas frecuentes, sonoros y prolongados; bien pronto tienen ya una feroz union; no es mas que un solo ladrido encarnizado, cuando de repente salta el ciervo delante de los perros, atraviesa la senda, vuelve á entrar en otra cerca, y huye á través del bosque.

Cuando abandona el punto donde se habia retirado, empieza la carrera, y se sueltan las traillas que le persiguen sin cesar hasta que le rinden y le matan. Los caballeros mas atrevidos ó mejor montados son los que siguen las traillas salvando todos los obstáculos que se presentan, á fin de gozar del inteligente y admirable trabajo de los perros, de escuchar la salvaje armonía de sus ladridos, y sobre todo por llegar los primeros al hallair ó la muerte del ciervo.

Para simplificar la esplicacion por un ejemplo, diremos los preparativos que se hicieron para la caza de Luis XIV en Fontainebleau. Este bosque estaba dividido en siete cantones, en los que cazaba el rey alternativamente; y habiendo indicado que queria cazar en el de Thomery, el montero mayor habia designado la Venta del diablo como punto céntrico ó cuartel general.

Desde por la mañana Iban habia mandado á los exploradores que tenia á sus órdenes que recorrieran ciertos sitios, y de este modo á las nueve debia saber, segun la relacion de los exploradores, y por sus propias investigaciones, el número, edad y sitio donde se hallaban los ciervos.

Pero habiendo acabado la exploracion antes que los demás, se halló el primero en el sitio de la reunion y festejaba las provisiones en compañía de Rodomonte.

Poco á poco fueron llegando los demás exploradores; los unos gozosos, los otros descontentos por el éxito de su comision; alegría y descontento que se revelaban por la manera con que trataban á los perros. Gracias á los nuevos canastillos de provisiones, imitaron el ejemplo de Iban.

Serian las nueve y media de la mañana, y era un placer el ver aquellos hombres robustos, ágiles, de buen humor, sentados á la sombra sobre una yerba florida, distribuir con sus inteligentes perros, que no dejaban de mirarlos, un pedazo de fiambre, y dar pruebas de una de esas hambres monstruosas y de esa sed insaciable debida á un vigoroso ejercicio y al aire puro de los bosques.

El que no haya participado de una de esas comidas con semejantes condiciones, no sabrá jamás á qué éxtasis de placer sensual puede elevarse el apetito, aunque no se sirvan á la mesa mas que manjares de lo mas vulgar.

Antes del desayuno habia hecho cada uno su relacion, y solo esperan á Juan Cloërec, llamado el Mogote, encargado de la exploracion de la Venta del diablo, hijo mayor de Iban, que le habia inspirado estremado amor á su profesion, que le hizo abrazar desde niño para que la ejerciera mas noblemente, y se aficionara á ella. Pero bien pronto una voz sonora anunció la llegada del jóven montero, cuya alegría

gozaba una reputacion proverbial. Era un ágil y vigoroso mancebo de unos veinticinco años, ancho pecho, facciones francas y atrevidas, color moreno, y llevaba un sombrero negro, y el mismo traje que sus compañeros, que ora una especie de casaca azul con vueltas encarnadas, con galones de oro y plata, y botines de piel.

—¿Qué hay? dijo Iban.

—Muy bien, padre: dice el refran que si al salir de casa encuentras una jóven, tendrás seguro un diez cuernos; esta mañana al entrar en el bosque me encontré á Guillermita que venia de la capilla de la Magdalena, y ese ventador dió al momento un ladrido, y parecia que ya le habia visto.

—¿Tienes un ciervo grande? dijo Iban con una expresion involuntaria de envidia; ¿tienes diez cuernos?

—Así lo creo, aunque á decir verdad me figuro que es mayor; he visto la pista; es ancha como la boca de Juan.

—Siendo así, dijo Iban despues de un momento de reflexion, puede ser que su ciervo sea un viejo diez cuernos. Pero es preciso decir siempre menos de lo que hay, para que en la carrera haya mas sorpresa.

Despues estendió la relacion con arreglo á lo que cada uno iba diciendo, y viendo que no decia nada respecto á su exploracion, dijo Juan:

—Y vos, padre, ¿por qué no decis lo que habeis encontrado?

—Porque el mas viejo vá siempre detrás de todos.

—¿Pues qué habeis encontrado?

—Un tres cabezas.

—Entonces me toca á mí correr delante del rey.

—¿A qué tiempo cae la madera del ciervo?

—A principio de Abril lo mas tarde.

—¿Y los tres cabezas cuándo mudan?

—A mediados de Mayo.

—Pues bien, estamos en 1.º de Mayo; luego el mio

tiene la madera y el tuyo no la tiene, y debe ser el que corra delante del rey.

—Por San Huberto, ¡qué importa la madera! sostengo que debe ser el mio el que se entregue á los perros.

—No, sino el mio.

La discusion iba siendo ya muy animada, cuando vieron que por una de las calles que desembocaban en aquella plazuela, venia un caballero á todo escape.

—Mirad, dijo Iban, ya viene uno de los gentiles-hombres de la monteria á buscar la relacion, y él juzgara; apuesto á que decide á mi favor.

En efecto, cuando iba el rey á caza, el mas jóven de los gentiles-hombres iba á recibir la relacion del jefe de los exploradores, y despues daba el parte al jefe de la gente de á pié, quien le trasmitia al montero mayor. Este último lo noticiaba á S. M. para que designara el animal que se debia correr. Pero á medida que se acercaba el caballero y pudo distinguirse su traje, quedaron asombrados los exploradores.

—¿Qué diablos es esto? dijo Iban.

—¡Por San Eustaquio! contestó Juan, es uno de esos titeres de la trailla del gabinete.

Para comprender esto, es preciso saber que además del servicio del montero mayor de Francia, Luis XIV tenia lo que llamaban trailla de los perros de gabinete, que era una clase particular para correr liebres, que se habia formado con sesenta perros, mandados por el marqués de Villarceaux-Mornay, que pretendia no depender del montero mayor, porque él era tambien jefe. Esta rivalidad dió lugar á irritantes contestaciones que terminaron diez años despues (1680) por la supresion de la trailla del gabinete; pero entonces estaban en todo su auge. Esta rivalidad descendia hasta las clases mas ínfimas de las dos comitivas, y muchas veces hasta los perros escitados por los monteros tomaban parte en estas disensiones. Fácil es de presumir

el disgusto con que mirarian la llegada de aquel caballero, y la cólera con que supieron su estraña mision,

—¿Dónde está el jefe de los exploradores?

Nadie contestó.

—¿Hablo con sordos?

Entonces se adelantó Juan y le dijo:

—Si habeis perdido vuestra caza, podré deciros dónde la hallareis. Allí abajo he visto cinco ratas que perseguian á una comadreja, y por cierto que no se portaba mal vuestra trailla; con un galope los alcanzais.

Esta ocurrencia fué acompañada con las risas de todos los monteros; pero el caballero que habia escuchado estas impertinencias con sangre fria, se acercó á Juan con aire amenazador y le dijo:

—¿Sabes tú con quién hablas? ¿Sabes que puedo mandar que te muelan á palos, si no me contestas con respeto y obediencia?

—Con respeto y obediencia, contestaron todos; nosotros no debemos obedecer al gabinete.

—Os pregunto á nombre del rey: ¿dónde está el jefe? Contestad, miserables.

Estas palabras «en nombre del rey» producian siempre un efecto poderoso y casi irresistible: asi es que Iban se adelantó diciendo con altanería:

—¡Pues bien! soy yo.

—Entonces dame la relacion.

—¡Mi relacion!

—Sí, tu relacion.

—¡Qué cachaza! venga.

—¿Me tomais por un tonto?

—¿Te atreves á despreciar mis órdenes?

—Seguramente que sí. Os respeto; pero no puedo entregar la relacion mas que á un caballero de la montería.

El caballero hizo un esfuerzo sobre sí mismo para reprimir su cólera, y dijo con una calma aparente:

—Eres un valiente, Iban, lo sé; pero ten cuidado no



te cueste cara tu tenacidad, porque has de saber que el rey ha mandado que venga la trailla del gabinete, á fin de que no vengan los de la montería. Con que venga la relacion, y acabemos.

El caballero habia tomado por una especie de consentimiento tácito el efecto que habia producido su manifestacion; pero se equivocó completamente.

—¡Correr los perros de gabinete los animales que yo he buscado! no puede ser.

—¡No hables una palabra mas, ó te pego una cuchillada!

—No toqueis á mi padre, dijo Juan.

—¡Qué dices, insolente! y le pegó un latigazo en la cara.

Al momento rodó por la yerba, y los monteros le hubieran hecho pagar cara su imprudencia, si Iban no les hubiera contenido.

—Ya pagareis este insulto, sereis castigados. ¡Mi caballo, miserables, mi caballo!

—¡Vuestro caballo! dijo Iban que le habia cogido, le encontrareis en la caballeriza; me servirá para avisar mas pronto al montero mayor y llegar antes que vos.

—¡Cómo! ¿te atreverias?...

—¡Vaya si me atreveré! El caballero de Rohan se encargará de lo demás; yo defendiendo su honor, y él defenderá mi piel, estoy seguro de ello.

—¿Te apoderas de mi caballo?

—Yo no me apodero; me sirvo de él: ya me conoce; y mas de una vez ha sentido mis espuelas; es del derecho de la montería, pero demasiado bueno para seguir á los perros del gabinete.

Despues de este último sarcasmo, Iban se acomodó bien en la silla, en tanto que el caballero, que no podia oponer ninguna resistencia, desapareció por uno de los senderos del bosque.

—Vosotros, hijos míos, tendreis cuidado, y si dentro

de una hora no estoy aqui con la trompa y los perros, como podais espantareis todos los animales, para que no haya ninguno cuando vengan las traillas del gabinete.

Al acabar su arenga apretó vigorosamente las espuelas, y partió al galope para dar cuenta á Mr. Rohan de la pretension injuriosa de los perros del gabinete, ofensa inaudita en los fastos de la montería. Pero antes de contar la entrevista del explorador con el jefe de los monteros, haremos conocer algo mas al caballero de Rohan.

## CAPITULO VII

El montero mayor de Francia.

Quel grand seigneur, etant dans son cabinet, se voyait entouré de ses chiens.

Rohan — Le grand seigneur.

El montero mayor de Francia, que se llamaba Rohan, era un hombre de gran estatura y de gran fuerza, y que se distinguió en la guerra de los cuarenta años. Habia sido un gran capitán, y habia servido con distincion en las batallas de Rocroi y de Lens. Después de haber estado en el exilio, volvió a Francia, y se dedicó a la montería, que era su pasión favorita. Habia fundado una orden de monteras, y habia conseguido que el rey le concediera el título de montero mayor de Francia.

Este título le daba una gran autoridad, y le permitía gobernar a los monteros de todo el reino. Rohan era un hombre muy ambicioso, y quería ser reconocido como el jefe de la montería en Francia. Para conseguir esto, se esforzaba por hacer que el rey le concediera el título de montero mayor de Francia. Pero el rey no estaba dispuesto a concederle este título, porque consideraba que la montería era un deporte de nobleza, y no debía ser gobernado por un solo hombre. Rohan se enfadó mucho con esto, y decidió hacer que el rey le concediera el título de montero mayor de Francia por la fuerza.

---

## CAPÍTULO VII.

---

### El montero mayor de Francia.

Quod petiit, spernit; repetit quod nuper emisit;  
Æstuat, et vitæ disconvenit ordine toto.

HORACIO.—*Epist.* I. 98.

Sin detallar aquí la larga genealogia de los Porthoes-Rohan, fijaremos únicamente la fecha de algunos de los primeros acontecimientos de esta ilustre casa, una de las mas antiguas de Francia, y que orgullosamente llevaba esta divisa.—Rey no puedo; principe no me digno; soy Rohan.

Alain Guethenoc fué el primer vizconde de Porthoes de quien se tiene noticia. En 1026 construia un castillo que llamó Jocelyn ó Josselin, del nombre de su hijo, vizconde de Rennes; este último titulo hace presumir que Guetenoc descendia de los condes de Rennes; pero el que mandó edificar el castillo de Rohan en

1127, que habia de dar nombre á la familia, fué Alain, vizconde de Porthoes, cuarto hijo de Eudon, vizconde de Rennes. En 1572, Juan I, vizconde de Rohan, hijo mayor de Alain VII, casó en segundas nupcias con Juana de Navarra, hermana de Carlos el Malo, rey de Navarra. Tuvo un hijo llamado Carlos de Rohan, señor de Guemenee, que casó con Catalina Duguesclin; y de esta union nació Luis I de Rohan Guemenee. Esta casa se dividió despues en cuatro ramas: 1.ª la de los duques de Rohan; 2.ª la de los principes de Rohan-Guemenee-Montbazon Sonbires; 3.ª la de Gié; 4.ª la de los Pontdera.

Para llegar mas pronto á los hechos que interesan á esta narracion, nada diremos de los principes de Rohan Luis II, III, IV, V y VI, á fin de llegar mas pronto á Luis VII de Rohan-Guemenee-Montbazon, que casó con su prima hermana y tuvo dos hijos, el duque Carlos Montbazon y el caballero Luis de Rohan, montero mayor de Francia.

El caballero Luis de Rohan, que nació en 1636, tenia entonces (1669) treinta y tres años. Todos los contemporáneos convienen unánimemente en que era uno de los hombres mas hermosos y mejor formados de su tiempo.

Dos retratos que se conservan todavía, apoyan estos asertos. Nada mas noble, mas seductor que aquella cara, de un óvalo perfecto y de maravillosa regularidad; la boca pequeña y purpurina; la tez pálida y delicada; los ojos azules, grandes y rasgados, medio velados por un pliegue habitual de los párpados, que dá á las facciones del caballero una espresion de languidez casi femenina.

Si no fuera por un ligero bigote, al ver aquella encantadora figura con un cuello blanco y redondo, rodeado de bucles sedosos de una magnífica cabellera, que caian sobre un rico encaje sujeto con un broche de brillantes, se creeria que era una de las mas bo-

nitas mujeres de su tiempo. Habia que notar una singularidad, y era, que en el cabello, castaño claro, se veia un mechon blanco un poco mas arriba de la sien derecha; este mechon era uno de los rasgos característicos de la fisonomía de Rohan en esta rama, y el mechon de los Rohan; uno solo de los retratos (pintado por Lebrun) ha conservado esta particularidad.

Respecto á lo moral, jamás tal vez ha habido carácter que haya reunido mas contrastes y haya sido menos consecuente y mas inconstante; no tenia igual carácter dos dias seguidos; hoy generoso, altanero, decidido, no retrocediendo ante ningun peligro, temerario como el que mas, como lo demostró en las líneas de Arras y en el sitio de Landrecies; mañana indeciso, temeroso, y sin hacer mas que lo exactamente indispensable para no merecer la nota de cobarde... ¿Puede darse un ejemplo mas estraño de la incoherencia de aquella organizacion impresionable y exaltada como la de la mujer mas nerviosa?... Cuando se dieron los edictos mas terribles contra los duelos, el caballero de Rohan, á pesar de las terribles prohibiciones del rey, desafió á Mr. de Villarceano, comisionando al efecto á Mr. d'Effiat; sirvió á este de padrino contra Mr. de Lude; se batió con un valor admirable por un insulto que no iba dirigido á él; despreció la muerte y el destierro por causa de otro; quince dias despues, en una discusion con el caballero de Lorena, sufrió con la mas inconcebible timidez crueles insultos.

Supersticioso hasta el extremo, asustándose de los presagios, creia en los adivinos, en los alquimistas, y en los secretos tenebrosos; y al mismo tiempo solia entregarse á escesos de devocion, se encerraba ocho dias en un convento y llevaba el cilicio, sufriendo las mas crueles austeridades; pero cuando salia de este piadoso retiro volvia á los mismos terribles desórdenes.

Lo mismo sucedía con su imaginación, que era lo más natural, más sorprendente y más encantador del mundo, aunque le faltaba la instrucción común á los más míseros aldeanos; de manera que no sabía ni una palabra de ortografía.

Sin embargo, á pesar de esta ignorancia, cuando llegaba á saber alguna cosa, hacía apreciaciones de buen sentido.

También debemos tener en cuenta, sin que se entienda que vamos á hacer la apología de los ignorantes, que para ser tan seductor sin conocimiento y sin recurrir á los mil recursos de una instrucción superficial, se necesitaba tener un gran talento natural.

Más pródigo por indiferencia que por otra razón, su generosidad era estremada. Había también en aquella alma inesplicable sublimes rasgos de sensibilidad y de caridad que contrastaban singularmente con el duro y frío egoísmo de algunas de sus acciones. Así es que el aspecto de un desgraciado le hacía derramar lágrimas; y respecto á este punto se refiere una noble respuesta suya.

Viéndole un día el marqués de Grancey derramar su bolsillo en manos de un mendigo que decía que no había comido en tres días, le dijo:

—¿Cómo creéis esas mentiras?

—Aunque se hubiera desayunado, dijo Rohan, ¿quién sabe si podrá comer hoy?

Desgraciadamente tan nobles sentimientos no excluían la necesidad desenfrenada de loca magnificencia que miraba como una consecuencia imperiosa de su condición.

Aunque las rentas de su casa fuesen considerables, la desigual repartición de las posesiones después de la muerte del príncipe Guemenee había hecho que la mayor parte pasara al hijo mayor, y al caballero de Rohan solo le habían quedado algunos bienes y el cargo de montero mayor.

Pero en aquel tiempo era sumamente costoso el ejercicio de este cargo, y aunque le producía cuarenta mil libras, no era nada para el lujo que quería sustentar, y por lo tanto se había visto obligado á contraer enormes deudas.

En la época de que hablamos, estaba en uno de esos momentos temibles y decisivos en que un paso atrás puede salvar una fortuna del abismo, y un paso mas consumirla para siempre. Pero ¿cómo había de tomar una resolución pronta aquel génio tan inconstante y tan débil?

Había que compadecerle. Desde su mas tierna edad había estado entregado indiferentemente á sí mismo. Algun tiempo estuvo en el colegio de las Cuatro Naciones; pero bien pronto lo llevaron al palacio de Guemenec en que su madre y su tia (madama de Chevreuse) hermosas, galantes, espirituales, no se ocupaban mas que en recibir visitas; poco conocido de su padre, que no pensaba mas que en el juego; aborrecido poco despues por su madre, mujer de raro talento y de mucha influencia en la córte, que hubiera podido hacer la suerte de su hijo en vez de abandonarle, vivió Rohan sin freno y sin consejo; ninguna mano severa y paternal cuidó de aquel arbolillo que dió los frutos que pudo, y se entregó sin apoyo á los azares de la vida.

Entonces sin otra enseñanza que la voz de sus pasiones, ni otros remordimientos que el cansancio del placer, se abandonó sin ninguna reserva á los mil caprichosos desvarios de su inconstante naturaleza. Hermoso, jóven, seductor, con su magnificencia, su talento natural, y hasta con esos contrastes de que hemos hablado, llegó á ser encantador y agradó irresistiblemente á las mujeres, que tanto se apasionan de lo inesperado y repentino, y que generalmente están poco dispuestas á prendarse de esos caracteres uniformes y que se adivinan desde el principio, como esos ca-

minos largos, rectos y monótonos que se abrazan de un solo golpe de vista.

Entonces comenzó para el caballero esa increíble multitud de grandes é innumerables triunfos de todas clases, á cuyo lado nada significaban las idealidades de don Juan, una vida amorosa, libertina y apasionada, interrumpida por esas guerras que empezaban en la primavera, porque se temian los hielos del invierno, y acaban antes del estio temiendo los calores de la canícula, pero en las que se batian intrépidamente, aunque con suma coqueteria, porque preferian la yerba fresca y florida á los arenales para cruzar las hojas damasquinas.

Hacia mucho tiempo, y sobre todo desde la escena del juego, que Luis XIV, escitado tambien por los sentimientos de Louvois, manifestaba á Mr. Rohan suma frialdad; le había permitido seguir al ejército, pero como simple voluntario y sin darle ningun grado ni empleo militar proporcionado á su nacimiento: por su parte el caballero, en vez de tratar de vencer ese alojamiento del principe, y no estando aconsejado por nadie, se incomodó, y sus ruidosas aventuras con madama Montespan y la bella duquesa de Mazarino acabaron de perderle en el ánimo del rey.

Pero Luis XIV habia llegado á este punto de odio contra Mr. Rohan, cuando por aquella terrible casualidad asistió á la conversacion de las camaristas, y es fácil conocer lo que experimentaria aquel monarca agujoneado por mil picaduras emponzoñadas por el orgullo, el amor propio ofendido, los celos y la venganza.

El rey debia cazar en este dia, y habia pedido la comida para las once, en vez de la una como tenia de costumbre.

El caballero de Rohan, en los viajes de la corte á Fontainebleau, habitaba el departamento de la perrera, así llamado porque se habia edificado en el sitio en que

Francisco I tenía los perros de caza. La habitación de Mr. Rohan se hallaba en el fondo de este vasto edificio sobre una galería que daba al pátio; habitación suntuosa, adornada con muchos relieves pintados y dorados representando alegorías á la caza y magníficamente amueblada.

Aunque éran las nueve de la mañana, los ayudas de cámara esperaban en el gabinete á que llamara, y el bañero, apostado en la estufa, procuraba que conservara su temperatura el baño perfumado que tomaba todos los días á distinta hora, pero que quería que estuviese pronto en cuanto lo decía. Por fin sonó la campanilla y entró el primer ayuda de cámara y descorrió las cortinas de damasco. Entonces el caballero le preguntó con voz doliente qué tiempo hacia.

—¡Hace un tiempo magnífico, monseñor!

—¿Hace aire?

—No, monseñor, está un día hermoso.

—Entonces cazaré el rey hoy... Vamos, dijo levantándose con trabajo y haciendo traicion por una exclamacion involuntaria al fastidio de los altos cargos, tan envidiados del vulgo y tan pesados para los que los ejercen.

El caballero se puso una magnífica bata, se calzó unas chinelas encarnadas bordadas de plata, se echó negligentemente en un sillón dorado, y abandonó su magnífica cabellera á los cuidados de sus dos peluqueros.

Como ya hemos hecho su retrato, solo diremos ahora que su pierna, su pié y sus manos eran incomparables, y llevaba á tal punto la coquetería por esta ventaja, que se acostaba con unos guantes preparados por Marcial (1) con una composición destinada á conservar la blancura y la elasticidad de la piel. La espre-

---

(1) Famoso perfumista de aquel tiempo.

sion de la cara del caballero era triste y preocupada; se sentia en esa disposicion tan comun á las personas nerviosas y melancólicas en que nada agrada ó todo irrita; y un profundo suspiro ó un movimiento brusco de impaciencia revelaban el disgusto que le consumia.

—¿Qué se dice de nuevo en Fontainebleau? preguntó Mr. Rohan á Dupuis que presidia la toilette de su señor.

—Una gran noticia, monseñor; pero no sé si debo...

—Vamos, habla.

—Pero, monseñor...

—¿Hablarás?

—Pues bien, monseñor, el cazador negro ha estado esta noche en el bosque, se ha oido el sonido de su trompeta, y esto presagia alguna gran desgracia.

—¿Qué cazador negro?

—¡Cómo! ¿monseñor no ha oido hablar del cazador negro, que hace cincuenta años no se le habia visto?

—¡Hace cincuenta años! dijo Mr. Rohan con una sonrisa burlona; pues entonces tendrá ya una edad respetable, y los guardas de montería no tienen que temer mucho de ese cazador furtivo cuando hacen sus rondas de noche.

—¡El cazador negro! exclamó Dupuis con una especie de terror. Es cazador furtivo, pero cazador de almas que coge en sus lazos infernales.

—Espílicate, dijo con viveza Mr. Rohan, á quien estas palabras recordaban sus ideas supersticiosas.

—El cazador negro es el espíritu maligno, dijo Dupuis santiguándose.

—¡El espíritu maligno! ¡qué idea! replicó Mr. Rohan preocupado á pesar suyo. ¿Estás loco, Dupuis? Pero cuéntame lo que sepas, que esto me distraerá.

—Me lo ha contado mi padre, que hace ochenta años era paje del conde de Soisons, jefe de las perre-ras grises de Escocia.

Como paje acompañaba á su señor á la caza; y me

dijo que á principios de Mayo de 1599, corriendo el rey Enrique IV un ciervo en la parte de la Venta del diablo, se habia perdido, cuando oyó detrás de sí el sonido de un cuerno y un espantoso ladrido de perros. Entonces el rey envió al conde de Soisons á ver si era su comitiva, y mi padre siguió al conde, cuando de pronto se presenta un cazador de estatura gigantesca, vestido de negro, con una trompeta de bronce en la mano, enrojecida como si acabara de salir de la fragua, y gritó con una voz espantosa:—¿Qué buscais?

—¿Con que le vió tu padre?

—Sí, monseñor; y él y el conde de Soisons huyeron y fueron á contárselo al rey, que volvió al castillo tan asustado como ellos, porque despues de la aparicion del hombre negro nada se habia oido (1). Pero hay que advertir que el duque de Sully que estaba escribiendo en su gabinete próximo al jardin, oyó muy cerca este mismo ruido, en tanto que los verdaderos monteros, caballos y perros de carne y no infernales iban hácia Masoury de la otra parte del rio. De manera que en el mismo dia esta caza misteriosa se oyó en dos... y probablemente en mil partes á la vez.

—Es muy estraño en efecto, dijo Rohan muy pensativo; y despues añadió con aire de incredulidad verdaderamente afectado: ¿pero no te han engañado?

—Convengo, monseñor, en que es muy espantoso; pero es muy creible, porque en varios paises se han visto espectros iguales. Uno de mis tios que era guardabosque del rey Carlos IX, dijo á mi padre que por su desgracia habia visto en los bosques de Lyon á un

(1) Esta aparicion es tradicional en Fontainebleau. Todo induce á creer que se debe en parte á los efectos de acústica producidos por los ecos de las rocas. Tambien es probable que algun atrevido cazador hubiera explotado la supersticion general para aprovecharse impunemente. Véase la historia de Fontainebleau in fol. 1656.

espectro que para castigarle por haber dado muerte á un cazador furtivo, le dió un golpe en la frente; y lo mas horrible es que mi tio conservó hasta su muerte la señal del golpe lo mismo que el dia que se le dió.

Durante esta narracion, Mr. Rohan se quedó pensativo, y asi es que cuando Dupuis concluyó, le preguntó con interés dónde se habia oido al cazador negro en la noche anterior.

—Monseñor, uno de los palafreneros venia esta mañana de Melun y pasaba por el lado de los matorrales de la Mala Montaña, cuando oyó el sonido de una trompa, como si tocaran á la vez diez cazadores, y de repente vió delante de sí un hombre vestido de negro de estatura colosal, montado en un caballo negro tambien. Entonces el cazador negro, porque no podia ser otro, le dijo: «¿Qué buscas?» Exactamente las mismas palabras que dijo el espectro cincuenta años hace á mi padre y al conde de Soisons. El palafrenero se santiguó, y entonces el espectro negro, con una voz terrible y echando fuego por los ojos le dijo:—Monta á la grupa y enséñame á... Ya conoceréis que no esperaria á saber el final de tal peticion: se le erizaban los cabellos. Afortunadamente pudo saltar una cerca y echó á correr por medio del bosque, dejando allí su mula, y ha llegado en un estado que daba lástima; pero lo peor del caso es que...

En este momento fué interrumpido Dupuis en su conversacion, porque entró un criado y dijo:

—Monseñor, Iban ha llegado... trae el caballo medio reventado; suplica á monseñor que le reciba, porque interesa al servicio de S. M. que hable á monseñor al momento.

—¡Iban! ¿Pues qué viene á hacer aquí, en vez de dar su relacion al paje de la monteria? Que entre.

Iban, que se hallaba detrás del criado, se presentó al momento.

Gracias á la velocidad del caballo, animado po

frecuentes latigazos, el vestido del viejo montero estaba en el mayor desorden: la agitacion febril de una rápida carrera, las mil reflexiones afflictivas para su amor propio que habia hecho en el camino, habian exasperado su cólera hasta el último periodo; de manera que cuando se presentó á Mr. Rohan, olvidando que este ignoraba las causas de su incomodidad, fueron estas sus primeras palabras:

—Ya veis, señor, que si la montería sufre esta injuria del gabinete, queda deshonrada, enteramente deshonrada.

Mr. de Rohan, que no comprendia el furor de Iban, no pudo menos de sonreirse al ver la figura grotesca de aquel antiguo servidor de su casa, á quien apreciaba, y que tenia esa especie de libertad que generalmente se concede á gentes de esta clase, á causa de que los mil acontecimientos de la caza ocasionan una especie de familiaridad entre el montero y su amo.

—Vamos, le dijo el caballero, ¿de qué injuria hablas? espílicate.

—¡Ah! no será largo de contar: parece que en lo sucesivo buscarán los animales los monteros, y los correrán los del gabinete.

—¿Qué quieres decir? exclamó Mr. Rohan asombrado.

Iban le contó la escena de la Venta del diablo.

—Es imposible, exclamó Rohan; el rey no puede haberlo mandado. A vista de toda la córte... hacerme tan sangrienta injuria, envilecer uno de los principales cargos de la corona. ¡No, es imposible! ¡y con qué razon me haria esa afrenta!

—El jefe de la montería pregunta si podrá recibirle monseñor; es portador de una orden del rey, dijo Dupuis.

—Que entre al momento, dijo el caballero cada vez mas estupefacto.

El jefe le entregó una carta de Colbert, encargado

entonces de la casa del rey. La carta estaba concebida en estos términos:

*«Al caballero de Rohan, montero mayor de Francia.»*

»Mr.: El rey me manda que os escriba para deciros que quiere que se deje correr hoy á la trailla de su gabinete uno de los animales buscados por los monteros.

»Soy su mas afecto servidor,

»COLBERT.»

El caballero de Rohan palideció, y no habló una palabra. La primera espresion que pudo leerse en su semblante fué un decaimiento doloroso; bajó la cabeza y sus ojos humedecidos se fijaron maquinalmente en la carta que tenia en la mano; despues, poco á poco, el resentimiento de esta ofensa tan ruidosa ó inmerecida animó su rostro, le coloreó de indignacion, se levantó, y aquella noble figura radiante de cólera y orgullo, perdiendo lo que tenia de afeminada, quedó interesante.

—Monseñor, ¿cuáles son vuestras órdenes? preguntó el jefe de los monteros.

—¡Mis órdenes!... dijo Mr. Rohan con una voz firme, aunque ligeramente conmovida por la cólera. ¡Mis órdenes!... son estas: Que todos los pajes y dependientes de la montería de S. M. se vistan de gala y monten á caballo; que todos los que están á mis órdenes se vistan de gala y esperen en formacion en la Venta del diablo. Que se ejecute al momento.

—Pero, monseñor, dijo el jefe indeciso, las órdenes del rey son contrarias... y su cólera...

—A mi solo toea el honor de sufrir la cólera de S. M.; á vos obedecerme.

—Se hará como lo mandais, contestó el jefe saliendo

de la habitacion seguido de Iban, que estaba entusiasmado de la audacia de Mr. Rohan.

—Ahora, dijo á sus ayudas de cámara, traedme mi mejor vestido; que salgan los ricos encajes, los brillantes y toda la pedrería. A los pajes, que ensillen el caballo con la silla de gala; que le pongan el freno de oro, y trencen sus crines con cintas encarnadas.

Despues rompió la carta y la pisoteó; y alterando la divisa de su casa, esclamó con un gesto espantoso:

—¡Ah, rey, ten cuidado... soy Rohan!

## CAPÍTULO VIII.

---

### El estortuario.

¡Neron os escuchaba, señora!

Racine, *Británico*. Acto III, esc. 8.

Aquel día, después de haber comido abundantemente y bebido un vaso de vino de Champagne helado, el único que bebió entonces Luis XIV, se levantó de la mesa y se cubrió, porque por una rara etiqueta él era el único que durante la comida estaba con la cabeza descubierta, porque los demás tenían el sombrero puesto.

—Vamos, señoras, dijo á la duquesa de Lavalliere y á la marquesa de Montespan, que vestidas de gala como tenían que presentarse siempre al rey, esperaban que concluyera de comer para acompañarle á caza. Y todo el mundo bajó la escalera, y se dirigieron al pátio donde se hallaban los carruajes.

La marquesa, que estaba entonces en cinta de su primer hijo, hubiera preferido no ir á caza, porque aunque iba con la duquesa en una especie de calesa guiada por el rey, era un ejercicio muy fatigoso para una persona que se hallaba en tal situacion; pero las órdenes de Luis XIV eran formales, y embarazada y enferma era preciso obedecer, porque su voluntad era implacable; feroz egoísmo, que no tenia consideracion ni aun con la familia real; pues ya se sabe con qué cruel instancia obligó mas tarde á la duquesa de Borgoña á hacer dos ó tres viajes á Marly, que estuvo en poco que no la hicieran perecer.

Luis XIV tenia treinta y un años: «la incomparable y divina belleza» de su rostro, así como «la inexplicable grandeza y majestad» de su estatura, son cosas tan admitidas y miradas como inconcristables, que costará trabajo humanizar el retrato de este semidios. Si se quitaba la peluca, que verdaderamente daba un aspecto, sino imponente, al menos severo y duro, aun á los rostros mas comunes, y aumentaba la estatura dos ó tres pulgadas; si se rebajaban los tacones, que siempre los llevaba muy altos, se veria que la persona del gran rey no tenia apenas cinco pies. Gracias á la adulacion cinica, que no ha temido dar á este príncipe el sobrenombre de Grande, se ha confundido la peluca, la estatura, los tacones y el mérito; se ha creído que Luis XIV era un gran monarca y de gigantesca estatura.

El rey salió el primero del castillo. Desde que llevó una caída corriendo un ciervo, tenia miedo á montar á caballo, y seguia á la caza en un carruaje sumamente ligero tirado por dos vigorosos caballos.

Este carruaje descubierto y con la caja dorada, no tenia mas que dos asientos, ocupados entonces por la duquesa y la marquesa. A bastante distancia seguian el capitán de guardias, el caballero mayor y el montero mayor; despues los pajes y gentil-hombres; por

último, los carruajes de la comitiva, escoltados todos por los guardias de Corps, mosqueteros y arqueros de montería.

Luis XIV tenia aquel dia malísimo humor; no habia dormido, porque estuvo metido en el escondite, como hemos dicho, y tenia una palidez extraordinaria; no manifestaba deseos de hablar con aquellas señoras, y solo parecia dispuesto á guiar los caballos y darlos buenos latigazos cuando no andaban á su gusto. Llevaba una peluca corta, sombrero bordado y traje de caza azul y escarlata con galones de oro.

Segun las órdenes del rey, lá duquesa y la marquesa ocupaban el carruaje, y esto solo bastaria para demostrar, que si sus acciones no eran calculadas, por lo menos tenia Luis XIV un corazon insensible para no comprender todo lo odioso de semejante aproximacion para estas dos mujeres; sobre todo para la desdichada Lavalliere, que resignada, inofensiva, no solo veia acabar su reinado, sino que se veia obligada á sufrir los amargos sarcasmos de una rival orgullosa, insolente, y sobre todo dotada del talento mas cruelmente satirico y burlesco.

Luis XIV no tenia la costumbre de ocultar su cólera á los ojos de los que se veian obligados á sufrir sus consecuencias; y asi es que al subir al carruaje pudieron notar las dos señoras que estaba de malísimo humor.

Segun su costumbre, la Montespan hizo que no lo habia advertido, en tanto que Mad. Lavalliere, conociendo que pagaria el enfado del rey, se puso sumamente triste.

¡Qué extraño contraste el de estas dos mujeres! Madama Montespan, muy adornada, radiante, con mirada viva y atrevida, ocupaba el lado derecho del carruaje, y su anchura aumentaba en razon de su estado, no dejaba mas que un corto trecho á la pobre señorita Lavalliere, que modestamente se apretaba contra el

carruaje para no incomodar á su compañera y escaparse de sus mordaces recriminaciones. La palidez de su semblante resaltaba mas por el sombrío color de su vestido, y sus facciones marchitadas por las lágrimas que vertía en la soledad, decían bastante el orgulloso triunfo de su rival y la increíble dureza de Luis XIV para con ella.

El punto de reunion estaba bastante distante del castillo, y el camino que conducia á aquel punto, aunque muy enarenado, no dejaba de tener algunos baches. El carruaje, que dirigia el rey con toda velocidad, tenia muy mal movimiento, y por lo tanto, á cada instante se sufrían horribles sacudidas, y en una de ellas dijo Mad. Montespan:

—¡Por Dios, no tan de prisa!

Un latigazo vigorosamente aplicado á los caballos fué la única respuesta del rey.

Mad. Montespan no pudo reprimir un movimiento de dolor y de cólera... Pero conociendo que manifestarse afectada de semejante brutalidad ante su rival, seria sospechar de una intencion que no era de su amor propio suponer en el rey, recobró bien pronto su sonrisa.

La señorita Lavalliere, buena y sencilla, conociendo todo lo que debía haber sufrido la marquesa en este cheque, la dijo timidamente:

—Si estas sacudidas os incomodan, apoyáos en mí; trataré de evitarlas, ó por lo menos de hacer que os sean menos dolorosas.

Pero la altanera marquesa habia sentido demasiado el proceder del rey para no aprovecharse de la ocasion de hacer sufrir á su rival la reaccion de una cólera hasta entonces reprimida: así es que contestó con sequedad:

—Os agradezco vuestro apoyo, que ahora cojea sensiblemente.

Esta doble y cruel injuria á un defecto natural y á

un espantoso dolor del alma, arrancó una lágrima silenciosa á la duquesa, lágrima amarga y ardiente que devoró cubriéndose el rostro con la careta de terciopelo que tenia en la mano.

Llegaron por fin al sitio designado. A pesar suyo, Luis XIV temia alguna escena inesperada de parte de Mr. Rohan, cuyo carácter irritable y violento conocia, porque no habia recibido ninguna queja, ninguna reclamación suya contra la orden que le habia trasmitido Colbert; orden humillante, porque sin ninguna razon aparente, Luis XIV habia hecho comenzar la caza y llenar las funciones mas penosas al montero mayor, y despues á la faz de toda la córte reservaba el honor del montero á un simple título, que tenia un cargo creado únicamente para recompensar los servicios de un ayuda de cámara de Luis XIII.

En la escena que iba á tener lugar se iba á decidir de la suerte futura de Mr. Rohan, y durante algunos minutos iba á espantar á la córte de Francia y tener á Luis XIV, el rey despota y absoluto, en la mas cruel perplejidad. Podia empezar una lucha violenta entre el rey y su súbdito; ¿y de qué dependia todo esto? De la aceptacion ó negativa á aceptar por parte del rey una misersble varita de avellano.

Luego que la córte llegó al sitio designado, el montero mayor se aproximó al rey, y en virtud del privilegio de su cargo, daba al rey en el momento de empezar la caza una vara de avellano, destinada á separar las ramas de los árboles durante la caza. Esta varita se llamaba el *estortuario*. Cuando moria el ciervo, el montero mayor debia presentar una pata al rey. Sin duda alguna que no hay cosa mas pueril que el ofrecimiento de la varita y de la pata, y sin embargo, segun las reglas de montería, el derecho de entregar al principe estas dos especies de simbolos, era una especie de supremacia de empleo tan significativa para el montero mayor, como puede serlo una espoleta para

un militar, ó el derecho de cubrirse para un presidente de un tribunal supremo.

Así es que en la hipótesis de que Mr. Rohan viera al rey á la faz de toda la corte rehusando la varita que le ofrecia, aceptaria de mano de un subalterno, ¿no debia el montero mayor considerarlo como un insulto gravisimo? Y sin comparar aqui la posicion de los ofendidos, sino solamente la ofensa, se hallaba Mr. Rohan, tratado de esta manera, en la posicion de un general de ejército, que habiéndolo dispuesto todo para el ataque, se aproxima al rey para pedirle sus órdenes, y viera que el príncipe sin contestarle mandaba á un oficial inferior que tomara el mando de las tropas.

El carruaje del rey, volviendo á la izquierda del camino de Thomery, tomó uno de los que conducian á la encrucijada de la Venta del diablo.

Al ver desde lejos la multitud que habia en la plazuela, no pudo menos el rey de hacer un movimiento de ansiedad colérica, porque presentia alguna escena imprevista: uno de los rasgos pronunciados del carácter de este príncipe, muy aficionado al aparato, era evitar el oír todo aquello á que no estaba preparado á contestar.

Cuando el carruaje estuvo á veinte pasos de la plazuela, se estremeció Luis XIV, porque vió, contra lo que habia mandado, que estaban todos los monteros de gala.

Por un instante contuvo el paso de los caballos, como si quisiera evitar la entrevista que temia; pero pareciendo que habia tomado una determinacion, les dió un latigazo con aire resuelto, y llegó rápidamente al medio de la encrucijada.

Para los espectadores la aparicion de Luis XIV estuvo muy lejos de ser triunfante y pomposa: aquel rey guiando un carruaje en que iban sus dos queridas, visto de esta suerte y con poco aparato, formaba un notable contraste con la actitud y la magnificencia de

Mr. Rohan, como si una fatal casualidad hubiera querido llevar hasta el extremo este paralelo tan ultrajante para el rey y de tan funesta gloria para Rohan.

Fácil es de concebir la emocion profunda y el espantoso silencio que reinó en la multitud de cortesanos que sabian las órdenes que habia dado el rey para que Villarceaux sustituyera á Rohan, esperando el desenlace de esta escena.

Cuando se detuvo el carruaje, se acercó el montero mayor. Jamás habia estado mas hermoso Mr. de Rohan; el ódio, la cólera, el orgullo, la emocion involuntaria que sentia pensando en la gravedad del paso en que se habia comprometido, y que iba tal vez á precipitarle en un abismo de desdichas incalculables, todo esto daba á sus facciones encantadoras una rara expresion de tristeza, audacia y orgullo. En su frente se leia esa resolucion suprema y fatal del hombre que con una palabra vá á jugar su porvenir y su vida.

Llevaba un ancho sombrero negro con galones de oro y plumas blancas; sus hermosos cabellos caian sobre el cuello de encaje; y su traje era azul y escarlata con encaje de oro en todas las costuras. Nada mas espléndido que aquel traje, porque los botones y la hebilla del cinturon bordado que ajustaba á su cintura, y el puño de oro de su cuchillo de monte, todo estaba lleno de rubies y de diamantes que resplandecian con el sol.

Pero lo que parecia no menos incomparable que la gracia con que manejaba el caballo, que aproximó al carruaje haciendo corbetas, era la belleza de tan soberbio animal. Se llamaba Selim, y era de raza árabe y de deslumbradora blancura. Hizo su última corbeta y se aproximó al carruaje. Una especie de estremecimiento sordo se hizo sentir en aquella multitud inquieta, que hacia algunos instantes admiraba la gracia

majestuosa con que el caballero habia atravesado el espacio que le separaba del rey.

Por un movimiento involuntario Luis XIV apretó en su mano el puño de su látigo, se afirmó en su asiento, y esperó al montero mayor con bastante firmeza, en tanto que la duquesa y la marquesa, á fin de ocultar á las miradas curiosas de los cortesanos la espresion de sus facciones, durante esta escena se pusieron las caretas de terciopelo negro, manifestando que querian preservarse así de los ardores del sol.

Mr. de Rohan, con suma calma tomando el estoruario por la punta, ofreció respetuosamente el puño al rey, y despues de saludarle profundamente le dijo:

—Señor, espero las órdenes de V. M. para empezar.

El rey no tomó la varita, y contestó con voz alterada por la cólera:

—Habia mandado á Colbert que os hiciera saber mi voluntad... le reprenderé severamente por no haberme obedecido.

—Os ha obedecido, señor; pero soy yo el que, seguro de no haber desmerecido de la gracia de V. M., desde que tengo el honor de servirle, no he podido creer que fuera esa vuestra suprema voluntad; y todavía me atrevo á esperar que V. M. no querrá herir con semejante afrenta á uno de los grandes dignatarios de la corona.

—Debeis saber que no tengo que dar cuenta á nadie de mi voluntad, y el deber de mis súbditos, y sobre todo de los servidores de mi casa, es someterse á ella ciegamente.

Aunque á los ojos de la córte atenta, este diálogo entre Luis XIV y el montero mayor parecia tranquilo, se conocia que rugia sordamente la cólera comprimida en el rey por la dignidad de su rango, y en el caballero por el respeto innato á la majestad, y por la conciencia de la espantosa temeridad del paso que daba.

—¡Señor! replicó el montero mayor con un sentimiento de irritación y de orgullo causado por las últimas palabras de Luis XIV, la casa de Rohan que cuenta con tantas alianzas de soberanos, se ha creído muy dichosa y honrada en poder servir á la casa de Borbon, y en nombre de estos servicios hechos por mi casa á la vuestra, vengo á reclamar de V. M. la justicia que se me debe y que confío no se me negará.

—No os comprendo, Rohan, contestó el rey con distracción agitando maquinalmente el látigo y dudando al parecer.

—Pues bien, señor, dijo el caballero levantando la voz, pero conteniéndose todavía, haré lo posible porque comprenda V. M. Ayer, yo el montero mayor de Francia, recibí órdenes de V. M. para la caza de hoy. Me ocupé en los preparativos necesarios para la diversion, y ahora me mandais que abandone uno de mis mas preciosos derechos á uno de vuestros oficiales particulares; de esto es de lo que pido justicia, justicia que V. M. me otorgará aceptando el estortuario que tengo el honor de presentarle. Ahora me atrevo á preguntar si ha comprendido V. M.

Era difícil eludir una pregunta tan directa, y Luis XIV, queriendo terminar una escena tan embarazosa, dijo en alta voz á Mr. Villarceaux que se habia acercado poco á poco y tenia otra varita en la mano:

—Villarceaux, mandad que los perros de la montería vuelvan á la perrera, y dadme ese baston; que hoy quiero ver correr la trailla del gabineto.

Despues cogió el estortuario de mano de Mr. Villarceaux y dijo:

—Vamos.

Esta respuesta indirecta á su reclamación era tan ofensiva y de tanta significación para Mr. Rohan, que perdiendo todo comedimiento, sin detener el carruaje

del rey, se acercó de tal modo que no hubiera podido dar un paso mas sin atropellarle, y Luis XIV tuvo que detener los caballos.

Entonces Mr. Rohan, cogiendo la varita por las dos puntas, exclamó con voz fuerte:

—Señor, puesto que V. M. me niega la justicia que he pedido; puesto que tengo la desdicha de desagradar á V. M., y que me trata tan cruelmente á la faz de todos, yo que soy caballero que no puedo sufrir y callarme, desde este dia rompo todo lazo entre mi casa y la vuestra para siempre, asi como rompo esta vara.

Y rompiendo la vara echó orgullosamente los pedazos debajo de las ruedas.

Despues, volviendo su caballo á la parte donde se hallaban los monteros, cogió un bolsillo y se lo echó diciéndoles:

—Adios, amigos míos... tomad para beber á la salud de S. M.

—¡Rohan! exclamó Luis XIV medio levantándose con aire amenazador.

Pero reflexionando que esta salida del caballero colmaba sus votos, el rey añadió con suma sangre fria:

—Rohan, vuestra dimision del cargo de montero mayor queda aceptada.

Despues, dando un latigazo á los caballos, dijo á Villarceaux:

—Vamos.

Y los de la córte, siguiendo el carruaje del rey, pasaron al lado del caballero, que bien pronto quedó solo en la enrucijada, y dando un espolezo á Selim, desapareció por una de las sombrías calles del bosque. Aunque ocultas con la máscara la duquesa y la marquesa, no habian dejado de tomar parte en la escena que se acaba de describir, y por motivos bien diferentes.

La primera, á pesar de su excesiva humildad y de su amabilidad que la hacian sufrir con tanta paciencia los amargos sarcasmos con que la abrumaba sin piedad su imperiosa rival, no podia menos de estar interiormente satisfecha de esta esplosion de cólera del rey contra Mr. Rohan, que se sabia habia sido el amante de la marquesa, porque la señorita Lavalliere sabia por esperiencia con qué dureza la trataba Luis XIV cuando por casualidad se acordaba del desdichado Fouquet, que tan cara pagó la inclinacion que sentia hácia ella, ó la irritacion del rey á propósito de cierto Bragelonne á quien habia amado cuando estuvo al servicio de la duquesa de Orleans.

Mad. Montespan, aunque no comprendia la significacion de las iracundas miradas que involuntariamente la echaba el rey mientras la conversacion con Rohan, estaba sériamente afectada por esta escena, porque preveia una larga série de dias tristes y fastidiosos que debian durar hasta que se calmara el furor del rey, furor cuya recrudesencia no podia explicarse.

Empezó la caza: por fortuna del rey, las órdenes dadas por Iban no se habian cumplido; de manera que el ciervo fué corrido por la tralla del gabinete, y Luis XIV, guiado por Mr. de Saint-Herem, capitán del bosque, iba de plazueleta en plazueleta para ver cómo el animal saltaba las cercas y atravesaba los senderos.

Al llegar á la plazueleta de los matorrales negros, detuvo el carruaje, y la comitiva se retiró el espacio suficiente para que tuviera la libertad de hablar con las señoras sin ser oido. En los movimientos de impaciencia que hacia se conocia que tenia fuertes deseos de reñir con ellas; pero no sabia cómo empezar la discusion, no queriendo dejar penetrar que su cólera provenia de las confianzas de las camaristas, y que su ódio contra Mr. Rohan era el primer móvil de esta incomodidad.

Viendo las señoras que se hallaba en tan irritable disposicion, no hablaban palabra; miraban los árboles, y aguardaban tenazmente á que el rey rompiera el silencio.

—Es preciso confesar, dijo Luis XIV volviéndose hácia ellas de manera que pudiera verlas á las dos, pero sin dirigirse á ninguna, es preciso confesar que si alguna cosa puede hacer olvidar la rara impertinencia de Rohan... que debería castigar como merece... es que al fin me he librado de sus servicios, que me eran ya odiosos.

Las dos señoras solo contestaron con un movimiento de cabeza casi afirmativo. El rey hizo un gesto de impaciencia, y continuó con una espresion de mal disimulados celos:

—Esta desgracia costará sin duda muchas lágrimas á las queridas de tan delicado galan.

Como las señoras se obstinaban cada vez mas en su silencio, sin disimular su cólera dijo con viveza:

—A eso conducen el orgullo, la insolencia y la presuncion unidas á la impiedad. Pero, añadió con furor siempre creciente, ¿quién exaspera así á esos hombres? Las mujeres. Si: las mujeres sin vergüenza que con vergonzosa facilidad escitan el amor propio de esos infelices y les hacen olvidar que no deben ser otra cosa que servidores sumisos... ¿Oís, señoras? Repito que son las mujeres que con bajas y nécias adulaciones les conducen á su perdicion, como sucedió á ese imprudente Fouquet; ¿ois, señorita Lavalliere? Sí, su pérdida... como le sucederá á ese impío de Rohan, ¿ois, marquesa?

A estas palabras, que probaban que el rey perdía todo comedimiento, contestó la duquesa con una lágrima silenciosa; pero la marquesa, sintiendo que su carácter naturalmente imperioso se rebelaba, replicó con un aire á la vez burlon y resuelto, que exasperó á Luis XIV:

—¡Ah, señor!... ¿V. M. cree que las pobres mujeres podamos pervertir á los hombres hasta tal punto? En verdad que V. M. me permitirá que no sea del mismo parecer; porque yo creo, por el contrario, que las alabanzas de las mujeres exaltan el corazón, y que una de las consecuencias de la galantería es el deseo de la verdadera gloria; y si yo no temiese conceder demasiado á nuestro sexo á costa del otro, diría por el contrario que los hombres nos deben sus mas brillantes triunfos y sus magníficas inspiraciones.

—Además, señor, se aventuró á decir Mad. Lavalliere, ¡es tan grato admirar á aquel que se ama!

Luis XIV se enfureció al oír contestar de este modo, y sacudiendo rudamente su peluca, añadió:

—Os digo, señoras, puesto que es preciso hablar claro, que las mujeres conducen á los hombres á su perdición, porque ciertas mujeres, poco recatadas, conceden los mismos favores á los criados que al amo, y naturalmente hacen que los criados quieran elevarse á la altura de los amos. ¿Y qué sucede? Que se echa á los criados, se les encierra, se les castiga, como castigué á Fouquet, y como castigaré á Rohan, si no tiene cuidado.

Y las facciones del rey, ordinariamente de una espresion bastante insignificante, tomaron un aspecto extraño, examinando con atencion el rostro de las dos señoras para sorprender algunas de sus emociones. La señorita Lavalliere continuó llorando, en tanto que la marquesa, con la mayor calma y el mayor desden, se quitó uno de sus guantes perfumados, y con su blanquísima mano sacó de una caja de oro unas partillas, y dijo sonriendo:

—¿Sabeis, señor, que sería conceder mucho á nuestro pobre sexo de perdición reconocerle tan maravilloso poder? ¿Cómo podría ser que igualáramos las condiciones con nuestras bondades, y eleváramos al criado

á la misma altura que al amo, castigándole con una felicidad que daría envidia á su señor?

—No me convencen esas habladurías, dijo Luis XIV interrumpiendo á Mad. Montespan; y puesto que de nada sirven las consideraciones que he guardado, y que es preciso, como dicen, ir al grano, os mando que me digais qué es lo que juzgais de la conducta de Rohan.

—¡Ah, señor! dijo graciosamente Mad. Montespan, que insistía en no querer convencerse de la cólera del rey, ¿cómo descendéis á mandar cuando podeis rogar?

—Eso no es contestar, replicó el rey cada vez mas impaciente; os pregunto si á pesar de todo lo malo en apariencia que me habeis dicho de Rohan para desvanecer mis sospechas, os pregunto si vuestro tierno corazón no sufre cruelmente al ver á tan fino caballero sin empleo y medio arruinado. Vos que le habeis amado tan tiernamente; vos, añadió el rey acentuando lo que sigue con lentitud estudiada, vos, señora, que cuando hicisteis la confesion de vuestro amor á Rohan... despues de una fiesta en Saint German, le inspirásteis tal entusiasmo que os dijo mil tonterías y echó al aire un puñado de brillantes. ¿Me comprendéis ahora?

La marquesa, ultrajada porque se la hiciera aquella recriminacion delante de su rival, y estupefacta por ver tan bien instruido al rey, recobró bien pronto aquella altanería y sangre fria irónica que nunca la abandonaban.

—Me es sumamente sensible tener que confesar que absolutamente no comprendo el sentido de las palabras de V. M.: yo sé que el caballero de Rohan, por su desgracia, ha echado al aire muchas riquezas... y si la alusion de V. M. se refiere á esta loca prodigalidad, me parece la mejor del mundo; pero en cuanto al amor que se supone he tenido al caballero, en cuanto á esas declaraciones, no sé una palabra; son fábulas cuya

moralidad no comprendo. ¿Y no se dice que se ha encontrado en alguna cajita de Mr. Rohan algunas cartas mias, ó alguna banda bordada por mí? Hay algunas buenas almas que no reparan en inventar calumnias con tal que ofendan á V. M.

Por una astucia tan odiosa como hábil, habia tratado Mad. de Montespan de que recayese el peso de la cólera del rey sobre la señorita Lavalliere, trayendo con tanta malignidad á la memoria del rey las cartas halladas en la cajita de Fouquet, y la malhadada banda dada al bragelonés, de quien ya hemos hablado.

Como estos hechos habian sido públicos, la diestra maquesa creia, no sin razon, que este recuerdo debia ser por lo menos tan punzante para Luis XIV, como las sospechas que tenia contra Rohan; porque la escena de Saint German habia pasado secretamente entre el caballero y la marquesa, y esta podia negarlo tenazmente sin temor de ser desmentida. Este cálculo no engañó al rey, porque gozoso de descargar su cólera, sin temer la altanería ó la indiferencia burlona de la marquesa, se dirigió á la señorita y la dijo con extraordinaria dureza:

—Es cierto que si algunas faltas no son dignas de excusa, por lo menos se conciben en las personas que se dejan llevar del fuego y vivacidad de su imaginacion; pero no sucede lo mismo con otras... Estas no tienen la misma disculpa, y deberian procurar hacer olvidar el fastidio que causan por una vida irrepreensible; pero nada de eso en público hacen las mogigatas; y en secreto tienen amores oscuros con personas de poco mas ó menos y...

—¡Qué ciervo tan hermoso! exclamó de repente la marquesa, que queria distraer á Luis XIV con la caza á fin de que olvidara aquellas ideas, que podian ocasionar que la hiciera nuevas recriminaciones cuando hubiera concluido las que dirigia á la duquesa.

A la exclamacion de la de Montespan volvió Luis XIV la cabeza y dejó en paz á la señorita, que sin contestar á las crueles palabras que acababa de oír, no habia hecho mas que sofocar sus suspiros con la careta y el pañuelo.

En efecto, el ciervo acababa de atravesar el camino, y marchaba saltando de una cerca en otra: llevaba bastante delantera á la trailla, y pasó un rato antes que se oyeran los ladridos de los perros, animados por el sonido de una trompa de un vigor poco comun. Aparecieron por fin los perros, y atravesando el camino y saltando de vallado en vallado, se perdieron bien pronto de vista.

—Vuestros perros cazan á las mil maravillas, Villarceaux; una capa los cubriera segun van de juntos. Pero vos que conocéis todas las trompas, ¿me direis quién es el atrevido cazador que sigue á los perros tan de cerca y los anima con una trompa tan sonora y una voz tan penetrante?

—Siento, señor, dijo Villarceaux, no poder complacer á V. M.; pero estoy seguro que no pertenece ni á la monteria ni á la comitiva del gabinete.

—¿Por qué se atreve á aninar á mis perros cuando no es de mi comitiva? dijo Luis XIV estrañamente sorprendido.

Fué inútil que contestara Villarceaux, porque en aquel momento se oyó muy cerca el sonido de la trompa, y apareció un caballero de estatura gigantesca montado en un caballo negro y vestido él tambien de negro. Se detuvo un instante para ver qué direccion habian llevado los perros, y luego que apercibió la pista espoleó vigorosamente á su corcel y desapareció.

Nada de maravilloso habia en este hecho, porque parecia muy natural que un extranjero, dominado por esa embriaguez de la caza, que es preciso haberla sentido para comprenderla, siguiera á los perros.

Se podía considerar como una falta de respeto al rey, pero no debía causar otra impresion á los espectadores de esta escena; pero la estatura gigantesca de este caballero, que habiendo atravesado el camino montuoso en su punto mas culminante, habia parecido mas colosal todavia destacándose sobre el horizonte; el sonido prodigioso de su trompa, su voz de trueno, el atrevimiento y el extraordinario vigor con que acababa de salvar los obstáculos que no se atrevian á vencer los de la comitiva, todo era tan extraño en el desconocido, que el rey y su comitiva no pudieron menos de quedar estupefactos y sentir algun temor.

—¿Quién es ese hombre, Villarceaux, preguntó el rey.

—Señor, lo ignoro.

—¿Le conoce alguno?

—No señor, contestaron todos á una voz.

—Villarceaux, que le arresten y le traigan á mi presencia.

Al momento marchó el capitán de bosques para ver si podía coger á aquel aventurero. El rey siguió adelante, y despues de un cuarto de hora de marcha detuvo el carruaje en una encrucijada, y la marquesa se apresuró á entablar la conversacion con algunas observaciones irónicas y burlonas que siempre divertian al rey.

—¡Dios mio! señor, dijo, permitidme que diga que V. M. ha despreciado el medio mas seguro de coger á ese misterioso cazador.

—¿Cuál es? preguntó el rey, cuya frente se empezaba á desarrugar.

—El haber dicho á las camaristas que vienen á caballo que era un marido muy rico que perteneceria á la primera que pudiera atraparle. Entonces se hubiera visto á estas bellezas impacientes correr desaladas dejando atrás á todos los arqueros del mundo.

La marquesa esperaba muy confiada una sonrisa

real, que debió contestar á esta gracia, cuando vió que se contraían las facciones de Luis XIV, y le oyó esclamar sin poderse contener:

—Las camaristas, en vez de conducirse con modestia, murmuran de toda la córte, tienen amantes, y no guardan reserva ninguna. Las camaristas son bien impertinentes y no tardaré en echarlas.

La marquesa, que ignoraba la escena de la noche anterior, quedó parada, no comprendiendo el motivo de lo que decia el rey; pero como podia dar pábulo á la maledicencia en este punto, porque la señorita de Lavalliere habia sido camarista, dijo como asombrada:

—¡Será cierta esa modestia de las camaristas, señor? Y yo que creia por el contrario que ninguna mejor que ellas sabian disimular una debilidad ú ocultar su felicidad, y salimos ahora con que esas pobres flores tímidas que no se desvanecen mas que á la sombra discreta de la noche, no temen tampoco la luz del medio dia.

—No señora, no temen la luz del medio dia, así como otras temen la media noche en Saint German, replicó Luis XIV que se encolerizaba de nuevo.

—¡Ah, señor! replicó la marquesa, que habia vuelto á desempeñar el papel de ignorancia afectada: algunas veces es de temer mucho mas la luz que la oscuridad, sobre todo para facciones pálidas y descoloridas.

—No quereis comprenderme; pues tampoco comprenderán las camaristas por qué las despido.

—Pero, señor, dijo timidamente la señorita, habiendo de castigar á esas desgraciadas, podria V. M. cerciorarse de si era ó no cierto lo que se dice de ellas. ¡Se miente tanto en la córte!

—En verdad que no debiais atreveros á defender la virtud de las camaristas, contestó duramente Luis XIV.

La señorita, como siempre, sufrió esta injuria y lloró.

Siguió un largo silencio á esta conversacion, y tal vez iba á tomar el carácter que habia tenido, cuando por fortuna de las dos señoras, el cielo, que hacia una hora se cubria de espesas nubes, tomó un aspecto cada vez mas sombrío, y algunas gotas anunciaron bien pronto una de esas tempestades de primavera tan furiosas como repentinas.

Despues de haber mirado atentamente al cielo, Luis XIV se quitó su sombrero con plumas blancas y galoneadas de oro, y dijo á la de Montespan:

—Dadme ese otro sombrero que está en esa cajilla, porque este se puede estropear.

La marquesa hizo lo que el rey la mandaba, no sin sonreirse antes por este rasgo de economía, y luego que Luis XIV se caló su otro sombrero, dió un latigazo á los caballos y dijo:

—Volvámonos, porque amenaza la tempestad.

Y abandonando aquella malhadada caza, volvió á toda prisa á Fontainebleau, á fin de llegar antes que descargara la tempestad que se anunciaba con vivos relámpagos y truenos lejanos. Ahora diremos quién era aquel misterioso y gigantesco cazador á quien no asustaban los truenos, y que librándose de los guardabosques continuaba insolentemente animando á los perros.

---

## CAPÍTULO IX.

---

### La tempestad.

Hic motus animorum, atque hæc certamina tanta,  
Pulveris exigui jactu compressa quiescent.

VIRGILIO, *Geórgicas* IV.

Bien pronto estalló la tempestad con toda su violencia: el trueno sonaba de una manera espantosa; el viento encorbaba los árboles del bosque, en tanto que el eco de las rocas los repetía sin cesar; la lluvia abundante, el aire pesado, la atmósfera abrasadora y la oscuridad profunda, aunque no eran mas que as cinco de la tarde. Hácia el medio de este canton se encontraba lo que se llamaba Pozo de los Ciervos, especie de laguna situada en lo mas espeso y agreste del bosque.

A pesar de la tormenta que cada vez era mayor, un hombre que habia atado su caballo á un árbol,

parecia insensible á todo y se paseaba á la orilla de la laguna tan pronto á paso lento como con precipitacion. Este hombre era el caballero de Rohan. Todo lo orgulloso que se habia manifestado ante Luis XIV, estaba ahora de triste y decaido. Este hombre tan inconstante, casi se arrepentia entonces de su temeridad, y sentia el esplendor que habia resignado con tanta soberbia; en fin, sea sentimiento justo y razonado de las cosas, sea instinto de prevision, se veia entonces con un terror involuntario abandonado á si mismo y sin lazo alguno que le uniera á nadie.

En efecto, la importancia del cargo hereditario que habia desempeñado era tal, que Luis XIV jamás se habia atrevido á mandarle que hiciera dimision. En fin, si Mr. Rohan hubiera sufrido con paciencia la verdadera injusticia del rey, tal vez este príncipe, á quien la completa resignacion apaciguaba algunas veces, le hubiera, si no concedido su antiguo favor, por lo menos hecho mas llevadero el cargo. Pero despues de la escandalosa escena que acababa de ocurrir, no tenia otro recurso que buscar un comprador para este cargo y entrar en la clase desocupada de los mayorazgos. El precio de la venta podia ascender á quinientas ó seiscientas mil libras; pero las deudas del caballero eran numerosas, y si sus acreedores, contenidos hasta entonces por las consideraciones que inspiraba uno de los grandes dignatarios de la corona, no se habian mostrado muy exigentes, desapareciendo esta consideracion con el empleo, y sabiendo que nada tenia que esperar de la córte, los acreedores podian molestarle extraordinariamente.

Las desastrosas consecuencias de su actual posicion eran las que afectaban dolorosamente á Mr. de Rohan; porque como era naturalmente sagaz, veia siempre las cosas bajo su verdadero aspecto; pero la inconstancia y la debilidad de su carácter hacian desgraciadamente inútil esta justa y sana apreciacion de las realidades.

Mr. de Rohan estaba absorto en sus tristes pensamientos, cuando le sacó de su distraccion un espantoso trueno; redoblaba la violencia de la tempestad; los relámpagos se sucedian con famosa rapidez, encontrándose solo en medio de aquel bosque durante tan espantosa tormenta, y cediendo á un sentimiento de terror, muy comprensible en un hombre tan supersticioso y tan débil como lo era algunas veces, quiso volverse á Fontainebleau, y se adelantó para desatar su caballo, que se encabritaba impaciente y asustado. En aquel momento oyó un ruido lejano de perros y una trompeta, y sabiendo que el animal perseguido vendria regularmente á echarse en el estanque, dejó al caballo donde estaba, y esperó con curiosidad.

De pronto vió al ciervo fatigado, con la cabeza baja y el ojo ensangrentado bajar precipitadamente al estanque, detenerse un minuto, entrar en el agua con precaucion, despues levantar la cabeza, escuchar con atencion, con espantosa inquietud, si oía á lo lejos ese incesante clamoreo que le perseguia hacia cuatro horas y le anunciaba una muerte próxima. Pero en el mismo instante el ladrido penetrante de los perros le anuncia que están próximos, y apenas habia empezado á nadar, cuando aparece la trailla en lo alto de la roca, y viendo al ciervo en el agua, redoblan su ligereza, y se precipitan por último en el lago para alcanzar su presa.

Impelido por el viento, el ciervo nadaba con un vigor desesperado hácia unos matorrales que ocultaban á Mr. Rohan, en tanto que este, olvidando por un momento sus tristes preocupaciones esperaba al animal con ese interés natural á los aficionados á caza, y se adelantaba con cuidado al sitio en que debia abordar el ciervo.

De pronto el sonido penetrante de una trompa resuena en sus oidos; Rohan, sorprendido, escucha, mira, y vé á un hombre colosal vestido de negro, mon-

tado en un caballo negro, y no menos gigantesco, que aparece al otro lado del estanque. Entonces el furor de la tempestad estaba en su colmo; los árboles se desgajaban, y parecían desencadenados los elementos; á tan terrible é imponente espectáculo, Rohan no pudo menos de estremecerse, y sus ideas supersticiosas, excitadas por la tradicion del cazador negro, le hicieron que mirara con terror á aquel hombre que para llegar mas pronto á la orilla del estanque atravesaba por puntos que hubieran hecho palidecer á los mas temerarios.

En este momento llegaba el ciervo cerca del caballero; pero el último esfuerzo que habia hecho para salir del estanque le habia fatigado de tal modo que cayó en tierra cuando salió.

Al momento Rohan sacó su cuchillo de monte para desjarretarlo; pero estando aturdido con aquella aparicion, que creia sobrenatural, vacila su mano, tiembla y yerra el golpe; sintiéndose herido el ciervo, se levanta furioso, y bajando la cabeza, carga tan furiosamente al caballero, que embarazado con sus botas no puede correr, resbala, cae, y deja escapar el arma.

Entonces el ciervo redobla sus golpes; el caballero quiere cogerle las astas, pero no puede conseguirlo; los perros no pueden llegar á tiempo, y ya Rohan tenia una peligrosa herida en un costado, y se creia perdido, cuando suena un tiro: el animal herido dá un salto prodigioso, y vá á caer á algunos pasos del caballero; levanta este la cabeza, y vé al otro lado del estanque al hombre negro con su carabina en la mano

—¡Hallali! gritó con voz de trueno, y dando la vuelta del estanque al galope, empezó a tocar la tocata de la muerte del ciervo.

La emocion causada por el peligro de que acababa de librarse tan milagrosamente, unida á sus terrores supersticiosos, habia hecho tal impresion en Mr. de

Rohan, que cuando Latreaumont (porque él era el hombre negro) llegó á su lado, le encontró sin sentido.

Se ocupaba el coronel en desabrochar al caballero, cuando se oyó el galope de un palafren, y vió bien á una mujer vestida de negro á caballo en una blanca hacanea; en cuanto vió al caballero sin conocimiento, se paró, y sin poder ocultar el interés y el susto que la causaba ese espectáculo, dijo:

—¡Qué veo! ¡Mr. de Rohan!... En nombre del cielo, decidme qué le ha sucedido, caballero.

—¡Mr. de Rohan! dijo Latreaumont con un asombro que no pudo disimular; ¡cómo, señora! ¿acabo de salvar al montero mayor de Francia?

—¡Salvarle! ¡pues qué riesgo ha corrido? ¿Está herido? ¿Qué tiene?

Y sin esperar la respuesta ni el auxilio de Latreaumont, saltó de su hacanea Mauricia de O para asegurarse por sí misma del estado en que se encontraba Mr. de Rohan.

Entre tanto Latreaumont, que siempre iba provisto de bebidas espirituosas, sacó de una pistolera un frasco de aguardiente, echó unas cuantas gotas en los labios del caballero, que abrió los ojos; pero viendo á su lado al coronel, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa; pero habiendo visto también á Mauricia, la dijo todavía trastornado y mirando con espanto al gigante:

—En nombre del cielo, decidme, señora, ¿dónde estoy? ¿qué me ha sucedido? ¿quién es ese hombre?

—Casi nada os ha sucedido, dijo Latreaumont echando un buen trago de aguardiente, casi nada. El ciervo os ha embestido, y si no llego tan á tiempo para enviarle tan cortesmente una bala... Por lo demás, hay que hacer justicia á vuestra trailla; cinco minutos mas, y hubieran acabado con él sin la intervencion del mosquete.

—Mil gracias, caballero, dijo Mauricia. ¡Pero qué imprudencia! Porque si no tuviérais tan buena puntería... tan cerca Mr. Rohan... esta idea es espantosa.

—En cuanto á la imprudencia, tranquilizáos, señora, porque yo tengo una carabina mágica con la que mando con tanta seguridad á las balas como vos podeis mandar á vuestras doncellas, dijo Latreaumont riéndose.

—¡Una carabina mágica! repitió maquinalmente Mr. Rohan, que iba poco á poco reponiéndose del susto, pero que todavía se encontraba bajo la impresion del terror; ¿pero quién sois, caballero? ¿á quién debo la vida?

—Si teneis deseos de saberlo, os diré que soy Julio Duhamel de Latreaumont, caballero de Normandía y vuestro mas humilde servidor.

—Jamás olvidaré el favor que acabais de dispensarme: pero mi emocion, mi sorpresa eran tales, que me han ocasionado la mayor incoherencia en mis ideas; y así es que me habeis tenido por loco si habeis atendido á alguna de mis palabras. Y vos, señora, añadió volviéndose á Mauricia; vos, á quien ya tengo la felicidad de conocer, permitidme que os dé gracias por el interés que habeis manifestado; ¿pero por qué feliz casualidad os hallais aquí?

—Seguia con la comitiva del rey, dijo Mauricia sonrojándose, cuando mi caballo se espantó al primer trueno y echó á correr por el bosque. Cuando ya le iba conteniendo despues de una hora de lucha y de carrera, oí sonar una trompa, y creyendo haber encontrado los cazadores me dirigi á este sitio... ¿Pero vuestra herida?

—Es muy leve, señorita; mi banda y el vestido han contribuido á que sea mucho menor, y no me acuerdo de ella sino para considerar que ha servido para que me demostreis vuestra benevolencia.

Después, dirigiéndose á Latreaumont, añadió sonriendo con tristeza y melancolía:

—Siento extraordinariamente que en vez del montero mayor de Francia, sea solo el caballero de Rohan el que pueda manifestaros su reconocimiento.

Pero viendo el asombro de Latreaumont, que no comprendia el sentido de estas palabras, dijo Mauricia:

—En este dia ha hecho el caballero de Rohan su dimision.

—Sí señor, replicó el caballero, desde el medio dia ya no pertenezco á la comitiva del mayor monarca del mundo; ya no soy uno de los satélites de ese sol que alumbra á la Francia.

Al saber esta circunstancia que ignoraba y que por una feliz casualidad secundaba tan maravillosamente sus miras, Latreaumont, no dejando penetrar los sentimientos que le agitaban, contestó con su habitual rudeza:

—Caballero, os juro que estoy tan satisfecho por haberos prestado ese corto servicio, como si fuérais una de las joyas de la corona del gran monarca; porque aquí entre nosotros, por dorada que sea una cadena, siempre es cadena; en tanto que es apreciable la independencia de un caballero libre, que tiene delante de sí juventud y fortuna. Si yo fuera rey, trocaria mil veces mi cetro por semejante vida. Vamos, dijo al caballero señalándole los perros, no dejaremos sin recompensa á esta buena tralla; si quereis les distribuiremos la presa.

El tono jovial de Latreaumont obraba poderosamente en el ánimo del caballero, que, lo mismo que todas las personas de temperamento nervioso é impresionable, ó de ánimo débil é indeciso, sentia la necesidad á pesar suyo de tranquilizarse por el ascendiente de un carácter vigoroso y resuelto.

Habiéndose borrado ya hasta las últimas señales de su terror supersticioso, dijo el caballero:

—No os molesteis, porque ya están dando buena cuenta de él, y no necesitan distribución.

—Pero á lo menos cortaré la pata del animal para ofrecérsela á esta señora, ó guardarla como recuerdo de mi buena suerte.

—Aunque el ciervo pertenece al rey, dijo el caballero riendo, podeis guardaros la pata, porque este honor pertenece de hecho y de derecho al intrépido cazador que despues de haber seguido y animado la caza, como habeis hecho, ha llegado el primero á la muerte del ciervo.

Latreumont separó á los perros á latigazos, y con una destreza poco comun cortó la mano derecha del ciervo.

Hacia algunos minutos que Mauricia le miraba con disimulo, porque experimentaba hácia este hombre un sentimiento de repulsion de que no podia darse cuenta con esa superlativa delicadeza de tacto y esa alta sagacidad de afecto esclusiva de las mujeres, y que es, por decirlo así, nna segunda vista del corazon; tal vez presentia todo lo que habia de emprendedor, atrevido y absoluto en el carácter de este hombre grosero, y por lo tanto temia que por la inesplicable y poderosa atraccion de los contrastes, Mr. Rohan, unido ya al extranjero por el reconocimiento, no se dejara dominar por él de una manera fatal.

Distraida y absorta con este pensamiento, apenas contestaba á las palabras que la dirigia Mr. Rohan, en tanto que Latreaumont le ofrecia la pata del ciervo por pura ceremonia.

Despues de lo que el coronel, siguiendo la costumbre, la colgó del puño de su cuchillo de monte y dijo:

—Ahora, caballero, me parece lo mejor que vaya-

mos á Fontainebleau, porque ya parece que cesa la tormenta y tenemos necesidad de un buen fuego y una sólida colacion, digna conclusion de tal caza.

—Señorita, dijo Rohan á Mauricia, ¿me permitís que os preste mi auxilio para montar en la hacanea?

Habiendo aceptado Mauricia, se hallaron bien pronto á caballo los tres, y siguieron por una de las anchas veredas del bosque.

—Caballero, dijo Mr. Rohan al coronel, si no teneis alojamiento en Fontainebleau, y quereis aceptar uno en el cuarto que me está destinado, tendré mucho honor en recibiros en él.

—No es de despreciar; porque, francamente, me encuentro con el mayor apetito del mundo, con una hambre muy robusta, pues he salido en ayunas de Melun, y al amanecer me he perdido en el bosque, aunque lo conozco mejor que un cazador furtivo.

Durante algunos momentos, estos tres personajes, caminando en silencio, pudieron admirar el majestuoso cuadro de la puesta del sol á través de los claros que habia en el bosque.

Habia cesado la tempestad, y el sol, á punto de desaparecer en el horizonte, iluminaba el Occidente con tintas purpúreas que convertian en granos de oro ó cristal las gotas de agua que habia en las hojas de los árboles ó en los matorrales, en tanto que se sentia embalsamado el aire con el olor de la tierra mojada y con los mas aromáticos y penetrantes perfumes que exhalaban las plantas vivificadas con esta lluvia.

Bella y calmosa tarde de estío, que Mr. Rohan con su volubilidad ordinaria, tomó por feliz presagio.

En esta disposicion de ánimo serena y satisfecha llegó á Fontainebleau, llevando á su derecha á Mau-

ricia, y á su izquierda á Latreaumont, dos séres que entonces le eran indiferentes y que tan fatal y poderosa influencia habian de tener en su vida.

Si quisiéramos servirnos de espresiones ó comparaciones fantásticas, diríamos que tenia á su derecha el ángel bueno, y á la izquierda el génio malo, la joven montada en su blanca hacanea, el gigante en su caballo negro.

---

## CAPÍTULO X.

---

### Reflexiones.

—Vamos, todo esto me agrada, y si sale bien, podremos ir adelante.

SCHILLER.—*Piccolomini*, acto III, esc. I.

Debemos referir ahora por qué sucesion de acontecimientos, bien sencillos por otra parte, Latreaumont, que dejó á maese Van-den-Enden en el mes de Enero, se hallaba entonces en Fontainebleau. Al volver á Francia el antiguo partidario, contaba sobre todo con encontrar algun señor descontento que prestara su nombre á la rebelion que el coronel esperaba fomentár en Normandia con ayuda del baron de Isola. En cuanto á los medios de introducirse cerca de ese futuro señor descontento y decidirle á comprometerse en tan temeraria empresa, hubieran podido embarazar á cualquiera otro que al atrevido partidario, que gracias á

su audacia, tenia bastantes antecedentes para no dudar de nada; por lo tanto, no pensó en las dificultades que se presentaban. Deteniéndose algunos dias en la frontera, Latreaumont escribió á Mr. Brisac, que le habia librado de la cólera de Louvois, y en su carta protestó de su determinacion de vivir en paz si el ministro queria autorizarle para entrar en Francia, y prometia no incomodarle. Brisac solicitó vivamente este favor, que despues de muchas dudas fué concedido por fin al antiguo compañero del mayor de guardias.

El coronel, merced á los auxilios de Van-den-Enden, llegó á Paris y fué á ver á Mr. Brisac, que le prestó algun dinero, y le recomendó de nuevo muy espresamente que estuviera quieto, si no queria ser encerrado en la Bastilla para el resto de sus dias. Una vez en la gran ciudad, así como lo habia dicho al doctor, el coronel se inquietaba muy poco en su porvenir, porque su imperturbable indiscrecion y su destreza en el juego le aseguraban una existencia, si no honrosa, por lo menos segun sus hábitos de holganza y dilapidacion.

En efecto, numerosas ganancias debidas á su habilidad, le permitieron comprar un caballo, tomar un lacayo, y pasearse bajo los arcos de la plaza Real, ó concurrir algunas veces al jardin del Zorro, taberna entonces muy en boga.

Visitaba muy á menudo á Mr. Brisac, al que devolvió fielmente el dinero que le habia prestado, tal vez con objeto de pedirle en otra ocasion; además el cinismo y sarcasmo de Latreaumont, sus inagotables cualidades de jovial convidado, divertian al mayor de guardias, que conociendo hacia mucho tiempo la atrevida familiaridad de su compañero, y evitando toda confianza indirecta, comia muchas veces en su compañía en la fonda, para hablar con él de sus antiguas guerras y departir como soldados viejos.

Sin embargo, Latreaumont no perdía de vista su proyecto de complot. Así es que desde que supo el viaje de la corte á Fontainebleau, alquiló dos habitaciones en Moret para poder seguir las cacerías, siendo, como era, apasionado á esta diversion, y para utilizar todos los informes que le daba de vez en cuando Mr. de Brisac acerca del personal de la corte y de los señores descontentos.

Pero estos últimos eran muchos, á juzgar por la frialdad ó la aversion con que el rey recibía á muchos, y entre otros, sin contar á Mr. Rohan, al príncipe de Conti, al duque de Borbon, Mr. Vendome, el conde de Louvigny, hijo segundo del duque de Grammont, Mr. Soisons, etc.; pero todavía no habia habido ninguna desgracia bastante pública que hiciera concebir esperanzas á Latreaumont, cuando la ruidosa aventura de Mr. Rohan vino, por la mas fatal casualidad, á dar pábulo á los pensamientos del coronel.

En efecto, conociendo en el extranjero la influencia de ciertos nombres, el partidario hubiera podido escoger por jefe ó representante de la sedicion uno de los que acabamos de nombrar, y escogió á Mr. Rohan. La razon era que este antiguo hombre habia brillado con un magnífico esplendor de revolucion, cuando Enrique, duque de Rohan, tio del caballero y uno de los mejores capitanes de los tiempos modernos, jefe indomable del partido protestante, declarándose en abierta insurreccion contra Maria de Médicis, Luis XIII y Richelieu, combatian en todas partes por la conservacion del *Edicto de Nantes*, que era la garantía de los derechos de sus correligionarios.

Despues de la muerte de Enrique IV, su señor y su amigo, prometió lealmente fidelidad á la reina, pero bajo la espresa condicion de que los tratados en favor de los calvinistas serian escrupulosamente ejecutados. Así es que viendo en 1615 que no se tenian en cuenta las promesas juradas, no cumplió su juramento y se

pasó al partido del príncipe de Condé. Asustada la reina con estos primeros síntomas de guerra civil, juró al duque que no serian inquietados los protestantes. Al momento envainó el duque su espada hasta el momento de que subió al trono Luis XIII, que quiso establecer la unidad de la religion católica en Bearne.

Entonces, consecuente al principio de toda su vida de ser fiel á la fé jurada, cuando se era fiel á la fé prometida, sino no, Rohan, abandonando la calma de los campos, sus hábitos estudiosos y pacíficos, volvió á tomar el casco, y vino de nuevo á encargarse de los intereses del partido protestante, y á hacer que pesara sobre él la terrible responsabilidad de una rebelion.

Al solo nombre de Rohan, la Guyena, el Languedoc, el Delfinado se insurreccionan, y el duque, ayudado poderosamente por su hermano el príncipe de Soubise, organiza y disciplina las tropas con una increíble actividad; despues por la valiente habilidad de su estrategia rechazando el ejército real de Tarbes á Montauban, y husa escuchar las proposiciones de Lesguidiers, y atrincherado en Montpellier, aparece un jefe de partido tan formidable y poderoso, que Luis XIII le ofrece no solo su perdon, sino la paz, que el duque, tratando de potencia á potencia, de Rohan al rey, como él decia, acepta y sella con las armas de su casa el 29 de Febrero de 1622.

Como siempre, la principal, la única condicion de este tratado impuesta por Rohan, que jamás quiso oir ninguna proposicion particular ó personal, y aislarse en nada de sus correligionarios, la única condicion de este tratado fué la conservacion del edicto de Nantes. Despues, por un movimiento de grandeza enteramente feudal, habiendo reconquistado los derechos de los suyos, se arrodilló á los pies del rey para pedirle perdon por su rebelion y suplicarle humildemente que no le espusiera al disgusto de tener que escoger entre su

rey y su fé. Cuatro años despues, Luis XIII, á posar del tratado, comenzó á perseguir á los calvinistas; y Rohan, tan infatigable en la ejecucion de sus promesas como la córte en olvidarlas, comenzó de nuevo la guerra civil.

En vano Richelieu le hizo los mayores ofrecimientos si queria abandonar á los calvinistas; Rohan no contesta, y combate con ventaja con el mariscal de Tomines en Languedoc y le rechaza al condado de Foix, en tanto que su mujer defiende valerosamente á Castres contra las tropas del rey.

Por último, Richelieu, temblando ante este gran revolucionario, respetando á pesar suyo aquella cabeza tan independiente que no habia querido humillarse á su sangriento nivel, concluyó un segundo tratado de paz con el duque el 6 de Febrero de 1626, siempre con las mismas condiciones.

Se renovó lo que habia sucedido dos veces; el partido protestante se vió inquietado. En tanto que resiste intrépidamente en la Rochela, sostenido con debilidad por la flota inglesa, confiada con tanta imprudencia al duque de Buckingham, Rohan subleva de nuevo el Vivarais, toma el mando de los insurrectos, y estableciendo el campo en aquellas rocas impracticables, hace una guerra tan sabia como encarnizada, entablando negociaciones con España, Inglaterra y los protestantes del Imperio.

Por último, confiando en el apoyo extranjero, forma los planes mas vastos y mejor combinados, cuando de repente le falta todo y todo le abruma; porque como dice en sus memorias: «Dios que lo habia dispuesto de otro modo, destruyó mis proyectos.» En efecto, Luis XIII, de vuelta de la feliz expedicion de Saboya, encaminó su victorioso ejército contra Rohan y une estas tropas á otras fuerzas tan imponentes, que los calvinistas le abandonaron poco á poco.

Reducido el duque á la mayor estremidad y obligado á refugiarse en los puntos mas inaccesibles, rehusa todo arreglo particular. Cuando Richelieu le mandó á decir que la mayor parte de sus correligionarios se habian sometido, contestó: «Que habian cedido al terror, y que su sumision tenia tanto valor moral como las confesiones que se hacian en la tortura, y que él queria el restablecimiento del edicto y la restitution de los templos á los reformados.»

Por último, tal era el terror que inspiraba, aun desarmado, que el 30 de Julio de 1630 se concluyó otro tratado. Solo pidió Mr. Rohan, y obtuvo, una indemnizacion de cien mil escudos, y de ellos distribuyó 240.000 libras entre los que mas habian sufrido.

Despues de esta terrible lucha se retiró á Venecia, porque decia que mas temia al cardenal como amigo que como enemigo.

Entonces volvió á sus trabajos literarios, terminó sus memorias, los *Discursos politicos sobre asuntos del Estado*, el *Perfecto capitán*, seguido de largas y buenas anotaciones sobre los comentarios de César, y por último su escelente tratado de la *Milicia antigua*.

Durante su permanencia en Venecia tuvo el proyecto de admitir las ofertas del sultan, que mediante un tributo anual le ofrecia la soberanía de la isla de Chipre. Su objeto era atraer á aquel reino las familias calvinistas de Francia si eran nuevamente perseguidas.

Por último, despues de las guerras de la Valtelina, en que tan gloriosamente combatió contra el imperio, vivia pacífico en Génova, cuando Luis XIII, temiendo que tuviera inteligencia con los protestantes, le mandó que abandonara aquel punto, y se retiró á pedir un asilo á su amigo el duque de Sajonia Weimar.

Este príncipe estaba en guerra contra el imperio, y sitiando á Rhinfeld.

Rohan le ofreció su espada, digno precio de esta guerrera hospitalidad. El príncipe acepta, y quiere confiarle el mando de las tropas. Rohan rehusa pidiendo combatir como soldado en el regimiento de Nasau.

«Estoy cansado, dijo alegremente, de mandar como general, y quiero servir como soldado.»

En efecto, sirvió como soldado en este regimiento, y tan bien, que el 28 de Febrero de 1638 recibió una herida de que murió á los pocos dias.

Nos hemos estendido un poco al dar cuenta de la vida del duque para hacer comprender la estremada importancia que Latreaumont creia que daria tal nombre á la bandera de la revolucion, que esperaba ver apoyada en el extranjero. Sin duda que hubiera carecido de sentido al comparar al caballero de Rohan, valiente y dotado de algunas buenas cualidades, pero indeciso, frivole, sin ninguna clientela ni influencia, con el duque de Rohan, gran capitán y profundo político, que podia disponer de un partido considerable, rico, ciegamente afecto á su jefe, cuya fama era europea.

Pero al cabo, el caballero de Rohan, y el prestigio de un nombre tan gloriosamente famoso en las revueltas, no dejaba de tener cierto crédito en el extranjero, y seria aceptado con avidez por Isola. Por lo tanto, Latreaumont, que no conocia al caballero, creyó sin duda, á pesar de los rumores contradictorios que habia acerca de él, que podria servir de bandera á la sedicion de que él se creia el brazo y la cabeza. Solo que desde que juzgó por sí mismo de la posicion de Mr. Rohan, sus ideas relativas á la rebelion de Normandía, si no cambiaron, fueron por lo menos aplazadas indefinidamente; porque lo que queria el coronel ante todo y sobre todo, era vivir lo mas sensualmente posible; no habia pensado en esta rebelion mas

que como un medio desesperado, á falta de otro mejor para subvenir mas ámpliamente á sus prodigalidades.

Así es, que desde su union con Mr. Rohan hizo este cálculo, odioso, pero lógico. Al caballero le quedaban cuatrocientas ó quinientas mil libras despues de la venta de su empleo de montero mayor; debo primero animarle y aun ayudarle á gastar esta suma, aprovecharme despues de su ruina, y ponerle lo mas pronto posible en el caso de conspirar, á fin de asegurarme con su nombre para la rebelion de Normandía que es mi segundo recurso.

Era preciso que Latreaumont tuviera una estraña confianza en su estrella y en su audacia para creer en el buen éxito de semejantes proyectos; pero esta vez no se engañó al juzgar que Mr. Rohan tenia una presa fácil y segura.

Será preciso convenir en que la singular reunion de circunstancias imprevistas que unieron al coronel con el caballero, esplica bastante la clase de esta union. Latreaumont salva la vida al caballero. Esta accion mercede sin duda una eterna gratitud; pero no solo á este rasgo debió el coronel la súbita influencia que adquirió sobre su amigo, sino al solitario abandono en que se encontró Mr. Rohan despues de la escena de la Venta del diablo; porque la reaccion de los resentimientos del rey era entonces tan poderosa en el ánimo de los cortesanos, que buscaban ó rechazaban con igual furor al que sabian que era objeto del afecto ó del ódio de su señor: así es, que los pocos amigos que el esplendor ó la galanteria envidiadas de Mr. Rohan le habian dejado, se alejaron casi atemorizados desde que le vieron en tan profunda desgracia.

¿Qué ventaja tan inmensa podia sacar el partidario de este abandono de Mr. Rohan, tan cruelmente sacrificado á la ira del rey por sus amigos y por su familia? ¿Con qué atrevida confianza vino el coronel á

ofrecerle una amistad sólida, franca, y aparentemente libre de toda bajeza ó ambicion, puesto que se manifestaba el dia de las desgracias, y además el que tendia tan generosamente la mano á Mr. Rohan no le debia nada, por el contrario, él le debia la vida?

Latreauumont era muy hábil para no aprovecharse de tal ocasion, pudiendo, gracias al juego, vivir algun tiempo sin poner á prueba la generosidad de su nuevo amigo. Parecia que le manifestaba una adhesion repentina; pero verdadera, justa y desinteresada, llegando hasta reprenderle por la indecision de su carácter, exaltando el noble orgullo de su rompimiento con Luis XIV.

Poco á poco se fué insinuando en su ánimo ya con lisonja, ya con el sarcasmo. Todo sirvió á las mil maravillas al partidario: desde esta rara pero irrecusable fuerza de las contrariedades, que hace que una naturaleza tímida é irresoluta busque casi siempre el apoyo de un carácter enérgico, hasta las ideas supersticiosas de Mr. Rohan, que sin creer á Latreaumont en estrecha é íntima familiaridad con Satanás, no podia menos de sentir cierto estremecimiento cuando recordaba las circunstancias que habian precedido á su conocimiento.

La vispera de aquella caza fatal, el infernal cazador se habia dejado ver en el bosque. Era Latreaumont, que como él mismo dijo, se habia perdido, y fué á quien vió el palafrenero. En fin, en medio de los relampagos de aquella espantosa tormenta fué cuando le vió por primera vez.

En una palabra, hasta las visiones ó los sueños sirvieron al atrevido coronel, que alentaba las inclinaciones supersticiosas de Mr. Rohan, que afirmaba que un amigo suyo habia visto al diablo en un castillo de Hungría; y de aquí provenian aquellas suposiciones sostenidas por las reticencias de Latreaumont, que le hacian figurar que el coronel tenia pacto con el diablo.

Pensamientos absurdos, pero que ya se verá la influencia que tuvieron en el espíritu nervioso de monsieur Rohan.

Ahora que ya conocemos el carácter de Latreaumont y de Mr. Rohan, y que debemos esperar que cada día tome el coronel mas ascendiente sobre el ánimo y en la casa del caballero, y que acabe como déspota, hablaremos de otros dos personajes, el caballero Augusto de Preaux y la marquesa de Vilars, que con Latreaumont, Van-den-Enden, Mr. Rohan y Mauricia de O completan el número de los principales actores de este terrible drama.

## CAPÍTULO XI.

---

### El feudo de Preaux.

Noble corazón, noble talento.

BURKG.—*La mujer fuerte.*

Entre Euvreaux y Danville se veía entonces una agreste casa de ladrillo, á cuyos lados se veían dos torrecillas de piedras grises; un bosque de encinas seculares se elevaba en anfiteatro hasta la cima de la colina que resguardaba esta morada, dibujándose á lo lejos en sombrías masas de verdor. Al pié de la casa se veía una ancha pradera atravesada por una calle de manzanos que conducía á un puente de madera sobre un riachuelo que servía de límite á la habitación del dueño del feudo.

A fines de Mayo del año 1669, á las dos de la tarde, un caballero vigoroso, anciano, de alta estatura y

buena presencia, que llevaba un sombrero gris, una ropilla de retina negra, unos botines que le llegaban hasta la rodilla, pasó el puente, que resonó con los pasos de su pesada yegua normanda, á que seguía un pótrillo jugueteando.

Era el señor Bartolomé Duchesne, señor de Saint Marcy de Preaux, caballero normando de tan antigua nobleza, que se encuentra en 1256 en la lista de los caballeros que fueron convocados para servir al rey en nombre de sus antepasados, Guillermo de Pratellis, señor de Preaux.

Después de haber servido en la caballería el señor de Preaux y también en la Fronda, había venido á habitar sus posesiones que hacía valer. Cuando el noble campesino estuvo cerca de su habitación, vió aparecer á la puerta de esta á una robusta aldeana con su gorro blanco, que ejercía los oficios de palafrenero y ama de gobierno.

—¿Ha tropezado la Pastora, señor? preguntó la jóven cogiendo el estribo, en tanto que la yegua la acariciaba con una confianza que demostraba sus estrechas relaciones.

—No, Juana, no ha tropezado á pesar de las infinitas piedras del camino.

Después dijo:

—Juana, á las cinco engancharás á la Pastora en el carro.

—¿Es posible, señor? Pobre animal, mas le valía ser pinchado por Gobellin (1).

—Vamos, que no irá mas que á Endreville; con que ya ves que no se morirá.

—¿Vamos á Endreville esta tarde, padre? dijo de

(1) Demonio familiar que decían atormentaba á los ganados.

pronto una voz sonora con una deliciosa espresion de sorpresa y felicidad.

Mr. de Saint Marcy se volvió de pronto hácia donde estaba su hijo mayor, que no era otro el que habia hablado, y dijo:

—Sin duda; ¿y qué hay de estraño en eso, señor invisible, que siempre andais detrás de mí y jamás puedo veros?

—No hay nada de estraño, dijo el jóven besando respetuosamente la mano del anciano; porque en aquella época la nobleza de provincia exigía una profunda sumision de parte de los hijos, no los tuteaba, y no los abrazaba mas que en las ocasiones solemnes. No hay nada de estraño; pero como habian dicho ayer al marqués de Vilars que no iria hasta mañana, creia...

—Pues bien, he mudado de parecer; y si no quereis acompañarme, quedáos á jugar con el cura.

—Nada de eso, tendré sumo placer en acompañaros.

—Entonces acompañame á la mesa antes de ir á Endreville, porque tengo un hambre de todos los diablos.

Pero acordándose de que Juana acumulaba tambien las funciones de sirvienta de los manjares que componia una vieja cocinera, que era la nodriza de Latreaumont, dijo:

—Pero es preciso esperar á que Juana acomode á la Pastora. Vamos á dar una vuelta por el parterre.

Lo que el caballero llamaba gloriosamente su parterre, era un estrecho círculo que habia detrás de la casa rodeada de rosales y árboles frutales, y por este pretendido parterre pasearon padre é hijo esperando la hora de comer.

Guillermo Augusto Duchesne de Saint Marcy, caballero de Preaux, porque por su derecho de primogenitura tomaba el nombre del feudo, tenia apenas 19 años; su madre, hermana de Latreaumont, habia muerto

en 1661, y desde la edad de catorce años, con muy raras interrupciones, el caballero navegaba, como caballero de la orden de Malta, pues habia manifestado vivos deseos de servir en la marina.

Por una casualidad favorable á esta vocacion, el primo de Saint Marcy, Mr. de Tomericourt, caballero de San Juan de Jerusalem, de la venerable lengua de Francia, y del gran priorato de Aquitania, mandaba una de las galeras de la religion. Hombre triste, sombrío, inflexible, pero de fervorosa piedad, de un raro valor y de una exaltacion ascética; este soldado anacoreta, ávido de reformas, contra las costumbres de entonces, se habia dedicado resueltamente á la seria y ruda observancia de los austeros estatutos de su orden á la vez hospitalaria y militar; asi es que el monasterio mejor ordenado no hubiera estado mas inexorablemente disciplinado que lo estaba su valiente y religiosa galera, especie de convento nómada y militar, con monjes guerreros que en el mar dejaban el rosario por la espada, y en tierra vertian el aceite y el bálsamo sobre la llaga de los hermanos enfermos.

Así es que los sentimientos puros y piadosos que le habian inspirado al jóven sus padres, lejos de alterarse con la licencia de la vida militar, se habian afirmado mas por la vida dura, severa y peligrosa que se llevaba á bordo de aquella galera.

Pero á pesar de su rigidez de principios, el caballero nada tenia de falso ni hipócrita en su carácter, disfrutaba de los placeres y diversiones que podia encontrar en las cercanias de la modesta habitacion de su padre, y si cometia alguna falta, la confesaba con franqueza y sin rodeos, porque era incapaz de mentir. Ardiente y generoso, se encontraba en él una bondad tan inalterable, como su desprecio del peligro, intrepidez de que habia dado bastantes pruebas, entre otras en un combate encarnizado contra los turcos, en que,

gravemente herido, debió la vida á Mr. Temericourt, que se vió obligado á retirarle casi á la fuerza del peligro en que se habia lanzado.

Unido á esto, si no un talento profundo, una naturalidad encantadora, y sobre todo preciosa por una esquisita delicadeza de corazon, por un tacto maravilloso que daba una gracia encantadora á sus mas insignificantes acciones, buenas inclinaciones que parecian la herencia de una madre piadosa y amante, así como su valor temerario parecia la herencia de un padre impetuoso y atrevido.

En cuanto á su exterior, debemos decir que tenia una buena figura, aunque su rostro estaba un poco tostado por el sol de Africa y la brisa del mar; pero animado por el brillo de dos hermosos ojos negros, y una sonrisa que dejaba ver unos hermosos dientes. Por último, alto y esbelto, ágil y diestro en todos los ejercicios, cuando ciñendo el cinturon que llevaba su espada su flexible talle, cuando ocultaba su hermosa cabellera bajo un sombrero negro con pluma de color de naranja; Mr. de Saint Marcy al verle cometia el pecado de orgullo, mucho mas que cuando veia sus prados, su bosque y sus rosales.

Solo sentia al pensar en el porvenir de este hijo adorado, ser pobre; porque la renta de tres ó cuatro mil libras que disfrutaba no podia pasar por una gran fortuna, con tanto mas motivo, cuanto que tenia que atender á otros dos hijos que se educaban en los jesuitas de Rouen, y debian ser eclesiásticos; pero fuera bueno ó malo el año, viviendo con la mayor economia, encontraba el medio de reservar veinte luises para poder equipar al caballero cuando se embarcaba. Debemos decir tambien que el anciano preferia á este hijo, no solo porque siendo el mayor se le figuraba que representaba él solo la familia, sino tambien porque de los otros dos el uno era estúpido y el otro manifestaba las mas perversas inclinaciones.

Se concibe fácilmente que esperara con impaciencia los cortos momentos que venia á pasar á su casa en los intervalos de las campañas, especie de despedidas que rompian tan deliciosamente la monotonía de la existencia solitaria del valiente campesino.

Concluido este paréntesis necesario, diremos que Mr. de Marcy buscaba en la *circum ambulation* de su parterre distraccion á su apetito; pero habiendo concluido Juana de cuidar á la Pastora, se ocupó del servicio gastronómico, y avisó bien pronto que estaba servida la comida, con gran júbilo del veterano capitán.

Nada mas sencillo ni mas limpio que el mueblaje del comedor: brillaban todos los muebles como si estuvieran barnizados; el aparador tenia una bajilla de estaño, pero estaba tan esmeradamente cuidada que parecia de plata.

Después de la bendición que el jóven escuchó respetuosamente de pié y descubierto, padre é hijo se sentaron á la mesa, é hicieron honor á una comida sana y abundante que les sirvió Juana.

Después que la sirvienta puso los postres en la mesa se retiró, y entonces el anciano dió al caballero un manojito de llaves, y fué á abrir un armario, del que sacó una botella que colocó con muchas precauciones al lado de Saint Marcy.

—Así me gusta que se trate con todas esas consideraciones á este respetable vino de Burdeos, que en atención á su mucha edad pierde el espíritu si se le trata brutalmente.

Después sonriendo orgullosamente por este juego de palabras, miró asombrado á su hijo y le dijo:

—¿En qué piensas?

—¿Qué?

—¿Qué? Dime: ¿este antiguo amigo me hará olvidar de mi otra amiga?

—No me acordaba.

Y se levantó el joven y fué á buscar de encima de una mesa una larga pipa y una caja de tabaco.

Pero los olvidos del caballero no tenían fin, y su anciano padre buscaba otra cosa que no veía.

—Dime: ¿quieres que haga la injuria á este vino generoso de beberle en un vaso de estaño? Tráeme la taza de plata de mi abuelo.

—¿Me permitís, padre mio, que trabaje en ese barquito que estoy concluyendo para Gabriel?

—Como quieras, aunque tenias tiempo de hacerlo antes de marcharte; pero nuestros vecinos de Endreville son tan buenos amigos, que me agrada que procures complacerles; y pensar en el Gabrielito de nuestra encantadora marquesa, es cogerles por el lado mas vulnerable.

Y el caballero, que se habia sonrojado al oír el nombre de la marquesa, fué á buscar una galera en miniatura en que se puso á trabajar con admirable destreza, en tanto que su padre le contemplaba absorto.

—Jamás he comprendido cómo cinco infelices forzados pueden acostarse en estos bancos, donde están amarrados noche y dia.

—Noche y dia, padre mio, durante la calma y la tempestad, mientras la maniobra y el combate.

—A propósito de combate, dime: ¿dónde te hallabas cuando fuiste herido?

—Aqui, padre mio, y le designó la parte de popa del barquito.

—Dame á ver, dijo el anciano.

Y dejando su pipa cogió el barquito, y despues de haberle contemplado en silencio, dijo con los ojos húmedos y con una espresion de ternura imposible de describir:

—¡La guerra! ¡la guerra!

Acompañando esta espresion con un suspiro dolo-

roso que demostraba la amargura de sus temores y sus angustias.

Pero avergonzándose de esta debilidad, añadió de pronto echando varias bocanadas de humo como para ocultar su emoción involuntaria:

—La guerra es una ruda y noble profesión, que conviene á pobres caballeros que, como nosotros, no tienen mas que la capa y la espada, porque una acción brillante puede hacer su suerte. Además, á vuestra edad se debe tener ambición; no es como en la mía, que solo se desea volver á vivir en paz en la morada de sus padres hasta tanto que llegue el momento supremo de estrechar por última vez la mano de los hijos...

Después de un momento de silencio añadió:

—¡Quiera Dios que tenga yo esta dicha, y que tú, sobre todo... tú!...

—¡Padre mio, qué pensamientos tan funestos!

—Tienes razón, dijo el anciano dominando este acceso de tristeza, tienes razón, y no sé por qué me asaltan hoy esas ideas. A fé que soy un insensato. Todavía tienes que estar aquí dos ó tres meses, según me escribe Temericourt. Con que mientras estás aquí no pensemos en tal cosa; no pensemos mas que en nuestra visita á Endreville. A ver si aceptas un brindis con un vaso de sidra ya que no quieres vino, dijo levantando la taza: A la salud de madama...

Pero Juna abrió bruscamente la puerta y no le dejó concluir.

—¿Qué es eso? dijo alegremente el anciano; ¿qué te ocurre? ¿le pica la mosca á la Pastora?

—No señor; sino que ha venido el mensajero de Rouen con esta carta.

—Pues dale de beber, y no entres aquí hasta que yo te llame.

Dando la carta al caballero, le dijo:

—Veamos lo que dice.

Por el sobre y por los hilos de seda que, segun la costumbre de entonces, unian la cera con que se cerraban las cartas, conoció el caballero que era de su antiguo capitan; y así es que turbado á pesar suyo, dijo:

—Esta carta es de nuestro primo.

—Pues léela pronto, contestó el anciano con una viva curiosidad.

El caballero comenzó á leer con voz alterada, sonrojándose y palideciendo á la vez. Mr. de Temericourt decia á Mr. de Saint Marcy que despues de su última habian ocurrido grandes mudanzas, y que contra lo que esperaba, saldria de Paris dentro de ocho dias para Malta, con objeto de tomar el mando de una galera destinada á obrar contra turcos.

Decia á Saint Marcy que fuera el jôven lo mas pronto posible para hacer esta campaña, á cuya conclusion estaba seguro de obtener para él el grado de teniente, ó hacerle admitir en la órden, si se sentia con vocacion para pronunciar los votos.

Aunque esta proposicion fuese tan atendible y colmara las esperanzas de padre é hijo, llegaba la carta en un momento tan inoportuno, que en lugar de regocijarlos, los contristó profundamente.

Augusto no dijo una palabra despues que concluyó la lectura de la carta: bajó la cabeza; en sus facciones se notó una dolorosa espresion de disgusto.

El padre tomó á su vez la carta, la releyó con atencion, y su miserable rostro hizo traicion al sentimiento mas cruel: despues de algunos minutos de enojoso silencio, dijo el anciano con tono firme y aparentemente resuelto:

—Temericourt se ha portado como bueno y leal pariente... A nosotros toca ahora, hijo mio, mostrarnos dignos del interés... Veamos. Temericourt sale de Paris dentro de ocho dias; de manera que para que esteis.

reunidos á tiempo es preciso que marches mañana ó pasado mañana.

—¡Marchar! murmuró Augusto con acento desesperado... ¡Marchar!

—¡Vamos, vamos! ¡ánimo, hijo mio! replicó el anciano con tono resuelto, aunque su mirada era triste; ¡ánimo! solo debes acordarte que á la conclusion de la campaña serás teniente. Es un año mas de resignacion; y despues vendrás a despedirte de mi; me apoyaré en tu brazo cuando paseemos, y las noches que por casualidad no vayamos al castillo de Endreville me contarás todas las aventuras de tu viaje, y yo te contaré mis antiguas campañas, que no te cansas de escuchar.

—Sí, padre mio; ¡pero marchar! ¡marchar! ¡Dios mio!

Y el jóven miró á su padre con una mirada tan desconsolada, que el buen anciano, no pudiendo sufrirla, tomó el aspecto de afectada indiferencia.

—¡Bah! no es mas que un año, y un año se pasa pronto: estos cuatro meses que hemos pasado juntos me han parecido un dia. Es verdad que estabas conmigo... pero ya que no hay remedio, es preciso conformarse; ¿y no he estado solo veintisiete meses una vez y diez y nueve otra cuando tus dos campañas? Pues bien: no me he muerto, y Dios mediante no moriré; solo que nuestros buenos amigos de Endreville no soportarán tan filosóficamente esta súbita separacion.

Y despues de haber dicho todo esto, se enjugó furtivamente una lágrima y se puso á silbar muy aprisa una marcha de los trompetas de su regimiento.

Estas últimas palabras, «nuestros buenos amigos de Endreville,» que parecia llevaban á su parasismo el dolor de su hijo, sacaron á Augusto del estupor en que estaba sumido: se levantó al momento, y dijo con el corazon oprimido;

—Perdonadme, padre mio; pero la sorpresa y esta marcha tan repentina... Esta marcha...

—¿De qué te tengo de perdonar? dijo el anciano interrumpiéndole; dí á Juana que enganche á la Pastora á fin de que no perdamos tiempo para despedirnos de nuestros buenos amigos. Anda á vestirte, y vuelve pronto.

Media hora despues caminaban tristemente padre é hijo en direccion de Endreville.

---

# TERCERA PARTE.

---

LA MARQUESA DE VILARS.

## CAPÍTULO XII.

---

La marquesa de Vilars.

Señor: hay una cosa en el alma de una mujer, que se eleva sobre todas las apariencias, sobre todas las calumnias...  
...Es el pudor!

SCHILLER.—*Don Carlos*, acto III, esc. 2.

Luisa Ana de Sarrau, entonces marquesa de Vilars, era hija del famoso Claudio de Sarrau, tan conocido de los eruditos del siglo diez y siete por el nombre latinizado de Sarrovius, según la costumbre general de los literatos de aquel tiempo, que llevaban su

admiracion á una de las hermosas lenguas de la anti-  
güedad hasta hacer este singular abuso de su forma.

Nacido en Guyena á fines de 1598 de una antigua  
y noble familia protestante de aquel pais, bien cono-  
cida por su celo ardiente en sostener y profesar los  
principios de la religion refermada, Sarrau, despues de  
largos y sólidos estudios, se ocupó asiduamente de la  
filosofía, historia, legislacion, y completó sus conoci-  
mientos tan estensos y variados, con una práctica pro-  
funda de las lenguas y literaturas contemporáneas; así  
es que tuvo numerosas y fecundas correspondencias  
con los sábios mas distinguidos de Alemania, Francia,  
Italia y los Países-Bajos.

Honrado y laborioso, consiguió siendo muy jóven  
una plaza de consejero en el Parlamento de Rouen, y  
ejerció este cargo con una especie de gravedad puri-  
tana, íntegra y severa, que distinguia entonces á to-  
dos los individuos de la religion reformada. Llámado  
al tribunal de Paris en 1639, fué designado poco tiem-  
po despues como uno de los magistrados enviados á  
Rouen para suplir la falta causada por el destierro del  
Parlamento de Normandía, que habia sido echado por-  
que se negó al registro de nuestro edicto. En tan di-  
fícil y delicada posicion, Sarrau demostró un espíritu  
de conciliacion tan digno, benévolo é imparcial, que  
consiguió negociar y asegurar la vuelta de los magis-  
trados, haciendo que el rey revocase una ordenanza  
inconsiderada, sin comprometer los privilegios ni inde-  
pendencia del Parlamento de Normandía.

Cumplida tan honrosamente esta mision, volvió á  
Paris, y en esta época su reputacion de prodigioso  
saber y de alta virtud tenia ya tan notable autoridad,  
que muchos filósofos y legistas extranjeros le consul-  
taban sobre muchos puntos de derecho, historia y  
jurisprudencia, y se atenian estrictamente á su pa-  
recer.

Cristina de Suecia le suplicó que fuera su corres-

pensal, distincion envidiada que acogió con suma frialdad, porque aquel ánimo rigorista difícilmente se doblegaba á seguir correspondencia con una reina tan cruel y vengativa.

Pero cediendo á las repetidas instancias de Cristina, y reflexionando que usando de esta suprema influencia del hombre de bien, podia hacer alguna buena obra ó impedir algun mal, aceptó; y la mayor parte de los socorros ó auxilios concedidos por Cristina á sábios desronocidos ó desgraciados, fué por indicaciones de este sábio, que murió el 30 de Mayo de 1651, dejando un hijo de 17 años, una hija de 11, y una mujer que no le sobrevivió mas que un año.

El hijo tomó el nombre de feudo de Saint Bric, y entró en un regimiento de caballería, y la hija de quien hablamos aqui, despues de la muerte de su madre, fué á Rouen con una de sus tias.

A los diez y siete años, la señorita Luisa Ana de Sarrau pasaba por una de las personas mas completas de la provincia; su belleza era verdaderamente poco comun; su talento, superior y singular en todo; sus virtudes sólidas, y su gracia encantadora; desgraciadamente tan raras cualidades no podrán hacer olvidar que habia permanecido fiel á la monstruosa heregia con que habia sido infestada su familia.

Tales son las palabras de un contemporáneo, que hace este retrato á pesar de la disidencia en religion.

La tia de Luisa, mujer gruñona la hacia sin duda echar de menos la serenidad de la casa paterna; pero sumamente silenciosa, jamás exaló una queja.

Cuando cumplió los diez y ocho años, su tia la presentó partidos muy brillantes, porque Luisa tenia veinte mil libras de renta.

Entre otros pretendientes á su mano se distinguia M. Quersemont, señor de Endreville y Boudeville, caballero de la baronia de Chateneuf en Thimerais. Joven

y rico, educado en su castillo por una madre débil, jamás había salido de su provincia. Tenía las cualidades y defectos naturales á esta educacion campesina. Parecía ignorante, infatuado con su nobleza, grosero, jugador, y además atrevido, franco y generoso. Por su inclinacion, inflexion, indiferencia ó deseo de librarse del fastidio de casa de su tia, Luisa se casó con él.

Al cabo de los seis meses fué la mas desdichada de las mujeres. Como sucede generalmente, Mr. de Endreville se casó sin saber por qué se casaba; en parte por la inclinacion que inspiraba Luisa, en parte por agradar á la viuda de Endreville, que deseaba ser abuela; en parte por el interés, y tambien porque se aburría de la vida que tenía en el campo. Pero al ceder á estos vagos motivos no concurría ninguna circunstancia que pudiera hacer una necesidad de este matrimonio para lo sucesivo; así es que, incapaz de soportar una vida tranquila, bien pronto echó de menos los tumultuosos placeres de jóven, y lo confesó brutalmente á Luisa.

Esta sufrió mucho, derramó lágrimas amargas y secretas por la falta que había cometido escogiendo tan mal; pero á los ojos del mundo y de su marido apareció, si no feliz, á lo menos tranquila y resignada.

Viéndola en este estado, lo mas escogido de los caballeros de Normandía la prodigó mil obsequios; pero tal fué su reserva, que nadie pudo vanagloriarse de lo mas mínimo.

Por último, despues de dos años y medio de esta desdichada existencia, vió morir á su marido, á consecuencia de un golpe que recibió en una orgía; de manera que quedó viuda á los 22 años, y madre de dos hijos.

Es fácil convencerse de que el carácter firme y reflexivo de esta jóven se aprovecharía de la leccion; así sucedía por una inconsecuencia concebible entonces,

que no esperando felicidad sino con condiciones enteramente opuestas á las que tanto habian hecho sufrir, se propuso no dar su mano á ningun caballero campesino; pero ahora veremos si siguió esta idea con la resolucion habitual de su espíritu absoluto.

A propósito de esto, debemos decir que uno de los rasgos mas notables de esta jóven era la enérgica voluntad de cumplir tenazmente toda promesa que hacia libremente; además, esta fuerza de voluntad, esta adhesion á la fé jurada, parecien innatas en ella, tanto que su padre hablaba de ella á Grotius en 1649, cuando tenia nueve años, en estos términos:

«Hace tres dias que un desdichado doctor me asustó lo que no podeis figuraros, y gracias á Dios que no he perdido mi hija; apenas tiene nueve años, y este doctor la enseña historia romana.

A propósito de la abuegacion de Régulo, rasgo que el maestro ponderaba mucho, la pobre Luisa le dijo que ella tambien se espondria á la misma suerte por cumplir una promesa. Su maestro en tono de broma la dijo:

—Estoy seguro que si me prometierais estar dos dias sin comer, faltábais bien pronto á la promesa.

—¿Se puede vivir sin comer dos dias?

—Seguramente, contestó el insensato.

—Pues bien, dijo mi pobre niña, os prometo que no comeré en dos dias. Ya sabeis, amigo mio, la increíble franqueza y firmeza de esta niña, que ha llegado á ser proverbial en la casa y se dice: Luisa lo ha visto, Luisa lo ha oido, y por lo tanto podeis conocer el terror que se apoderaria de mí, sabiendo la invencible tenacidad de carácter de la niña. En efecto, ni súplicas, ni amenazas, ni las lágrimas de su madre, ni las mias, nada ha podido hacerla desviar de tal propósito, y ha sido necesaria la robustez que tiene para resistir tan ruda prueba, prueba que ha sufrido con un admirable estoicismo de que ahora me vanaglorio, pero lo con-

fieso con vergüenza, me ha hecho pasar dos [días crueles.]»

Hemos referido este rasgo infantil, porque es sumamente característico, y anuncia la inalterable seguridad de todo juramento que hiciera mas tarde esta jóven; porque á decir verdad, su estremada virtud fué siempre la espresion mas ámplia y mas solemne del rigoroso cumplimiento de la promesa. Así es que habiéndose casado libremente con Mr. Endreville, y habiéndole jurado fidelidad, por espantosa que fuera su existencia, nadie la hubiera hecho faltar á la fé prometida; lo creia así, y veremos mas adelante cuán propio era de su carácter. Ahora volvamos á los acontecimientos que sucedieron á la muerte de Mr. Endreville.

Un amigo de Mr. Sarrau, que habia conocido á Luisa de niña, Mr. Honore de Mallorties, marqués de Vilars, persona respetable, vino á vivir á Rouen despues de haber servido con valor como brigadier de mosqueteros. Era precisamente cuando Luisa sufría los mayores disgustos: Mr. Vilars tenia entonces cuarenta y ocho años: sus antiguas é intimas relaciones con Mr. Sarrau, su bondad, su nobleza y elevacion de carácter animaron á la pobre jóven á confiarle sus penas y pedirle consejos. Encontró en Mr. Vilars una ternera paternal y grave, consejos prudentes y benévolos: y este caballero, en dos conferencias que tuvo con Endreville, supo, por la franqueza digna é imponente de sus observaciones, obrar tan eficazmente en su ánimo, por poco tiempo es verdad, que guardó mas consideraciones á su mujer, y Luisa quedó sumamente agradecida á tan verdadero amigo.

Para abreviar diremos que la rica y bonita viuda, despues de haber buscado en vano durante dos años en la multitud de obsequiantes una persona digna de su amor, sin haberla podido encontrar, y conociendo Luisa lo embarazoso de su posicion, porque tenia dos

hijos que educar y una considerable hacienda que gobernar, y no queriendo casarse sin estar segura que habia de disfrutar de felicidad, propuso bruscamente á Mr. Vilars que se uniera á ella.

Puede imaginarse la sorpresa de este último, que hacia dos años era el confidente de Luisa, y á quien habia dicho las investigaciones que hacia y las esperanzas que tenia, y así es que desde luego rehusó alegando su edad, su afición al retiro, cosas ciertamente poco á propósito para contribuir á la felicidad de una jóven, que á causa de sus anteriores disgustos debia ser muy exigente para el porvenir; en una palabra, dijo á Luisa que habia sido muy amigo de su familia, y que lo era suyo verdadero, para hacerse cómplice de semejante locura.

A esto respondió Luisa con esta noble franqueza de que se la verá dar tantas pruebas:

—Hasta ahora no he tenido por nadie lo que se llama amor; sin duda estoy destinada á no sentir esta pasión; he cometido la falta de casarme, casi sin reflexión, con un jóven dotado de ese *mezzo término* de buenas y malas cualidades que podian hacerme creer en una felicidad, si no viva, por lo menos negativa; pero he sido cruelmente engañada. Despues me he visto rodeada de gentes iguales ó muy parecidas á mi primer esposo: tal vez me habré engañado acerca de su mérito; pero no me he engañado segun mi corazón, que es el único que me guía y me guiará siempre; en una palabra, mi posición es tal, que necesito volverme á casar, y mi confianza con vos, amigo mio, hace que os ofrezca mi mano. No os he amado y no sé si os amaré; pero lo que sé y lo que os afirmo, segura de que me creereis, porque como decia mi pobre padre, Luisa lo ha dicho, es que toda mi vida cumpliré con mis deberes, y que agradecida á que me dispensais vuestro apoyo cuando le reclamo, mis sentimientos para vos serán el último día de mi vida lo mismo que son

hoy; y por último, que mi único objeto y mi voluntad será haceros feliz.

Por estraña que pareciese semejante proposicion despues de tal confesion, Mr. Vilars, que era bastante rico, se decidió á casarse, y Luisa desde aquel momento fué la mas feliz de las mujeres.

Hemos dicho ya que habitaban el castillo de Endreville, y no iban á Rouen sino muy rara vez. Mr. Vilars habia conocido á Mr. de Saint Marcy en el ejército, y habian hecho juntos las guerras de los Países Bajos y de Italia: y cuando vinieron á vivir al castillo renovaron sus relaciones los dos antiguos compañeros de armas.

Poco á poco llegaron á hacerse mas intimas é indispensables entre los habitantes de Preaux y Endreville, que estaban á una legua, y Mad. Vilars, apreciando las buenas cualidades y la franqueza de Mr. de Saint Marcy y la encantadora naturalidad de su hijo, manifestó un estraordinario afecto á este niño, que cuando su matrimonio tenia doce años, y le amaba con esa especie de cariño casi maternal que una mujer de veintitres años puede tener para un niño de doce.

Algun tiempo despues, Augusto marchó para Malta, donde estuvo tres años: cuando volvió á la casa paterna era un hermoso jóven, cuyos nobles instintos se habian desarrollado en una vida ordenada, rígida y peligrosa.

Así es que Luisa le vió primero con satisfacción, luego con vivo interés; y el afecto que le tenia la jóven se aumentaba, por decirlo así, á medida que reconocia la injusticia de sus prevenciones, porque esperaba encontrar en su jóven protegido, de vuelta de sus campañas, ese aire jactancioso que se suele tener cuando desde tan jóven se ha entrado en campaña y se ha portado tan bien, y cuando se puede enseñar orgulosamente una honrosa herida.

Pero Augusto volvió como había marchado, sencillo, natural, bueno, no hablando mas que á pesar suyo y con disgusto de las ocasiones en que se había distinguido, pero contando con una gracia sencilla, ó con el fuego de la juventud, las variadas impresiones que había sentido, tan nuevas al aspecto de países desconocidos para él; el amargo desconsuelo que experimentaba cuando veía á los pobres esclavos turcos llorar amenazados por el látigo del cómitre, y sus sueños tiernos y melancólicos cuando en una hermosa noche de Oriente, sentado sobre la dorada popa de la capitana, miraba tristemente el cielo pensando en su padre y en sus amigos de Endreville.

A la vuelta de su primera campaña, Augusto veía á Luisa casi todos los dias; muchas veces la marquesa le hacía contar sus viajes, hallando un placer encantador en escuchar aquella voz dulce y cándida contar tan ingénuamente sombríos naufragios y sangrientas batallas; algunas veces, soñolienta, cerraba sus hermosos ojos y se figuraba ser una castellana y que su paje sentado á sus pies leía alguna crónica antigua escrita con sencillez caballeresca. Otras veces experimentaba una inesplicable emocion al considerar que á pesar de ser tan jóven había corrido tantos peligros; que era tan amable como intrépido, tan hermoso como bueno; que la suerte recompensaba mal tan raras cualidades; que Saint Marcy era pobre, y por lo tanto que su hijo debía sufrir crueles mortificaciones en su amor propio, cuando se hallaba al lado de otros jóvenes oficiales ricos.

Cuando Augusto marchó á su segunda campaña, Luisa, usando segun su corazon de esa maravillosa sutileza, de ese esquisito disimulo de que están dotadas las mujeres, á fin de poderse entregar impunemente á generosas inspiraciones; Luisa, tomando por cómplice y confidente á Mr. Vilars que manifestaba el mas afectuoso interés al jóven, había rogado á Mr. de Saint

Marcy que la dejara encargarse de muchos detalles de su equipaje, y ya le ofrecia Mr. Vilars unas ricas armas como recuerdo de su amistad, ya una rica banda bordada por Luisa; de manera que no podia ofenderse de la delicadeza de Saint Marcy.

En una palabra, estos dones se ofrecian con tanta cordialidad, tanto encanto y tan oportunamente, que el carácter mas susceptible no hubiera podido negarse á aceptarlos, y Augusto era una de esas naturalezas raras y elevadas que no se avergüenzan de recibir un beneficio porque se sienten capaces de agradecerlo. Augusto partió de nuevo para Malta. Esta vez sintió Luisa profundamente su ausencia; creyó primero que esta impresion era producida por el cambio de costumbres en Endreville por la marcha del caballero; pero poco á poco llegó á pensar continuamente en él, sin sentir menos su ausencia. Con su franqueza habitual se preguntó si su mision con Mr. de Vilars habia sufrido la menor alteracion; pero conoció sin asombro que un afecto tan santo y sagrado era inimitable como la verdad; que no habia debilitado, porque Luisa hubiera tomado este último síntoma como una tendencia á la falsedad.

Mad. Vilars conoció por la primera vez que amaba. Este descubrimiento, terrible y fatal para cualquiera otra, no la asustó, y continuó mirando el porvenir con calma, confianza y seguridad. ¿Y por qué habia de haber temblado? Su invariable resolucion de no desmentir la fé prometida, era superior á toda seduccion, á todo delirio: asi es que no se avergonzaba de su amor por Augusto, porque sabia que seria digna de Mr. de Vilars; porque en las almas elevadas los remordimientos nacen casi siempre de la dolorosa comparacion de lo que ha sido con lo que no es, ó de lo que es con lo que debia ser. Pero en la vida de Luisa, en su viva adhesion á su marido, nada era, nada habia cambiado; su interés por el niño Augusto se habia convertido en

amor; pero el objeto de este puro y casto amor lo ignoraria siempre, porque un hábito de muchos años permitia á Luisa que se considerara como cariño casi maternal las muestras de deferencia que dispensaba á Augusto. Su secreto seria para ella sola, y la conciencia de este secreto bastaria á su felicidad.

Repito que la jóven se entregó á este amor con felicidad, inocencia y seguridad, acordándose de la máxima que su padre la repetia muchas veces: «Cuando se tiene la cabeza bastante segura para desafiar el vértigo, se puede mirar desde bien alto, y entonces se encuentran goces espléndidos, en lo que alude al vulgo.» Que el razonamiento que puede deducirse de esta máxima ha perdido á muchas mujeres que se creian fuertes; que hubiera sido mejor que Mad. Vilars hubiera desarraigado de su corazon este amor, ó á lo menos evitado las ocasiones de avivarle, es un hecho; pero no tratamos de discutir, sino de probar que la pasion de Luisa á Augusto fué heroica, casta y verdadera, como lo demuestra esta historia.

Tal vez se podrá objetar que hubiera sido mas digno de la franqueza de Luisa confesar su amor á Mr. Vilars; pero se comprenderá la razon por qué no lo hizo, y además estando segura de que no habia de faltar á la fé prometida, no era mujer á propósito que hiciera esa confesion, por lo menos supérflua y siempre ofensiva al que la escucha, por muy prudente que sea. Durante la segunda campaña de Augusto, vivió Luisa con el recuerdo y la esperanza; redeblió los cuidados para con Mr. de Saint Marcy, y esperó con tierna é inquieta curiosidad la vuelta del jóven, cuya carrera habia seguido paso á paso, porque Augusto escribia con frecuencia á su padre, y este se habia impuesto la ley de abrir las cartas de su hijo en presencia de sus amigos de Endreville.

Así es que Luisa, dotada de ese tacto tan fino y penetrante, de esa suprema sagacidad que distingue

especialmente á las mujeres, habia notado en las cartas que no hablaban de los amigos de Endreville mas que con las formas de la veneracion y la gratitud, ciertas indicaciones de sentimientos que su recuerdo habia hecho nacer en el corazon de Augusto. Entre las dulces y melancólicas expansiones de esta sencilla correspondencia, habia hallado mil alusiones indirectas, tal vez involuntarias, pero sensibles, á propósito de lecturas, de flores, que la habian demostrado que cada impresion recibida en Endreville resonaba profundamente y por mucho tiempo en el alma del caballero; tambien contribuia por su parte á considerarlo así los frecuentes regalos que hacia á los niños; dones de poco valor, pero ofrecidos con tanto encanto que se olvidaba lo que valian para no pensar mas que en quien los enviaba; atenciones delicadas en las que Luisa habia adivinado con entusiasmo nuevas pruebas del amor de Augusto, esta perla de su corazon, este tesoro solitario y oculto con que vivia tan feliz.

Luisa no deseaba mas porque estaba segura del amor de aquel para quien habia sido una madre; y conociendo la pureza de su carácter, estaba cierta que viviria reconocido, orgulloso y satisfecho con una passion tan inalterable como seria y casta. El instinto de Luisa no se engañó, porque á la vuelta de su segunda campaña se habian desarrollado las raras cualidades de Augusto; y además el profundo amor que sentia por Luisa, y que creia ignorado de ella, le tenia siempre en un inefable éxtasis, y hubiera bastado por sí solo á libertarle de locuras miserables ó de precoces y degradantes amores, tan funestos á su edad, aunque no le hubieran librado de ellas las severas órdenes de su jefe.

Cuando Augusto volvió á Preaux á principios de 1669, tenia 18 años y Luisa 29. Era en invierno, y se pasaban deliciosamente largas veladas en Endreville. Augusto, su padre, Luisa, Mr. de Vilars, y alguna

que otra vez un vecino, componian esta reunion íntima y cordial en que reinaban siempre la confianza expansiva y la alegría serena de las almas pacíficas y contentas: muchas veces leian, y seguian á la lectura largos comentarios é interminables conversaciones. Otras veces tocaba Luisa el clave, y unia su voz con la sonora de Augusto, ó los acompañaba Mr. Vilars que era escelente músico. Tal era la vida feliz y pacífica, y si la nieve caia en abundancia, Mr. de Saint Marcy y su hijo pasaban la noche en Endreville. Esta deliciosa existencia doblemente feliz para Augusto, era la que venia á turbar la carta de Temericourt, y puede concebirse el dolor que sintió el jóven al salir con su padre para despedirse de los de Endreville.

---

## CAPÍTULO XIII.

---

### El castillo de Endreville.

¡Ah! puisque il faut partir, partons  
sans lui déplaire;  
Je me suis tu longtemps, je puis  
encore me taire.

RACINE. — *Berenice*, f. 11, vol. XIII (*variantes*.)

Acababan de dar las siete de la tarde en el reloj de Endreville; el cielo estaba sereno, y los rayos del sol ya mas oblicuos coloreaban, cortados regularmente por grandes sombras, la finisima arena de una larga calle que á sus lados tenia árboles simétricamente cortados figurando arcos, que simulaban las paredes y ventanas de esta galería de follaje; en grandes jarrones de porcelana se veian magníficos naranjos colocados entre los arcos. Por último, al final de esta inmensa calle, de aspecto verdaderamente grandioso, se

veía sirviéndola de perspectiva, una gruta de rocas de que salía una cascada, que se vertía primero en una gran concha de mármol sostenida por cuatro Tritones, y que iba á perderse despues en un estanque circular rodeado de flores, del que salía un surtidor de inmensa altura.

En esta calle paseaban Mr. y Mad. Vilars. La presencia grave de aquel caballero, que tendria entonces cincuenta y seis años, demostraba benevolencia, reflexion y firmeza; sus ojos eran negros, sus bigotes y cabellos grises, su estatura alta; en fin, salvo algunas modificaciones de traje, se hubiera dicho que era el original de un majestuoso retrato de Van-Dick.

Luisa marchaba al lado de su marido: tenia, como hemos dicho, 29 años, y era de mediana estatura; un vestido de tafetan gris perla guarnecido de cinta verde, hacia resaltar la alabastrina blancura de sus espaldas, y dibujaba su talle encantador tan flexible, que aunque aprisionado en un corsé de los que entonces se estilaban, podia creerse aéreo. Cosa notable; por una singularidad parecida á la de Mad. Montespan, Luisa, cuyos cabellos eran de un rubio ceniciento, tenia las cejas negras. Sus ojos eran azules, la frente alta, el óvalo del rostro un poco largo, y su boca muy diminuta del mas vivo encarnado y de un corte severo, y en todas sus facciones se notaba un aire de resolucion.

En aquel noble rostro se revelaba la energia de voluntad, el imperio de sí mismo, que en tan alto grado poseia Mad. de Vilars, así como su mirada tranquila anunciaba la perfecta quietud de una alma pura. En aquella hermosa tarde se paseaban en la calle de que acabamos de hablar; su pacifica conversacion respiraba esa benévola seguridad, esa mútua creencia, en medio de la que el alma puede entregarse á las mas tiernas expansiones ó mecerse en la fantasia de todos sus sueños; momento de suprema confianza en que todo

se puede decir sin temor de suscitar jamás una duda ó una sospecha.

—Amigo mio, dijo Luisa, detengámonos un momento para escuchar esa calma... ¡qué silencio! ¡qué tarde tan hermosa!... ¡no percibes el delicioso aroma de los rosales y de las lilas? ¡Ves qué cielo tan magnífico! ¡qué sublime armonía de colores entre esas masas sombrías y brillantes á la vez! ¡Ah, qué cuadro tan magnífico!

Después de haber contemplado un momento el admirable paisaje que se desplegaba á su vista, apoyándose en uno de los vasos de porcelana que adornaban la calle, dijo:

—¿No crees que el aspecto de la naturaleza engrandece y eleva el alma? A vista de semejante cuadro no creeria jamás posible una mala accion...

Y voivió hácia el Poniente su hermoso rostro radiante de felicidad y en medio de una de esas doradas aureolas, con que los pintores italianos del siglo XVI rodeaban las pálidas y hermosas figuras de sus ángeles.

Mr. Vilars, que se habia parado en el mismo momento que Luisa, y que la habia escuchado y contemplado con una especie de religiosa admiracion, la contestó después de un momento de espresivo silencio:

—¿Sabes, Luisa, en lo que estaba pensando al admirarte tan hermosa en medio de tan bello paisaje?

—No; dímelo.

—¡Ay, Dios! dijo Mr. Vilars sonriéndose, confieso mi detestable egoismo; sí, porque esperimento uno de esos éxtasis de corazon, uno de esos aturdimientos de felicidad, y no sentiria morir en este momento, porque es imposible que pueda ir mas allá.

—Y yo jamás podia figurarme que tendria un amigo, mas seguro, mas verdadero, mas seriamente ocupado de mi.

—Pero esa seriedad y esa seguridad de que habláis

son la triste consecuencia, de la esperiencia y de la vejez... al paso que en vuestra edad, Luisa, en vuestra edad! Cada virtud es un encanto. Así es que sois la encantadora mas peligrosa del mundo, á pesar de la perfecta rectitud y franqueza de vuestro carácter.

—¿Y en qué consiste? Me asustais, dijo Luisa alegremente.

—Voy á demostrarlo y haceros una confesion, lo mas rara que podais imaginar; me habeis hecho el mas satisfecho de los hombres, porque á fuerza de parecer dichosa me habeis sabido persuadir, que mi edad, mi gravedad, mi alejamiento por los placeres del mundo convenian tanto con vuestros gustos, que no habia podido hacer cosa mejor que uniros á mi; ¿no os admirais de la tonteria de esta persuasion?

—Estoy muy orgullosa, amigo mio; no solo persuadiros, sino demostrarlo; y sobre todo, dijo Luisa con entusiasmo, despues de haber conseguido que no echeis de menos vuestra juventud.

—En cuanto á eso, no me hagais mas filósofo de lo que soy; echo de menos mi juventud, solo que os debo el no envidiar la de otros, y esto es mucho.

—Y esto es porque teneis la prudencia de creeros ó mas bien haceros feliz.

—Tened cuidado, Luisa, que al alabarme así os alabais mas de lo que pensais, porque lo he notado muchas veces; uno de los rasgos característicos de vuestro talento es conformarse con su posicion y entusiasmarse con ella, y hacer que los demás participen de la misma conviccion en la parte que les corresponda.

—Creo, en efecto, que siempre que sea honrosa, no hay posicion á que no pueda uno acomodarse con la razon y la perseverancia.

—Por esa razon os he oido muchas veces animar á nuestro digno vecino, consolarle, tranquilizarle y oponer una esperanza á una pena, y cuando se quejaba de la ausencia de su hijo hbalarle de su vuelta.

—Es que me desgarraba el alma el ver á ese pobre Saint Marcy; porque debeis suponer que será bien triste para él tener tres hijos y no poder querer mas que á uno, y verle marchar tantas veces sin esperanza de volverle á ver.

—Concibo sus temores y sus angustias, porque jamás el cariño de un padre se ha fijado en hijo mas digno.

—¡Jamás!... tan noble, tan atrevido y tan bueno. ¿Quién no se ha de interesar por él? ¿Quién no ha de amar á Augusto? dijo con viveza Luisa, sin sonrojarse y sin sentir la menor alteracion interior y con la misma confianza que habia tenido en el resto de la conversacion.

—Y tú con tus prudentes consejos le has trazado la senda que debia seguir; y en efecto, ese pobre niño se ha dejado guiar por sus inspiraciones. Ya ves que en la proteccion, en el benévolo apoyo de una mujer hermosa y seria, hay una influencia irresistible que exalta y engrandece el alma y puede elevarla á sublimes acciones.

Lo mismo que Luisa habia hablado de Augusto, sin ficeion y sin rodeos diciendo francamente lo que pensaba de él, lo mismo hablaba Mr. Vilars, y en su lenguaje no habia resentimiento hipócrita ni alusion alguna, ni pérfidas reticencias.

—¡Calla! dijo Mr. Vilars al oir los gritos alegres de los dos hijos de Luisa, apostaria que vienen nuestros vecinos.

En efecto, bien pronto aparecieron al final de la calle Mr. de Saint Marcy y su hijo. Daba Augusto el brazo á su padre, y Gabriel y Clara se disputaban la otra mano del jóven.

Luego que vieron á su mamá, Gabriel, dejando á su hermana en posesion de la mano de Augusto, corrió á enseñar á la marquesa el barquito que habia hecho el marino.

—Señora marquesá, exclamó bruscamente Saint Marcy luego que pudo ser oído de sus amigos, nos marchamos.

—¿Os marchais? exclamó Luisa con doloroso asombro, y con su mirada interrogaba á Augusto, que volvía la cabeza para ocultar su pena.

—Nosotros... es decir, este pobre muchacho, que viene á despedirse, dijo el anciano suspirando.

—¿Cómo! ¿se marcha!... esplicadnos tan súbita de-terminacion, dijo Vilars conmovido.

—Confieso, vecino, que os lo he dicho demasiado bruscamente; pero entre nosotros creo que vale mas decir las cosas de seguida, porque así á lo menos se tiene para consolarse todo el tiempo que se perdería en preparativos; en una palabra, Temericourt me ha escrito para que le envíe, porque le vá a llevar á Malta. Augusto marcha mañana, y viene á despedirse.

Después de haber dicho todo esto con suma rapidez, el anciano se quitó el sombrero, se limpió la frente, y dió un profundo suspiro. Hubo un momento de silencio que interrumpió la marquesa, diciendo á su hijo enjugándole los ojos:

—Vamos, Gabriel, no llores de ese modo, Augusto volverá: después sonriendo á través de dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas, dijo, mirando á Mr. Vilars con una admirable espresion de sencillez: En verdad que no sé cómo le digo que no llore.

—Y nosotros creíamos que todavía estaría por aquí dos meses, dijo Mr. Vilars, tomando la mano de Augusto, y notando con asombro que estaba trastornado.

—¡Y yo también! dijo Saint Marcy, yo, que esta semana y la otra, y la otra, y ahora... ¡Ah! lleve el diablo á Temericourt y á su galera, y Malta y todas las islas! exclamó impetuosamente; pero reflexionando después, dijo á Luisa: Perdonadme, señora, que cuando es preciso separarse tan bruscamente de su hijo...

—Cuando es preciso separarse de su hijo, mi querido Saint Marcy, dijo Luisa con dulzura y firmeza, es preciso conformarse y no hacerle perder el poco ánimo que tiene. Vamos, Saint Marcy, dadme el brazo.

Y cogiendo á Gabriel de la mano, volvió al castillo seguida de Augusto y de Mr. Vilars.

Cuando llegó el jóven, el marqués habia notado su excesiva palidez, y la espresion desesperada de sus facciones. A los ojos de un hombre de tanta penetracion y tan reflexivo como era Mr. Vilars, era evidente que una razon mucho mas poderosa que la marcha era la que causaba la afliccion de Augusto. Cuando marchó á sus anteriores campañas habia estado triste y apesadumbrado al separarse de su padre y de sus amigos; pero jamás su rostro habia demostrado una pena tan amarga; y por esta razon quiso consolarse pintándole el mas halagüeño porvenir.

En una palabra, Mr. Vilars tuvo por la primera vez de su vida una sospecha que se prometió aclarar, y así es que veremos en la conversacion que siguió que habló poco y observó mucho.

El castillo de Endreville era de ladrillos que de trecho en trecho tenian una faja de piedra. Este vasto edificio se componia de la habitacion principal y de dos cuerpos de edificio ó alas que daban vuelta alrededor, en uno de los que se hallaba el salon de verano á donde entraron tristemente las personas de quienes hablamos.

Cinco ventanas que caian á un pátio y al parque daban luz á esta galeria: un gran número de retratos de familia adornaban las paredes. Frente á una inmensa chimenea de piedra que ocupaba uno de los extremos, se veia en un magnífico cuadro con marco dorado la figura austera y grave de Claudio Sarrau, padre de Luisa, vestido con el traje de los magistrados, pintado por Lebrun.

El espesor de las paredes del castillo era tal, que

En la union de las crujiás se formaba una especie de gabinetito, y en cada uno de ellos se veían pruebas de las estudiosas ocupaciones de Luisa: en una parte un bastidor, en otra un caballete con un cuadro, en otra un clave, y por último se advertía en otra los libros predilectos de Luisa, especie de sucursal de la magnífica biblioteca del castillo, tan numerosa como completa.

El último de estos gabinetitos, que era el mas próximo á la chimenea, servía de oratorio á Luisa; su ventana, en vez de ser cuadrada, era ojival y con vidrios de colores; por la parte del salon tenia dobles cortinas de damasco, que corría Luisa cuando quería estar sola en esta celdita, cuyos muebles eran de madera primorosamente trabajados: entre otras cosas se veía un reclinatorio cubierto de terciopelo carmesi colocado al pié de un crucifijo de marfil de maravilloso trabajo: por último, había un armario con remates de bronce dorado é incrustado de cobre y coral, donde se encerraban las obras literarias del padre de Luisa y algunos de los sermones de su tío Mr. Isaac de Sarrau, que entonces habitaba en Burdeos.

Los criados llevaron bujías de cera amarilla en grandes cilindros de cristal puestos sobre pies de bronce y abiertos solo por arriba á fin de que el aire no pudiera apagar las luces que encerraban.

Sabiendo que las penas muy vivas son taciturnas, y que sin buscar distracciones frívolas prefieren los afligidos algunas veces encontrar alguna ocupacion maquina que pueda escudarles y evitarles á lo menos el embarazo de sostener una conversacion, la marquesa habia hecho preparar un tablero de damas, y Mr. Vilers y Saint Marcy empezaron la partida triste y silenciosamente. Estaba colocada la mesa de juego cerca del oratorio, donde se habia sentado Luisa, y podia por lo tanto la jóven mirar á los jugadores y hablar con el jóven caballero.

—¿Por qué estais tan triste y pensativo, Augusto? dijo Luisa.

—Marcho mañana, señora.

Habia en estas palabras tanta desesperacion, que la marquesa se asustó y Mr. Vilars se estremeció.

Repuesta ya Luisa, contestó con calma:

—Vamos: puesto que esta marcha es cosa convenida, démosla por hecha y no pensemos mas que en la vuelta, que es la única pregunta interesante en este momento.

Despues, dirigiéndose al anciano, le dijo:

—¿Y cuándo nos devolverá Temericourt á Augusto?

El anciano, que hacia algunos minutos que con el dedo índice puesto en uno de los peones, parecia que meditaba alguna jugada, pero que en realidad no pensaba mas que en su hijo, dijo:

—Lo ignoro, señora, y en eso estaba pensando en este momento.

Despues, dirigiéndose á Mr. Vilars, añadió:

—Perdonadme que os haya hecho esperar tanto tiempo.

—Estais dispensado, amigo mio, porque tampoco me fijo yo en el juego.

Y el juego continuó mudo.

Augusto, sentado al lado de Luisa, parecia aterrado, y con la mirada fija en el suelo, rara vez se fijaba en la marquesa; pero esta, queriendo romper el silencio, replicó:

—Vamos, hablemos un poco, cobarde; hace cinco meses que vivis feliz, convengo en ello; pero ahora se os presenta ocasion de merecer un grado inesperado, y para esto es precisa una campaña de un año, ó mas ó menos; convengo en que esta marcha inesperada es cruel.

—Si señora, muy cruel, dijo Augusto, cuyo dolor parecia que se templaba al oir la voz de Luisa.

—Si, es espantoso dejar á vuestros amigos; ¿pero no

lo sienten ellos? ¿no os han de echar de menos? ¿no sabeis que á la vuelta los encontrareis mas afectuosos, porque saben lo que habeis sufrido al separaros de ellos?... Vamos, Augusto, creedme; por aislado que os encontréis en medio de los mares, podeis decir siempre: «Hay un sitio donde siempre se acuerdan de mí, en que mi nombre se pronuncia con enternecimiento por mi padre y amigos fieles; y con tal pensamiento no se puede ser desgraciado.»

—No señora; por eso no me quejo, sino que sufro.

En este momento dejaron de jugar, y Mr. de Saint Marcy se sentó tristemente en un sillón, esperando para marcharse á que el marqués escribiera unas cartas recomendando á Augusto á los duques de Vivone y Navailles, generales, amigos suyos y jefes de la expedición á las órdenes del duque de Beaufort.

La noche estaba hermosa, y Luisa mandó bajar sillas al jardín para respirar el aire de la noche, y mandó á Augusto que se sentara y esperara, porque dijo que tenia algunas órdenes que dar para los niños.

Augusto se sentó: bien pronto la luna brillante salió por detrás de un bosque de encinas seculares, situado á la derecha del castillo; su dulce luz plateaba á lo lejos las masas sombrías del parque; el aire se sentia embalsamado con el aroma que se desprendia de los naranjos; y de tiempo en tiempo un débil soplo de brisa, agitando ligeramente la cima de los árboles, resonaba en el follaje; y cuando este vago murmullo cesaba, volvía á quedar todo en el mas profundo silencio.

Cuando volvió Luisa por el jardín eran sus pasos tan ligeros que pudo acercarse á Augusto y contemplarle, sin que este notara la presencia de la marquesa. Recostado en uno de los brazos del sillón, tenia apoyada la cabeza en una mano, y la luna iluminaba de lleno su rostro. Se veía en él un disgusto profundo, ingenuo, y sobre todo libre de resentimiento egoísta; sabia

que debía sufrir, y sufría: sabía que debía separarse de su padre y de Luisa, de aquel hermoso castillo en que había pasado tan deliciosos ratos, y dejar aquellos niños que tanto le amaban; sabía que era preciso cambiarla por una vida ruda, triste y austera, y lo dejaba todo con angelica resignacion.

—Augusto, dijo la jóven, toma una banda que he bordado para tí... Animo... ánimo, noble corazon... esas lágrimas no serán estériles... ¡Adios, Augusto, adios!... ¡no te olvides de que te aman!

A esta voz, á este acento, Augusto enjugó sus lágrimas, y sonriendo á través de su llanto, cogió la banda y la besó. En este momento bajó Mr. Vilars, y le entregó las cartas de recomendacion. Dieron las once. El marqués abrazó cordialmente á Augusto, y Luisa le dió su mano á besar.

—Hasta pasado mañana, dijo el anciano, porque mañana tengo que despedirle.

—¿No faltareis? dijo Luisa.

—No faltaré, no, señora.

—Vamos, buen viaje, y felicidades, capitan, dijo Mr. Vilars.

—Adios, Augusto, dijo Luisa, no os olvidaremos.

—Adios, señores.

Y Augusto, casi sofocado por los suspiros que comprimía, cogió el brazo de su padre. Su modesto caruaje les esperaba: subieron en él; la reja del castillo giró sobre sus goznes, se cerró, y bien pronto no se oyó nada...

Después que se marcharon, Luisa estuvo largo rato silenciosa y pensativa, sentada en el sillón que él había ocupado; al poner la mano en uno de los brazos del sillón encontró un pañuelo empapado en lágrimas. Era el de Augusto. La jóven le cogió con un inesplicable estremecimiento, y después por un movimiento repentino, casi involuntario, le guardó en su bolsillo, palideciendo como si hubiera cometido la primera ac-

cion mala de toda su vida. Al cabo de una hora entró en el salon, donde encontró á Mr. Vilars tambien pensativo.

Cuando vió á Luisa se levantó, y cogiéndola por la mano con su natural amabilidad, la dijo con una voz casi solemne:

—Luisa, creo que te ama Augusto.

—Tambien lo creo yo, contestó Luisa.

—¡Desdichado niño! dijo tristemente Mr. de Vilars con un acento de compasion que probaba la inalterable confianza que tenia en la marquesa.

Tal es la larga y tal vez minuciosa esposicion que ha sido preciso hacer de los personajes principales de este drama. Latreaumont, Van-den-Enden, el caballero de Rohan. Augusto, la marquesa y la scñorita Mauricia.

Aunque la peripecia y el desenlace de esta aventura que se copia de la realidad, están separados de la esposicion por un intérvalo de cinco años, se ha creido que esta última y tan rara circunstancia, aparte de la necesidad histórica (tal como se ha debido aceptar) que impone la adopcion rigurosa, no seria tal vez sin interés á causa de su estrañeza. ¿No es curioso, en efecto, penetrar en el oscuro origen y seguir en todas sus fases imprevistas, el primer pensamiento de uno de esos proyectos cuya ejecucion podia trastornar una monarquía, y cambiar la faz de la Europa?

---

# PARTE CUARTA.

---

EL CUARTITO ENDIABLADO.

## CAPÍTULO XIV.

---

### La taberna de los Tres Peces.

Se habla de una region (la corte) en que los viejos son galantes y cumplidos: los jóvenes, por el contrario, duros, feroces, sin educacion, se encuentran libres de la pasion por las mujeres en la edad en que debian empezar á sentirla; prefieren las comidas y amores ridiculos é infames. Es sóbrio y moderado el que se emborracha solo con vino; el uso inmoderado que han hecho de él, hace que le crean insípido.

LA BRUYERE.—*De la corte de Luis XIV.*

El 26 de Abril de 1674 habian pasado unos cinco años de los hechos que hemos referido y de los que vamos á contar.

Habia habido grandes acontecimientos. La Francia, en guerra con casi toda la Europa, no tenía mas aliados que la Inglaterra, merced á los subsidios onerosos con que el gabinete de Versalles comprometia secretamente á Carlos II.

Este alegre é indiferente monarca vendia por hermosos luises de oro la ventajosa y suprema influencia que hubiera podido ejercer la Gran Bretaña en aquellos tiempos, y se hacia sordo á las nacionales y severas demostraciones de los Comunes indignados del proceder de Luis XIV, que cuando las batallas navales de 1672 y 1673, á pesar de la fé de los tratados y de la obligacion de sus compromisos, habia dado orden á sus almirantes para que no tomaran parte en el combate que los ingleses, sus aliados, dieron á los holandeses.

Así es, que en este encuentro, la flota de la Gran Bretaña y de la República de las siete provincias, batiéndose con rara intrepidez, se arruinaron mutuamente en provecho de la marina francesa, la que, segun las miras de Colbert, mas diestro político que celoso partidario del honor, debia aprovecharse de la destruccion de sus dos rivales.

Pero no sucedia lo mismo en tierra. La feroz omnipotencia de Louvois se revelaba en todo su belicoso y fatal esplendor; se habian formado tres grandes ejércitos para sostener una guerra tan loca como criminal y desastrosa contra el Imperio, España, las siete provincias unidas, y casi todos los electorados, que la profunda y sorda habilidad del principe de Orange habia separado poco á poco de la alianza francesa. La indignacion general habia llegado á su colmo, y los espantosos desastres de la Holanda y el Palatinado completamente incendiado, exasperaban el odio de Europa contra Louvois, que habia mandado tan sanguientas devastaciones, y contra el rey su señor, que

sufria tan vergonzosamente la imperiosa voluntad de este ministro.

La hacienda estaba en tan mal estado, que Colbert se veia reducido á echar mano de los impuestos mas opresores para subvenir á los enormes gastos de la guerra y á las monstruosas profusiones de Luis XIV. Louvois se veia obligado á convocar el *arriere-ban* á fin de asegurar en el interior la tranquilidad del pais. Pero esta convocacion de la milicia nacional parecia tanto mas necesaria, cuanto que empezaban á manifestarse síntomas alarmantes de rebelion en el Delfinado, en el Languedoc y en Bretaña, y los gobernadores de las provincias tenian precision de recurrir á la mayor serenidad para asustar á los descontentos, y trataban de ocultar así por el terrible aparato de los cadalsos la verdadera debilidad del gobierno.

Despues el lujo desenfrenado que Luis XIV queria ver desplegar á sus cortesanos, hacia afluir la alta nobleza á la córte, abismo deslumbrador que consumia las mejores fortunas.

Los usureros prestaban sobre las tierras á gran interés, y acababan por hacerse dueños de ellas: así es que este noble y fecundo patronato que unia á los señores á los habitantes de sus estados no existia, y los vasallos no viéndolos jamás y teniendo que soportar las exacciones de avarientos mayordomos ó de propietarios desconocidos y sin clientela, hacian que se borrara poco á poco la accion saludable que hubiera podido ejercer la aristocracia en servicio del rey en las provincias en que tenia posesiones, y cada dia se rompía una de las mil raices por las que el antiguo edificio feudal ó monárquico estaba adherido al suelo.

Sin embargo, á pesar de las enormes contribuciones, de la falta de hombres y dinero, y de ese descontento general y aun de esos elementos de desorden de que hemos hablado, el recuerdo de las guerras civiles de la minoría estaba tan presente en la memoria

de la mayor parte, que el temor de verse renovar las desdichas pasadas podía mas que las demostraciones que se hacian en algunos puntos para reclamar violentamente la reunion de los estados generales (prometida por el rey en 1658), en cuya asamblea se hubiera tratado de limitar el despotismo ruinoso y exorbitante de Luis XIV.

En una palabra, la nacion, guiada por esa especie de buen sentido egoista, de prudencia enteramente personal, que las masas conservan por mucho tiempo cuando todavía recuerdan la accion de los desastres que le han herido; la nacion, digo, veia claramente que nuevas turbaciones aprovecharian, como las de la Fronda, solo á los hábiles y ambiciosos.

Así, pues, al principio del año 1674, el descontento se mostraba en Francia mas universal que en 1669, y muchas veces se expresaba mas alto; pero hubiera sido preciso para ponerle las armas en la mano é impulsarle á una revolucion, la influencia de un génio poderoso y atrevido, ó una de esas casualidades tan imprevistas como la chispa que hace saltar un polvorin. Si en las provincias murmuraban á causa de los impuestos, en Paris habia completa tranquilidad acerca de este punto, y los regocijos abundaban como siempre.

Entre los sitios de placer mas afamados, ninguno gozaba de mas prestigio que la taberna de los Tres Peces, situada cerca del cementerio de San Juan: allí se vendia el mejor vino de Borgoña que habia en Francia, y habiéndole bebido un dia el marqués de Villarceaux, hizo que llenaran en su presencia quinientas botellas, temiendo que engañaran á sus criados si no presenciaba la operacion.

La taberna de los Tres Peces era el punto de reunion de la juventud dorada de aquel tiempo, que celebraba allí sus orgias; y casi siempre los vastos salones y todas las demás piezas de la casa estaban llenas. En la calle se veian sillas, caballos y carrozas, y

multitud de pajes y lacayos que esperaban sus amos, y cuyos gritos y continuas disputas no demostraban un gran respeto á los que descansaban en el cementerio, sin contar con que algunas veces por contiendas ocasionadas por el juego, solia acabarse por echar mano á la espada en el mismo salon, ó saliendo á la mas inmediata callejuela. En estas solemnes ocasiones se agrupaban los pajes y lacayos en la calle é impedian el paso á todo el mundo, precaucion que adoptaban á causa de la escesiva severidad de los edictos contra los duelos.

Generalmente los señores que concurrían allí preferían estar en los salones para gozar del golpe de vista vivo y animado que ofrecían, y para divertirse con el aturdimiento de los honrados ciudadanos que iban allí algunas veces á contemplar aquellos astros resplandecientes que brillaban en una esfera mas elevada.

En este dia, gracias á una singular fortuna, la curiosidad de los ciudadanos podia quedar completamente satisfecha, porque comia allí la flor de las gentes del buen tono; el marqués de Chateauvillian, hijo mayor del duque de Vitry, pagando un partido que habia perdido contra el vizconde de Dreux, y convidando á sus amigos el conde de Roquefeuille, el de Marcilli y otros muchos personajes.

Colocada enfrente de la puerta la mesa donde se hallaban estos caballeros, parecia un tribunal burlesco ante el que comparecian todos los que entraban ó salían en el salon; y como entonces eran imponentes y parecia que tenían asegurada la impunidad, llovian los sarcasmos sobre los que llegaban.

En este momento un desdichado se llevó con su capa todo lo que habia en una mesa.

Al ruido de la vajilla rota echó á correr todo asustado, y se aumentó su sobresalto al oír las carcajadas de los lacayos.

—Pardiez, dijo Lusignan, que se parece al furibundo cometa con que nos amenaza Nostradamus, que arrastra con la cola de su capa ese mundo de vasos y botellas.

—Por el sagrado estómago de Lúculo, ¿qué aleman ó qué caballo es el que vá á comer esa gazofia? dijo el marqués al ver entrar á un mozo con una escudilla con una sopa como de yerbas.

Dos ó tres ¡hem! ¡hem! habian bastado para descubrir el malhadado aficionado de semejante sopa.

Era un hombre gordo, de rubicunda cara, que se puso sumamente colorado al oír este sarcasmo; y cuando se aproximó el mozo á su mesa le dijo:

—¿Quién te ha pedido eso? Llévatelo pronto.

—¿Cómo, maese Bernardo, no habeis pedido la sopa que comeis todos los dias? ¿No me habeis dicho que echaran bastante azafran? replicó el mozo levantando la voz, tanto como el otro la habia bajado; de manera que llamó la atencion de todos con gran confusion de maese Bernardo.

—¿Con que come todos los dias esa sopa? dijo uno.

—¡Vaya un potaje monstruoso!

—¿Qué enfermedad tan terrible!

—¿Qué horrible deformidad!

—No está bautizado.

—Es turco.

—Es judio.

—Es un negro blanco.

—Es un diablo.

—*Vade retro, Satanás*, dijo el último.

Perdiendo ya la paciencia con tantas burlas, cogió resueltamente la sopera, y puesto en facha como para desafiarlos, metió la cuchara en el potaje, abrió una enorme boca y se engulló una cucharada, que desgraciadamente estaba abrasando. A los gestos que hizo soltaron todos la carcajada.

Entonces ya no pudo resistir ni las burlas, ni el dolor de la quemadura; pagó y se marchó.

Durante esta escena habia venido uno de los mozos que servian en el piso superior ocho ó diez veces á preguntar á su camarada si habian traído la *Gaceta de Holanda*, porque la esperaba con impaciencia el caballero que estaba arriba.

Apenas acababa de salir maese Bernardo, cuando llegó el mozo haciendo la misma pregunta.

Cansado de oír siempre la misma pregunta, ó queriendo divertirse con el mozo, le llamó el marqués y le dijo:

—Dime: ¿te has encargado de señalar los cuartos de hora, viniendo á preguntar con ese grito monótono por la *Gaceta de Holanda*?

—Señor, es que el caballero que está en la habitacion de arriba está impaciente por leerla, y aun me ha dicho que en el caso que alguno quisiera cogerla, dijera su nombre.

—¿Para qué hace falta su nombre?

—Porque dice ese caballero que al oír su nombre cualquiera que tuviera deseos de tomarla la dejaria al momento.

Al oír esto sonaron estrepitosas carcajadas.

—¿Es acaso Mr. Pourcegnac? dijo uno.

—¿O Mr. de Sottenville? dijo el vizconde.

—Dinos el nombre de ese terrible Artaban, añadió el marqués.

—Es Mr. de Latreaumont, dijo sencillamente el joven, un caballero tan alto y tan grande como la torre de Santiago, que bebe una botella de un sorbo.

—Latreaumont, dijo el marqués con aire asombrado y despreciativo, mirando á sus amigos. ¿Conoceis la audacia de ese hombre? ¿No merece una leccion?

—¿Para qué? dijo uno.

—La suerte de ese pobre Rohan me dá lástima, y quiero castigar á ese mata-moros.

En aquel momento se abrió precipitadamente la puerta y otro mozo dijo:

—Pedro, la *Gaceta*: Mr. de Latreaumont se impacienta y lo vá á romper todo; ya sabes su génio.

—¿Qué quieres que haga?

Y antes de marchar recomendó al otro mozo que la sirviera en cuanto llegara.

—Y yo mando lo contrario, dijo el marqués; quiero tenerla yo primero.

—Pero señor...

—Pero... dos luises ó veinte palos, escoge.

La eleccion no era dudosa, y el mozo fué á esperar la *Gaceta* para dársela al marqués.

---

## CAPÍTULO XV.

---

### La Gaceta de Holanda.

Unum et molle lutum est, nunc,  
nunc properandus et acri.  
Flugendus sine fine rota.....

PERSE, III, 23.

Mientras pasaba esta escena en el salon, se hallaban dos caballeros en uno de los gabinetes del piso segundo dispuestos á hacer la mas brillante acogida á una suculenta comida. Esperando que les sirvieran sentados al pié de la chimenea, habian desocupado una botella de aquel vino generoso y puro de Borgoña, que tanto habia agradado á Mr. de Villarceaux, y habian comido bastantes aceitunas.

Apareció de pronto Pedro llevando escelentes platos en que se habia esmerado el cocinero.

—¡Bravo! llegas á tiempo, dijo una voz gruesa que

ya conocemos. Si tardas un poco mas, no encuentras mas que las espadas, porque el hambre que teniamos nos iba aguzando los dientes. Ahora tráeme la *Gaceta de Holanda* tan pronto como llegue, y por la décima vez te repito que si alguno quiere cogerla, le dices que la quiero yo, y te juro que basta esta advertencia. Déjanos en paz, y cuando oigas romper las botellas es señal de que están vacías y subes mas.

El mozo saludó al coronel con respeto y temor. Latreaumont tenia entonces cuarenta y seis años; su aire fanfarron, sus hábitos brutales, su tono soldadesco siempre el mismo, solo que habia engruesado considerablemente, y si hubiera tenido menos estatura, hubiera parecido un mónstruo. Estaba magníficamente vestido desde el sombrero hasta las medias de seda verde manzana, que apenas podian sujetar aquellas hercúleas piernas: su figura tenia entonces un aire extraño menos caracterizado que otras veces, porque se echaban de menos sus largos bigotes; pero en cambio tenia de mas una enorme peluca negra que unia bruscamente su cabeza con las espaldas casi ocultas por aquel bosque de pelo prestado.

Comparando al Latreaumont de 1669, gigante huesoso, mal vestido, fatigado por las privaciones de toda clase y las incertidumbres de una vida azarosa, con el Latreaumont de 1674, se podrá presumir que aquella grosura y el estado floreciente en que se hallaba lo debia á la pacífica existencia y á la abundancia en que hacia cinco años que vivia.

El convidado del coronel formaba el mas raro contraste con él: era un hombre como de treinta años, bajito, seco, con un vestido negro; llevaba una peluca rubia: su fisonomía, sumamente pálida, dura y fria, no tenia de notable mas que los ojos penetrantes y de extrema movilidad y una nariz puntiaguda; se notaba en él suma sagacidad y un carácter semejante al de

la garduña: por lo demás demostraba suma seguridad y parecía del mismo génio que Latreaumont; le devolvía burla por burla, y hubiera sido difícil decir cuál de ellos dominaba al otro.

En tanto que el coronel se ocupaba en trinchar un ave, su compañero, á quien llamaremos Gerónimo de Causé, señor de Nazelles, abogado del Parlamento de Paris, llenaba su vaso y el del partidario, y antes de llenar el vaso dijo:

—¡Al buen éxito de vuestros asuntos en Bruselas, señor Titan!

—¡Que el diablo, y sobre todo Monterey os oigan! dijo Latreaumont contestando al brindis. Daria yo ahora cien puntapies al primer ministril que encontrara, con tal de recibir la *Gaceta de Holanda*.

—Paciencia, compadre; ella llegará, y aquí viene antes que á ninguna parte. ¿Pero qué os han hecho los ministriles? No os han arruinado seguramente, porque sois bien avisado para hacerlo por vos mismo.

—¿Y mis amigos? ¿he de ser yo indiferente á su ruina, cuando considero sus bienes como míos?

—¡Sábiamente pensado! Minerva hablando por boca de Hércules no lo hubiera dicho mejor.

—¿Quereis que no me exaspere, cuando con el miserable pretesto de derechos de sucesion se han quedado entre las uñas con ocho mil libras de la herencia del papa Guemenée que nos debian dar á nosotros los de Rohan?

—¿Con que estais reducidos á aprovecharos de los residuos de los créditos como si fueran los restos de la comida de la vispera?

—Como decís, compadre, menos los últimos huesos; y gracias que á fuerza de amenazas he podido sacar quinientos luises, que como decia aquel pícaro ministril, era el fondo del saco, y parte de ellos los he echado

encima, porque este uniforme es de Regnier (1), dijo el gigante examinándose con complacencia.

—El hecho es que estais muy bien vestido, y no debe haberos costado poco, porque con el paño que lleva encima *vuestra enormidad* habria para alfombrar una habitacion, y Mr. Rohan podia vestir con él á diez personas como yo.

—Ya veis que yo engordo espresamente para arruinar á mi Orestes, y que aumento cada dia la interesante rotundidez de este otro Pilades, dijo el coronel dándose golpecitos en aquel enorme vientre.

—Asi es que los recursos de vuestro caballero se irán poniendo héticos á medida que vos vais estando apoplético.

—Por esa razon he escrito á Monterey para esa rebelion de Normandia que guardaba como mi último recurso. Sí, digno compadre, nos hemos arruinado; estamos libres como el aire, verdaderos bohemios que podemos plantar nuestras tiendas á todos los soles, dejando por cien mil libras recuerdos á nuestros acreedores. ¡Cómo pasan los tiempos!

—¿Y os habeis arruinado en dos años?

—Estais equivocado; empezamos en 1669, y ya veis que no ha sido poco sostenerse con miserables quinientas mil libras, cuando se vive como nosotros hemos vivido.

—No, seguramente, cuando se han comido en compañía de vuestra enormidad; pero esas quinientas mil libras eran el precio del cargo de montero mayor.

—Exactamente: le vendió Mr. Rohan el dia siguiente que le salvé la vida en Fontainebleau.

—Dicen que el dia que dió su dimision manifestó un orgullo y una resolucion digna del difunto duque de Rohan.

---

(1) El sastre de mas fama en aquel tiempo.

—¿Quién? ¿él, Rohan, un hombre de resolución? replicó Latreaumont soltando la carcajada, ¿un hombre enérgico? ¿Dónde diablos ha oído esas tonterías *vuestra exigüidad*? Rohan se encoleriza algunas veces cuando le agujonean el odio, el orgullo ó la envidia: entouces se exalta un momento, pero vuelve á caer en la molicie y la indecision. Rohan es un niño egoista, irritable y lloron, que me teme como al fuego, y que no puede separarse de mí: se parece á esas mujeres á quienes maltratan y arruinan sus amantes, y no se atreven á dejarlos.

—¿Y no temeis que algun dia se llegue á irritar y os eche?

—¿El? Cien veces me ha dicho: «Seria una cobardia »de tu parte el insultarme, porque lo conozco, no podría hacer uso de la espada contra tí.» Tambien procede esto de que me cree primo de Satanás, y esto le impone un poco.

—Ya veo que le habeis fascinado, como hace la serpiente con el pajarillo, y que no se os escapa.

—¡Os reís, compadre! y haceis muy mal, porque enseñais unos dientes muy negros, y no hay nada de risible en la suerte del segundo de la casa de Rohan Montbazon Guemenée Sombisse, que tiene tantos apellidos cuantos son vuestros dientes.

—No os burleis; la víbora muérde solo con dos bien despreciables, y su mordedura es mas terrible que la de la ancha mandibula del mastin, dijo Nazalles con suma sangre fria.

—Vuestra exigüidad tiene razon; un veneno sutil es mil veces peor que una dentellada. Pero hablemos formalmente. Rohan no puede escapárase, porque ya veís que es muy terrible el hábito y la debilidad; además es uno de esos séres que solo hacen eco, y yo le divierto, le hago reir, le animo, y cien veces me ha dicho que cuando estoy á su lado conoce que tiene mas resolución, y le he salvado dos veces la vida:

primero en Fontainebleau, y despues en el sitio de Maestricht, donde le saqué de entre una partida de hulanos que le habian dado dos sablazos, que no estaba dispuesto á devolver.

—Escelente y digno amigo que no queria dejar su esperanza de complot en el campo de batalla.

—Si no hubiera sido por eso, no me hubiera yo cuidado del pellejo de Rohan.

—A propósito de eso, ¿cómo es que Mr. Rohan, despues de haber dado tan orgullosamente la dimision, ha servido como voluntario? ¿Cómo es que vuestra enormidad no lo ha impedido? ¿no temiais un remordimiento, un arrepentimiento? y entonces se llevaba el diablo los proyectos de complot.

—Habeis de saber primero que la mas loca veleta no vacila tanto como la voluntad de este caballero; le he oido decir: «Moriria contento si pudiera sacar la espada contra el rey en una revuelta.» Y al dia siguiente decia: «Si yo pudiera tener un año de favor como Lauzun, moriria feliz.»

—¿Y no temeis esa versatilidad, ese deseo de favor?

—¿Qué me importa? Todo eso es una ilusion. Estoy segurísimo de que no ha de acontecer. ¡Como si yo no conociese al gran rey! ¡Pues qué, no sé yo que tiene una invencible tenacidad en su odio? Estoy seguro que cuanto mas se humille, cuanto mas le pida perdon por la escena de Fontainebleau, como ha tenido la cobardia de hacerlo, atribuyendo su arretrato de aquel dia al disgusto de verse olvidado de S. M. «á quien tenia, segun dijo, un amor tan violento y tan fuerte como un amante al objeto de sus amores.» Cuanto mas se echara á los pies de los caballos, tanto mas seria despreciado, y así ha sucedido. Cuando por medio de su prima la princesa de Soubise pidio perdon, contestó el monarca que habia tenido un gran placer en desembarazarse de su montero mayor; cuando por

medio de Colbert su pariente, solicitó el honor de seguirle al ejército para expiar su falta, contestó que todo caballero podia batirse como voluntario, pero que no obtendria ningun cargo militar. Por último, cuando en Maestricht recibió esos pinchazos de que todavía no se ha curado, se prestó al paso del rey, y enseñando su brazo en cabestrillo, dijo: «Señor, el mas humilde de vuestros soldados pide perdon á V. M. de no haberse hecho matar en vuestro servicio.» El se encogió de hombros y le volvió la espalda sin contestarle.

—Supongo que viéndose tan cruelmente despreciado, se pondria furioso; el fuego prendió en la pólvora de vuestra mina, digno ingeniero.

—Exactamente: y la mina reventó. Rohan, no pudiéndose ya dominar, me habló de la insurreccion de Normandía que le hacia yo entrever hacia algunos meses. No soñaba entonces mas que con venganzas, revoluciones y asesinatos, y no hablaba del rey sin rechinar los dientes y con blasfemias por exclamaciones.

—Y en esa acentuacion infernal que vuestra enormidad sabe enseñar tan bien, ¿no entraba el pillaje como interrogacion?

—Rara vez: su odio antes que todo, porque veia que no tenia que esperar nada del monarca. Así es que en cuanto me habló, despaché al momento al mercader portugués á Bruselas; y si se acepta el nombre de Rohan como enseña de revolucion en Normandía, el caballero es tan mio como lo es el cordero del carnicero.

—¿Y no dudará en adoptar ese partido?

—¿Y qué ha de hacer? Está rruinado: de las últimas mil libras se ha pagado este vestido, y despues de todos no le queda mas que un amigo: con que no se puede escapar.

—¿Y su madre?

—Vuestra exigüidad quiere divertirse. Ya debeis

suponer que cuando le hice que fuera á su palacio á reclamar con espada en mano los títulos y papeles de familia, le ponía en posición de no poder presentarse delante de esa madrastra que ya le aborrecía.

—¿Y la señorita Mauricia que tanto le ama?

—Aborrecí á esa pécora desde que la ví en Fontainebleau, y temí su influencia. Imaginé desde luego escitar á Rohan á toda clase de infidelidades exasperando su vanidad, y recientemente haciéndole hacer un viaje á Baviera, de donde fuimos expulsados porque la esposa del elector se enamoró perdidamente del caballero.

—¿Y el amor de Mauricia resistió á tantas infidelidades?

—Es una santa. Todo lo sufre, y le ama tanto que moriría por él. Imaginé entonces emponzoñar el manantial de ese puro arroyillo de creencias, como diría Scuderi, echando en él algunas sospechas; en una palabra, hice dudar á Rohan de la fidelidad de Mauricia, y le hice tener celos de Effiat y Lorena, sus mas implacables enemigos.

—Pero si dicen que vive como en clausura; ¿cómo había de creer vuestras calumnias.

—Porque como todas las almas débiles, es tan orgulloso como desconfiado: no tiene certidumbre, pero duda. Hoy la cree fiel, mañana un mónstruo de perfidia; en una palabra, he acabado con toda la influencia duradera por esta parte.

—Vuestra enormidad sabe manejarse; ¿pero no teméis ahora que vaya Mr. Rohan á descubrir el complot al rey para obtener su perdón y volver á la córte?

Latreaumont quedó un momento pensativo, y replicó con seguridad y convicción:

—No, nunca: á pesar de sus vicios, de toda su irresolución y debilidad, se notan en él los instintos de su noble raza, y no llegará á ese extremo.

—De manera que os debe Rohan el haber quedado

sin dinero, sin parientes, sin amigos, y comprometido además en un crimen de lesa majestad.

—¡Comprometido! exclamó Latreaumont. Dios lo quiera, si acepta Monterey. Dando despues una patada dijo: ¡Esa maldita *Gaceta*!

—Ya la tendreis, compadre, y seguramente de los primeros.

—A propósito de esta *Gaceta* exclamó Latreaumont dando una risotada, ¿no os parece que es chistoso que ha de ser tan pública la respuesta Monterey? Deseo leer en esa *Gaceta* en el artículo Francia: 1.º «Se dice en Paris que S. M. marchará á Compiègne el 29 ó el 30, y que nombrará allí dos mariscales. 2.º Se dice que ha llegado un correo extraordinario de España.» Estas palabras que leerán el rey y sus ministros sin caer en la cuenta, significarán que «Monterey, gobernador general de los Países Bajos, consiente, como consentia antes Isola, en apoyar con las armas y dinero de Holanda y España una rebelion en Normandía, que tenga por objeto establecer la república en Francia, rebelion á cuya cabeza estará el caballero de Rohan.» El hecho es, compadre, que nada hay mas cómodo y seguro para librarse de la inquisicion que se ejerce con las cartas que generalmente son abiertas, y me parece que es el mejor medio de seguir correspondencia con los enemigos del Estado. Sin contar que si hallo esta feliz noticia en la *Gaceta* debe darnos el mercader portugués cincuenta mil libras á buena cuenta.

—¿Podeis decirme si vuestra enormidad tiene tantos afanes solo para asegurar la supremacia de Mr. Rohan en esta futura república de Normandía? ¿Podreis decirme qué será ese señor en el caso que salga bien la revolucion? preguntó Nazelles con tono irónico.

—¿Podeis decirme, compadre, lo que se hace con una bandera despues del combate? ¿Podeis decirme qué parte toma en los negocios ese pedazo de tela colgado

de un palo y que se llama bandera? preguntó el gigante de un modo bastante significativo.

—Comprendo, comprendo. Tengo el honor de hablar con el futuro jefe de la república de Normandia.

Latreumont hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y cómo os gobernareis ahora en vuestras futuras posesiones? ¿qué tal están los ánimos en Normandia?

—Exasperados; los impuestos irritan, la nobleza ladra, el Parlamento gruñe y el pueblo gime.

—Pero ladrar, gruñir y gemir no es morder, y por lo regular el látigo suele contener todas esas demostraciones.

—Cuento con la promulgacion del último impuesto, y la convocacion de la milicia con que se amenaza á la provincia para que enseñe al fin los dientes.

—¿Con que es muy pesado ese nuevo impuesto?

—¡Pesado! No es cosa mayor: al contrario, es muy ligero, puesto que á los bebedores de sidra no les deja mas que la mitad de las rentas.

—¡La mitad!... es imposible.

—Posible y muy posible; pero se contestará á tiros si las tropas del rey tienen la humorada de ir á recaudarle.

—El hecho es que felizmente para el complot el impuesto parece exorbitante.

—Pero lo mejor es que el rey se ha encargado de reunir los nobles con esa convocacion de la milicia; de manera que no puede sospecharse nada; y a los campesinos les digo que les mandan á la carnicería, y que en vez de dejar el país é ir á Alemania á ser degollados, les vale mas estar en su provincia y defender sus derechos y su dinero contra el sultan XIV. Si acaso dudan, les manifiesto que nos apoyan la Holanda y la España; les llevo el banderín Rohan, y marcharemos en seguida sobre Quillebeuf, a donde preparan mis amigos el desembarco del enemigo.

—Vuestro plan de campaña no es malo; ¿pero quién

será el que rompa el baile? Porque esto es lo mas importante; pues ya sabeis que si en el campo cuando toca una campana á rebato contestan todas las demás, sin saber por qué, la dificultad está en hacer sonar la primera.

—Pues bien: el primero que toque la campana será mi sobrino, repuso el coronel con aire de triunfo.

—¿Augusto de Preaux?... ¿Estais loco?

—Sí, mi sobrino; y si no lo quereis asi, el hijo de mi hermana.

—Me habeis dicho que vá á casarse con esa jóven hermosa y rica, la marquesa de Vilars. ¿Cómo ha de mezclarse en este asunto?

—Tomará parte en él, y justamente porque vá á casarse con esa jóven y hermosa, marquesa de Vilars, es por lo que tomará parte en el complot; y no solo eso, sino que será el que toque la primera campana, como vos decis.

—¿Será cierto?

—Lo es.

—¿Y por qué?

—Porque yo lo quiero.

Habia en la manera con que Latreaumont pronunció estas palabras un acento de conviccion tan firme, tan imperativo y tan profundo, que Nazelles no pudo menos de participar de él un momento: así es que el partidario, orgulloso por la impresion que habia causado, y queriendo sin duda aumentarla, añadió negligeramente:

—Ya conoceis, compadre, que teniendo Mad. Vilars cincuenta mil libras de renta, y pudiendo en virtud de los derechos que son anejos a un señorío, proporcionarnos unos cincuenta hombres montados, y siendo además una señora de estremada virtud, muy respetada en Normandía,,. ya conoceis, repito, la importancia que tiene para nuestro objeto que esta hermosa

viuda anime con su ejemplo á los campesinos, irresolutos y tímidos la mayor parte de ellos.

Pero un instante de reflexion parece que demostró á Nazelles la imposibilidad moral de lo que afirmaba Latreaumont, y añadió con tono irónico:

—Pero ya conocéis que por lo mismo que Mad. Vilars es jóven, bella, rica, viuda, y sobre todo enamorada de vuestro sobrino, que segun me habeis dicho, adora á tan virtuosa señora, con el mas noble corazon que hay en el mundo; debiendo casarse con ella bien pronto, no es fácil que caigan en vuestras redes.

—Por la lengua dorada de Ciceron, que no entendeis una palabra, señor Demóstenes, dijo el gigante echándose á reir. Precisamente porque es bonita, viuda, jóven y virtuosa, por esa razon conspirará, y mi sobrino que es virtuoso, noble y enamorado, conspirará, y los dos caerán en la red, como vos decís.

—¿Me creéis tan estúpido que me figure que vuestro sobrino en vísperas de casarse vaya á tomar parte en esto cuando vá nada menos que su cabeza y la de su amada? Vamos, compadre, el vino generoso surte su efecto, y me parece que vuestra enormidad vé muy fácilmente á través de la botella.

—¿Qué niño sois! dijo el coronel con aire desdeñoso; ¿no sabéis que para Julio Duhamel Latreaumont querer y poder es una misma cosa? Para concluir, os diré que mi sobrino y Mad. Vilars conspiran porque yo lo quiero. Ahora hablemos de otra cosa; que ya es bastante que me hayais sorprendido un secreto para que vaya á confiaros otro.

Nazelles hizo como que no advertia las últimas palabras, y continuó:

—Teneis razon, respetable mágico, hablemos de otra cosa; yo no creo imposible... Y si Monterey acepta, ¿á quién enviais á Holanda para terminar el arreglo?

—¿Cómo! ¿no lo adivina vuestro tierno corazon?

A ese viejo, al padre de vuestra infanta, á vuestro patron.

—¿Van-den-Enden?

—El mismo. A propósito, ¿cómo vais de amores, hermoso Cupido disfrazado de mónstruo? ¿Y Clara Maria, vuestro idolo, os desprecia siempre lo mismo?

A pesar de su imposibilidad habitual, Nazelles no pudo contener un gesto de cólera y despecho al oír al coronel echarle en cara su fealdad, que en efecto era estremada, y el mal resultado de sus amores, y le contestó algo incomodado:

—Cuando el pesado mastin tenga la elegancia del noble corcel, podremos olvidar la fealdad de nuestro rostro, señor de Latreaumont.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que nos enfadamos? con que se evapora esa sangre fria, señor de Nazelles? dijo el coloso. ¿Por qué diablos vá á fijarse vuestra exigüidad en Clara Maria, esa estatua de nieve? Hace cinco años la besé la mano en Amsterdam, y estaba fria como un mármol, y necesité veinte vasos de aguardiente para calentarme los lábios.

Quiriendo Nazelles que concluyeran los sarcasmos de Latreaumont, y sabiendo que contestarle con impaciencia seria el medio de que nunca acabaran, pareció que se resignaba, y dijo suspirando:

—Nadie es dueño de su corazon ni puede elegir figura. Soy feo y amo á Clara Maria; es sensible y me desprecia. En vano he entrado como pensionista en la escuela que ha establecido su padre en Francia; mi amor no ha ganado maldita la cosa. Por lo tanto no es generoso que os burleis de mí.

—Yo no gasto el tiempo como vos; yo tarquinizo; en lugar de suplicar de rodillas, mando con el palo levantado.

—Lejos estoy de negar la eficacia de vuestro modo de enamorar, valiente Tarquino; pero como estoy en situacion diferente con Clara Maria, me abstendré de

poner en práctica vuestros consejos, y continuaré amando sin esperanza. Pero volviendo á nuestro asunto, ¿querrá Van-den-Enden encargarse de esta mision para Monterey?

—¿Si querrá? Conmigo al momento se quiere, compadre; pero el doctor quedará encantado, porque verá la posibilidad de realizar un proyecto que miraba como un sueño hace cincuenta años en Amsterdam, cuando le conocí y cuando fui de su parte á ver á ese monigote de Isola y al pobre de Juan de Wit, indignamente asesinado como su hermano, dijo Latreaumont frunciendo las cejas como si le afectara pasajeramente el olvido de algun recuerdo penoso.

—Confesad, coronel, que es fatalmente estraña la llegada de Van-den-Enden á Francia; ¿no es singular que haya venido á establecerse á Paris? Se diria que habia venido á propósito para facilitaros los medios de reanudar los proyectos de rebellion comenzados hace cinco años, merced á las relaciones, que á pesar de su proscripcion ha conservado con personas respetables á Holanda. Sin contar con que es preciso que esté dotado de una rara energía para que se decida á los setenta y cuatro años á atravesar dos ejércitos á fin de buscar á Monterey.

—Pues irá aunque sea de cabeza para encontrar aplicacion á sus sueños de libertad. Sea en Holanda, sea aqui, esa ha sido siempre su mania, y cuando hemos vuelto á hablar de nuestros proyectos, me ha manifestado diez planes diferentes de gobiernos republicanos, aplicables todos á esa crasa Normandía cuando la arranquemos de las garras del sultan XIV y todos mas admirablemente libres los unos que los otros: una verdadera edad de oro; todo azúcar y miel; leyes embalsamadas con la caridad, bondad, igualdad, fraternidad... qué sé yo; una especie de regeneracion social como él dice.

—¿Con que el padre de mi infanta, como vos decís,

es un visionario de la escuela de ese pécora de Juan Wit?

Por segunda vez al nombre de Juan Wit la fisonomía de Latreaumont perdió su espresion habitualmente insolente, y tomó un carácter sério.

—No, no quiero, dijo el coloso pronunciando con fuerza estas palabras, no quiero que se hable mal de Wit delante de mi.

—¡Vaya una cosa rara! Latreaumont defendiendo á ese imbécil.

—Ya os he dicho que no quiero que se hable mal de Wit en mi presencia: honor y respeto á ese nombre.

—¿Y por qué á ese mejor que á otro?

—Porque sse nombre es el del único hombre en cuya presencia se ha hallado Latreaumont triste y cortado.

—¡Triste!... ¡cortado!... vos delante de Wit, exclamó Nazelles cortando estas palabras por decirlo así con una sonrisa desdeñosa.

Furioso el gigante se medio levantó, y cerrando los puños echó una furibunda mirada al abogado, cuyo rostro se encendió un segundo, pero bien pronto recobró su sangre fria.

—Tengo ganas, dijo el coronel, de haceros una sangría para ver si teneis en vuestras venas algo mas que veneno.

—Por mucha sed que tengais, debéis saber que del dicho al hecho hay gran trecho, dijo friamente Nazeles, echando una ojeada significativa á la espada que estaba colgada en la pared.

—Entiendo, entiendo, dijo Latreaumont; ya sé que la manejaís regularmente, y que podeis defenderos; pero antes de cogerla ya os habria roto los huesos.

—No seriais capaz de cometer esa bajeza, exclamó Nazelles, asustado á pesar suyo, pensando en la fuerza colosal de su adversario.

—No; lo sabeis... somos los dos muy solemnes bri-

bones, sin fé ni ley; me alegro que no comprendais lo que yo esperimenté á vista de Juan de Wit, y me alegro no haberle visto mas que una vez.

—¿Y por qué?

—Porque á la segunda me hubiera familiarizado, y á la tercera le hubiera tuteado.

En este momento fué interrumpida la conversacion porque abrieron la puerta de la sala desocupada que precedia al gabinete (prudente precaucion que permitia á los dos hablar con toda confianza), y un mozo vino á llamar tímidamente á la puerta.

—Aquí está la *Gaceta de Holanda*, dijo Latreaumont levantándose con viveza, que vá á decirnos si Monterey acepta ó no.

## CAPÍTULO XVI.

---

### La Gaceta de Holanda.

Otiur et cœli flammis et tigride feta.

LUCANO, v. 403.

Entró el mozo.

—¿Y la *Gaceta*? dijo Latreaumont.

El mozo, pálido como un difunto, con aire suplicante contestó al coronel con voz temblorosa:

—¡Por los santos inocentes! os juro, ¡caballero, que la he pedido mas de veinte veces.

—¿Qué has pedido? exclamó bruscamente Latreaumont.

—Caballero, he repetido que la esperábais, que era para vos.

—¿Pero el qué?

—La *Gaceta*...

—¿Está aquí la *Gaceta* y yo no la tengo?

Y cogiendo al desdichado mozo por el cuello le sacudió rudamente.

—Caballero, no tengo la culpa; es el marqués de Chateauvillain el que la ha cogido, á pesar mio, lo juro.

—¡Miserables! continuó Latreaumont exasperado.

—Compadre, exclamó Nazelles, podeis considerar que ese imbécil no es el marqués.

—Teneis razon... ¡mi espada! dijo el coronel rechazando vigorosamente al mozo, que corrió á buscar la espada y la presentó á Latreaumont, temblando todavía, pero muy contento de ver que su terrible cólera tomaba otro giro.

El coronel rechinando los dientes y sin hablar palabra, sacó la espada de la vaina, examinó la hoja, la dobló apoyándola en la punta del zapato, y examinando despues el puño para ver si estaba bien asegurado, la volvió á envainar, siempre con el mayor silencio, en tanto que Nazelles, que esperaba probablemente ser padrino del coronel, hacia las mismas pruebas.

—Ahora, dijo Latreaumont dirigiéndose al mozo, dime pronto lo que ha sucedido, y no tengas miedo, porque no vá nada contigo.

—Vais á saberlo todo, caballero, replicó el pobre mozo atragantándose á cada palabra. Trajeron la *Gaceta*, y Pedro, á quien tenia yo espresamente destinado á recibirla, la cogió y se la dió á Santiago, diciendo: Anda corriendo á llevar esta *Gaceta* á Mr. Latreaumont, al núm. 6, ya sabes. A ese caballero no le gusta esperar. Pero entonces el marqués, que lo oyó, arranca la *Gaceta* de las manos de Pedro y dice: Ahora vete á decir á ete caballero que no quiere esperar y que quiere que se diga su nombre, que le has nombrado, y á pesar de eso he cogido la *Gaceta*. Entonces...

—Basta. Condúceme pronto á la pieza donde se halla el marqués, dijo Latreaumont interrumpiéndole: ¿Nazelles, venis?

Tales fueron las únicas palabras que pronunció, y precipitándose hácia la puerta con una rábia fría, mas terrible que ningun arrebató.

Nazelles, que habia contestado con un signo afirmativo á la pregunta de Latreaumont, le siguió, y los dos bajaron precedidos del mozo, que cuidándose poco de servir de introductor, desapareció por un oscuro pasillo en cuanto bajaron la escalera.

Pero Latreaumont, que conocia perfectamente la casa, llegó bien pronto á la puerta del salon donde estaba el marqués con sus amigos.

El coronel abrió violentamente la puerta, y entró seguido de Nazelles con su espada debajo del brazo.

—¿Dónde está el marqués de Chateauvillain? preguntó con voz fuerte, echando una ojeada circular y altanera á toda la sala.

A tal pregunta, hecha con tono tan provocativo, el ama de la casa, que estaba acostumbrada á semejantes escenas, corrió á echar el cerrojo á la puerta que daba á la calle, y desapareció dejando el campo cerrado y libre á los actores y espectadores de esta cuestion.

—¿Dónde está ese marqués? ¿se esconde porque le busca Latreaumont? repitió el gigante.

A estas palabras, un jóven de buena presencia, con una grande peluca rubia, vestido azul, con muchas cintas de color de rosa, se balanceó en su silla y dijo jovialmente á uno de sus compañeros:

—¿Qué es eso, vizconde? ¿quién es ese palurdo que está berreando mi nombre? ¿vendrá á pedir algun escudo por los bastonazos que le hubiera dado ayer estando borracho? ¡Hola, muchachos! echadle á latigazos.

El marqués estaba sentado de espaldas á la puerta, y por lo tanto no podia ver á Latreaumont.

El coronel no contestó una palabra; pero apelando á su fuerza atlética, cogió con la mano derecha el respaldo de la silla, y antes que el marqués lo advirtiera, la dió tal movimiento de rotacion, que se encontraron cara á cara.

Esta evolucion fué ejecutada con tal prontitud y destreza, que el marqués no perdió su asiento: permaneció sentado con la mayor sangre fria, y dijo:

—El pícaro tiene fuerza en los puños.

—A mi me gusta ver con quién hablo, dijo Latreaumont al marqués, mirándole de pies á cabeza, y despues añadió con la mayor insolencia: Me alegro haberos visto de frente, porque con dificultad se puede encontrar monigote mejor adornado. Lo malo es que voy á hacer trizas todos esos encajes, porque supongo que sois el marqués de Chateauvillain.

Y Latreaumont se aproximó a él, dominándole con su elevada estatura, á su aversario, que continuaba imperturbablemente sentado.

El marqués, conservando su sangre fria, cruzó los brazos, levantó la cabeza, y mirando fijamente al coronel, le dijo con un tono tan desdeñoso como insultante:

—¿Y vos sois el hombre de la *Gaceta*?

Desde el principio de esta escena, los espectadores, cada vez mas inquietos, se habian ido aproximando, y los amigos del marqués se levantaron, y se esperaba el desenlace de tan extraño diálogo con muda ansiedad y el mas profundo silencio.

—Yo no me llamo el hombre de la *Gaceta*; ¿lo ois, hombre de las cintas encarnadas? Ya os he dicho que me llamo Latreaumont.

El marqués se volvió hácia el vizconde y le dijo manifestando sumo desprecio:

—¡Y se atreve á decir su nombre donde hay tantos caballeros!

Despues, mirando á Latreaumont, añadió:

—Puesto que habeis tenido la desvergüenza de decir vuestro nombre, ¿qué quereis, señor de Latreaumont? Os advierto que aquí no hay tahures á quienes podais intimidar con esas fanfarronadas.

Este sarcasmo hizo perder á Latreaumont la paciencia que habia tenido hasta entonces; echaban chispas sus ojos, dió una patada, y acercándose al marqués, dijo:

—Cuando hablo de pié quiero que me contesten de pié.

—Dice que quiere, replicó el marqués encogiéndose de hombros.

—Repito que quiero, y se hace lo que yo digo. Vamos, de pié.

Y diciendo y haciendo cogió al marqués por el cuello de su casaca y le puso de pié.

Cuando los amigos del marqués vieron que pasaba Latreaumont á vias de hecho, se interpusieron entre los dos y los separaron, y reprendieron al coronel su brutalidad.

El marqués exclamaba en medio de un terrible arrebató:

—¡Que me vea yo obligado á cruzar mi acero con ese bribón!

Por su parte Latreaumont contestaba enseñándole los puños.

—¡Pues no ha sido necesario poco para obligarle á ponerse de pié!

—Si... y vas á pagar bien cara esa ofensa.

—No sabemos quién la pagará. Antes de todo tengo que hacer una reclamacion que creo aprobarán estos señores; se trata de la *Gaceta de Holanda* que os habeis guardado; ¿quereis dármela, sí ó no?

—No se trata de la *Gaceta*; de lo que se trata es de que vayamos detrás del cementerio de San Juan, donde espero probaros que si el torero no lucha cuerpo á cuerpo con el toro, de una estocada le derriba á sus pies.

—Desde muy jóven quereis hacer el papel del Cid, pero ante todo la *Gaceta*.

—¡Todavía vuelve á lo mismo! Ya os he dicho que no se trata de *Gaceta*.

—Pues precisamente es la causa de la disputa. Por lo tanto os pregunto delante de testigos si quereis darme ó no la *Gaceta* que os guardais. Tengo mis razones particulares para insistir sobre este punto.

—Pues bien: ya que queres seguir con tan insolente broma, dijo el marqués con rabia, cogiendo la *Gaceta* que estaba sobre la mesa y enseñándosela al coronel que no la habia visto, la *Gaceta*, mirala, ven á cogerla.

Y se la guardó en el bolsillo y sacó la espada.

—¿Aquí en esta sala? dijo Latreaumont; bueno.

Despues dijo con tono muy grave:

—Por última vez, señor marqués, ¿quereis darme la *Gaceta*?

—¿Todavía? exclamó el marqués exasperado, porque tomaba la insistencia del coronel por una insolente burla; mil veces no: ¡defendéos!

—Con que decididamente es en esta sala?

—Sí, sí; cuanto mas pronto mejor.

—Vamos, vamos, hermoso impaciente, voy á servirlos, contestó Latreaumont quitándose su peluca para encontrarse mas desembarazado.

Y el coronel y el marqués se prepararon al combate.

Las tres ventanas que daban luz á la sala estaban bastante bajas; de manera que podia verse desde fuera todo lo que allí pasaba, y uno de los concurrentes fué prudentemente á correr las cortinas; de manera que

daba la luz á la sala, y á los circunstantes un sombrío reflejo perfectamente en armonía con la escena sangrienta que iba á ocurrir.

Los espectadores se colocaron en las sillas y en las mesas colocadas al lado de las paredes, y esperaban con ansiedad que principiara el duelo.

Latreaumont se puso pesadamente en guardia: aquella mole de carne parecía una torre sobre un arco.

Los asistentes no pudieron menos de admirar la vigorosa actividad del partidario, que hubiera dado envidia ó causado terror al mas refinado espadachin.

El marqués, por el contrario, pequeño, delgadito, elegante, con manos de mujer y un talle que le podia ceñir una liga de Latreaumont, parecía tan esbelto como ágil, y la rara posicion que tomó parecía que habia desconocido al coronel que, riguroso y perfecto académico, se habia puesto severamente en guardia con toda la excelente pureza de los principios practicados en Paris y Venecia.

En una palabra, viendo el marqués que la estatura y fuerza colosal de Latreaumont, habilmente empleada, debian darle una inmensa ventaja, porque podia alcanzar á su adversario mas lejos, detenerle á mayor distancia ó dominar imperiosamente su espada por su extraordinario vigor; queriendo igualar la suerte de este duelo oponiendo la ligereza de su mano al brazo de hierro de Latreaumont, y por la movilidad de su juego neutralizar la ventaja que encontraba su enemigo en su talla gigantesca, se puso en guardia bajándose extraordinariamente, y acercándose ó alejándose de Latreaumont á saltos.

De esta manera el coronel, en lugar de encontrarse frente á frente con su enemigo, en lugar de poder, cruzando el acero con el, prevenir ó parar el golpe que le iba dirigido, gracias á ese tacto esquisito, á ese sentimiento tan fino, tan inexplicable... (eléctrico tal vez)

que hace que á una presion insensible de la espada ses estremezca la espada y responda instintivamente á la otra, en vez de poder dominar á su adversario por una mirada fija y continua con esa especie de fascinacion magnética que aturde á los débiles, Latreaumont se vió obligado á bajar los ojos para buscar un enemigo que unas veces se adelantaba arrastrando como un reptil, y otras saltaba hácia atrás como un gato montés, pero que jamás daba el acero.

Al cabo de algunos minutos el coronel, con su experiencia en las armas, vió que tenia que combatir con un hombre tan diestro como intrépido, que tenia suma prudencia y sangre fria, y que esperaba mucho de ese juego raro, atrevido y estremadamente peligroso para Latreaumont, que brillaba menos por la vivacidad del ataque que por una sacudida pronta y dada á fondo con irresistible impetuosidad. Así es que era terrible el espectáculo de este duelo, en que combatian tan encarnizadamente la fuerza y la destreza.

El silencio que habia reinado algunos instantes no habia sido interrumpido mas que por el choque de las espadas, desagradaba al coronel, que conocia la necesidad de animarse con sus palabras.

Estando á la defensiva para estudiar el juego del marqués, siguiendo con la vista todos sus movimientos con infatigable presencia de ánimo, parando ó contestando con calma, pero no queriendo atacar sino con certeza de un éxito seguro, dijo con tono burlon:

—¡Hola, niño! ¡qué buen método de esgrima! os lo han enseñado en una academia presidida por un lagarto y un sapo, porque os arrastrais como el uno y saltais como el otro... Bien dirigido ese golpe derecho, ¡qué tal si me hubiera alcanzado! añadió parando un rudo ataque de su adversario, que de un salto quedó fuera de alcance. Vamos, vamos, que ya estais á una legua, mariposita, continuó Latreaumont marchando hácia su

enemigo. Cuidado, que si llego á poneros el pié encima, apenas quedará el polvo de las alas.

—¡Bien dado, elefante! gritó el marqués, y al mismo tiempo cargó á Latreaumont con la rapidez del rayo.

El golpe fué terrible, tan francamente dado como diestramente parado por Latreaumont, que contestó con tal impetuosidad, que no pudieron menos los asistentes de dar un grito de espanto. Pero encorvándose el marqués con extrema agilidad, pasó el acero á su lado sin tocarle; acercándose despues demasiado á Latreaumont, quiso darle una estocada, pero oponiendo una parada en cuarta baja, le contestó en esta línea por un golpe tan furiosamente dado, que derribó al marqués.

Felizmente el acero se habia detenido en las costillas falsas; la herida era ligera; una línea mas era mortal.

—¡Ahora creo que no me negareis la *Gaceta de Holanda*? exclamó Latreaumont.

—No; la habeis ganado; tomadla, dijo el marqués, sostenido por algunos amigos, y se la entregó.

—Vamos á ver si trae lo que es preciso saber, dijo el coronel guardando su espada; y desdoblado el periódico, le recorrió con ávida curiosidad, que indignó á los testigos de este malhadado combate.

Pero de repente exclamó, no pudiendo dominar su alegría y dirigiéndose á Nazelles:

—Compadre, escuchad las noticias de Holanda: «Escriben de Paris el 6 de Abril de 1674 que S. M. marchará para Compiègne con la córte el 19 ó el 20, y que allí nombrará dos mariscales.» Despues continuó un poco mas abajo: «Escriben de Bruselas que ha llegado un correo extraordinario de España.»

(Era la adhesion formal de Monterey á la revolucion de Normandía.

Pero Latreaumont, para dar una fingida explicacion

á esta inoportuna alegría, se acercó al marqués, cuya sangre corría en abundancia.

—Perdonadme, caballero, de haberme regocijado á pesar del estado en que os hallais; pero uno de los mariscales que deben nombrarse es tío de uno de mis mejores amigos, y el correo de España de que se habla debe traer la noticia de la llegada de un galeon de las Indias, en que estoy interesado: estas noticias me han hecho olvidar vuestro estado, que espero no será peligroso.

Saludó al marqués, guardó la *Gaceta*, se arregló el traje, y salió con Nazelles. En cuanto llegaron á la calle, dijo:

—¡A caballo, á caballo! Adios, compadre, voy corriendo á Saint-Mandé á ver si encuentro á Rohan en la casa del Duende.

La casa del Duende

Haced la señal de la cruz, y encor-  
mendad vuestra alma á Dios, porque  
esta noche...

Banks, la loca

En el principio de este año de 1876, el caballero  
de la familia fué completamente arruinado y viviendo de su  
renta, como antes lo era, y de sus bienes que consistían en  
una casa en Saint-Mandé, cerca de Vincennes.  
En un momento, desaparecieron todas sus  
riquezas, y él quedó en un estado de pobreza  
y de abandono de su casa, que era muy grande.  
En un momento, con sus ideas equivocadas,  
se puso á hacer pedimentos y que tanto se creía que  
el pedimento y el trabajo, en una palabra, le darían  
la fortuna que él había perdido y que había sido suya.  
Llegó á un punto de agitación mental y física.

---

## CAPÍTULO XVII.

---

### La casa del Duende.

Haced la señal de la cruz, y encomendad vuestra alma á Dios, porque está aquí...

BURKE, *La Loca.*

Desde principio de este año de 1674, el caballero de Rohan, completamente arruinado, y viviendo de algunas cortas rentas ó de préstamos que conseguia con dificultad, ocupaba en Saint-Mandé, cerca de Vincennes, una casa grande, deshabitada hacia muchos años. La causa del abandono de aquella casa era muy concebible en aquel tiempo, en que las ideas supersticiosas tenian tanto predominio y que tanto se creia en el sortilegio y en la magia. En una palabra, la casa que habitaba Mr. Rohan se decia que habia sido antiguamente mansion de espíritus malignos, y conser-

vaba el nombre de casa del Duende: así es que el propietario de tal finca se creyó muy dichoso en podérsela alquilar á muy bajo precio á Latreaumont. Este, lejos de asustarse con tan diabólica reputacion, habia por el contrario cerrado el trato con gran disgusto de Rohan, que como se ha dicho, creia tambien en las apariciones. Pero, como siempre, la imperiosa voluntad de Latreaumont venció todos sus temores, y se resignó, conociendo además que una casa de tal reputacion seria muy á propósito para la reunion de los conjurados.

Es preciso confesar que el exterior lúgubre y abandonado de esta casa contribuia á dar pábulo á las creencias supersticiosas acerca de esta antigua morada: no habia cosa mas triste; se entraba en ella por una gran puerta de encina sumamente ennegrecida; y á cada lado de la puerta habia una reja de hierro cubierta con tablas groseras para que no pudiera ser visto el patio de entrada. Pero aquel patio atestiguaba la negligencia del propietario ó de los habitantes; á escepcion de dos senderos, uno que conducia á la caballeriza y otro al vestibulo de la casa, todo lo demás estaba cubierto de yerba. Para completar este cuadro de desolacion, los techos estaban medio desplomados, las chimeneas próximas á caer y las paredes llenas de grietas.

El dia en que Latreaumont tan valerosamente conquistó la *Gaceta de Holanda*, el cielo cubierto de nubes, el murmullo del viento, la lluvia que caia á torrentes, todo contribuia á dar á aquella casa mas siniestro aspecto.

Eran las ocho... Un hombre que llevaba una cascaca verde vieja y un ancho sombrero, abrió una puercecilla, y despues de haber mirado á la calle con precaucion, entró en el patio llevando su escopeta bajo el brazo, y á la espalda un saco del que se escapaban las patas de una liebre y la cabeza de una perdiz.

Dirigiéndose hácia las caballerizas, este hombre, que no era otro que Juan, el hijo de Iban Cloarec, entró en una habitacion de muy mal aspecto, donde se veia un mal camastro, y colgó la escopeta en la pared de una asta de ciervo que hacia las veces de clavo.

Al tiempo de entrar el cazador salió de debajo del camastro un perro que empezó á hacerle caricias, y despues de sacar del saco dos liebres y una perdiz, dijo:

—¡Ay, Dios mio! ¡pobrecillo! Se acabó ya el tiempo en que trabajábamos alegremente en buscar los ciervos para que los corriera el rey. Ahora tienes que estar encerrado mientras que voy á cazar furtivamente á riesgo de que me ahorquen... ¿y para qué?... para ayudar á vivir á aquel que ha dado de comer á mi familia por tantos años, y á quien no debo abandonar segun me recomendo mi padre antes de morir.

Y dió un profundo suspiro.

Dos palabras bastarán para esplicar la presencia de este hombre en la casa del Duende.

En 1669, cuando la cuestion entre Mr. Rohan y Mr. Villarceux, Cloarec y su hijo fueron declarados culpables de vias de hecho contra un paje de la comitiva del rey, y condenados á sufrir baquetas y á dos años de encierro. El anciano murió de un vómito de sangre ocasionado por la rábida mientras su castigo; pero el hijo pudo sufrirle como tambien el encierro.

Cuando salió de la prision, Mr. Rohan, causa involuntaria, aunque real de su castillo, le recibió en su casa.

Mientras poseia algun dinero, tuvo una corta trailla de perros de Escocia, con la que iba á cazar á las posesiones de algunos amigos. Pero cuando quedó completamente arruinado, no pudo conservar ni perros ni caballos á escepcion de Selim, que quiso comprarle Colbert á cualquier precio para las caballerizas del rey, pero que jamás quiso vender el caballero por lo mu-

cho que apreciaba este único resto de su antiguo esplendor.

El cazador se quedó á su servicio por cumplir la palabra que habia dado á su padre, y con un viejo cochero y un antiguo ayuda de cámara formaban toda la servidumbre de Mr. Rohan.

Luego que dejó la caza y hubo bebido algunos tragos de aguardiente, se dirigió á una caballeriza donde creía encontrar á Selim, porque se habia reservado el derecho de cuidarle; ¡pero cuál seria su asombro cuando encontró la puerta rota y la cuadra desocupada! La exclamacion de sorpresa que hizo fué tan violenta, que despertó á uno que dormia en la cuadra vecina.

—¿Quién está ahí? dijo.

—Soy yo; ¡pero dónde diablos está Selim? dijo Juan yendo á buscar al cochero. ¿Ha salido monseñor? Pues habrá salido muy temprano.

—¡Monseñor! ¡monseñor! ¿pues qué, tiene monseñor libertad para decir ni hacer nada? Ha sido ese condenado de Latreaumont el que ha abierto la puerta á patadas y se ha llevado á Selim sin dejarle comer un pienso.

—Con un tiempo tan malo, atado á una reja como el rocín de un buhonero, exclamó Juan, y monseñor me habia espresamente prohibido que le dejara montar á ese tonel. ¿Y vuestros caballos y vuestro coche?

—¿Nuestros caballos? es decir, los caballos que Mr. Sourdebal prestó á monseñor, ¿no es verdad? Mirad, dá lástima verlos.

Y levantándose furioso le enseñó dos pobres rocinantes medio muertos.

—Mirad el trato que les ha dado ese señor todo para mí; no pueden ya comer; desde que monseñor no puede salir, estamos dia y noche llevando á ese monstruoso elefante de una parte á otra, y esperándole noches enteras á la puerta de las tabernas. Ya veis que

con tal trabajo no es posible que vivan mucho tiempo; y mucho mas comiendo un pienso tan malo, pienso fiado; y aun ayer no quiso Mr. Brunet darlo todo, pues dice que hace mucho tiempo que no ha visto nuestros luses; pero que en cambio ha sentido mas mas de una vez el baston de ese diablo.

—¿Con que se ha llevado mi caballo porque no podia salir el coche? dijo Juan preocupado con la suerte de Selim.

—Exactamente; llegó aquí esta mañana con un vestido nuevo que habrá pagado el amo, y me dijo con ese tono insolente: «Vamos, viejo borracho, el coche, pronto.» ¡Su viejo borracho! repitió Francisco; gracias á Dios que no, porque todavía no he bebido un vaso á su salud. El coche no puede ser, le dije, porque están cojos los caballos. «Sácalos, que yo los vea.» Ya sabeis que no se le puede negar nada á ese demonio, y tuve que sacar los caballos y cojeaban de manera que daba lástima. «Iremos á paso de tortuga y tengo prisa; ensilla á Selim.» Monseñor no quiere, y además Juan se ha llevado la llave. En un momento dió un par de patadas, echó la puerta abajo, y me hizo ensillar al pobre Selim y se marchó.

—¡Le vá á reventar!

—Selim, resentido del mucho peso, no queria andar y empezó á encabritarse; pero le dió unos cuantos palos y no tuvo mas remedio que andar.

—¡Si yo le hubiera visto pegar á Selim, que es manso como una oveja! ¡Y qué dirá monseñor?

—Lo que dice siempre que no está él en casa: que le echará, que le mandará arrojar por la ventana, y en cuanto le vé ya no se atreve á hablar palabra.

—No sé lo que me dá cuando me acuerdo de todo esto, y de buena gana cørgaria mi carabina y abriria un agujero en la piel de ese elefante.

—Me parece que no lo conseguiriais si no remojarais primero la bala en agua bendita.

—Me parece que monseñor no anda en muy buena compañía. ¿Habeis visto, decia Juan, que tambien participaba de las ideas supersticiosas de la época, los hornillos con máquinas de cobre, y las botellas que tiene monseñor en su gabinete? Todo esto no me parece muy cristiano.

—¿Habeis visto ese viejo holandés que viene tan á menudo?

—Van-den-Enden.

—El mismo, y ese otro abogado que llaman Nazelles.

—Es una sociedad muy decente para un príncipe de la casa de Rohan.

En este mismo momento se detuvo un carruaje á la puerta, y los dos criados se asomaron para ver quién era el que llegaba.

Una mujer cubierta con una careta de terciopelo segun la costumbre, abrió la puertecilla por donde se habia entrado el cazador, y con paso rápido y seguro se dirigió al vestíbulo.

Aunque llevaba la careta no era desconocida á los criados, porque Juan dijo á su camarada con tono expresivo:

—Despues de todo, Francisco, si hay un diablo en el infierno, tambien hay buenas almas en la tierra.

---

## CAPÍTULO XVIII.

---

Además, ¿qué pueden tener de triste y riguroso las separaciones cuyo principal mérito es el amor?

### MASILLON.

Luego que entró en el vestibulo esta mujer se quitó la careta. Era la señorita Mauricia de O que vimos en 1669 de camarista de la reina, y sintiendo una profunda pasion por Mr. Rohan. Desde aquel tiempo no se habia debilitado su pasion. Mauricia habia tenido valor para sacrificarlo todo á este inesplicable amor, familia, posicion social, deberes y amor propio. Joven y dueña absoluta de si misma y de sus bienes, habia dejado á los suyos para venir á decir á Rohan: «Os amo,» y desde entonces habia vivido sola y lejos del mundo.

Este amor habia resistido á los mas terribles pruebas. Mauricia habia sufrido todo de Rohan; humillan-

tes infidelidades, egoísmo brutal, dudas ofensivas, celos injustos y feroces... y todo lo había perdonado. Ni una queja: únicamente lágrimas silenciosas y amargas al ver que aquel á quien había consagrado su existencia afectaba no comprenderlo. Lágrimas crueles al pensar con terror que en lugar de comprender lo profundo de este amor sin límites, en lugar de contar con él como con un manantial de consuelos para los días de desgracia, aquel á quien adoraba era bastante insensato y desdichado, y no lo consideraba mas que como un episodio de su vida galante, como un lazo frágil y sin raíces que podía romper fácilmente. Porque Rohan, como la mayor parte de los hombres de poco talento, tenía la peor opinión de las mujeres; cada una de sus bondades era una nueva prueba de su debilidad, y no creía en la virtud ó en la sinceridad del amor de ninguna de ellas, sin que quedara Mauricia escluida de este general desprecio.

Además, sea por exceso de orgullo, ó por otra causa, Rohan se había acostumbrado á juzgar de los sentimientos de los demás por la comparación de lo que había hecho ó lo que se sentía dispuesto á hacer. Así es que, como había engañado tanto toda su vida; como había fingido tantos amores, creía que sucedía lo mismo á Mauricia. Manera de ver tan falsa como odiosa, sobre todo respecto á esta pobre mujer que le amaba con entusiasmo. Fácil es figurarse lo que padecería cuando en su desesperación, cuando profería una de estas palabras desgarradoras, á la vez suplicantes é imperativas, arrancadas á aquella alma tan bella por el atroz dolor de verse despreciada, oía que Rohan contestaba:

—Yo también, para ocultar otro amor decía esas mismas palabras, tenía la voz temblorosa, y todo era falso: ¿y no será lo mismo lo que me decis?

—¿Pero por qué había de mentir? contestaba la desdichada. ¿No soy libre? ¿quién me obliga á amaros?

¡No he dado las mayores pruebas hace cinco años? inconstancia, frialdad, desprecio, á todo me he resignado.

Sea que tuviese su ánimo demasiado exasperado para comprender los pensamientos grandes y generosos, sea que obedeciese á ese fatal instinto de los de ánimo depravado que siempre buscan una causa vergonzosa á las mas nobles inspiraciones, contestaba Rohan:

—Si no tuviérais que acusaros de otros amores, no sufriríais mas desdenes.

Despues pensaba sin atreverse á decirlo:

—Quiere por este aparente afecto que yo la dé mi mano para reirse de mí con mis rivales.

Pero, es preciso confesar que esta idea infernal se la habia suscitado Latreaumont, que no encontró otro medio de esplicar la incansable resignacion del amor de Mauricia á Rohan.

El pálido y hermoso rostro de Mauricia, ya de una espresion melancólica, revelaba entonces mas que nunca los sufrimientos de una angustia mortal.

Con paso precipitado atravesó los sombríos salones de aquella casa, tan lúgubre en el interior como en su fachada. Aquellas piezas grandes y frias apenas tenian alguno que otro mueble cubierto de polvo que se perdía en aquella inmensidad. Las ventanas sin poderse cerrar, las puertas medio deshechas, y la multitud de telas de araña que invadian los ángulos de las cornisas, manifestaban el abandono en que estaba aquella morada; en una palabra, todo, hasta el inesplicable olor que se percibe en las habitaciones inhabitadas, le daba un carácter estrañamente triste, glacial y desolador.

Al llegar á lo último de una desierta galería, subió Mauricia algunos escalones; atravesó una pequeña antecámara, y se halló al pié de unas vidrieras cubiertas con una cortina de seda.

El paso de la jóven era tan ligero, que Rohan, que se hallaba en aquel gabinete, no oyó nada aunque es-

taba entreabierta la vidriera. Iba á entrar Mauricia, pero se detuvo al oír un profundo suspiro acompañado de estas palabras:

—¡Dios mio, tened piedad de mí!

Queja solitaria y desgarradora, que salía de un alma oprimida por una gran desesperacion.

Rohan estaba recostado en un sillón de terciopelo; la estraña palidez de sus facciones, sus ojos elevados al cielo y llenos de lágrimas, su boca dolorosamente contraída por una sombría sonrisa de resignacion, las arrugas precoces que cruzaban sus mejillas, todo en fin daba á su fisonomía una espresion aterradora. Tenia un vestido de terciopelo negro, y pareco que habia velado toda la noche; una banda de seda negra sujetaba el brazo lastimado contra el pecho, en tanto que su mano izquierda siempre blanca y encantadora caía sobre la franja que guarnecía el brazo del sitial.

Los objetos que rodeaban al caballero reasumian, por decirlo así, su vida presente y su vida pasada, la magnificencia y la alegría de los primeros tiempos y los tristes desastres del día.

Se veía en un lado unos cuantos carbones, dos ó tres cartones cubiertos de figuras cabalísticas y una varita adivinatoria, que probaba que el caballero se habia ocupado recientemente en buscar la piedra filosofal, ese misterioso arcano que haciéndolo todo oro debe proporcionar riqueza inagotable. Mas lejos habia un Cristo de bronce, á cuyos pies se arrodillaba algunas veces, uniendo así la supersticion á un irresistible instinto religioso.

Encima de una mesa ordinaria se veía un precioso cofrecillo de marfil, regalo reciente y amoroso de la electriz de Baviera; en la pared estaba colgado un retrato de la bella duquesa de Mazarino, vestida de Diana; mas allá se veía á Selim pintado por Vander Meuben: despues esparcidos por aquí y por allí libros de magia, cartas, citaciones de jueces, cartas frias y

humillantes por las que se niega un favor; y por último, una terrible carta de la princesa Guemenec, carta de un laconismo espantoso y acompañada de una memoria impresa, en la que esta madre altanera é inexorable contestaba á los numerosos libelos de su hijo, trazando con una verdad aterradora todas las prodigalidades, todas las faltas de Mr. Rohan, y hablaba por la primera vez del robo de los papeles de familia de que se habia hecho culpable entrando á mano armada en su palacio; á cuyo acto fué conducido, segun hemos dicho, por la infernal influencia de Latreaumont, que queria perderle para siempre.

Viéndose sin bienes, sin apoyo, sin amigos, despreciado de algunos é indiferente á todos, detestado del rey, aborrecido de su madre... pensando con desesperacion en la nada y vanidad de sus recuerdos, en las exigencias implacables del presente, y en la amenazadora fantasma del porvenir, habia dejado escapar aquella punzante exclamacion que habia aterrado á Mauricia.

Sin embargo, entró... El primer movimiento de Mr. Rohan al ver á Mauricia, movimiento que no se ocultó á la desdichada mujer, espresó su despecho y vergüenza, como si sintiera ser sorprendido en tales momentos.

—¡Ah!... ya! fueron las únicas palabras con que recibió á Mauricia.

—Sí, Luis, ya: llego á muy mal tiempo; pero perdónadme, porque estaba muy inquieta.

—¡Inquieta! ¿y porqué? contestó bruscamente.

—¿Por qué? repitió ella moviendo la cabeza con aire de dulce reprehension.

Despues, dando un suspiro de resignacion, continuó:

—Escúchame, Luis: esta noche he estado cruelmente agitada; la tempestad, el ruido del viento, qué sé yo; pero me asaltaron temores involuntarios y he tenido

unos sueños tan estraños... ¡el uno era espantoso! ¡oh! espantoso, dijo Mauricia pasándose la mano por la frente, como para desechar un penoso recuerdo, y después continuó:

—Pero el otro me ha consolado del primero. En fin, como se trataba de ti en estos sueños, no he podido resistir al deseo de venir á asegurarme viéndote... ¡soy tan supersticiosa cuando temo por ti!

—Pues bien: ya me has visto; tus temores nada significan; ahora déjame.

—¿Dejarte en este estado?... Luis, permíteme que permanezca aquí; sufres, si, lo conozco, y hallándote en ese estado has velado toda la noche.

—¿Son celos?

—¿Celos?... no, Luis, no son los celos los que me traen aquí; tengo que decirte cosas muy serias.

—Al hecho: el verdadero amor es el único que es celoso: tal vez te interesa mas saber lo que hacen Lorena y Effiat, dijo amargamente Rohan volviendo la cabeza.

—¿Qué es lo que te atreves á decir? ¡Todavía esas terribles sospechas! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué haré yo para probar que es una infame calumnia?

—No sé... haz que lo crea. La verdad debe saber convencer, dijo duramente Rohan.

—¿Pero de qué me acusas? ¿qué pruebas tienes contra mí?

—Ninguna... porque eres muy diestra, dijo el caballero con una ironía despreciativa.

—¡Ah! es espantoso, exclamó dolorosamente la desdichada como si la hubieran herido en el corazón.

Después, dando un profundo suspiro y acordándose de que no había podido convencerle hasta entonces, dijo:

—Vamos, no hablemos mas de esto; mas pronto te

cansarás de acusarme que yo de amarte... Hace poco exclamabas diciendo: ¡Dios mio, tened piedad de mí! ¡yo no soy nada? ¡no valgo tampoco en la desgracia? En estos momentos creo que teneis necesidad de un corazon que os tenga afecto.

—Yo no ruego á nadie que me compadezca, y no tiene nada de extraño que haya dado ese grito de dolor que habeis oido cuando has llegado á espiarme.

—Luis... no te rias de este modo: me estremece. ¡Por Dios, acuérdate de la herida! Ya sabes que ha dicho Marechal que las veladas te eran muy perjudiciales.

—Tienes razon, continuó Rohan con amarga ironía, pensaré en mi herida, gloriosamente recibida ante Maestrich, á la vista del mas glorioso rey del mundo. Pensaré en mi herida, que me ha valido tanto reconocimiento de su parte. A propósito, ¿no ha enviado S. M. uno de sus gentiles-hombres á preguntar por mí esta mañana?

—Luis, no hablemos mas de eso, porque ya sabes que te irritas.

—Tienes razon, Mauricia, es bien triste; hablemos de otras cosas mas sensibles, del corazon de una madre, por ejemplo; hablemos del cariño que me profesa la princesa Guemenec; esto sera mas alegre, ¿no es verdad?

—¡Luis, Luis!

—Toma, lee su carta y esa memoria impresa: si, está muy bien impresa, y en ella hace todo lo posible por deshorrar el nombre de su hijo. ¡Vamos, ánimo! el mayor está loco, y el segundo será bien pronto un traidor.

—¡Dios mio! mi sueño, exclamó Mauricia con terror, y no queriendo que Rohan conociese que estaba conmovida, continuó: Luis, deja esas chanzas espantosas, y hablemos de tí.

—Como quieras; hablemos de mí. ¿Por dónde empezaremos? ¿por mis deudas? ¿por el escandaloso proceso que han intentado contra mí? ¿por el abandono en que me dejan personas á quienes tantos beneficios he hecho? ¿por el ódio implacable con que el rey, su ministro y su querida me persiguen? Vamos, escoge... los asuntos son numerosos; y todavía Orestes olvidaba á Pilades; no hacia mencion de mi íntimo amigo el señor de Latreaumont.

—Por piedad, no nombreis á ese hombre, dijo Mauricia con un irresistible espanto.

—Eres bien difícil de contestar, á pesar de que he propuesto bastantes temas, murmuró Rohan cuya exaltacion nerviosa y pasajera cedió á un abatimiento profundo.

Así es que dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, puso la mano en los ojos, y despues de un largo rato de silencio exclamó:

—¡Cuánto padezco!

Habia alguna cosa tan desgarradora en ese largo sarcasmo, tan bruscamente terminado por un grito de dolor y decaimiento, que Mauricia no pudo contener las lágrimas; se acercó silenciosamente á Rohan, se arrodilló á sus pies, y contemplándole con tristeza, esperó...

Bien pronto, dando un profundo suspiro, y teniendo los ojos cerrados, dejó caer lánguidamente su mano sobre el brazo del sillón.

Mauricia cogió con timidez aquella mano abrasadora; tanto temia irritarle aun por una caricia inoportuna; pero viendo que no la retiraba imprimió en ella sus lábios.

Rohan abrió los ojos, y viendo la espresion angelical del hermoso rostro de Mauricia, cuyas lágrimas corrian en abundancia, se conmovió profundamente y dijo:

—Perdonadme, Mauricia, he sido bien cruel ahora. ¡Ah! ¡cómo se hace uno aborrecer!

—No, Luis, no, se hace amar, puesto que es preciso compadecerte. Pero ya que estás un poco mas tranquilo, déjame que vuelva á hablar de ese mismo asunto que tanto te ha conmovido. Perdóname, pero es preciso; iba á hablarte al principio de eso mismo; pero viendo que te afectaba, ha sido preciso distraerte; ahora que ya se ha exhalado toda la amargura de vuestra alma, podrás oirme con tranquilidad.

—¿Qué quieres decir, Mauricia?

—Escúchame, Luis, replicó la jóven con tono solemne. Sin poder esplicarme la influencia de los sueños y presagios, participo de los temores que nos ocasionan: así es que tengo la conviccion de que hoy debe ser para tí un dia fatal y decisivo, un dia del que dependa vuestra pérdida ó vuestra salud; estás arruinado, abandonado de todos; en una palabra, tu vida es un suplicio continuo, suplicio espantoso. y no esperas salir de esta terrible posicion mas que... por un crimen, por una rebelion contra tu soberano.

—Sí, es cierto, sacaré la espada contra él... es preciso; es preciso que yo me vengue de sus desdenes aunque me cueste la cabeza, exclamó Rohan sintiendo que con estas palabras se despertaba su odio contra Luis XIV.

—¡Arriesgar vuestra cabeza! ¿Es ese el único porvenir que esperas?

—El único.

—¿El único, Luis? ¡qué abismo!

—¿Y no vale mas morir así que llevar la execrable vida que yo llevo? Devorar ultrajes sin número, sentir á cada instante que se rebela mi sangre contra mil exigencias bajas é innobles; sufrir las insolencias de un cómplice; no tener un momento de descanso, ni segu-

ridad; tener que decir á cada instante... ¡Qué haré?  
¡Ah! es espantoso!

—Ciertamente que es espantoso; dijo Mauricia viendo con secreta satisfaccion que Rohan dejaba el tono irónico ó arrebatado que habia conservado hasta entonces, para considerar con profunda tristeza el horror de su posicion.

—¡Y haberme sucedido esto cuando tenia tantas esperanzas de felicidad! ¡A mí á quien todo sourceia en la vida!... ¡A mí que hace seis años era uno de los mas principales señores de la córte de Francia!... ¡Y ser aborrecido y despreciado de todos... traidor... pronto á vender su pátria al extranjero, á sacar la espada contra mi soberano!... Cuando el duque de Rohan sacaba la suya, era para servir una causa santa; para defender á sus hermanos, á quienes acuchillaban y que le pedian socorro. ¡Esto es magnífico, es grande! Pero yo no estoy animado mas que por el deseo de reunir oro, por una miserable sed de venganza; por eso solo vendo mi nombre, el nombre de Rohan, como si fuera uno solo. Mi cómplice traficando con ese nombre envia á venderle al extranjero para que sirva de enseña á una infame traicion, sin estar seguro de que le aceptarán. Porque pueden rechazarle por creer que soy demasiado débil ó demasiado cobarde para ser traidor. ¡Oh, miseria!

—¡Se arrepiente, Dios mio! puede ser que todavía sea mio, exclamó Mauricia dando un grito de alegría y estrechando al caballero entre sus brazos con un gesto de sublime energía.

Antes que Rohan, que quedó estupefacto, tuviese tiempo de pronunciar una palabra, la jóven cogió la mano del caballero entre las suyas, resplandeciendo en su rostro la dicha que en aquel momento disfrutaba, y le dijo:

—Ni una palabra mas despues de esto, Luis: ¡arre-

pentimiento! ¡Esta palabra en tu boca dice tanto!... lo dice todo para mí! Déjame contemplarte un momento tan feliz como lo eres ahora en mi pensamiento... feliz como podías serlo si quisieras. ¡Luis feliz! déjame unir esta palabra á tu nombre, porque me parece de un buen presagio.

—Mauricia, ¿me dirás?...

—Sí, te diré, amado Luis, sí, todo te lo diré; vas á saber mis dos sueños, el bueno y el fatal... sí, el fatal también, porque dudaba confiarte lo que tenía que decirte; pero despues de esa palabra arrepentimiento, despues de las infinitas esperanzas que despierta en mí, me siento animada.

—¿Pero esos sueños? ¿esos sueños?

—Esos sueños, Luis, reasumen los dos únicos partidos que puedes tomar... el uno bueno y el otro fatal.

—¿Pero el fatal qué anunciaba?

—En este, dílo rápidamente Mauricia, como si cada palabra la quemara los labios, os veía decidido á conspirar, y en el mismo instante... detrás de tí se levantaba una horrible y gigantesca figura... Era Latreaumont... tenía una hacha ensangrentada en la mano...

—¡Latreaumont! exclamó Rohan pálido de espanto, ¡Latreaumont!

—Sí, dijo Mauricia respirando apenas, en fin, él era... el verdugo, y tú estabas en el cadalso...

—¡En el cadalso! repitió sordamente Rohan, en el cadalso...

Siguió á estas palabras un largo silencio.

Muchas veces sintió Rohan estremecimientos nerviosos, y sintió vagos terrores; corría el sudor por su frente... poco á poco se fué calmando...

Mauricia enjugó sus lágrimas y continuó algo mas

consolada y como si se hubiera librado de un peso enorme.

—Escucha, Luis, el otro sueño... mi único sueño, ahora tal vez será un poco difusa porque es risueño y consolador... Escúchame. En lo interior de la Bretaña, á orillas del mar, casi oculto en los grandes bosques, cerca de San Pablo de Leon, existe un antiguo edificio...

—¡Ah! mi pobre castillo de Penchot, dijo Rohan con un suspiro de disgusto y pensando en que le había vendido á muy bajo precio.

—Pues bien: en lugar de continuar en esa vida miserable y degradante de que te avergüenzas, esa vida cuyo término es un horrible abismo, estabas en ese castillo que todavía era tuyo, y á donde te habías retirado con los tres fieles servidores que te restan.

Con un movimiento lleno de gracia impuso silencio á Rohan que quería interrumpirla, y continuó:

—Pero antes de dejar á Paris fuiste á ver á tu madre la princesa Guemenec...

—¿Volver á ver á mi madre? Jamás.

—En mi sueño ibas á ver á tu madre, continuó gravemente Mauricia, y la decías: «Señora, he cometido muchos desaciertos; os pido perdon de ellos; olvidadlos, me marchó... pero que no sea oprimido por el peso de la cólera de una madre, porque me habeis maldecido.»

—Jamás la volveré á ver: ¿y qué me importa su maldicion?

—La maldicion de una madre, Luis, es siempre fatal y temible, dijo Mauricia señalando al cielo; os repito que ibais á ver á vuestra madre, y entonces la princesa, que ha sido bien severa contigo, conmovida por tu sumision te perdonaba... en seguida pedia una audiencia al rey.

—¿Estás loca, Mauricia?... sumamente loca en verdad.

—Decias al rey: «Señor, ya veo que he tenido la desgracia de desagradar á V. M... Me separo para siempre de la corte, inconsolable, triste y herido. De tantos esplendores desvanecidos por mi falta, solo echo de menos amargamente una cosa... el honor que tenia de servirlos: pero ahora, señor, dejadme pedir os una gracia que no se niega ni á los desterrados ni á los moribundos... el olvido y el perdon de mis faltas.

—¡Humillarme otra vez delante de él! primero mil muertes! Continúa, Mauricia, aunque es una broma bien triste.

—Jamás he hablado mas formalmente, y vas á convencerte: no teniendo ya nada de que acusarte respecto á tu madre ni al rey, pagabas tus deudas y marchabas á Bretaña. El castillo de Penchot es pequeño; pero se puede vivir en él; su posicion es majestuosa, y mil veces te he oido elogiar la frescura de sus aguas. Poco á poco se iba restableciendo tu salud con aquel aire tan puro; tu alma se iba tranquilizando en medio de aquellas tranquilas y risueñas soledades: los bosques son inmensos, y podias entregarte á tu pasion favorita de la caza; despues tenias buenos libros, reposo y una conciencia tranquila, y si no estabas alegre, por lo menos estabas en calma.

—¡Calma!... ¡calma!... dijo Rohan con acento desgarrador.

—Luego, continuó Mauricia, como eras bueno y humano, como tus vasallos son pobres, para distraerte les hacias beneficios, y estos dulces cuidados te ayudaban á vivir: por último, esa existencia es sencilla, monótona tal vez, pero feliz é independiente si se la compara á los terribles dias que sufres aqui; y además era digna de tu nombre; porque hay algo de noble y sensible á la vez, al ver á un jóven principe de una de las mas ilustres casas de Francia resignarse con valor á esa vida solitaria y benéfica.

Preciso es recordar la existencia inquieta y atormentada, las privaciones de todo género que soportaba Rohan, así como la extrema volubilidad de su carácter, para comprender con qué especie de avidez escucharía la descripción de esos días tan pacíficos y felices; y así es que dejándose llevar de su impresión del momento, dijo:

—¿Pero vivir solo en el castillo?

—No, Luis, dijo ella timidamente; me había permitido acompañaros. Tenias en mí una amiga fiel, siempre atenta á desechar la tristeza de tu ánimo, á prevenir tus deseos, á procurar que fuera variada tu existencia con los recursos inesperados que proporciona el deseo de agradar, y ese sueño de felicidad y de amor conseguí hacerte... verte feliz.

—¡Ah, Mauricia, Mauricia! dijo tristemente Rohan, ¡qué cruel es jugar de ese modo con la felicidad, una cosa tan sagrada! Y cuando me acuerdo, dijo dando un profundo suspiro, que con lo que mil veces he aventurado en el juego podría realizarse ese sueño...

—Pues ese sueño, gracias á Dios, puede existir. Dí que te agrada, dí que quieres, y llega á ser una realidad. Si; porque solo he venido aquí á suplicarte de rodillas que te decidas á adoptar este partido, dijo Mauricia, espionando la mirada de Rohan con indecible ansiedad.

—¿Cómo?

—Luis mio, amado mio, ese sueño puede realizarse aceptando lo que voy á proponerte.

—Pero dime... en nombre del cielo...

—Por la primera vez, despues de cinco años, te recordaré que lo he sacrificado todo por tí, sin que por esto sea mi ánimo hacerte ninguna inculpacion. Digo esto solo para probarte que vengo á ofrecerte lo que ya he sacrificado; en una palabra, Luis, tienes que pagar cien mil libras que debes... el castillo está de

venta... acepta estas trescientas mil libras y máchate: ya sabes que soy árbitra de mis bienes.

—¡Dinero á mi, señora! ¡dinero!... ¡un préstamo que me es imposible devolver! ¡Ah! exclamó Rohan, levantándose con orgulloso desden.

Mauricia le miró silenciosamente un momento, y sonrojándose de indignacion, exclamó con amargura:

—¡Es infame lo que decís!... ¡Así son los hombres! ¡eso es lo que ellos llaman delicadeza!... ¡Qué miserable irrisión!... Este hombre por quien he olvidado mis deberes, mi familia, y á quien he sacrificado mi posición, lo ha aceptado todo sin escrúpulo ni remordimientos. Sin escrúpulo ni remordimientos ha marchitado á los ojos de los hombres lo que los tesoros del mundo jamás podrian pagar, la reputacion de una jóven. Y ahora vienen los nobles sentimientos como ellos dicen. ¿Y por qué? Por aceptar un poco de oro. Alma sórdida y venal; ¡estima mas el dinero que el honor, puesto que rehusa aceptar uno y no teme abusar del otro!

—¡Pero dinero! ¡Mauricia!... ¡dinero!... ¡considera que es una vergüenza!

—En verdad, exclamó Mauricio con notable ironía, que son muy atendibles esos escrúpulos. Recibe dinero del extranjero para cometer un crimen, para armarse contra su rey, para que rueda su cabeza en un cadalso, y duda aceptar un miserable obsequio de una mujer á quien...

—¡Mauricia!... ¡Mauricia! ¡es imposible! escrúpulo ó locura, ni puedo ni debo aceptar.

—¡Pero Dios mio! ¿qué vas á hacer entonces? Perdernos á los dos, porque ya sabes que mi existencia depende de la tuya. Te repito que no puedo verte tan desgraciado. Esos sueños son un aviso del cielo: ¡por Dios! no rehuses mi oferta; ¿qué quieres que haga yo de ese dinero? de nada me sirve si no es útil para ti.

—No, no, y mil veces no.

Después de haber echado una mirada penetrante, Mauricia se sonrió tristemente, y le dijo dándole un papel:

—Toma, pobre alma enferma... lee.

Y Rohan recorrió el papel que le presentó Mauricia.

—¡Qué veo! ¿vos, Mauricia... canonesa del capitulo de Munich?

—Si esa última palabra asegura mi entrada en el capitulo, ya están cumplidas todas las formalidades.

—¿Cuál ha sido el motivo?

Mauricia contestó con noble sencillez:

—Perdóname, Luis... pero he adivinado tus pensamientos, sí; conociendo que eras bastante desdichado para no creer en el amor que te profeso, he querido comprometerme con lazos indisolubles, para que si aceptabas mi oferta no te creyeras obligado á ligarte á mi porvenir por agradecimiento.

—¡Ah! exclamó Rohan, ocultándose la cara abrumado de vergüenza, porque conocia que Mauricia habia presentado que contestaria á una oferta leal y grande con una baja é innoble desconfianza; que temeria, en fin, que el objeto de Mauricia al manifestarse tan generosa seria casarse con él mas tarde. Pero al reconocer todo el afecto que demostraba esta accion, no pudo menos de sentirse tan dolorosamente oprimido bajo el peso de la confusion y del remordimiento, que Mauricia se echó á llorar.

—¡Oh, Luis mió! ¡si vieras cuánto siento que tengas esos pensamientos! ¡que creas que no hay nada noble! ¡Pobre alma! ¡qué cruelmente sufres! Pero en fin, dia llegará en que creas en mi amor... Luis, acepta y márchate. En nombre del cielo no me asustes. ¿No crees que estos sueños son un aviso del cielo? ¡Sobre todo ese hombre! ¡ese hombre! me causa horror, y es

el que ha causado todas tus desgracias; á toda costa huye de él, porque estoy segura que es tu mal génio.

—¡Sí, como tú eres un ángel! tú, exclamó Rohan con entusiasmo arrodillándose á los pies de Mauricia.

—¿Qué dices, Luis?

—Acepto, acepto.

—¡Se ha salvado!... ¡Dios mio, Dios mio! te doy gracias, dijo Mauricia arrodillándose delante del Crucifijo y cruzando sus manos con fervor.

—Sí, acepto, replicó Rohan con una inesplieable muestra de confianza y de cariño; sí, ángel mio, acepto. Conozco ahora que llega la felicidad; jamás me ha engañado esa voz. ¡Haré todo lo que mandes! mañana veré á mi madre y al rey.

—¡Luis, amado mio!

Y Mauricia, que apenas podia creer lo que veia, le contemplaba con éxtasis.

—Y despues marcharemos á Penchot... Pero marchó con una condicion... que tu admision en el capítulo de Munich es nula.

Y rompió el papel.

—Porque si el capítulo de Munich es el mas noble del imperio, la casa de Rohan no le cede en nada, dijo el caballero con una gracia encantadora.

—¿Y verás a tu madre y al rey?

—Veré á mi madre y al rey, te he dicho, y acepto con orgullo; porque la idea de que todo lo debo á Mauricia, me enagena. Así, ser feliz será manifestarte mi reconocimiento, puesto que todo será para tí, y porque ni siquiera podré aspirar el perfume de una flor, sin decir: Todo lo debo á Mauricia; gracias á Mauricia que me ha devuelto á mi madre, mi rey y mi pais. Gracias á Dios que me ha enviado un ángel.

—¡Luis, Luis!... ¡qué feliz soy!

—Y despues, cuando á fuerza de amor te haya hecho olvidar mi antigua vida, y que durante cinco años he correspondido á tu amor con crueldad... cuando me hayas perdonado todos esos tristes recuerdos, y sea digno de ser tuyo... Entonces te diré: ven, vamos á unirnos.

—¡Ah, Luis! perlóname; pero yo quisiera que nos marcháramos ahora mismo.

—¿Temes mi debilidad, no es eso? ¿Temes mi carácter indeciso y voluble?... pero ahora el hombre á quien una mano divina arranca del abismo... se agarra de esa mano y no hay poder humano capaz de separarle de ella.

—No sé; á pesar de todo tengo miedo...

—¿A quién, á ese hombre de tu sueño, á ese miserable que he recogido en mi casa por compasion? Ya he tolerado por bastante tiempo a ese salvaje. Era el oso atado á la cadena; me divertia algunas veces, lo confieso... ¡eran tan largos mis dias! Pero ahora, Mauricia, que tengo delante de mí un inmenso porvenir, ahora que tengo que expiar una vida de desórdenes; ahora que tengo que hacerme digno de un nombre para darle resplandeciente de honor y limpio de toda mancha. Ahora he pasado al desórden... Echaré á ese hombre.

En el esplendor de su córte soberana mis antepasados tenian tambien gladiadores, bufones é insolentes para que los divirtieran; pero cuando adquirian demasiada familiaridad los echaban.

—Ahora veremos si eres tú ó esa pécora quien me vá á echar de aquí, caballero de abuelos soberanos, dijo una voz gruesa.

Era Latreaumont.

Hacia diez minutos que escuchaba detrás de la vidriera.

Entró pausadamente en el gabinete con su sangre fria habitual.

Mauricia dió un grito terrible, abrió una puertecilla que habia al lado de la chimenea, y desapareció.

El caballero de Rohan, pálido como un muerto, quedó primero de pié, inmóvil, mirando à Latreaumont fijamente, en tanto que su mano crispada apretaba convulsivamente el ángulo de la mesa.

— ¡Hola, hola! ¡Cómo trata el niño á los amigos! ¡ausentes! Merece una correccion y la llevará, dijo el coloso mirándole con aire atrevido.

---

## CAPÍTULO XIX.

---

### El mal génio.

...Rheni mihi Cæsar in undis.  
Dux erat... hic socius: facimos quos  
inquinat; æquat.

LUCANO, v. 289.

Hubo un momento de silencio terrible, durante el que Latreaumont y Rohan se midieron con la vista; en fin, este último, saliendo de su estupor, cogió una espada que estaba colgada en la pared, y se precipitó sobre el coronel que tenia la suya bajo el brazo; y sacándola al momento esperó al caballero con aire desdenoso.

—¡Sal de aquí ó te mato! dijo Rohan blandiendo su espada con la mano izquierda, única que tenia libre.

—Me quedaré, y no me matarás, dijo el partidario, en tanto que desarmaba vigorosamente al caballero.

La espada de Rohan cayó á los pies de Latreaumont, que la cogió, la hizo pedazos, la echó fuera de la pieza, y volviendo la suya á la vaina dijo con tono insolente:

—¡Cómo! ¿no sabes tirar con la mano izquierda y querias luchar con las garras de hierro del oso?... ¡del oso que salta para conseguir su pitanza, de ese buen oso que nos divierte que queremos echar!

—¡Infierno! ¡infierno!... dijo sordamente Mr. Rohan.

—¡Ah! sí, es espantoso, replicó el coronel sentándose pesadamente en un sitial y poniendo la espada sobre las rodillas; ¡es espantoso! Adonis querria tener los brazos de Hércules; pero Dios no ha querido... Lo que yo quiero antes de hablar es beber, y en el vaso grande, porque estoy muerto de sed.

Y llamó.

Este último rasgo de audacia exasperó al caballero, que cogiendo á Latreaumont le gritaba:

—¡Márchate, te digo, márchate!

—Vamos á ver si puedes echarme, dijo Latreaumont riéndose y no haciendo otra cosa para hacer inútiles los esfuerzos de Rohan que estar inmóvil, porque el caballero era sumamente débil para mover aquella enorme masa de carne.

—¡Dios mio! exclamó Rohan con desesperacion levantando los ojos al cielo; no tengo fuerzas y estoy herido.

En este momento entró Dupuis.

—Tráeme de beber, pícaro, y en el vaso grande, dijo Latreaumont.

—¡Dupuis! exclamó el caballero balbuceando de cólera y señalando á Latreaumont; echa á ese hombre échale al instante, y si se resiste mátales como un perro.

Dupuis, creyendo sin duda poco fácil la comision,

y habituado además á estas escenas, demasiado frecuentes por desgracia, se contentó con responder:

—Pero, monseñor...

—¡Cómo! ¿no seré obedecido en mi casa? ¡Miserable! te he dicho que le echés y que le mates; ¿lo oyes?

—¡Ah, monseñor!

Y Dupuis, enseñando sus cabellos blancos al caballero, hizo un movimiento significativo que manifestaba su debilidad y la fuerza atlética del caballero, que con suma sangre fría y con las manos cruzadas sobre el vientre, estaba silbando, y solo interrumpió su diversion para decir á Dupuis:

—He pedido de beber, pícaro viejo, en el vaso grande.

—¿Francisco y Juan no están ahí? Dí á Juan que cargue su carabina y que venga. He dicho que quiero que le maten

—Monseñor, dijo Dupuis temblando, ni Juan ni Francisco están ahí.

—¡Ah! dijo Rohan levantando la mano á la frente con un gesto desesperado.

Y mirando despues á la mesa vió una pistola, la cogió, y apuntando al coronel, dijo:

—Ahora no te escaparás.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó Dupuis echando á correr asustado.

Salió el tiro, y cuando se hubo disipado el humo, el caballero vió con terror á Latreaumont todavía sentado y silbando.

No estaba herido.

El caballero, estupefacto, miró á la pared que estaba detrás del coronel, y no vió la bala.

—Si eres Satanás, y la bala se evapora, veremos si sucede lo mismo ahora.

Y le tiró con rabia la pistola; pero yendo mal dirigida, no alcanzó al coronel mas que en la mejilla

ligeramente, pero lo bastante para causarle un vivo dolor.

—¡Mil diablos te lleven! exclamó el gigante levantándose furioso y precipitándose sobre el caballero.

—¡No me toques! Seria una infamia; estoy herido, exclamó el caballero con una espresion de espanto, imposible de describir, y estendiendo su brazo suplicante hácia el coloso.

—Pues entonces, dijo, este recuperando su sangre fria y bajando violentamente el delicado brazo de Rohan, cuyo puño apretó con fuerza, ¿si estás herido, por qué levantas la mano?

Y se adelantó, dominando con toda su altura á Mr. Rohan, que casi maquinalmente dió un paso hácia atrás.

Se hubiera dicho que era la estatua gigantesca del comendador apretando el débil puño de don Juan con su formidable mano de piedra.

—¿Por qué quieres matar á tu fiel amigo? dijo el coloso avanzando otro paso mas hácia el caballero, que retrocedia á medida que el otro adelantaba, con los cabellos erizados, la mirada fija en el coronel con un indefinible terror. ¿Por qué quieres que se separen dos tiernos corazones para ir á hacer el tortolillo á Penchot? ¿Por qué nos hemos de separar cuando tan bien nos hallamos?... Vaya, el papá Latreaumont te perdona.

Y paso á paso fué llevando á Rohan hasta el sitial donde le hizo sentar rudamente, dando un grito doloroso porque casi le habia roto la muñeca.

Cayó en el sillón abrumado, se tapó la cara, y en un acceso de impotente rabia lloró.

Latreaumont se sentó tambien, y dijo:

—A todo esto, no he bebido, y estoy rabiando de sed.

Llamó, y nadie vino.

Esta escena habia sido horrible; el dia estaba

Sombrió; la lluvia azotaba los cristales; el viento gemía á través de los inmensos salones inhabitados que precedían al gabinete de Rohan; el mas espantoso silencio reinaba en aquella soledad, y el desdichado caballero se encontraba solo, herido, débil, á merced de su terrible cómplice, siempre pronto á abusar de su fuerza atlética, y pudiendo hacerlo impunemente.

Habituado Latreaumont á las impetuosidades del caballero, y esperando que un dia ú otro habia de acontecer lo que sucedió, habia prudentemente quitado la bala de la pistola.

Continuaba llorando Rohan, y el coloso dijo con el mayor descaro:

—¿Teneis una gran pesadumbre? ¿Eh?

A este último sarcasmo el desdichado caballero alzó su pálido rostro, se levantó, enjugó sus lágrimas y con voz temblorosa dijo:

—Caballero... sois el mas fuerte... estoy débil y herido; no puedo echaros de mi casa; con que me iré yo.

—Nada de eso, amable pastorcillo. Irias en seguida á pedir perdon á la mamá ó á ver al buen rey Luis XIV.

Y Latreaumont quitó la llave de la puerta por donde habia salido Mauricia, y cerró la de la galeria.

—Bien, bien, dijo Rohan con una risa convulsiva; esperaré...

—Bueno: mientras esperas hablaremos de nuestros asuntos, y despues que me hayas oido mudarás de parecer.

El caballero hizo un movimiento de desden, cogió su pañuelo, que mordió para calmar su irritacion, y no pronunció una sola palabra.

Entonces Latreaumont sacó del bolsillo la *Gaceta de Holanda*, la puso sobre la mesa, y dijo:

—Lee aquí, y ten en cuenta que la he ganado con la punta de la espada.

Rohan volvió la cabeza.

—Bueno, no leas; pero estoy seguro que luego la mirarás, porque Monterey acepta, querido mio; dá cincuenta mil libras en un mes, y luego que se haga el último arreglo en Bruselas, seiscientas mil libras á cuenta de los dos millones, para empezar la broma. Y cuando vengo á traer la noticia me reciben á pistoletazos. Vamos, ven á besar á papá Latreaumont, y á decir que no lo volverás á hacer.

Rohan no contestó á esta insolencia, y continuó mordiendo el pañuelo con muda rabia.

—¡Vaya! hoy está caprichoso el niño; no quiere hablar; pues yo hablaré por los dos.

Y levantando la voz dijo:

—Monterey, gobernador general de los Países-Bajos, acepta tu nombre, caballero de Rohan, Montbauzon, Guemenec, Solebise, y te reconoce por jefe supremo del complot, cuyo objeto es: 1.º establecer violentamente la república primero en Normandía, despues en Francia: 2.º echar al rey Luis XIV de su trono con ayuda de un levantamiento general apoyado por ejércitos extranjeros. ¿Y eres ahora un súbdito fiel?

—No entiendo lo que decís; y como me es tan imposible el haceros callar como echaros, podeis decir todo lo que querais.

—Muy bien. No espera Monterey para obrar mas que las últimas instrucciones; la flota holandesa cruzará tan pronto como las haya recibido delante de Honfleur y Quillebief, con las tropas de desembarco á bordo hasta que hagamos la señal convenida; ahora creo que haríamos muy bien en enviar á Van-den-Enden á Bruselas. Dentro de un mes estará de vuelta y todo irá á las mil maravillas, porque tiene mucho crédito allí, y Monterey le hace mucho caso.

—Caballero, contestó Rohan con esa calma feroz que

dá la conciencia de una cólera impotente, primeramente quiero ser el único amo en mi casa; yo procuraré conseguirlo; y en cuanto esté restablecido me dareis satisfaccion de todos estos ultrajes. En cuanto á esos planes contra el servicio de S. M., como no soy delator, os doy mi palabra de honor que quedará entre los dos; pero os digo, señor Latreaumont, que no he conspirado, no conspiro, ni conspiraré jamas contra S. M.: ¿lo entendeis?

—Y yo te digo, señor Rohan, que has conspirado, que conspiras y conspirarás contra S. M. ¿Lo entendeis?

—Os desafío á que probeis que he conspirado.

—¿Conque no has conspirado y no conspiras?

—Las pruebas.

—¿Las pruebas?...

—Sí; las pruebas escritas.

Latreaumont frunció las cejas, se mordió los labios y despues de un rato de silencio contestó friamente.

—¿Te parece cosa de juego? Ya habia previsto este caso, y he tomado mis precauciones. Escucha bien, caballero.

Y el coronel tomó un tono sério que no habia usado hasta entonces, y dijo:

—Puesto que olvidas tus promesas, tu venganza, tu esperanza y ambicion, yo que no olvido nada, quiero tu nombre para el complot, y le tendré como me llamo Latreaumont, y si no ya puedes ver lo que haces.

Rohan se sonrió manifestando el mayor desprecio.

—Luis, por última vez, ¿se trata de conspirar, si ó no?

—No, mil veces no, dijo el caballero.

Latreaumont echó una mirada penetrante al caballero y continuó:

—Puesto que dices que mil veces no, no te quedan mas que dos partidos: ó denunciar el complot, ó marcharte con Mauricia sin conspirar. El primero no lo

adoptarás, porque todavía tienes mucho de nobleza de la antigua raza, y no denunciarás. Te queda el recurso de marcharte y no tomar parte. Pero ya sabes que cuando yo quiero una cosa se hace. Pues bien; hoy como mañana, como siempre... en lo sucesivo, en el momento que te vea dudar un minuto, ¿lo oyes bien? un minuto en continuar en la conspiración, el minuto siguiente tú, Van-den-Enden, Nazelles, tu Mauricia y yo estamos en la Bastilla como culpables de un complot contra la vida del rey y la seguridad del Estado, complot de que tú eres el jefe: ¿lo comprendes?

Rohan quedó estupefacto: todavía no comprendía.

— Con el favor que ahora tienes con el Pachá XIV, con su visir Louvois y su sultana Montespan, puedes figurarte, condesito mio, lo que te espera.

El coronel hizo un gesto horrible dando la vuelta al cuello con la mano.

El recuerdo del espantoso sueño de Mauricia en que se había aparecido Latreaumont como verdugo, atravesó la imaginación de Rohan como un hierro candente, y abrumado por tantas emociones tan rápidas y contrarias, empezó á trastornarse su cabeza, y con voz inarticulada contestó al coronel:

— No sé lo que quereis decir.

— ¿No? pues me explicaré. Si rehusas conspirar tomo una pluma, y aquí... á tu presencia escribo, ¿entiendes? escribo á tí, Luis de Rohan, una larga carta confidencial, en la que desenvuelvo y cuento punto por punto nuestros planes, mis viajes y mis tentativas en Normandía, la esplicación de la *Gaceta de Holanda*, el proyecto de los holandeses, las proposiciones que acabo de hacer en tu nombre á Monterey, la contestación de este, el plan de la república, y los folletos que ha escrito Van-den-Enden; digo que tienen noticia de todo Nazelles y Mauricia; anuncio que hay esperanza de conseguirlo; añado algunas injurias contra el gran monarca, muchas alusiones á tu ódio contra

él y á su desprecio para contigo; una palabra cruel é insultante contra Louvois, otra idem á la Montespan, y... despues hago que caiga en manos de Louvois. ¿Comprendes ahora?

Este proyecto estaba tan infernalmente concebido, que asustado Rohan con su audacia apenas respiraba.

—Pero os perdeis tambien, dijo casi maquinalmente.

—¡Eres muy niño! Ciertamente que me pierdo; ¿y qué me importa? Estoy arruinado, puesto que tu estás arruinado; soy ya muy viejo y demasiado conocido para poder engañar á nadie; este complot es mi último recurso, y para conseguirlo necesito tu nombre; si le retiras, el complot aborta y me veo reducido á la última miseria ó á levantarme la tapa de los sesos. Lo mismo me dá morir así ó á manos del verdugo. Amenazándote de que obraré así, y sabes que soy capaz de hacerlo, tengo la probabilidad de obligarte á continuar conspirando; si no, hago que nos arresten, y me figuro que ha llegado el fin del mundo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! fué todo lo que pudo decir el caballero con un terror creciente.

—Ya sabes si la trama está bien tejida, ¿eh? Perdiéndome yo nadie podia dudar del complot. Yo hubiera podido presentarme á Louvois y denunciarte para obtener mi perdon y algun dinero; pero es una cobardia que no es de mi génio; y si participo de tu suerte, hermoso pastorcillo, nada tengo de qué acusarme, porque así lo has querido. En cuanto á los accesorios de la revelacion, en el caso que Van-den-Enden, Nazzelles, tú ó yo, (porque tendria una veleidad para completar la escena) quisiéramos negar lo que tan difusamente habia explicado, hay en los subterráneos de la Bastilla cierta señora vestida de encarnado que tiene por manos tenazas de hierro, y que es tan insinuante, que al cabo de un cuarto de hora de conversacion, no

solo sabe tus secretos, sino tambien los de los demás; así es, que seducidos por las caricias de la buena señora tortura, así la llaman, lo confesaríamos todo, te acusaríamos, y aunque estuvieras inocente (lo que no es verdad), te perderia de seguro el ódio del rey, de su favorito y de su querida. Entonces un hermoso dia, con el canto de los difuntos, te llevarian en procesion hácia un hermoso estrado cubierto de negro, en medio de una hermosa plaza pública, y allí... cierto compadre, marido de la señora tortura, vestido como ella de encarnado, con su hacha en la mano, se acercaria á tí...

Y queriendo chancearse de una manera atroz, se levantó Latreaumont y se adelantó hácia donde estaba el caballero.

—¡Ah! exclamó Rohan echándose hácia atrás é interrumpiendo al coronel con un grito terrible.

Despues añadió, presa de un espantoso delirio:

—¡Mauricia! ¡socórreme! tu sueño...

Y cayó sin sentido.

Hacia algunos instantes que el desdichado caballero, fatigado con tantas emociones, conocia que se trastornaba su cabeza á medida que oia á Latreaumont desenvolver su plan de tan fácil y segura ejecucion y tan espantosamente en relacion con el indomable carácter del partidario.

Además, sus ideas supersticiosas contribuian á turbarle; unido á esto el sueño de Mauricio, los recuerdos del cazador negro y la tempestad en medio de la que se le habia aparecido Latreaumont; todo, en fin, hasta el lance singular de su pistola, que le hubiera igualmente asombrado en su estado normal, todo concurría á llenar de supersticioso terror aquella imaginacion tan debilitada por el dolor.

No es extraño por lo tanto que cuando el gigante, por una de esas espantosas chanzas que le eran familiares, se aproximó al caballero haciendo aquellos gestos

y pronunciando aquellas palabras, recordaran á Rohan el sueño de Mauricia, y tuvo en el delirio de la fiebre y del terror á Latreaumont por un fantasma.

Rohan estuvo desmayado algun tiempo, y fuerza es confesarlo, Latreaumont se conmovió del estado de sufrimiento del desdichado caballero.

Le colocó en un sofá, arregló el vendaje de la herida, y cuando Rohan volvió en sí, como si despertara de un sueño, vió al coronel arrodillado al lado del sofá y mirándole fijamente.

El primer movimiento de Rohan reveló su espanto; rechazó á Latreaumont, y se separó con horror. Después puso la mano en su ardorosa frente y miró con pesar á todas partes. Trató de levantarse, pero le faltaron las fuerzas, y volvió á caer en el sofá ocultándose la cara con las manos.

—¡Luis! ¿cómo estás? parece que te hallas muy débil, dijo el partidario suavizando la voz todo lo posible.

—Si teneis algun resto de piedad, contestó Rohan con voz débil, dejadme; mañana contestaré; hoy no puedo... ya lo veis, estoy trastornado, deliro; tened un poco de compasion y dejadme.

—Vamos, vamos, cálmate, y hablaremos. ¡Qué diablo! ¡si tú me exasperas! Confieso que he estado un poco exagerado en mis amenazas; pero tampoco tú estabas mas razonable.

—Sois un infame.

—Corriente; y tú me tratas como á un perro rabioso; pero ajustemos cuentas, y verás que no soy tan diablo como te parece.

Al hablar así, el acento de Latreaumont era siempre rudo, pero demostraba una especie de cordialidad brutal; porque, como se ha dicho, el miserable estado en que se hallaba el caballero hubiera enternecido el mas duro corazon; y además Latreaumont, al sacrificarlo todo sin piedad á su cruel personalidad, tenia

bastante buen sentido para no dejar de sentir alguna vez un confuso remordimiento del mal que causaba, lo que le hacia mas culpable, en que tenia la conciencia de sus crímenes, y mas religioso, porque la menor palabra de afecto en boca de tal bribon era de un efecto tanto mas seguro, cuanto que contrastaba fuertemente con la habitual dureza de sus maneras:

—Vamos, pobre Luis, hagamos las paces; tú has querido hoy matarme dos veces, y además me has herido en la cara. Yo... te salvé la vida una vez en Fontainebleau, otra en Maestrich, sacándote de mano de unos hulanos; y otras he hecho mas, te he salvado el honor. En el campo de Worms, ¿te acuerdas? Te hallabas en uno de esos dias nerviosos en que te dejarías pegar por un niño, y en que eres tan tímido y escrupuloso como una beata. En una discusión con el conde de Syram ví que te ibas intimidando, y que de un momento á otro iba él á abusar de su ventaja para insultarte, y entonces le pregunto por qué hacia una hora que me estaba mirando de reajo (era vizco); me contesta con un bofeton, sacamos las espadas, y... honra por la buena causa. Total: tú has querido matarme dos veces, y yo te he librado dos veces la vida y una el honor. ¿No es verdad?

—Sí; pero haceis pagar tan cruelmente vuestros servicios, dijo Rohan con pesar, y no sin un secreto terror de oír á Latreaumont, en vez de amenazar, tomar ese tono brusco de benevolencia.

—Veamos qué es lo que has hecho por mí. Me has dejado comer un poco de esas quinientas mil libras que tú mordias con tus hermosos dientes. Lo mismo te las hubieras comido sin mí, y tal vez menos alegremente.

—Por lo mismo que os he recibido en mi casa y hecho favores, es muy infame que me trateis de ese modo.

—Si me has dispensado favores, no me avergüenzo

de confesarlo; y diré mas, quisiera que estuvieras en estado de dispensarme mas; pero al ser tu comensal, ¿no estaba día y noche dispuesto á todo? Cuando tú tenias ese humor sombrío, ¿quién te divertia? Latreaumont. ¿Quién te llevaba á la cama cuando estabas borracho? ¿Quién ha enseñado á los perros á morder las pantorrillas de los alguaciles que vienen á demandar? ¿Quién recibe á los acreedores á puntapiés y los paga a bastonazos? Latreaumont. Y últimamente, en Baviera, á riesgo de ser ahorcado, y para librarte un momento á tí y á tu electriz del espionaje de ese animal de elector, ¿no puse en la oreja de su caballo un poco de mecha encendida que le hizo hacer muy buenas cabriolas?

—Déjame, dijo Rohan, que por una increíble volubilidad de carácter no habia podido menos de sonreirse á pesar suyo al oír referir las hazañas del partidario, y que conocia que su cólera iba perdiendo poco á poco su primera violencia.

—Vamos, hablemos como hombres: te he hablado de todas esas locuras porque te enfadan las cosas serias; ¿qué diablos, no se sabe cómo tratarte!

—Déjame; me asustas en este momento. ¿Qué quieres? ¿mi muerte ó mi ruina?

—¿Qué diablos quieres que haga yo con tu muerte cuando ocasionaria la mia? En cuanto á tu ruina, quisiera que no fuera cierta, porque ahora estaríamos mas ricos que estamos. ¿Y quién ha tratado de evitarla ideando el complot de Normandía? Latreaumont, porque tú no tienes cabeza para idear una conspiracion, para encontrar partidarios, y para sublevar á los descontentos. Tú eres indolente y te desanimas, y mientras tanto lo organizo todo, escribo á Holanda, obtengo resultados, lo hago todo; y si sale bien, ¿quién será el jefe supremo de la república de Normandía? Mr. de Rohan. ¿Y quién lo habrá preparado todo?

Mr. de Latreaumont. Así obro yo para asegurar la posición del ingrato.

—¡Ingrato!

—Si, de un ingrato que llevará la parte del leon sin serlo; por lo tanto debes agradecerme todos estos sacrificios.

—¡Vos sacrificios!

—Yo. Pues qué ¿no estoy dispuesto á sacrificar por el buen éxito del complot la tranquilidad de mi sobrino Augusto, la perla de los jóvenes, valiente como pocos, y pacífico como un corderillo, que no trata ahora de otra cosa que de casarse en paz con una mujer rica y encantadora á quien ama hace diez años? Pues bien: yo tengo el valor de sacrificar todo esto.

—¿A mí? ¿Estais loco?

—A tí; puesto que eres el jefe que llevará la mejor parte. ¿Y es acaso menor el sacrificio porque Augusto sea mi sobrino? Yo sé lo que hago y lo que valen Augusto y su bonita viuda. Tambien sé que tendrán un gran disgusto al verse obligados á pasar la luna de miel tratando de una conspiracion, que es de lo que menos se acuerdan ahora. Y en lugar de agradecerme todo esto, ¿te diviertes en sueños pastoriles?

—No me recordeis esa escena, porque no sé de lo que seria capaz.

—Pues quiero recordarte esa escena... Vamos, cálmate, y harás lo que quieras: marcharás á Bretaña con tu Mauricia, si te agrada.

—¿Me dejareis marchar?... ¿renunciareis á vuestro espantoso proyecto de revelarlo todo?

—Tal vez...

Rohan, estupefacto, miraba á Latreaumont con un asombro imposible de describir.

—¿Renunciáis á vuestras amenazas?

—Ya te he dicho que veremos; pero ahora lo que quiero es hacer una comparacion del porvenir que yo

te ofrezco con el que te espera con tu Mauricia; esto no te compromete á nada.

—Cállate, no profanes el nombre de ese ángel.

—Escucha. Supongo que ese ángel te ha sido fiel durante cinco años, y que todo lo que se ha dicho es falso.

—Eres un infame calumniador; cállate.

—¿Te has vuelto loco? Ti digo que todo es falso. Llegas á ser esposo de Mauricia, y vives á costa de tu mujer que tiene una fortuna de unas cuatrocientas mil libras, y despues de pagadas tus deudas te quedan unas cien mil libras y el castillo de Penchot, y pagando bien los renteros tendrás una renta de cinco ó seis mil libras. Te encuentras ya instalado allí como un verdadero gentil-hombre, no poseyendo ni en óbolo tuyo, y teniendo que pedir alguna que otra vez á tu mujer dos miserables escudos. Me parece que estoy viendo correr por la mañana una liebre, volverte á comerla, y por la noche jugar con el cura ó con el médico.

—Aunque sea esa vida tan vergonzosa y miserable como tú la pintas, la prefiero mil veces á la que tengo aquí, dijo impacientemente el caballero.

—Este es, continuó Latreaumont, sin contestar á Rohan, seguro de haberle herido en su incurable amor propio, este es el fin del magnífico príncipe que el año pasado obsequiaba á la electriz de Baviera; del hermoso caballero por quien todo lo habia sacrificado la duquesa de Mazarino; el orgulloso cortesano por quien todos los corazones suspiran. Te enterras vivo, con gran regocijo de Lorena, de Effiat, Villarceaux, Lanouzin, y de todos tus rivales que se ven libres de tus triunfos que les abruman. Sin embargo, es muy hermoso eso, porque como has enfadado á papá y á mamá, y tú mismo te castigas, ¿cuántos comentarios se harán en la corte donde causas tantos celos? ¿Y quieres decirme qué ganas con ese entierro?

—¡Gano la calma, el reposo, la paz de la conciencia!

—Eso quiere decir que casándote pagas á tus acreedores, y tienes además dinero... Comprendo, comprendo.

—Aunque así fuera, ¿no sabes que no tengo bienes ni recursos?

—Tú te tienes la culpa por ser terco: no quieres oír que Monterey acepta. Mira esta Gaceta. Puesto que acepta, según el convenio, el mercader portugués debe dar hoy mismo las primeras cincuenta mil libras, dentro de un mes las seiscientas mil á cuenta de los dos millones pedidos para empezar la danza.

—¡Pero miserable! ¡ese dinero está destinado á asegurar la existencia del complot y no á pagar á mis acreedores; y no cumplir el objeto con que se dá, sería otra ignominia!

—¿Y quién habla de pagar á tus acreedores? Por el contrario, tengo ánimo de que ninguno de ellos vean ni aun tu nombre. Ese dinero es sagrado, y está absolutamente destinado, como tú dices, á desarrollar la existencia del complot; pero como la existencia del complot está en casi nada, en la nuestra nos vemos obligados á emplear los escudos de Monterey alegremente para hacer clientela y reclutar descontentos. En el mes de Julio, cuando se haya convocado la milicia en Rouen, nos marcharemos para preparar la sublevación y el desembarco de los españoles.

—Ya te he dicho que esa revolución es una quimera: y aunque pueda realizarse no cuentas conmigo.

—Como en tu vida has puesto los pies en Normandía, no sabes si es una quimera; ¿pero crees tú que Monterey es tan tonto que dé el dinero sin estar cierto de la probabilidad de la empresa? En cuanto te presentes en Normandía, todos los caballeros te siguen,

porque todavía no han olvidado el nombre y las hazañas de tu tío el duque de Rohan, y es fácil que consigas triunfar y que puedas realizar tu venganza, y aunque no durará el triunfo mas que una hora, no le compararías con...

—Con mi vida, exclamó Rohan exasperado por el recuerdo de las recientes humillaciones que había sufrido, y cediendo con miserable debilidad á los instintos de venganza y ambicion que habian escitado en su alma las palabras de Latreaumont.

—Pues lo único que tienes que hacer es esperar alegremente dos meses. Yo me encargo de prepararlo todo con mi sobrino, de manera que no tengas que presentarle hasta el momento preciso.

—No, no, déjame; ¡Dios mio! ¡qué haré?

—Es bien sencillo; conspiras ó te casas. Si conspiras, haces á uno feliz; si te casas, haces á otro desgraciado.

—¿Qué quieres decir?

—Si conspiras, el feliz seré yo. Si te casas, el desdichado será Lorena, porque te llevas su querida.

—¡Pruebas, pruebas, miserable! dame una prueba y no vuelvo á ver á Mauricia.

—¿Cómo diablos quieres que yo tenga pruebas? Yo digo lo que todo el mundo dice. Pero no hagas caso y cástate, que yo sé lo que tengo que hacer.

—El mundo acoge fácilmente muchas calumnias que á sus ojos son una realidad... Pero si yo llegara á ser el juguete de Lorena, ¡qué vergüenza!

Acordándose de pronto de la nobleza de Mauricia, dijo:

—¡Pero no! es imposible; aquellas lágrimas, aquellas palabras no eran ficcion. ¡Mientes, infame, déjame! Mi felicidad consiste en casarme con Mauricia; me ama y me es fiel, y conozco que á su lado me parecerá la vida hermosa y risueña y sentiré doble energía.

—Haz lo que que quieras. ¡Pero no me has dicho mil

veces que engañabas miserablemente á la Mazarino, á pesar de las protestas que hacias y de la sinceridad que afectabas?

—Es cierto, contestó el caballero con amargura. ¿Pero no queria ser canonesa?

—Como yo canónigo; si hubiera querido ser canonesa no hubiera venido á decirlo.

—¿Pero cuál es su objeto al casarse conmigo?

—Retirarse de un modo brillante de su vida licenciosa, ó vengarse. Pues qué, ¿te figuras que ha olvidado los desprecios que la has hecho? ¿Te parece que si estuviera tan inocente hubiera sufrido tanto?

Gracias á su profundo conocimiento del carácter de Rohan, no habia empleado en vano Latreaumont este infernal razonamiento; porque sabia, como hemos dicho, que el caballero, por una consecuencia de su detestable carácter, al hacer á Mauricia la mas desdichada de las mujeres, tenia la conciencia del mal que hacia, y no podia creer que tuviera bastante generosidad para olvidar sus crueldades. Así es que el infortunado, en su ceguedad, atribuia el tenaz amor de Mauricia á un odioso disimulo que marchaba sordamente á la venganza.

—¡Dios mio! ¿qué haré?

—Decidete; conspiras ó te casas. Ya sabes la suerte que te espera por cada uno de estos dos caminos. Decidete y dime: soy tuyo á fé de Rohan.

—Si yo supiera que Lorena...

—Lo que yo sé es que Monterey acepta y que dudas entre una vida de esplendor y una oscura existencia.

—¡Ah! hecho, dijo Rohan con un acento de resolucion desesperada, y echándose, por decirlo así, con los ojos vendados en el abismo que Latreaumont habia abierto á sus pies; la eleccion no es dudosa; Latreaumont puede ser que firme mi sentencia de muerte...

Y el caballero dudó un momento, y despues añadió rápidamente:

—A fé de Rohan... conspiro.

—Y á fé de Latreaumont que haces bien.

Y el coronel abrazó cordialmente al caballero.

En este momento se oyó un ruido espantoso; la puerta de la galería se abrió á fuerza de golpes de hacha, y Juan con su carabina, Dupuis con una alabarda vieja y Francisco con un hacha, se precipitaron en el gabinete gritando:

—¡Matar á ese pícaro!

Esta brusca invasion hacia aun mas raro aquel contraste, cuanto que Latreaumont todavia tenia cogido de la mano á Rohan.

—¿Qué es esto? preguntó el caballero.

—Monseñor, dijo Dupuis, fui á buscar á Juan y á Francisco; los acabo de encontrar, y venimos...

—¡Estás loco! has tomado una chanza por lo sério; retiráos.

—Francisco, dijo Latreaumont, engancha tus rocines si es que pueden tirar.

—Monseñor, dijo el viejo dirigiéndose á Mr. Rohan en tono interrogativo.

Dudaba el caballero y Latreaumont le dijo al oido:

—Tenemos que ver á Van-den-Enden.

Mr. Rohan suspiró y dijo:

—Engancha, Francisco.

Y los criados se retiraron asombrados.

—Cuando volvamos de nuestra visita, daremos una vuelta por Vincennes, y luego iremos á casa de la Duchesnel.

—No; quiero volverme á casa.

—Lo decia, porque esta noche debe haber allí un juego de todos los diablos. Me lo ha dicho Louvigny al salir de la fonda. A propósito, una buena historia; ¿no sabes que he tenido que batirme para conseguir esa Gaceta?

—¿Con quién?

—Con Chateauvillain, á quien no le ha probado muy bien una cuarta baja.

—Me alegro; le aborrezco porque es amigo de Lorena.

—Vámonos; pero voy á beber antes lo que trae ese pícaro viejo.

Después de haber bebido un buen trago, hizo un gesto horrible y dijo:

—Has de saber, bribon, que yo no quiero mas que Borgoña de casa de la Guerbois, y cuenta con que no se me engaña.

Y Rohan, sostenido por Latreaumont, salió del gabinete.

---

# PARTE QUINTA.

---

## EL COMLOT.

### CAPÍTULO XX.

---

#### El complot.

Yo creo que el veneno mismo gracias á un natural foliz, puede ser ennoblecido por un acto saludable.

SCHILLER.—*Don Cárlos*, acto III, esc. X.

Estas palabras *Hotel de las Musas*, que al principio, de esta obra dijimos se podian leer en la muestra de la escuela que Affinio Van-den-Enden tenia en Amsterdam en 1669, se leian ahora en Paris, y demostraban lo mismo que allí, porque el hotel de las Musas

se hallaba trasladado al barrio de San Antonio. Aparte de algunas diferencias de localidad, nada habia cambiado en los hábitos del viejo doctor, que tendria entonces unos setenta y cuatro años, y como siempre, le sustituia su hija Clara Maria en sus lecciones de lenguas muertas; porque la enseñanza de Van-den-Enden se limitaba á las humanidades, mediante á que la instruccion política, en la manera que él la entendia, estaba prohibida en Francia.

A pesar de todo, el austero é incorregible republicano dejaba escapar varias veces alguna alusion democrática atrevida, que agradaba á algunos, asus'aba a otros ó les parecia indiferente

Terribles acontecimientos habian ocasionado la traslacion de Van-den Enden á Francia, á saber: la destruccion de las siete provincias unidas por los ejércitos de Luis XIV, y la muerte de los hermanos Wit, consecuencias rigurosas é inevitables de las multiplicadas traiciones de este rey, asesinato de una ferocidad inaudita, al que, segun decian, no era estraño el principe de Orange.

Como Van-den-Enden habia sido uno de los amigos y admiradores del gran pensionario Juan Wit, se vió obligado á emigrar para sustraerse de las primeras reacciones ejercidas por Guillermo de Orange contra los holandeses sospechosos de ser republicanos ó partidarios de los franceses, cuyas denominaciones habian llegado á ser sinónimas, porque Juan Wit, engañado por Luis XIV, en cuya alianza y buena fé creia ciegamente, habia sostenido con todas sus fuerzas los intereses de Francia contra la política inglesa y española que apoyaban al de Orange.

El gran pensionario habia tenido siempre la influencia de este principe, porque preveia que algun dia seria el destructor del gobierno democrático, que Wit y la faccion de Louvestein defendian hacia muchos años con la energía de una profunda conviccion; por qué

estado de cosas habia llevado á las siete provincias unidas á un grado de poder y de prosperidad inaudita hasta entonces. Asi es que á pesar del ódio y de los celos que tenia Luis XIV á esta república, era tal su rãbia contra Guillermo de Orange, que presentarse como perseguido por este príncipe, era conseguir segura recomendacion con el gobierno francés. Por lo tanto Van-den-Enden pudo llegar libremente á Paris y dedicarse á la enseñaanza de idiomas, medicina y quimica.

Algun tiempo despues de su llegada á Paris, el doctor encontró á Latreaumont, á quien habia visto en el campo de Nordem cuando la invasion de la Holanda por las tropas francesas; porque huyendo de las persecuciones del estatouder se habia visto obligado el doctor á vivir en una alquería cerca de este campamento.

Entonces estaba consumada la ruina de Rohan; el filósofo y el partidario reanudaron sus relaciones, volvieron á hablar de sus antiguos proyectos y de renovar las interrumpidas negociaciones con el extranjero; se citaron pais donde debia ir el doctor; se encontraron allí, y volvieron á hablar de esos proyectos. Obrando Latreaumont por ambicion y el filósofo por su incesante é irresistible deseo de ver realizadas sus utopias (porque no habia concebido su intervencion en Holanda sino con la espresa condicion de redactar solo y á su gusto los estatutos politicos de la futura libre república normanda.)

En el extranjero el doctor podia ser verdaderamente el alma de esta conspiracion. La proscripcion que sufría por órden del príncipe de Orange probaba que su influencia era considerable.

En efecto, en Amsterdam la gran virtud, el saber, y el valor cívico de Van-den-Enden eran hacia veinte años tan populares como la indestructible firmeza de sus opiniones democráticas.

En cuanto llegó á Bruselas el conde de Monterey, el baron de Isola instruyó al nuevo gobernador general de las proposiciones relativas á la revolución de Normandía, hechas antes por Latreaumont. Este proyecto, difícil de intentar y apoyar en 1669, en medio de la profunda paz que conservaba la Francia con Europa, debia parecer mas en 1674 cuando el descontento era general en Francia y todas las potencias se mostraban hostiles á Luis XIV.

El conde habló de estos proyectos al principe de Orange; y por lo mismo que este aborrecia que se perpetuaran las máximas republicanas en un Estado que queria gobernar despóticamente, las miraba como un medio precioso para minar ó trastornar el trono de Luis XIV. Así es que Van-den-Enden pudo volver libremente á Holanda, cuando escribió Monterey pidiéndole una entrevista respecto á las gestiones practicadas en 1669 con el baron de Isola.

Tanto por conviccion, como por el violento deseo de que sucediese Van-den-Enden, habia prestado la fé mas completa á todo lo que Latreaumont le habia confiado de nuevo sobre la disposicion hostil y amenazadora de los ánimos en Normandía; y en su viaje á Bruselas, á donde fué á fines de 1673, consiguió que participaran fácilmente de sus esperanzas Monterey y el principe de Orange, no menos deseosos que él de ver las cosas en este estado, y los dejó sumamente dispuestos á sostener la rebelion de Normandía; y cuando la promulgacion del impuesto, pareciéndoles que era tan verdaderamente cruel, inicuo y exorbitante, que no podia menos de producir una revolucion, no dudaron en comprometerse á apoyarla, y dieron una seguridad positiva á los conjurados, haciendo insertar en la *Gaceta de Holanda* los dos articulos significativos, cuyo tenor habia sido redactado por Van-den-Enden, y enviado á Holanda por medio del mercader portugués, emisario secreto de Monterey.

Antes de que entre el lector en el interior del Hotel de las Musas, daremos cuenta de algunos singulares acontecimientos que instruyeron á Nazelles del complot tramado por Latreaumont.

Vivia cerca de la escuela, y atraído como otros muchos curiosos por la fama naciente de Van-den-Enden, asistió á una de las lecciones de latinidad que dió Clara María.

Cosa estraña; á pesar del aspecto tan austero y glacial de esta mujer, Nazelles se enamoró de tal modo, que no solo era uno de los mas asiduos oyentes del doctor y su hija, sino que consiguió á fuerza de instancias con la señora Catalina que le admitieran como pensionista, mediante mil quinientas libras que daba anualmente con gran satisfaccion de aquella avariciosa mujer.

Aunque Van-den-Enden y Clara Maria estaban bien lejos de participar del entusiasmo de Catalina por su pensionista, como ella le llamaba, era tal el temor que inspiraba en la casa, de que continuaba siendo dueña absoluta, que por nada en el mundo se hubiera atrevido el doctor á cerrar la puerta al protegido de su mujer.

Cansado de verse despreciado por Clara María, que aborreciéndole con estraordinaria insistencia, sabia evitar todas las ocasiones de hallarse á solas con él, lo que se imaginó seria muy fácil viviendo en la casa; y queriendo hablar largamente de su amor, imaginó Nazelles, un dia que se habia ausenta lo el yerno de Van-den-Enden, ocultarse en una especie de oratorio al que se retiraba con frecuencia Clara María para leer, orar ó meditar.

Por una singular casualidad, aquel mismo dia, teniendo Van-den-Enden que hablar confidencialmente con Latreaumont, y creyéndose sin duda mas seguro en el cuarto de su hija, se trasladaron allí y hablaron tan largamente y con tantas particularidades de la re-

belion proyectada, que Nazelles quedó enterado de todo.

Al día siguiente, paseándose Latreaumont en la plaza real, se acercó á él resueltamente Nazelles, le llamó aparte y le dijo:

—Lo sé todo.

En vano el partidario, sumamente admirado, quiso negarlo; el abogado le dió detalles tan circunstanciados, que fué imposible insistir en la negativa.

Como el coronel le hiciera terribles amenazas, contestó Nazelles con suma frialdad, que todo lo que habia sorprendido relativo á la conspiracion, lo habia escrito y entregado á un notario amigo suyo en forma de testamento, de manera que en caso de que Latreaumont quisiera armarle alguna sangrienta emboscada, daría cuenta al momento el notario de la causa del asesinato.

—¿Qué quereis entonces? le preguntó el coronel.

—Nada; me contento con saber lo que hay y que dependa de mi la existencia de los que dirigen este asunto, que espero que de una manera ó de otra podrá servir á mi amor; pero ahora no quiero que sepan que estoy instruido de todo, ni Rohan ni Van-den-Enden.

—¿Qué hacer en caso tan apurado? Matar á Nazelles. Pero su testamento lo diría todo. ¿Ofrecerle algun dinero de las sumas que debia enviar Monterey? El abogado tenia bastantes bienes y pocas necesidades para que consintiera vender su silencio. De manera que Latreaumont se resignó á sufrir la fortuita y peligrosa iniciacion de Nazelles, y se guardó de hablar una palabra á Rohan, porque este nuevo riesgo de ser descubiertos aumentaría la irresolucion del caballero.

Concluido este paréntesis, volvamos á la escena que pasaba en el Hotel de las Musas, el mismo día en que Latreaumont acababa de decidir á Rohan á que conspirase, y en que ambos á dos venian á decir á Van-

den-Enden que era preciso marchase á Bruselas. Eran las cinco de la tarde; Clara María, sentada todavía en la cátedra, y reuniendo los libros esparcidos, había terminado su lección; todos sus oyentes habían salido, excepto uno que era Nazelles.

Muy ocupada la joven en poner en orden los libros, no había advertido la presencia del abogado, y tenía la vista constantemente fija en la mesa, y por lo tanto fué preciso que se acercara mucho Nazelles para que lo advirtiese Clara María.

—Señora, dijo con suma timidez, nadie es capaz de explicar mejor lo que acabais de hacer en este momento; y si la ciencia no tuviera tantos encantos por sí misma, la felicidad de que vos la enseñarais la daría muchísimo atractivo.

—Dispensadme, caballero; pero tengo que bajar al jardín á buscar á mi padre, dijo Clara María con su serenidad acostumbrada.

Nazelles se colocó cerca de la puertecilla de la cátedra, de manera que era imposible que pudiera salir Clara sin que él lo permitiera.

—¿Queréis escucharme un solo momento, un segundo?...

—¿Qué queréis? dijo la joven mirándole de una manera tan fija que le obligó á bajar los ojos.

Después de un momento de dudas, Nazelles dió un suspiro desesperado y dijo en voz baja:

—Bien lo sabeis, bella inhumana, que no queréis que os hable de mi amor.

Es imposible pintar la ojeada de orgullo y desprecio que Clara María, siempre pálida y grave, echó á aquel hombre.

Después, aun sin honrarle con un acento de impaciencia ó de cólera, le dijo friamente y cogiendo de prisa algunos libros:

—Abrid esa puertecilla.

—Por piedad, señora, una palabra, una sola palabra!

¡escuchadme! no me exasperéis. Y el abogado levantaba sus manos suplicantes.

—¡Esa puerta, caballero, esa puerta! dijo imperiosamente la jóven preparándose á salir.

—Pero, señora, hace un año que conoceis mi pasion. Muero de amor... tened compasion. Es preciso que la tengais... es preciso.

Y despues de haber pronunciado estas palabras con voz entrecortada, se adelantó hácia la cátedra, y quiso coger una mano á Clara María, que retirándose como si quisiera picarla el mas asqueroso reptil, exclamó:

—¡No me toqueis!

Habia en estas palabras, en el gesto que las acompañaba, y en el rostro austero de la jóven una expresion de disgusto y horror tan insultante, que Nazelles abrió bruscamente la puertecilla de la cátedra, estremeciéndose de rabia y brillando su torva mirada con un fuego infernal.

Despues, haciendo un gesto amenazador y dando una patada en el suelo, se marchó en tanto que Clara, irritada, pero sin perder su gravedad, se dirigió al jardin á buscar á su padre.

Van-den-Enden, que tenia pocos discípulos, porque la guerra no permitia que hubiera muchos desocupados en Paris, habia unido á su enseñanza de lenguas muertas una escuela de niños, á los que enseñaba el anciano á leer con una paciencia y una bondad enteramente paternas, y con un interés lleno de encantos para él.

Contraste sensible y curioso: aquel talento sério y pensativo, aquel gran sábio, aquel génio vigoroso en política, descendiendo de este modo de las alturas solemnes y misteriosas de la meditacion, ó saliendo de las profundidades de la mas árida ciencia, encontraba una infable felicidad en contemplar esos tesoros de inocencia, juventud y candor, y en sonreirse con su

infantil alegría, la única que el hombre disfruta pura y sin remordimientos.

Cuando el tiempo y la estación lo permitían, Van-den-Enden enseñaba á los niños en el jardín. La tarde de aquel día era tan hermosa y risueña como sombría y lluviosa había sido la mañana; una brisa templada alejaba lentamente las nubes; el aire era agradable; el sol había secado la arena de los paseos, y el filósofo sentado en un gran sillón de madera, en una plazuela de tilos, se hallaba rodeado de varios niños, de los que el mayor tendría unos ocho años.

Es preciso decir que el buen viejo no tenía con ellos estremada severidad; los unos jugaban alegremente sentados á sus pies; otros atendían á lo que decían los dos mas adelantados á quienes hacia leer en aquel momento.

Van-den-Enden, vestido de negro con un gorro de terciopelo tambien negro que dejaba escapar algunos mechones de pelo blanco, se sonreía dulcemente. El sol iluminaba de lleno su cara venerable, pálida, y en la que habian dejado profunda huella las veladas y disgustos, pero que entonces tenía una rara espresion de felicidad y gratitud, tenía una biblia iluminada sobre las rodillas, y los dos niños daban en ella su leccion.

El uno de ellos débil, bonito, blanco, con hermosos cabellos rubios y una fisonomia singularmente espiritual, estaba vestido con una chaquetita escarlata, y abria atentamente sus grandes ojos azules, vivos é inteligentes, en tanto que con el dedo seguia con seriedad y aplicacion los renglones que el anciano le indicaba con mano trémula y que iba refiriendo poco á poco.

El otro, por el contrario, robusto y hermoso, moreno y determinado, vestia una chaquetita verde; olvidaba algunas veces el libro para seguir con sus hermosos ojos negros los pájaros que revoloteaban en las ramas;

y su buena voz atrevida no repetía las palabras hasta que su compañero las había dicho con aquel acento suave y tímido.

Con grande alegría de los niños que se desbandaron al momento, fué interrumpida la lección por Clara María, que vino á buscar á su padre, y le dijo con voz alterada:

—Esto es intolerable, padre mio; todavía ese hombre...

Van-den-Enden se encogió de hombros y dijo tristemente:

—¡Catalina! ¡Catalina!

—¿Pero qué he de hacer? No he querido decir nada á mi marido, porque ya sabéis que tiene un génio muy violento; pero las instancias de ese hombre me son odiosas; su posición de pensionista le proporciona mil ocasiones de molestarme. Os suplico que digáis á mi madrastra que le eche de casa.

—¿Qué quieres, hija mia! ya conoces á Catalina y sabes que no sirven observaciones con ella.

—Yo la hablaré, padre mio, si me lo permitis.

—¡Mírala ahí! dijo el doctor un poco receloso.

En efecto, era Catalina, como siempre vestida de negro; como hemos dicho, la verdadera figura de Holbein, dura, seca y pálida.

Se preparaba Clara María para esponer sus agravios contra Nazelles, cuando fué interrumpida por una violenta esplosion de cólera de Catalina, que exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡Buena la habeis hecho! Acabo de encontrar á mi pensionista Nazelles y le digo:—Dios os guarde, caballero; vamos á comer muy bien, porque he hecho un potaje de pescado que no lo come mejor un canónigo. En lugar de recibir esta noticia como debe hacerlo todo pensionista de buen apetito, me contesta con un semblante que daba lástima:—Gracias, señora Catalina, no tengo gana de comer y voy á bus-

car mi capa y mi sombrero para marcharme.—Marcharos cuando os anuncio un plato tan esquisito! es preciso que haya sucedido algo. En fin, despues de muchos síes y peros, el bueno del hombre vino á confesarme que teniais vos la culpa, que con vuestras malas razones le habiais quitado el apetito, y echó una mirada furiosa á su hijastra.

—¿Se ha atrevido á deciros eso?

—El ha dicho... ha dicho... no ha dicho nada, porque es un infeliz; pero yo lo he adivinado, porque como salia de la clase, no podia ser otra cosa sino que vos le habiais atormentado. Os lo digo una vez para siempre. Quiero al pensionista como á las niñas de mis ojos. Gracias á sus mil quinientas libras, podemos vivir desahogadamente, porque los sesenta miserables luises que nos dá vuestro marido de nada nos sirven.

—¡Mujer! ¡mujer!

—Tambien te digo á ti, continuó Catalina volviéndose hácia donde estaba el filósofo. ¿Por qué no se quiere á mi pensionista? ¿No paga con puntualidad su pension? ¿Por qué se le aborrece?

—No le aborrezco, señora; le desprecio, dijo Clara Maria.

—¡Virgen santa! ¡despreciar á mi pensionista! ¿y me quereis decir con qué derecho?

—Hay cosas que no se pueden decir, contestó severamente la hija del doctor.

—Catalina, puesto que es preciso explicártelo, dijo el filósofo con impaciencia, Nazelles hace la córte á mi hija y...

—¿Y qué importa eso? ¿No es virtuosa? Bien se puede guardar sin maltratar al pensionista ni quitarle el apetito, y hacer que no coma ese potaje que le habia de gustar. Pero le comerá; es preciso que le coma, ó por lo menos que le pruebe: ¿oyes?

—Si tienes tantos deseos de que le coma, dijo el anciano, que no pudo menos de sonreirse del furor de

su mujer, ahí tienes un compañero que te complacerá.

Y señaló á Latreaumont acompañado de Mr. Rohan.

—¡Dios mio! ¡el gigante! Yo lo creo que se le comería todo, y mas que hubiera.

Al ver á Rohan y Latreaumont cerró el libro Van-den-Enden, en tanto que Clara Maria se retiraba, y Catalina la seguía, cuidándose poco de las impertinentes chanzas de Latreaumont, y temiendo sin duda por la seguridad del potaje, aunque el coronel no acostumbraba, como en Amsterdam, á ser comensal obligado.

El doctor quedó solo en el jardin con sus dos amigos.

—Te vas á reir, señor sábio, dijo Latreaumont que se habia familiarizado con el anciano hasta el punto que le tuteaba insolentemente; te vas á reir. Monterey acepta y Rohan tambien.

Rohan hizo una señal afirmativa.

—¡Monterey acepta! exclamó Van-den-Enden con una espresion de alegría imposible de describir, levantando al cielo sus manos temblorosas; acepta... En fin, ¡ha cumplido la palabra que me habia dado! Pero subamos á mi cuarto donde estaremos mas retirados.

Y los tres subieron al gabinete del doctor, pieza pequeña y sombría, que no recibia luz mas que por una ventana, y llena de libros é instrumentos de física, verdadera cueva de alquimista.

Van-den-Enden cerró cuidadosamente la puerta, se cercioró de que no habia nadie en la habitacion inmediata, y los tres conjurados se sentaron.

—¡Acepta! ¡acepta! repitió el anciano.

—Toma; lee la Gaceta, dijo Latreaumont.

En tanto que el doctor absorto examinaba el periódico, dijo Latreaumont:

—Espero, mi viejo Licurgo, una buena ocasion de aplicar tu sistema y sembrar tu querida república en Normandía, á fin de que produzca ángeles. ¿Te acuer-

das cuando te decia en Amsterdam hace cinco años que no habia que desesperar y que yo encontraria un nombre para servir de enseña y de jefe á nuestra sedicion? Pues mira como he cumplido mi palabra. ¿Es bastante valiente y bastante noble Luis de Rohan, sobrino del gran duque de Rohan, aquel indomable revolucionario?

—Si, bastante noble y bastante valiente, dijo Van-den-Enden con singular espresion: yo mismo no podia haber hecho mejor eleccion.

—Ya veis cómo las almas escogidas se encuentran.

—Yo creo que todo marchará bien, dijo Mr. Rohan con mal disimulada angustia; porque se acordaba del sueño de Mauricia; ya que estamos comprometidos, apresurémonos todo lo posible, porque no es muy agradable estar mucho tiempo en el crimen.

—¿En el crimen! exclamó Latreaumont riendo: ¿con que llamas crimen á esto? Si vengarte de los desprecios de un rey que te ha ofendido es un crimen; si nadar en oro cuando estabas envuelto en la ruina mas atroz, lo llamas crimen.. no lo entiendo.

—¿Un crimen! exclamó Van-den-Enden, que no se dignó rebatir la innoble manera con que Latreaumont diseñaba los fines de la conspiracion; porque teniendo el filósofo un noble fin, despreciaba profundamente las miras sórdidas de su cómplice. ¿Un crimen! exclamó con exaltacion: no lo creais. Arrancar este desdichado pais del déspota que le diezma; librar á vuestros hermanos de las trabas que les encadenan; asegurar la libertad, la igualdad y la dicha de todos; hacer por vuestro pais lo que Wit soñaba para el suyo; cumplir lo que deseaba vuestro tio, ese intrépido independiente... esto no es un crimen. Es la accion mas grande que puede elevar á un hombre sobre los demás; es asegurar para el porvenir uno de esos nombres sagrados que pronuncian los pueblos cuando se sublevan,

uno de esos nombres vengadores que se escriben en la historia con rasgos de fuego.

Van-den-Enden estaba sublime al hablar así: la energía de esta convicción obró poderosamente en Mr. Rohan, que oyendo a aquel viejo tan sábio, tan ilustrado, tan honrado, hacer semejante pintura de la revolución, se sintió realzado á sus propios ojos, y decididamente miró los escrúpulos de Mauricia como dictados por el rencor ó la personalidad, y participando de la exaltacion del anciano, dijo:

—¡Teneis razon! No es un crimen: ¡y ojalá que pueda pronunciarse mi nombre con tanta gloria como el de mi tio el duque de Rohan!

No habia cosa que favoreciese mejor las miras de Latreaumont, que dijo á Van-den-Enden:

—Ahora es preciso que marches, mi viejo Bruto, y que vayas de nuevo á ver á Monterey para hacer el último arreglo, puesto que eres el único en quien él tiene confianza.

—Marcharé.

—¡Mañana?

—Mañana.

—¡Teneis dinero para hacer el viaje? preguntó Rohan.

—No; porque apenas gano para sostener mi familia.

—¿Qué os hace falta?

—Lo necesario para el camino.

—¿Dos mil libras? dijo Rohan.

—Es mucho.

—¿Mil libras?

—Tambien es mucho; yo creo... Pero os devolveré o que sobre.

—¡Qué hombre tan honrado! dijo Rohan.

Latreaumont dijo:

—¿Sabes tú, mi digno Licurgo, que eres muy viejo para esta empresa?

—Setenta y cuatro años, tantos como lleva el siglo. No quiero mas que ver un dia el triunfo de la libertad y morir despues.

—¿Sabes tú que hay que atravesar por medio de dos ejércitos para ir á Bruselas?

—Lo sé.

—¿Que hay que correr muchos peligros?

—Lo sé, lo sé, dijo con impaciente resolucion el anciano, que hacia poco temblaba ante su mujer.

Hacia algunos instantes que Rohan hacia señas á Latreaumont para darle á entender que era un medio muy singular el que habia adoptado para comprometer al filósofo á que se encargara de tan peligrosa empresa, exagerándole todos los peligros; pero él coronel, sin hacer caso de estas indicaciones, continuó:

—¿Sabes que si te pillan te podrán ahorcar como espia?

—Convengamos pronto en la cifra, á fin de que pueda escribiros con tanta seguridad, contestó el anciano encogiéndose de hombros, sin que se notara que le habia afectado en lo mas minimo la idea de los obstáculos que tenia que vencer para cumplir su comision.

Volviéndose á Rohan el coronel, le dijo enseñándole á Van-den-Enden:

—Ya veia que me estabas haciendo señas; pero queria apurar hasta lo último. ¡Ves qué hombre! ¡á los setenta y cuatro años qué valor! ¡y tú dudabas!

—¿No te he dado ya mi palabra á fé de Rohan? dijo el caballero con tristeza y dignidad.

—Es cierto: y eres un Romano ó un Espartano de los tiempos antiguos, como quieras. ¡Pero te habrás desprendido de los lazos de Mauricia?

—Puesto que ya estoy comprometido, no creo que hay precision de que rompa con ella; y si dice verdad,

mi conducta con ella sería un espantoso crimen, dijo Rohan dando un suspiro.

—Yo digo como tú, que si no queria casarse para reirse de ti en compañía de Lorena y Effiat, sería un crimen espantoso.

Las horribles dudas del desdichado caballero se renovaron con la pèrfida respuesta del coronel, y dijo:

—Pues bien: el rompimiento es completo: no quiero correr el riesgo de verme vilipendiado.

Durante esta conversacion, á la que habia sido extraño Van-den-Enden, profundamente absorto en sus pensamientos, escribió á toda prisa algunas notas.

—Mira, yo creo que esta cifra será buena para entendernos, porque el secreto de las cartas es violado todos los dias. Escucha bien; cuando tenga que escribiros y se trate de Monterey, os hablaré de mi yerno Kerkerin, que se halla ahora en Bruselas; mi hija Margarita representará los Estados de Holanda, y Clara María los de Irlanda.

—Perfectamente, señor sábio, dijo Latreaumont; de manera que cuando digais: «He visto á mi yerno Kerkerin, respecto al asunto que sabeis; pero antes de que se resuelva necesita consultar á mi hija Margarita,» significará: «He visto á Monterey, y necesita consultar á los Estados de Holanda.»

—Seguramente, replicó Van-den-Enden, que continuó: el dinero que Monterey debe enviar se entenderá por los diamantes: el coche significará la flota: los paquetes las tropas y objetos de desembarco; y por último, la casa la plaza que se debe entregar.

—Entiendo: es decir, Kerkerin mi yerno me envia primero los diamantes, y despues en el coche los paquetes que esperais cuando mi hija Margarita le escriba el número de la casa á donde deba dirigirlos:

ignificará: Monterey enviará primero el dinero, y despues en la flota los soldados y objetos de desembarco cuando haya consultado á los Estados de Flandes y sepa terminantemente la plaza que deba entregarse.

—Justo, dijo el anciano.

—¡Bravo! nos comprendemos como dos amantes que tratan de engañar á un celoso, dijo el coronel.

—Convengamos ahora en lo que debeis decir, porque seria muy peligroso escribirlo, añadió Rohan.

—Se pide á Monterey seis mil hombres para el desembarco; armas para veinte mil hombres, y útiles para las fortificaciones.

Y añadió Latreaumont:

—Dos millones, de los que enviará seiscientas mil libras lo mas pronto posible para disponer las masas y alistar á los descontentos.

—Comprendido, dijo Van-den-Enden.

—Luego que aparezca la flota en las costas de Normandía, irán seis caballeros á buscar al almirante; cuatro quedarán en rehenes, y los otros dos pondrán á los españoles en posesion de Quillebeuf.

—Entonces, dijo Van-den-Enden, asegurada la Normandía de este modo, se arma, se reconoce á Rohan por jefe, y se declara república libre é independiente segun mis estatutos políticos: es mi condicion espresa sin que los españoles puedan dominar allí.

—Escepto en Quillebeuf, que conservarán hasta que se les entregue el Havre ó Abbeville en prenda de la seguridad de sus tropas.

—Comprendido, dijo Van-den-Enden.

—Y en caso de una desgracia, dijo Rohan, ¿qué has decidido? porque por una inconcebible indiferencia y que es preciso atribuir á la irresolucion que habia tenido hasta entónces relativamente al complot, habia dejado que el coronel arreglara las condiciones por si solo.

—En caso de desgracia, dijo Latreaumont, se hará lo que ha dicho Monterey al comerciante portugués. Nos promete un refugio seguro en Holanda ó España; treinta mil libras de pension para ti, veinte mil para mí, y se compromete a no hacer ningun tratado con la Francia sin que se garantice positivamente nuestro perdon. ¿Pero qué diablos? yo creo que no habrá necesidad de esto; sin embargo, por lo que puede ocurrir, no te olvides de esta cláusula, buen viejo.

—No la olvidaré.

—A propósito, dijo Rohan, ¿y vuestra suerte no la asegurais?

—Que la causa de la libertad triunfe ó que sucumba, no hay mas que el cadalso ó la posteridad para pagarme lo que he hecho.

—¡Diablo! no arruinarás los tesoros del imperio y de España; ¡vaya una ambicion bien rara! una hacha bien afilada ó la trompeta de la fama, exclamó el coronel dando una carcajada.

Pero habiendo observado que se anublaba el rostro de Rohan, dijo alegremente:

—Quede con Dios nuestro embajador plenipotenciario cerca de Monterey, y viva la libre república normanda, y su glorioso jefe Luis de Rohan. Hasta mañana, valiente Licurgo, que vendré á beber contigo la copa de despedida.

Y Latreaumont se llevó á Rohan.

El filósofo los siguió largo tiempo con una mirada de desprecio, y cuando los perdió de vista exclamó paseándose por su gabinete:

—En fin, despues de tantos años de temor, despues de tantas esperanzas amargamente perdidas, toco ya el término. Estos sueños, estas utopias como ellos dicen, van á realizarse; esta alma de mis veladas verá animar á un cuerpo valiente, robusto y generoso, el

pueblo... y tal vez á impulsarle á grandes destinos. ¡Felicidad, felicidad! La suerte favorece bastante esta causa para que Rohan y Latreaumont no puedan desnaturalizar su ciencia ó detener su marcha; para que no puedan mas tarde sustituir su sórdido egoismo á los fines sagrados de la revolucion, solo siento que no esté aquí el único que comprendia mi pensamiento. Aquel noble jóven. Augusto ha olvidado nuestros designios en medio de las delicias de una dicha pacífica! ¡Qué fuerza y qué bondad en aquel carácter! Porque á pesar del infortunio que entonces le oprimia, ¡qué ardiente amor sentia por la humanidad! ¡Se hubiera dicho que aquella hermosa alma queria distraerse de sus dolores soñando en la felicidad de los hombres! Pero si este falta para la causa de la libertad, estos otros no pueden marchitarla. Despues de todo, ¿qué son estos dos hombres? Un dissipador, débil, irresoluto, que ni aun tiene la energia de la ambicion: un soldado feroz, que ni aun sabe ocultar la innoble avaricia que le devora. ¿Qué autoridad pueden tener estos hombres sobre las masas, cuyo instinto de moralidad es tan puro y grande? Durante la tormenta, el nombre del cortesano deshonorado, lo mismo que el nombre material de la cosa mas inerte ó impura, podrá servir de nombre de orden: durante la tormenta, la ciega impetuosidad del partidario podrá reanimar á algunos cuyo valor desfallezca; pero cuando haya pasado la tormenta sobre ese monstruoso edificio social, ¿quién será el que tenga la mision de reedificarle sobre bases mas sólidas é indestructibles? ¿Será el partidario ó el indolente dissipador? No, no: entonces llegará mi hora, y se levantará resplandeciente sobre la humanidad el gran dia de la aplicacion de estas magnificas y fecundas teorías con que los sábios de todos los siglos han querido garantir la felicidad de los hombres, y que siempre se han mirado como sueños, porque los tiranos se hallaban bien con la realidad de su vida criminal.

¡Qué porvenir! ¡qué día tan hermoso sería aquel! ¡Oh, Wit! ¡noble amigo! ¡hermano mio! ¡Cuán digna de ti será esta venganza! ¡Asegurar la felicidad de un pueblo proclamando tus principios!

Y el anciano, exaltado por sus pensamientos, esperó con febril impaciencia el siguiente día para marchar á Bruselas.

---

## CAPÍTULO XXI.

---

### La viuda.

¡Oh... mis dorados sueños!..

SCHILLER.—*Los ladrones.*

Ocho dias despues de esta visita de Rohan y La-treumont al hotel de las Musas, visita que decidió á Van-den-Enden á marchar á Bruselas, pasaba la siguiente escena en el castillo de Endreville, donde dejamos hace cinco años á Mad. Vilars, tristemente preocupada por la repentina marcha de Augusto.

Habiendo muerto Mr. Vilars á fines de 1672, en la época á que se refiere esta relacion, que era hácia mediados de Mayo de 1674, se hallaba la marquesa viuda hacia diez y ocho meses, y de edad de unos treinta y tres años.

Eran las cuatro de la tarde, y Luisa ocupada en

bordar una alfombra, hablaba con Mad. Sarrau, mujer de su tío Isaac de Sarrau, hombre sumamente virtuoso, sábio y piadoso, dotado en fin de todas las cualidades especiales á aquella familia de hombres honrados.

Mad. Sarrau tenia cincuenta años; no era mujer de mucho talento, pero su rectitud y sinceridad, y su inefable bondad, la hacian apreciable á la marquesa, que podia hablar con toda franqueza y constantemente de su felicidad y de sus esperanzas, porque Luisa era feliz...

La espresion de pureza de su encantadora fisonomía no habia cambiado. Aunque dolorosamente afectada por la muerte de Mr. Vilars, la conciencia de aquella jóven estaba tan tranquila, el riguroso cumplimiento de sus deberes la habia conservado siempre en tal serenidad, que parecia que en aquel hermoso rostro se observaba todavía la primera flor de la juventud.

La marquesa y su tia estaban disputando.

—Luisa, sois algo terca, decia alegremente madama Sarrau: ¡si yo fuera el caballero de Breaux!...

—¿Qué hariais?

—¿Qué haria? retardaria la época de nuestro enlace.

—¿Y me quereis decir quién seria el castigado?

—El hecho es que seria una arma de dos filos. ¡Pero sois tan malas!...

—¡Mala!... ¿Qué pide Augusto? Que adelante la época fijada para nuestra union.

—Pues bien: eso no es nada, porque seis meses cuando se ama como se ama, ¡seis mortales meses de espera!

—No, esto no es nada comparado con la eterna dicha que nos está reservada.

—Bueno, pero yo empezaria esa eternidad de ventura seis meses antes: y además, ¿por qué esa tardanza?

Ya habeis guardado todos los respetos que debiais guardar, y seis meses mas ó menos nada importan; debiendo sobre todo tener en cuenta el disgusto que estais causando á ese pobre Augusto.

—No puedo deciros, tia mia, contestó Luisa algo séria, la razon que me obliga á obrar de este modo; pero estoy segura que si la supiérais la aprobariais. ¿Y no debe creerme ciegamente Augusto?

—Pues por lo mismo que os cree ciegamente es desdichado. Sabe que nada en el mundo es capaz de hacerlos mudar de opinion. Ya sabeis tambien que se desconsuela fácilmente; tú misma me has dicho que cuando se vió precisado á marchar, iba hecho un loco y con deseos de que le mataran en la guerra, y que no encontrando bastantes riesgos en el mar, siguió, á pesar de las prohibiciones de su padre, á Mr. Rohan á Holanda.

—No me habéis de eso, tia, dijo Luisa tristemente; cumpli con mi deber alejando á Augusto; pero cuánto sufrí al considerar la suerte de ese desdichado niño, cuando supe los peligros que tenia que correr y la compañía en que iba, un Mr. de Rohan y sobre todo un Latreumont!

—Parece que este último es un hombre terrible y abominable.

—Como que jamás se acompaña con gente honrada; pero gracias á Dios, por lo mismo que la corrupcion es tan grande, no ha tenido influencia en Augusto, y esta peligrosa prueba le ha purificado mas.

—Escúchame, Luisa, dijo á su vez con toda seriedad Mad. Sarrau, ya sabes que te amo, hija mia, sabes que admiro tu noble carácter, y que me ha conmovido profundamente el afecto que he visto que demostrabas á Mr. Vilars hasta sus últimos momentos; has hecho todo lo que inspira el corazón de una hija que quiere á su padre para mitigar los dolores del que ama y venera mas en el mundo; la vispera misma del

dia en que perdiste á Mr. Vilars, me manifestó toda su admiracion, todo el agradecimiento que sentia hácia tí; rogando á Dios en aquel momento que fueras tan feliz el resto de tu vida como le habias hecho á él los diez últimos años de la suya; diez años, decia, que habian pasado como un sueño de felicidad.

—¡Tía!

—Si... puedo hablar así, porque debes saber todo el bien que has hecho, para que el recuerdo de este amigo tan afectuoso y tan bueno te sea agradable en vez de serte cruel.

—¡Cruel! nunca, dijo Luisa; al contrario.

—Pues bien: en nombre de esos recuerdos, en nombre de su felicidad y de la de Augusto, que hace mucho tiempo se manifiesta digno de tí, te suplico, hija mia, que no te aventuras á perderla á causa de una resolucion que te obstinas en no mudar.

—¡Perder á Augusto! ¡exagerais mucho, tia! Y apuesto á que si os oyera no seria de vuestra opinion, dijo la marquesa sonriendo.

—Sin duda que exagero mucho; pero desconsolarle debe ser mucho para vos, y esta determinacion le aflige profundamente.

—A esto nada tengo que decir mas que no la puedo mudar, contestó Luisa con un acento y una espresion de firmeza imposibles de describir.

—Pero decidle al menos la causa que os hace obrar así.

—Debe creer que esta causa es noble y necesaria, puesto que yo la sufro amándole tanto como él me ama á mi; y además, cuando Luisa dice que no puede ser su esposa antes de Noviembre... debe creer á Luisa, contestó la marquesa con orgullo.

—¡Dios mio! os cree demasiado; pero ¿por qué ocultarle el motivo de esa tardanza? Esta falta de confianza de vuestra parte le hace infeliz.

—Es cierto... ¡pobre Augusto! dijo la marquesa suspirando.

—¡Lo agradecería tanto! y despues, hija mia, nadie mas que yo admira tu firmeza; pero en todas las cosas suele haber excesos.

—Teneis razon, tia, dijo Luisa pensativa, y sin mudar de resolucion, porque obrarais como yo; diré la causa á Augusto. Hasta ahora lo habia rehusado... por el temor, pueril tal vez, de herir su susceptibilidad, ó mas bien la esquisita delicadeza de su amor; pero veo que este temor es una ofensa, y hoy lo sabrá todo.

—¡Qué feliz vá á ser! Pero oigo ruido en el pátio; parece que el cielo le envia. Os dejo porque se trata de un secreto. Pero antes, dijo Mad. Sarrau á su sobrina besándola en la frente, déjame, hija mia, que te dé gracias por tan generosa determinacion.

En efecto, era Augusto: cinco años mas habian dado á las hermosas facciones del caballero un carácter mas firme y decidido, y despues aquella noble y espresiva figura parecia iluminada por los reflejos interiores de la inmensa felicidad que brillaba en él; á pesar de lo que habia dicho la tia de Luisa, no parecia Augusto muy afligido: su rostro encantador revelaba mas bien una dulce melancolia agitada por esa impaciencia ardiente, tan natural á los que desean ver realizada una esperanza que han considerado como un sueño.

—Sentáos, Augusto, dijo la marquesa, luego que le vió entrar, tengo que daros buenas noticias.

—¿Consentireis al fin? preguntó, porque para el enamorado jóven no habia mas que una sola noticia.

Luisa no pudo menos de sonreirse, y dijo:

—No os regocijeis tan aprisa, amigo mio; que lo que voy á deciros no es lo que tanto deseais.

—¡Ay! dijo tristemente el jóven... Yo lo creia así, y he sentido tan grande felicidad, que no puedo me-

nos de daros las gracias por ese momento de embriaguez.

—Escucha, Augusto: si yo no te digo que serás feliz mañana, te confiaré por lo menos la causa de esta tardanza que habia dudado el decirte.

—¡Luisa! ¡Luisa! cuánto os agradezco esta confianza, porque me ayudará á sufrir el tiempo que retarde...

—Escúchame, dijo Luisa con serenidad, y no te admires si refiero los hechos desde muy atrás.

—Os ruego, por el contrario, Luisa, que empecéis á contar desde mi primer pensamiento, desde mi primera alegría, desde mi primera tristeza; en fin, desde que empecé mi amor.

—No, no quiero prodigar así mis tesoros; solamente quiero recordaros lo que pasó en 1669, hace cinco años, cuando marchásteis llamado por Temericourt.

—¡Dios mio! ¡qué desgraciado era entonces! ¡cuánto sufría!

—Sí, marchásteis bien triste y desanimado, y yo también sentí por la primera vez una angustia cruel... En fin, aquella misma noche Mr. de Vilars me dijo: «Luisa, me parece que Augusto te ama.»

—¿Os dijo eso? exclamó el jóven.

—Sí.

—¿Y qué le contestásteis?

—Que yo también lo creía.

—¡Que lo creiais también!... ¿y qué dijo á eso?

—Dijo, añadió Luisa con los ojos húmedos, una palabra de sublime confianza, que probaba la inalterable estimacion que me tenia y el paternal interés que os profesaba. Contestó: ¡Desdichado niño!

Augusto, profundamente conmovido, bajó la cabeza.

—Después de este descubrimiento, continuó Luisa, nada podia hacer cambiar las relaciones de mútua e íntima confianza que reinaban entre Mr. Vilars y yo. Como siempre, hablamos de ti con la mas tierna soli-

cltud, discutimos cuál seria mejor, si dejarte volver á Endreville ó alejarte poco á poco con un pretesto plausible, á fin de evitarte los disgustos de un amor sin esperanza; pero por otra parte pensábamos en las buenas y fecundas inspiraciones que podria proporcionarnos ese amor que yo debia ignorar, en la feliz influencia que me proporcionaba; como verdaderos amigos pensamos en los desórdenes á que hubiérais podido entregaros si rompíamos violentamente los hábitos del corazon formados hacia tanto tiempo: por lo tanto, nos decidimos, despues de haber reflexionado maduramente, á que volviérais á Endreville como antes. Esto era hace dos años y medio.

Cuando habló la marquesa de los funestos partidos á que podia conducirles su desesperacion, no pudo menos de estremecerse Augusto; pero no advirtiéndolo Luisa la emocion del caballero, continuó:

—Os volvimos á ver despues de una larga ausencia; y una noche, en ese mismo sitio donde ahora os hallais, me confesásteis vuestro amor. Esta confesion no me ofendió, Augusto; pero me causó un profundo sentimiento, porque antes de haberle declarado, aunque existiese sentimiento, aunque todo lo estuviese revelando, podia veros como siempre; pero despues de tan formal confesion, que yo debia confiar á Mr. Vilars, no era digno ni de él ni de mí recibiros mas, como tampoco era digno de tí volver á Endreville. Desesperado marchaste á la guerra de Holanda.

A estas palabras la turbacion de Augusto se aumentó; palideció como si un recuerdo espantoso se hubiera presentado de repente á su memoria, y exclamó:

—Luisa, no me habéis de ese terrible viaje, ¡por piedad! ¡Luisa, no me le recordeis! es preciso que le olvide.

Asombrada la marquesa de la ansiedad que se notaba en el semblante de Augusto, continuó con calma, sintiendo sin embargo que su corazon latia con violencia:

—Teneis razon, Augusto, es preciso olvidar ese viaje desdichado, hecho á causa de la fatal confesion; pero dar gracias al cielo de haberos librado de la muerte que buscabais entonces, y sobre todo de haberos arrancado de los peligros que os rodeaban, porque no se muere mas que una vez, pero se puede ser infame muchas, y la fama de Rohan y de vuestro tio es bien terrible; todavia me estremezco.

—Por piedad, Luisa, no me habeis de aquel tiempo; es preciso que le olvide; es preciso que le mire como un sueño espantoso.

Al decir estas palabras, las facciones de Augusto se habian trastornado de tal modo, su voz se habia alterado de tal manera, que Luisa comenzaba tambien á palidecer bajo la impresion de un terror vago é involuntario; pero pensando de pronto en la excesiva delicadeza de Augusto, creyó que recordando al caballero toda la nobleza del proceder de Vilars, sentia un violento remordimiento de haberse manifestado tan ingrato con el marqués, atreviéndose á declarar á su mujer una pasion culpable: por lo tanto Luisa, reponiéndose de su pasajero espanto, le dijo con afectuosa expansion:

—Tienes razon, pobre Augusto; para un corazon como el tuyo, semejantes recuerdos son muy amargos; no hablemos mas de ellos, porque tambien son crueles para mí; pues en esa época empezó Mr. Vilars á resentirse de los primeros sintomas de que murió. Yo hice por él todo lo que puede hacerse en el mundo; hice lo que debia, y mi conciencia me dice que he obrado bien. A pesar de mis cuidados, Mr. Vilars conoció que se acercaba su fin; le vió avanzar con calma y serenidad, dijo la jóven profundamente conmovida, en tanto que una lágrima rodaba por sus mejillas.

Despues, mirando á Augusto, continuó:

—¡Ah, amigo mio! ¡si supieses cuántos disgustos sentí entonces! ¡Siempre fué tan noble, tan bueno para

mí, y para tí! añadió tendiendo la mano á Augusto.

El caballero enternecido cogió la mano de Luisa, que apretó entre las suyas, y parecia que iba dominando poco á poco la emocion que le habia agitado.

—Vas á juzgar, amigo mio, continuó Luisa enjugando sus lágrimas, todo lo grande y generosa que era aquella alma... y á saber en fin lo que yo te ocultaba... Era el 20 de Noviembre, cinco dias antes de su muerte; era tarde; me mandó que despidiera á los criados y que me sentara cerca de su lecho... Entonces me dijo con un acento de agradecimiento y de ternura imposible de describir: «Luisa, todavía puedo darte gracias por la conducta que has tenido conmigo; mañana tal vez será tarde. Durante diez años te he debido la vida mas profundamente feliz de que puede gozar ningun mortal. En esta última hora tengo una súplica que hacerte y un perdón que pedirte. Augusto te ama... tú le amas tambien... ángel de virtud, y habrás sufrido cruelmente mucho tiempo.» Cai de rodillas y él continuó: «Perdón, Luisa, por haber aceptado tan pronto tu mano: perdón.. porque así te he privado de algunos años de otro afecto distinto del que yo podia ofrecerte... ahora mi súplica es esta: aunque te parezca tal vez cruel, está dictada por la tierna solicitud de un padre amoroso para su hija querida. Desde este dia... esperas solamente dos años para casarte con Augusto... Es jóven todavía, tiene los mejores y mas nobles instintos, todo en él demuestra la mas rara y noble insistencia en el bien: esta dilacion de una inmensa é inesperada felicidad á que podrá prepararse de este modo piadosamente será la última y mas agradable prueba, puesto que te verá todos los dias y debera sufrir para llegar al colmo de la felicidad humana. Y despues añadió M. Vilars dándome un paquete cerrado: la verdadera razon que me obliga á hacerte esta súplica y que reasume los moti-

vos que otras veces te he dicho, se halla en este escrito... ahora, Luisa, prométeme que no abrirás esta carta... hasta el día siguiente de tu enlace: es decir, dentro de dos años.» Prometí á Mr. Vilars que ejecutaria sus órdenes y esperaria este plazo. Por último, para corresponder á su confianza sin temor de ofenderle en aquel momento solemne en que las susceptibilidades del amor propio se borran, confesé que en efecto te habia amado... amado tiernamente hacia mucho tiempo... Me apretó la mano... nos habiamos comprendido. Cinco dias despues ya no existia... Ahora, amigo mio, ya sabes por qué he dilatado nuestro enlace.

—Ahora, Luisa, dijo Augusto repuesto ya de la penosa crisis que habia experimentado, ahora pórdóname el que mi impaciencia te haya obligado á hacer una confianza de tan penosos recuerdos; pero si supieras cuánto te la agradezco. ¡Cuánto admiro y venero al hombre generoso que en sus últimos momentos se ocupaba en asegurar nuestra felicidad! ¿Por qué no es asegurar la mia pensar en la tuya? El pensamiento de ese plazo que te daba tiempo de reflexionar maduramente antes de comprometerte, y de juzgar si me mostraria digno de ti... ¿ese pensamiento no es digno de la mas alta y prudente prevision? Créeme, Luisa, jamás olvidaré lo que ha hecho Mr. Vilars por mí, ni sus consejos, ni sus bondades; y si tengo algo de qué acusarme, es haber abusado de la hospitalidad que tan lealmente me ofrecia, confesándote mi pasion. Y si fuera posible justificarme, diria .. que aunque fuera culpable mi conducta, al ver el efecto paternal que te dispensaba Mr. Vilars y el cariño filial que tú le profesabas... me hubiera parecido mas culpable si no me hubiera figurado que Mr. Vilars era para tí un padre.

La jóven bajó los ojos y se sonrojó.

—Así es, continuó Augusto, que lo que hacia mi alejamiento menos cruel, las largas noches en vela

menos desgarradoras, fué este pensamiento. Lo que ahora me dá valor para soportar esta tardanza casi sin disgusto... es el entusiasmo que me dá ese pensamiento. Amada Luisa... dime... ¿ha adivinado mi razon? ¿no tiene el instinto de su inefable felicidad?

—Cállate, Augusto, dijo Luisa, cuyo seno palpitaba y que estaba confusa á la par que se creia dichosa de ver descubrir su puro y casto amor.

—Déjame decirlo todo; no quiero que ignores ni mis alegrías ni mis éxtasis. Déjame contar con mis sueños, déjame hablar del porvenir. ¿No parece un sueño nuestra union?... ¿Poder consagrarte para siempre esta existencia, cuyas primeras sensaciones has despertado!

—Sí, Augusto, sí, lo creo, lo conozeo; una inefable, una gran felicidad nos espera, grande, inefable, porque disfrutaremos de ella sin remordimientos, con la conciencia de haberla merecido. Yo tambien digo, amigo mio, ¿qué porvenir!... Es preciso que obliguemos á tu padre á venir á Endreville; ama mucho á Preaux, pero yo me encargo de hacérsele olvidar.

—Sí, Luisa, vivir contigo y con mi padre, reunir todas las felicidades, todas las alegrías sagradas de la familia, y mas tarde tal vez... otras alegrías, alegrías infantiles... que parecen los ecos vivos de nuestra dicha. Luisa, dijo Augusto con amor, ver nacer y desarrollarse á nuestra vista esas frescas flores de la mañana de la vida y que embellecen su ocaso con su brillo y sus aromas. ¿No es verdad, amada mia?

Y Augusto, apretando con entusiasmo la mano de Luisa, buscaba en vano su mirada, porque trémula y conmovida tenia los ojos bajos. En este momento el ruido de una puerta los llamó la atención.

Un criado se presentó en la habitacion y dijo:

—Un amigo del caballero, que solo quiere decirle una palabra, está en la puerta del parque; dice que ha estado en Preaux, y le han dicho que estaba aqui.

—¡Vaya una rareza! dijo Luisa sumamente asombrada; ¿por qué no ha subido?

—Permitidme que vaya á ver quién es.

—Volved pronto á decirme quién es ese misterioso y tímido incógnito.

Y Augusto, saludando á la marquesa, siguió al criado, que le indicó una puertecita del parque en un sitio solitario. Augusto marchó á paso precipitado, movido por la curiosidad, y con alguna inquietud; llegó bien pronto, abrió la puerta, y vió... á su tío Latreaumont... Otro caballero envuelto en su capa estaba á caballo y tenía del diestro el del coronel.

## CAPÍTULO XXI.

---

### La promesa.

¿Pensábais que dormía el leon porque no rugia?

SCHILLER.—*Fiesque*, acto 2.º, esc. 19.

No pudo ocultar Augusto el profundo asombro y el indefinible disgusto que experimentó al ver á su tio.

—Buenos dias, Augusto, dijo el coronel apretando cordialmente la mano de su sobrino, que contestó con bastante frialdad á esta demostracion.—Aunque no nos hemos visto hace diez y ocho meses, solo tengo una palabra que decirte, y de prisa, porque me esperan en Rouen algunos buenos compañeros para comer en los Unicos... Y el partidario bajó la voz. Vas á quedar muy sorprendido y contento. Aquella conspiracion en que quisiste tomar parte hace dos años, y de que

no he vuelto á hablarte hasta ahora por no alegrarte en balde, marcha ahora con toda velocidad. El extranjero nos apoya: tu viejo ídolo Van-den Enden ha tenido que marchar precipitadamente á Bruselas para arreglarlo: á no ser por esto, hubiera venido él mismo á recordarte tu juramento, porque no se trata mas que de sublevar los caballeros de la provincia, y contamos contigo, puesto que nos diste tu palabra.

Augusto quedó petrificado... inmóvil; miró á su tío, sin verle.

—¿Qué tienes, Augusto?

—Mi palabra, replicó el desdichado caballero.

—Sin duda, tu palabra, acuérdate. ¿Pero qué diablos tienes, que parece que me vas á comer con los ojos? ¿No conoces á tu buen tío?

—Mi palabra, repitió Augusto, que parecia que despertaba de un largo sueño, porque se presentó a su imaginacion todo el horror de su posicion, y por esa especie de intuicion repentina que dá la conciencia de una catástrofe terrible, próxima, inevitable, no se levantaba ninguna de las espantosas consecuencias de la promesa que habia hecho; en fin, la violenta emocion que habia experimentado en su entrevista con la marquesa no provenia mas que del recuerdo involuntario de este fatal compromiso. Dos palabras se lo hicieron comprender todo.

Ya hemos dicho que á la vuelta de su espedicion marítima, ébrio de amor por la marquesa de Vilars, la confesó Augusto su pasion, y Luisa se vió obligada á desterrarle para siempre de su presencia: desesperado, conociendo la inflexibilidad de principios de la jóven, viendo perdida para siempre su esperanza, obligado á renunciar un sentimiento que habia sido hasta entonces el único móvil de todas sus acciones, queriendo acabar con una vida que le era odiosa, no pudiendo resignarse á estar en Preaux, porque estando tan inmediato á la marquesa habia de suscitarle dolo-

rosos recuerdos, dejó Augusto á su padre á pesar de sus lágrimas y de sus órdenes; no hallando plaza vacante en los cuadros de marina, fué á buscar á Latreaumont, que sabia iba á marchar á Holanda con Mr. Rohan; suplicó á su tío le llevase; le siguió á esta guerra tratando de buscar la muerte en dos ó tres sangrientas batallas, pero sin poder conseguirlo. Pensaba entonces Latreaumont seriamente en la revolucion de la Normandía; viendo la desesperacion de su sobrino que no buscaba mas que partidos extremos; conociendo su valor y su energia, y pensando que por sus relaciones de familia le seria muy útil para ayudarle á disponer los ánimos en Normandía, y que por último, siempre es bueno asegurarse de un cómplice determinado, como lo son todos aquellos que la fatalidad conduce al extremo, le fué fácil al coronel conseguir que Augusto tomara parte en la empresa de que le habia hablado ligeramente, y antes que el desdichado jóven vió entonces un medio de olvidar el horror de su posicion, y en lo sucesivo la esperanza casi cierta de desembarazarse de la existencia ó de ser uno de los principales actores de una grande y feliz revolucion. Porque era generosa la apariencia de este complot: arrancar la Normandía al despotismo, declararla libre é independiente en nombre de la igualdad y de la fraternidad: era uno de esos hermosos sueños que siempre seducen a una imaginacion noble, jóven, ardiente, y exaltada además por terribles infortunios.

Afirmado en su resolucion por muchas largas conversaciones que tuvo con Van-den-Enden, cuyas miras puras, nobles, desinteresadas, así como su carácter, le impresionaron vivamente y sofocaron sus últimos escrúpulos, asistió á los conciliábulos que celebraron su tío, Rohan y el filósofo, conoció el plan y recursos de los conjurados, y se encargó á su vuelta del ejército de decidir á los caballeros de su provincia á entrar en la conspiracion.

Pero por una terrible fatalidad, despues de seis meses de esta vida febril y desesperada, en el momento en que acababa de comprometerse y ligarse tan gravemente para el porvenir por su iniciacion en el complot y por muchas cartas escritas de su mano, que estaban en poder de su tio, supo Augusto de repente que Luisa estaba viuda, libre... y que le amaba.

Conociendo Latreaumont por Augusto el carácter de la marquesa, vió el inmenso partido que podia sacar de la influencia de esta señora en Normandia, en el caso que llegara á ser esposa de Augusto.

Pero si por una parte el coronel estaba bastante seguro de la lealtad de Augusto para temer que dejándole marchar persuadido de la inminencia de la revolucion, tuviera tal vez el valor de renunciar la mano de la marquesa, para no hacerla participe de las terribles consecuencias de su imprudente iniciacion en un complot de lesa majestad; por otra contaba Latreaumont sobre la violencia de la pasion para esperar que viendo aplazar para una época indeterminada el dia de la rebelion, no reflexionase Augusto que no existia el compromiso.

Así es que el coronel solo pensó en borrar de la imaginacion de Augusto las espantosas promesas de lo pasado con las embriagadoras impresiones del porvenir.

Le habló incesantemente de amor, y muy poco de la conspiracion; suscitó diestramente algunas dudas sobre su oportunidad; puso en juego la debilidad y habitual resolucion de Rohan, y se condujo con una astucia tan hábil y tan infernal, que consiguió aturdir completamente á Augusto sobre tan peligrosa cómplicitad de que pensaba el coronel abusar en su dia. Augusto marchó entusiasmado con su amor, y en medio de los éxtasis de su pasion olvidó bien pronto tan tristes recuerdos.

Durante diez y ocho meses, Latreaumont se guardó muy bien de hablar de la conspiracion á su sobrino, y ni siquiera le escribió.

Así es que el infeliz Augusto, creyendo completamente desvanecidos los proyectos de revolucion, se entregaba á las delicias de su brillante porvenir, cuando vino el coronel á arrancarle de esa esfera de celeste felicidad para echarle en el abismo de una espantosa realidad.

¿Qué debía hacer? Habia solicitado entrar en el complot; poseia el secreto de Rohan, Latreaumont y Van-den-Enden. Habia jurado obrar, y en tan terribles y criminales circunstancias, rehusar su cooperacion en el momento del peligro, era hacer una cobarde traicion á sus cómplices...

Y despues, á fuerza de haber oido repetir constantemente á la marquesa que la ciega obediencia á la palabra dada libremente era la primera necesidad de un noble y leal carácter, las ideas de Augusto habian participado de la misma exaltacion respecto á este punto; por lo tanto es fácil concebir la horrible ansiedad que le torturaba viendo á Latreaumont recordándole su promesa.

—¡Pero te has quedado hecho un poste! dijo el coronel, sin contestarme; tengo prisa; ya te he dicho que me esperan; lo que tienes que hacer es bien sencillo, y ya lo hemos convenido mil veces; se trata de ver á los caballeros del pais, escitarlos; en fin, es el A. B. C. del oficio; dentro de quince dias estoy de vuelta.

—¡Pero es imposible! dijo Augusto trastornado; ahora es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿Pues no has dicho antes que todos te seguirian?

—Entonces sí... pero ahora no hay que pensar en sublevar la Normandia; es imposible, exclamó el desdichado con una angustia desgarradora; todo está en

calma en la provincia, y ni un solo caballero nos seguirá.

Latreau mont miró fijamente á su sobrino, y separándose con él á un lado le dijo:

—Augusto, que la provincia está en calma significa que tú no quieres moverte: el decir que ni un caballero quiere seguirnos, significa que tú no quieres seguir. ¿Y tus promesas? ¿Cuándo has hablado á esos caballeros? ¿Cuándo los has visto? Acabo de llegar á Rouen y he encontrado á mas de cien descontentos. ¡Augusto, mientes! quieres faltar cobardemente á tu palabra.

El desdichado se tapó la cara con las manos.

—Quién ha sido el que ha solicitado ser cómplice? continuó el coronel. ¿Te lo he dicho yo acaso? ¿No me has suplicado que te dejara participar de una noble y peligrosa empresa que debía asegurar la libertad de nuestra provincia? ¿No has estado conferenciando dias enteros con Van-den-Enden, cuya virtud admirabas? Y ahora que has penetrado todos nuestros designios, nuestros proyectos; ahora que lo sabes todo, en la hora del peligro rehusas obrar: eres un cobarde, tal vez una cosa peor, ¡un infame!

—¡Un infame! dijo Augusto con amargura.

Y pensando en la vida de su tio. añadió:

—¡Y sois vos quien me lo llama!

—Sí, serás un infame si faltas á tu palabra; porque si en lugar de venir yo, que no soy mas que un aventurero y el brazo de este asunto... si el noble pensamiento que domina la conspiracion, si Van-den-Enden hubiera venido á buscarte, ¿te hubieras atrevido á negar tu promesa á ese austero filósofo que te tenia fanatizado? ¿á esa virtud antigua como tú decias? ¿No es tu cómplice? ¿No podia reclamarte tu juramento? dijo Latreaumont, que con suma habilidad ponía por delante la figura de Van-den-Enden.

—Pero ya os he dicho que ahora es imposible la sublevacion, dijo Augusto dominado por una sola idea.

—¿Cómo sabes tú si es imposible, si hace diez y ocho meses que no piensas en ella? Yo te probaré que es posible y muy posible.

Y en pocas palabras le puso al corriente de las promesas hechas por Monterey.

—¿Y dirás ahora que es imposible?

—¡Dios mio! exclamó Augusto poniéndose la mano en la frente con desesperacion; sí, es imposible; porque ella... ella... ¿qué vá á ser de ella si la dejo?

—¿Quién es ella?... ¿tu marquesa? Pues eso es muy sencillo; como te ama, entrará en el complot si tú entras, de seguro; ya he contado con ella y está á la cabeza de mi lista.

—¡Luisa! ¡Dios mio! ¡comprometer así á Luisa! exclamó Augusto con rábía, antes os mataria, y despues...

—No hay cuidado, que no matarás á tu tio Latreaumont. Y en cuanto á tu marquesa, ni la veré ni la hablaré palabra; pero apuesto lo que quieras á que conspirará si tú conspiras, sin que haya necesidad de decírselo dos veces.

—¿Y si yo no quiero conspirar?

—Te desafio á que no conspiras; á que te portes como cobarde y traïdor, dijo el coronel conociendo la lealtad de su desdichado sobrino, que no podia en efecto salir de la intrincada posicion en que tan imprudentemente se habia envuelto. ¿No has querido saber nuestros secretos? ¿no has querido obrar voluntariamente?

—Bien, es verdad; he prometido, os he dado mi palabra, era vuestro... pero acordáos que entonces era muy desgraciado, que estaba desesperado. ¡Tio, por piedad, acordáos de esto!

—¿Cómo lo hemos de remediar! Es sensible; pero

ya es tarde. En asuntos capitales el pasado encadena el porvenir; eres dueño de nuestros secretos; tanto mejor ó peor para tí; contémos contigo, como tú puedes contar con nosotros.

—¿Pero podeis devolverme mi palabra, renunciar al complot?

—Imposible: no tengo mas que una voluntad, y somos cuatro; es ya tarde. Monterey acepta; nos apoya; á estas horas está conferenciando con Van-den-Enden: es preciso obrar vigorosamente: dentro de un mes ya no será tiempo. Y nos vá en ello la cabeza.

—Pero bien podeis devolverme mi palabra y obrar sin mí; ya sabeis que yo no os haria traicion.

—Dejar de obrar es hacer traicion.

—Pero abandonad vuestros designios.

—Mis cómplices tienen mi palabra, como yo la tuya... Imposible.

—¡Dios mio! exclamó el desdichado Augusto.

Estaba horriblemente pálido: corria el sudor por su frente.

Queriendo intentar el último esfuerzo, dijo á Latreaumont con voz lastimera:

—Puesto que no soy nada para vos; puesto que os es indiferente el darme tan terrible golpe, en nombre de mi pobre madre y de la vuestra á quien tanto amábais, abandonad vuestros proyectos; sí; obrad sin mí.

Y el desdichado bañaba con sus lágrimas las manos de Latreaumont.

—No me hables ni de mi madre ni de mi hermana, dijo el coronel dando una patada en el suelo; ahora no es ocasion... cállate.

Pero creyendo Augusto que habia hecho alguna impresion al coronel, á quien veia conmovido, continuó:

—¿Qué os he hecho? Era ahora tan feliz... miradme, no volvais la cabeza. Dicen que me parezco á mi ma-

dre, que se parecia á la vuestra, y nada podeis negarlas.

—Déjame y cállate, dijo el coronel enternecido.

—Tio mio, ya lo veo, dijo Augusto; estos recuerdos os conmueven á pesar vuestro, espero... ¡me salvé! ¡me apretais contra vuestro corazon!

En efecto, aunque Latreaumont era de bronce, no pudo permanecer insensible á tanto dolor ni librarse de la influencia del recuerdo de su madre y de su hermana, las dos únicas personas á quienes todo lo hubiera sacrificado; así es que en este momento estaba profunda y verdaderamente conmovido.

Entonces, desprendiéndose de los brazos de su sobrino y acercándose á Rohan, hasta entonces silencioso y medio cubierto con su capa, Latreaumont tiró de ella con violencia y le dijo con voz casi irritada:

—¡Cuando yo os decia que tenia que sacrificar otra cosa que una condenada mujercilla! Ya veis ese jóven, noble, generoso y bueno, que tiene tantas buenas cualidades, como nosotros vicios, renuncia á todo, no quiere nada ni honores ni distinciones. Como el viejo Van-den-Enden soñaba con la libertad y la felicidad de la Francia, iba á olvidar ese sueño para casarse con una jóven hermosa, virtuosa y rica. Pues bien: á tu elevacion futura, Rohan, es preciso que sacrifique yo todo esto.

—¿Qué decís? exclamó Augusto que habia tenido un momento de esperanza.

—Digo, hijo mio, que es muy bueno conmoverse y lloriquear; he pagado, como se dice, mi tributo á la naturaleza, á la familia, á todo lo que quieras; pero es muy tarde; es preciso que cumplas tu palabra; el complot cuenta con la marquesa y contigo, y este es el momento decisivo para que pueda renunciar á sus cálculos: es preciso jugar con todo el juego, y sois nuestras mejores cartas.

Viendo desvanecerse tan cruelmente sus esperan-

zas, sintió Augusto mas terriblemente todo el horror de su posicion; en efecto, habia tomado voluntariamente parte en este complot, y poseia su secreto, y ahora que era el mas feliz de los hombres, ¿debia, faltando á su palabra, debia dejar á sus cómplices, y sobre todo a Van-den-Enden, á quien profesaba la mayor veneracion, y á quien se conocia como el mas virtuoso de los hombres, participar solos los riesgos de tan temeraria empresa? Aunque se trataba de una tentativa criminal, asociándose voluntariamente, no habia perdido el derecho de calificarla.

Estos pensamientos se presentaron á la vez á la imaginacion de Augusto, á quien no dejaba de observar su tio. Por último le dijo:

—No sé qué resolver; pero sea la que quiera mi decision, podeis estar seguro que no faltaré á la inevitable consecuencia de mi palabra: ¡que se cumpla mi suerte! Mañana iré á buscaros á Rouen, dijo tristemente Augusto.

Rohan, á quien el coronel no habia querido dejar solo en Paris, á pesar de su formal adhesion al complot, temiendo alguna nueva debilidad de su parte, y que iba á presentar á los descontentos para decidirlos, Rohan, verdaderamente conmovido de la espantosa posicion de Augusto, le dijo afectuosamente:

—Vamos, amigo, que todo marcha bien, y el apoyo del extranjero nos garantiza un buen éxito.

—¿Y que me importa que tenga buen éxito? contestó el jóven.

—Pero te debe importar que no salga mal, dijo el coronel. Cuando uno conspira débilmente, mientras los otros trabajan con todas sus fuerzas, es obrar contra la piel de todos. Pero yo te conozco; el primer momento es de irresolucion; pero mañana ya serás otro hombre y comprenderás que vale mucho mas para tu marquesa y para tí que conspiréis vigorosamente.

—¡Nunca! ¡nunca!

—Ya lo verás. Mañana te espero á comer en los Unicos, y convendremos en lo que se ha de hacer. Tanto como á ti me cuesta el venir á recordarte tu palabra. Vamos, abrazame.

Y Latreaumont tendió paternalmente sus brazos á Augusto, que hizo un movimiento de horror.

En seguida montó á caballo el coronel, y se alejó rápidamente con Rohan.

---

## CAPÍTULO XXIII.

---

### El sacrificio.

Tu suerte será la mia...

SCHILLER.— *Wallesttein*, acto 2.º, esc. 19.

Al quedar Augusto solo en el parque creyó un momento que su cabeza no resistiría á tan horrible sacudida; pero al cabo fué reponiéndose poco á poco. Obedeciendo al primer impetu de su generoso corazón, antes de resignarse á ser víctima de la espantosa suerte que preveía, había contado para quebrantar la voluntad de hierro del coronel, con todas las nobles inspiraciones á que él mismo hubiera cedido. Trató de conmover la sensibilidad y la bondad de su tío; pero cuando se convenció amargamente que aquellas cuerdas no vibraban en el alma de Latreaumont, se resolvió á su suerte con calma y confianza. Por última vez trató de ver si hallaría algún medio término para li-

brarse de su promesa, y no encontró ninguno. Era preciso absolutamente obrar como un cobarde, abandonando á sus cómplices en la hora del peligro, ó ser criminal de lesa majestad.

Tal vez el hombre que no viera en esta posicion mas que los dos extremos, hubiera podido llevar hasta un escrúpulo reprehensible el respeto debido á la promesa; tal vez hubiera podido conservando religiosamente el secreto de sus cómplices, rehusar su cooperacion.

Pero desgraciadamente no obró así; es de creer que las razones que le determinaron á ser fiel á su palabra, fueron un punto de honor mal entendido; la profunda veneracion que le habia inspirado Van-denden, y sobre todo la habitual y poderosa reaccion de los sentimientos de la marquesa sobre los suyos, porque desde su infancia habia oido á la mujer que adoraba y que escuchó toda su vida como un oráculo de grandeza y virtud, exaltar sin cesar la heroica probidad que se debia tener en cumplir toda promesa hecha libremente, exagerando lo mismo que Luisa las obligaciones de la fè jurada, que algunas veces son cuestionables.

Augusto se resolvió á conspirar y á separarse de Luisa hasta que acabara la revolucion, porque no queria comprometer á la marquesa, y se acusaba con horror de haberla ocultado hasta entonces tan terrible secreto.

Dudó un momento antes de decidirse á ver á la marquesa y confiárselo todo. Quería volver á Preaux, donde afortunadamente no se hallaba entonces su padre, y escribirla desde allí que una causa insuperable le obligaba á estar ausente dos ó tres meses; pero creyó que se inquietaria extraordinariamente y que los pasos que diera á fin de saber las causas de tan súbito rompimiento serian sin duda peligrosos para los

dos: por otra parte hacia ya mucho tiempo que tenia costumbre de consultarlo todo con Luisa y de seguir ciegamente sus consejos; conocia la nobleza de aquel carácter sério y resuelto, y tomó el partido de confesar lealmente todo lo que ocurría, y de hacerla adoptar las razones que le obligaban á aquella momentánea separacion. Se volvió al castillo.

Durante la conversacion de Latreaumont y Augusto, Luisa, feliz, risueña y dulcemente agitada, habia continuado su bordado, imitando un hermoso ramillete de rosas que tenia en un vaso de cristal.

Hacia ya media hora que duraba la entrevista, y comenzaba Luisa á renegar del fastidioso que habia venido á interrumpirlos: cuando oyó los pasos del joven tomó á toda prisa el ramillete, se colocó detrás de la puerta, y tiró las rosas á Augusto diciéndole:

—¿Con que me dejas sola para...

Pero viendo su espantosa palidez y sus facciones trastornadas, exclamó Luisa corriendo hácia él:

—¡Dios mio! ¿qué tienes? ¡me asustas!

Augusto se sentó en un sofá y la dijo:

—Dispénsame, Luisa, un momento... un corto instante y lo sabrás todo.

—Dime, Augusto... ¿Ese extranjero?...

—Ese extranjero...

Después, no pudiendo acabar, y conociendo que iba á abandonar su resolucion, se echó á los pies de la marquesa, y tapándose la cara con las manos, y sofocando sus sollozos, dijo:

—Es preciso que marche, Luisa; que nos separemos por algun tiempo...

Estas palabras eran tan inesplicables para la marquesa, esta idea de marcha estaba entonces tan distante de su pensamiento, que no pudo menos de asustarse.

Cogió las manos de Augusto, y con su firmeza habitual le dijo:

—Tranquilízate, amigo mio, siéntate y dime lo que tienes.

—Es preciso que nos separemos por algun tiempo, dijo Augusto con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero por qué razón? Explicáte, Augusto.

—Pues bien, dijo Augusto con voz breve, vas á saberlo todo, y verás que es preciso que nos separemos. Cuando hace dos años, desesperado, seguí á mi tío á Holanda, no pudiendo hallar la muerte en los combates, y queriendo desembarazarme de una vida que me era insoportable, era preciso que me sedujera toda empresa por loca y peligrosa que fuera... en una palabra, en aquella época me comprometí libremente en un complot contra el rey y el Estado... y ahora que es preciso obrar viene mi tío á reclamarme su promesa.

—¡Oh! ¡mis presentimientos! exclamó Luisa recordando sus temores por Augusto, cuando supo que iba con Rohan y Latreaumont.

Y despues añadió considerando que Augusto se habia comprometido durante el tiempo del destierro que ella le habia impuesto:

—¡Yo soy la que le he perdido!

—¡Y yo he podido ocultaros por tanto tiempo este secreto tan terrible! Ese es mi crimen, dijo Augusto con tono desgarrador.

—¡Un complot contra el Estado!... ¡Dios mio! dijo Luisa estremeciéndose; vos, Augusto, vos; con los principios de honor que profesábais habeis podido dejaros arrastrar á tan horrible proyecto. ¿Cómo han podido convenceros hombres como Rohan y Latreaumont?

Despues, sin darle lugar de contestar, añadió dolorosamente hablando consigo misma:

—Es bien sencillo; el desdichado jóven estaba loco de dolor, trastornado por la desesperacion: yo, yo soy la que le he perdido.

—Créeme, Luisa, estaba loco... desesperado, buscaba los partidos extremos; pero os juro que si mi tío y Rohan hubieran sido los únicos fautores de ese complot, no hubiera tomado parte en él.

—¿Pues quién te ha decidido?

—Un hombre honrado, un filósofo austero digno de tu estimacion, te lo aseguro... en una palabra, un extranjero llamado Van-den-Enden.

—¿Y dónde le has encontrado?

—En el campo de Nordem, cuando la primera invasion de Holanda por nuestras tropas. ¡Ah, Luisa! si hubieras visto los destrozos de esa espantosa guerra, llevada por el rey á pacificar á inocentes comarcas, concebirias tal vez que trastornado por el dolor, el aspecto de semejantes desdichas hubiera podido inspirarme ódio al que las causaba; en fin, á la luz del incendio de las aldeas holandesas, en medio del saqueo, fué cuando vi por primera vez á Van-den Enden; aquel infeliz anciano huía á la vez de los franceses que asolaban el pais y del príncipe de Orange que le proscribía: llevaba consigo á su mujer y á sus hijos; todos estaban en la mayor miseria; lo poco que habian sacado de Amsterdam se lo habian robado nuestros soldados. Durante su permanencia cerca de Nordem, alojado por compasion en una alquería abandonada, le veia todos los dias. No puedo esplicaros de qué modo su elevada conversacion calmaba mis dolores. Habeis perdido todo lo que os unia á la vida, me decia; la existencia es una carga para vos; pues consagra'dla á una causa noble y santa, á la causa de la libertad, que es la de todos los hombres generosos. Ya veis los desastres que abruman a mi desdichado pais. ¿Quién los causa? El tirano que os gobierna.

—¿Pobre jóven! exclamó Luisa; comprendo su adhesion á esos proyectos. Estaba segura de que debia haber algun motivo noble aun en el fondo de ese partido desesperado y criminal.

—Por último, Luisa, yo veía en aquel hombre tanta energía, tan elevados y vigorosos pensamientos, tan nobles convicciones, los espantosos desastres que tenía á la vista me exasperaban de tal modo contra el rey, que me decidí á conspirar, y me comprometí libremente y con juramento.

—¡Libremente y con juramento! repitió Luisa, uniendo sus manos con terror.

—Sí; y poco despues supe que eras libre, y me amabas.

—Dime, Luisa, ¿era yo bastante desgraciado? ¿No merezco, á tu parecer, que se me perdone?

—Si, Augusto.

—¿Me perdonarás tambien habértelo ocultado, ó mas bien haberlo olvidado todo con el goce de mi felicidad? Yo volvía ébrio de amor; y al separarme de mi tío me aseguró que la ejecucion del complot se había aplazado indefinidamente; pero lo conozco, Luisa, mi falta irreparable fué no haberte dicho que estaba sériamente ligado para el porvenir; pero mi detestable egoismo, el miedo de perderte es el que me ha hecho obrar así. ¡Ah! ¡Luisa! ¡Luisa! ¡soy bien desgraciado y bien culpable.

—Si; bien desgraciado, dijo la marquesa, que permaneció largo rato silenciosa y pensativa

Despues dijo con voz firme:

—Es una desgracia espantosa, pero es irreparable; es preciso someterse y obedecer á tan terrible destino. Ahora, Augusto, dime, ¿cuál es tu papel en esa revolucion? ¿Qué debes hacer?

—He prometido escitar á los caballeros á sublevarse, á resistirse á pagar el impuesto y rechazar á viva fuerza las órdenes y los soldados del rey.

—Y si sale bien el complot, ¿qué sucederá?

—La Normandia se declarará república libre, y go-

bernada por las leyes paternales formadas por Van-den-Enden, se reconocerá á Rohan por jefe.

—¿Y si sale mal? Si los conjurados son cogidos ó descubiertos, ¿cuál será su suerte?

—La muerte, Luisa... una muerte infame.

—¿Y Latreaumont asegura que tiene probabilidad de buen éxito?

—Mucha, porque tiene en Quillebeuf quien asegure el desembarco de tropas.

Luisa quedó de nuevo pensativa; despues dijo con suma gravedad:

—Ya me conoces, Augusto; ya sabes que para mí el cumplimiento de una promesa es sagrado. No tienes que dudar un minuto. Te lo repito, es una espantosa desgracia; pero lo has prometido y es preciso cumplir la palabra.

—¿Tú me lo aconsejas, Luisa?

—Sí.

—Pero es un crimen, un crimen de lesa majestad, dijo Augusto buscando todavía el medio de eludir su compromiso.

—Si ahora es un crimen, también debió serlo antes; y entonces, ¿por qué te comprometiste libremente?

—Entonces hice mal, y ahora me arrepiento.

—Si ahora fuese el momento del triunfo y antes el del peligro, tu conducta sería excusable.

—Pero entonces estaba desesperado y ahora me amais.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu palabra, Augusto? Has dado crédito á las nobles esperanzas de Van-den-Enden; has participado de sus designios; le has prometido ayudarle para que se realicen. Es un hombre de gran virtud, el único de sus cómplices que

tiene nobles pensamientos. Pues bien: aunque no fuera mas que por no faltarle, era preciso obrar; aunque debes considerarte igualmente comprometido respecto á los demás conjurados, porque te obligaste libremente.

—¡Pero esa sublevacion es imposible! ¡es una quimera!

—Lo mismo debias haber pensado antes; pero es preciso poner los medios de realizarlo.

—¿Y mi padre?

—Antes debiste haberte acordado de él; hoy es ya muy tarde.

—¿Con que por un momento de ofuscacion no puedo ya tener remordimientos?

—No te están prohibidos los remordimientos, sino la traicion; y abandonarlos en el momento del peligro es hacerlos traicion.

—¿Con que me aconsejas que obre de ese modo?

—Sí.

—Pues considera que en ese caso es preciso que nos separemos; porque si te visito diariamente te comprometo.

—No nos separaremos, no puedes dejarme.

—Pues es preciso; considera las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? ¿No soy ya tu cómplice? dijo Luisa con extraordinaria sencillez.

Augusto la miró estupefacto. Se acordó de las palabras de Latreaumont: «Luisa conspirará» y no pudo menos de estremecerse.

—¡Jamás! ¡jamás! exclamó, sabrás una palabra de esos detestables proyectos; marchó mañana, ahora mismo.

—Y yo mañana... Ahora mismo escribo á tu tio que cuente con mis bienes y con la influencia que tengo en la provincia.

—¡Pero eso es imposible! ¡desdichada! no sabes que si nos abandona la suerte...

—¡Se arriesga la cabeza! ya me lo has dicho.

—¡Gran Dios!

—¿Y por qué no he de hacer yo lo que tú hagas? ¿por qué no he de participar de los peligros que tú vas á correr? Aunque no se haya verificado nuestra union, ¿no me considero ya como tuya? ¿no vale mi promesa tanto como mi mano? ¿Y si la suerte no hubiera retardado nuestra union, seria ya tu mujer y no hubieras dicho que era bien cobarde si no obraba como ahora?...

—Pero Luisa, ¿qué papel para una señora de tu clase!

—La duquesa de Lougueville era de clase mas elevada, y conspiraba.

—Pero...

—Pero estoy resuelta, dijo con impaciencia la marquesa. Es horriblemente fatal, pero debo participar de tu suerte.

—¡En nombre del cielo, dejame á mi solo! Si sale bien, yo volveré: puedes estar segura.

—Y si sale mal, si aborta la conspiracion, ¿pierdes la vida, no es eso?

—¡Ay!

—¿Pues el medio de que salga bien, no es darla la mejor base, la mayor estension posible, asegurar posibilidad de un buen éxito? ¿Y no puede servi para esto mi influencia en la provincia? dijo la marquesa con energía.

—Pero si se trata de una conspiracion estraña á vuestros intereses, porque no teneis ningun motivo para aborrecer al rey.

—Nada me importa todo eso. Para mi no se trata mas que de una cosa, de disputar tu cabeza al verdugo, puesto que es una cuestion de vida ó muerte. Debo y quiero sacrificarlo todo para que triunfe esta revolucion, ó morir contigo si no puedo salvarte.

Toda el alma, todo el carácter, toda la exaltacion de Luisa se revelaba en estas últimas palabras, que reasumia con una condicion y una lógica terrible la naturaleza de su amor á Augusto.

Una vez comprometidos, se veian obligados, como habia previsto Latreaumont, á obrar eficazmente, á fin de que triunfara la causa de sus cómplices, que por el compromiso de Augusto habia llegado á ser la suya.

---

## CAPÍTULO XXIV.

---

### Decepciones.

¡El pueblo! ese coloso ciego y sin discernimiento, que comienza por hacer gran estruendo con sus pelados movimientos, y cuya rábía amenaza tragarse todo lo mas elevado y lo mas bajo, lo mas distante y lo mas próximo! y que por último tropieza en un hilo!...

SCHILLER.—*Fiesque*, acto 2.º, esc 3.

Los primeros dias de Setiembre, unos tres meses despues de haber obligado á Augusto y á la marquesa á tomar parte en la conspiracion, se hallaba Latreumont en Rouen con su sobrino. El coronel vivia en una fonda, á donde solia ir á parar, en los Unicos.

Eran las ocho de la noche: tio y sobrino hablaban

confidencialmente á la luz de una lámpara en una vas'a habitacion triste, fria, y avaramente amueblada, como todas las habitaciones de las posadas: en el fondo la cama de Latreaumont; á la izquierda la puerta de un gabinete cubierta con un tapiz; á la derecha un escritorio de nogal con embutidos, y para completar el mueblaje dos antiguos sillones en que se hallaban sentados los interlocutores de esta escena, y una mesa de patas torneadas que habia entre los dos, sobre la que se veia una botella de Ginebra á la que recurria algunas veces el coronel.

Augusto tenia un traje de camino que asemejaba mucho á un uniforme: casaca de búfalo, banda encarnada, y grandes botas con espuelas de acero. Acababa de llegar de Endreville, donde habia dejado á la desdichada marquesa. La palidez del jóven revelaba los disgustos que sufría: porque las emociones de la vida tempestuosa que llevaba hacia tres meses, y sobre todo las horribles angustias que incesantemente le atormentaban pensando que á cada momento arriesgaba Luisa su cabeza; tan crueles ansiedades habian dejado profunda huella en aquel hermoso rostro.

Latreaumont parecia demostrar que la suerte se habia cansado de protegerle; estaba tan mal vestido como cuando fué á Amsterdam; su obesidad habia disminuido; sus mejillas, antes llenas y rubicundas, empezaban á curtirse, y por la primera vez despues de muchos años estaba pensativo y desanimado: sus facciones eran sombrías, y su mal humor se exhalaba en violentas imprecaciones, aunque de vez en cuando preferia algun sarcasmo brutal como hacia antes.

La causa de la irritacion del partidario era muy sencilla; veia desvanecidas sus esperanzas de sublevar la nobleza y el pueblo de Normandia: el arrieriban habia sido convocado y los caballeros habian montado á caballo, y á pesar de sus promesas habian estado quietos.

Acostumbrado Latreaumont á juzgar de las intenciones y deseos de los demás por los suyos propios, se habia engañado acerca del carácter general de la nobleza de aquel pais. Porque entre dos vinos, y escitados por la energía comunicativa del partidario, habian echado algunos brindis sediciosos ó aventurado algunas quejas sobre la dureza del tiempo y la lepra devoradora de los impuestos, no se debia creer que disipados los humos de la embriaguez, aquellos campesinos, que todavia sentian los desastres de la Fronda, fueran á esponer de nuevo sus modestas haciendas á las eventualidades de una rebelion y una guerra civil.

Cuando se habia tratado de declamar contra el despotismo de Luis XIV y de quejarse entre cuatro paredes de que eran tratados como en Turquía, todos habian tomado parte en este concierto de maldiciones; pero cuando Latreaumont como intrépido maestro se propuso hacer ejecutar en campo raso la obertura, por decirlo así, de esta rebelion, con acompañamiento de mosquetes y carabinas, todos le faltaron.

Hacia tambien mucho tiempo que el gobierno estaba en observacion; y ocurrió la notable particularidad de que dos dias despues que Latreaumont escribió á Monterey, sabia Luis XIV que se estaba en negociaciones en el extranjero, aunque ignoraba los autores.

Mr. Pellot, primer presidente de Normandía, y el duque de Roquelausa, gobernador de la provincia, dieron muchos pasos para descubrir al mal intencionado, que no era otro que Latreaumont; pero como estaba tranquilo en Paris, todas las investigaciones fueron inútiles; ó tal vez instruidos de sus miras y del nombre de Mr. Rohan, que el partidario queria poner á la cabeza de la sedicion.

Luis XIV y Louvois, á fin de perder con toda seguridad las tentativas de la flota holandesa al hombre

que aborrecian, dejaron á estos imprudentes que realizaran un complot, cuyos hilos tenían.

Lo que hace adoptar tambien esta hipótesis, es que se esperaba evidentemente en Francia en esta época una empresa de los enemigos en el litoral, especialmente en Normandía, y que el plan de Latreaumont á propósito del ataque de Quillebeuf se sabia: porque el duque de Saint-Agnan escribia desde el Havre á Colbert, el 28 de Junio de 1674, que la nobleza estaba perfectamente dispuesta á hacer su deber, y que habia tomado todas sus medidas para rechazar con seguridad las tentativas de la flota holandesa, que cruzaba incesantemente las costas de Francia desde la Rochela á Calais.

De todo aquel inmenso armamento mandado por Tromp, Ruyter y el conde de Hosn, el gobierno de las siete provincias unidas no sacó otra ventaja que el insignificante ataque de Belle-isle-en-Mer (27 de Junio) y de Noirmontiers (7 de Julio), ventajas que se redujeron al incendio de algunas barcas y cabañas de pescadores; porque á pesar de estas demostraciones del enemigo y del apoyo que prometian á los descontentos, el miedo de las poblaciones era tan grande, y estaban tan recientes las terribles ejecuciones de Bretaña (1) y la obligacion de asegurar cada dia por un trabajo exorbitante la existencia material contra la exigencia de los impuestos, que tenia al pueblo en tan cruel preocupacion que nadie se movió, aunque el descontento era tan profundo y universal.

Lo que pareceria imposible si la humanidad no tuviera una parte tan absoluta en toda combinacion humana, seria el esplicar cómo Monterey y el gobierno de las siete provincias unidas, completamente enga-

---

(1) Acababan de hacerse ejecuciones en aquel punto y habian ido á auxiliarlas los mosqueteros.

ñados acerca de la disposicion de los ánimos en Francia, habian podido aventurar un armamento tan considerable, solo por las relaciones de Van-den-Enden y las promesas de Latreaumont.

Nada mas lógico en su inconsecuencia; el principe de Orange, como ya se ha dicho, un odio de instinto, fatal, irresistible á Luis XIV. Impenetrable, calmoso, reflexivo, desconfiado, profundamente habil y mesurado en cualquiera otra circunstancia, el ánimo de Guillermo, por lo regular de estraordinaria prudencia, se dejaba llevar algunas veces de proyectos quiméricos, cuando se trataba de hostilizar al rey de Francia.

Así es que usando de la omnipotencia que habia rudamente usurpado en la direccion de los negocios, como habia previsto Wit, para saciar su odio, decidió por sí solo este numeroso armamento, que si hubiera conseguido escitar una sublevación general en Francia, daba un golpe irreparable á Luis XIV, efectuando en el litoral de su reino una peligrosa diversion, en tanto que sus ejércitos estaban ocupados en las fronteras de Alemania.

Pero este movimiento no podia efectuarse, porque esa misma reaccion de personalidad que habia cegado al principe de Orange sobre la oportunidad de una revolucion en Francia, habia tambien engañado á los dos únicos actores de esta conspiracion: Latreaumont y Van-dea-Enden, porque Rohan no era mas que una bandera en manos del partidario, y Augusto y Luisa pobres cómplices á pesar suyo, convencidos desde el principio de la imposibilidad de la sublevacion.

Sin embargo, la marquesa, ardientemente fiel á este pensamiento, y cumpliendo lo que miraba como un deber, con su heroica probidad habia intentado comprometer á sus colonos y á todos sus amigos; pero todos sus esfuerzos habian sido inútiles, porque era muy grande el miedo á los cadalsos.

Solo que como la nobleza del carácter de Luisa inspiraba tan profundos respetos, nadie hizo la menor revelacion que pudiera perderla.

Luisa y Augusto se engañaron como Van-den-Enden y Latreaumont, porque ninguno tenia exacto conocimiento de la disposicion de los ánimos.

No hay duda que Van-den-Enden, ese austero filósofo, queria el bien á su manera; no hay duda que sus utopias eran respetables; pero siendo su talento especulativo y no de realidad, obraba siempre bajo un tipo especial é imposible, por el bello ideal de sus sublimes ideas, y como si tratara con el hombre encerrado en el paraiso de su casto y puro pensamiento. Jamás habia pensado Van-den-Enden en la humanidad tal como era: olvidaba que antes de contestar los hombres á los gritos de libertad, respondian á los gritos del hambre, que generalmente es preciso gozar de algo supérfluo ó ser capaz de todo, para perder un tiempo irreparable entre las agitaciones estériles de una sublevacion.

En el loco y sencillo orgullo de su bella alma, y en el ardor impaciente de ver sus utopias realizadas, habia creído Van-den-Enden que sus escritos, esparcidos en Normandia por el coronel, á manera de folletos, prepararian maravillosamente, sobre todo al pueblo, haciéndole esperar una edad de oro que el filósofo se proponia convertir en realidad, luego que se obrase la accion brutal y material del trastorno de la monarquia despótica, ejecutada por Latreaumont y Monterey, que el doctor iba á solicitar con tanto desinterés y valor.

Pero los escritos del filósofo ni fueron leidos ni comprendidos.

Latreaumont, siempre deslumbrado por sus recuerdos de la Fronda, uno de los mas singulares fenómenos de la historia, habia desconocido completamente el espíritu público.

Este partidario, que no se avergonzaba de confesar que solo obraba por ambicion, y que no tenia ni bastante arte ni disimulo para ocultar tan vergonzosos motivos, ignoraba sin duda, con muy raras excepciones, que jamás los hombres de su temple han podido dominar á los demás; ignoraba que en las masas el instinto de conservacion adelanta á la mas alta sagacidad de egoismo, y que la sutileza de su buen sentido hace que aun las mas groseras inteligencias investiguen el verdadero *por qué* de toda revolucion que se dice se intenta en su favor. En una palabra, si el cambio de cosas no corresponde absolutamente á las necesidades ó á las ideas (locas ó sábias) del mayor número; si el que pretende dominar la muchedumbre no parece ser el representante de las necesidades y de las generosas del momento, puede considerarse la idea de sublevacion como una locura.

Instruido por la esperiencia Latreaumont, conocia que no reunia ninguna de las condiciones exigidas para asegurar el buen éxito de sus proyectos, y no podia reprimir su mal humor.

—Y decir, exclamó el coronel vaciando bruscamente su vaso, que ni uno de esos brutos de caballeros ha querido salir, tanto como hablan, y se mueren de miedo. Y tanto como disputaban en nuestras reuniones sobre cuál habia de ser el primero que sacase la espada, y cuando han estado reunidos á la vista de Saint-Agnan, han gritado todos ¡viva el rey! ¿Y qué tienen que perder? Su perra vida. ¡Y renunciar por esos miserables á tantas probabilidades de éxito! Cuando hay un crucero de sesenta navios de linea que no desean mas que echar á la costa veinte mil hombres con tal que se les asegure un punto de desembarco. Pero no, ese maldito de Saint-Agnan está en todas partes. Ha puesto guarnicion en la costa, y no hay ni una sola peña en toda la costa donde no hay un vigia ó un cuerpo de guardia, de manera que no se necesita mas

para intimidar á esos gallinas. ¿Tú y tu marquesa tampoco habeis conseguido nada?

—No, ya os lo he dicho; Mad. Vilars ha hablado entre otros á Mr. Agnemon y Mr. de Urbes; el uno ha eludido la respuesta, y el otro ha contestado que tal vez podria contar con media compañía de dragones. Cuando hemos hablado á los caballeros de lo excesivo de los impuestos, han contestado: «El rey es mas fuerte que nosotros, ya veis que todavía están levantados los cadalsos de de Bretaña.»

—¿Y los colonos, esos bueyes de labor, que han dicho?

—A las primeras palabras de sublevacion han exclamado: «¿Y mientras estamos en rebelion, quién cultivará nuestras tierras? ¿Y si el enemigo quema nuestras casas como en Noirmontiers? ¿Y si empieza la guerra civil como en la minoria? Ahora estamos mal, muy mal; pero al cabo vivimos.»

—¡Infames! siempre la misma cancion, ¡vivir! Si yo tuviera a mis órdenes mil bandidos determinados, ya me las pagarian esas bestias de carga, dijo el coronel desocupando de un trago lo que faltaba de la botella, y despues, rompiéndola con furor, dijo: ¿Y á tu padre no le has dicho nada?

—Conociendo sus sentimientos de lealtad y respeto al rey, podeis conocer que seria el último á quien hablase de esto, además que temo comprometerle. ¡Ah! ¡padre mio! si él supiera... añadió el jóven dando un profundo suspiro. Afortunadamente está en Paris á un pleito y no sabe nada.

—Lo malo es, dijo el coronel, que los holandeses están cruzando nuestras costas hace tres mes, y como ven que no sucede nada ni aqui ni en el Delfinado, sino eso poco de Bretaña que ha sido un fuego fátuo, se van á retirar: el equinocio se acerca y está todo dicho. Por otra parte, como no se adelanta nada, Monterey ha cesado de enviar dinero, y el complot está

flaco que dá lástima verle, dijo mirándose su vestido. Ahora es cuando se debe intentar un esfuerzo desesperado.

—Sois muy insensato si conservais la menor esperanza. Hace tres meses os dije que todo era un sueño, y quiera Dios no sea alguna cosa peor.

—¡Mil demonios te lleven! ¿con que desesperas cuando es preciso redoblar la energía? pues es un buen modo de adelantar.

—¡Cómo redoblar la energía! ¿pues qué quereis hacer?

—La última tentativa; arriesgar el todo por el todo.

—¡Pero en qué fundais vuestra esperanza? Habeis visto que hemos recorrido la provincia; no podeis negar que es grande la influencia de Mad. Vilars; que la desdichada, intrépidamente se ha comprometido y lo ha intentado todo en vano, superando la vergüenza que debia causarla el hacer tan criminal papel; pero como tan cruelmente habeis previsto, conociendo que tomando parte en una conspiracion cuyo desenlace era el cadalso, era preciso triunfar si se queria salvar la vida.

—Es verdad, y ha cumplido lealmente su palabra, y si no ha salido airosa ha sido porque esos animales han faltado; pero yo les ajustaré la cuenta, porque si tengo que abandonar esto, cojo mi espada bajo el brazo y voy á buscarlos á todos, dando y escupiendo á la cara al que no quiera batirse.

—Podeis creerme, tio, debeis abandonar ese proyecto insensato y dar gracias á Dios de que no haya sido descubierto, porque ya podeis figuraros la suerte que os espera con la aversion que tienen á Rohan el rey y Louvos. Yo sé que esto no vale nada á vuestros ojos; pero acordaros de la marquesa y de mí, que éramos tan felices, y que por vuestra causa estamos llenos de penas y angustias; conspirando sin objeto,

solo por disputar nuestra cabeza al verdugo en una lucha que nos es indiferente. Nos habeis hecho mucho daño; pero renunciad á una empresa imposible, romped toda correspondencia con el extranjero y todavia os bendeciremos.

—Escucha, jóven, no hay que desesperarse. Mira mi plan. Está para venderse un regimiento donde sirven ciento de aquellos que tuve á mis órdenes en tiempo de la Fronda, que son unas buenas alhajas. Contando con el dinero de Monterey, vamos á comprarle; pero como no lo permitirian á Rohan, hará la compra Sourdeval, que no es sospechoso, y los traigo á Normandia, á pesar de Louvois y de todo el mundo, y luego que se hallen en campo raso estos viejos bandidos, ya verás el lio que hacen y cómo conseguimos que se muevan esos avestruces, al ver que tienen una vanguardia capaz de abrirlos paso hasta los infiernos.

—Todo eso es una locura: suponiendo que podais comprar ese regimiento, habeis de tener en cuenta que no es posible manejarle como en tiempo de la Fronda, y el terror que inspirarian esos malvados bastaria para que todos se volvieran contra ellos.

—No lo entiendes: el puesto de honor y la sensibilidad de los paisanos está en los señores, y una buena alabarda sabrá dirigirlos.

—Pero los tiempos no son iguales; ahora están cansados de guerras civiles, y prefieren sufrirlo todo á comprometerse. Os suplico que renunciéis á vuestros proyectos.

—Aunque no soy muy bueno, no soy un tigre. Te prometo que tan pronto como vuelva Van-den-Enden...

—Pues qué, ¿se ha vuelto á marchar? preguntó el jóven con asombro.

—Sí: hace cinco dias que le despaché... para que dijera á Monterey que no se impacientara, que no ha-

bia que desesperar todavía, que continuara cruzando la flota, y que enviara dinero para comprar ese regimiento.

—¿Y Mr. Rohan?

—Eso, como siempre; esperando y desesperando, con odio y arrepentimiento, triste y alegre; pero mas triste que otra cosa: desesperado porque Mauricia no ha querido volverle á ver. Tambien me está apremiando para que esto se acabe pronto y, te vas á reir, en caso que Monterey rehuse, se vá á encerrar en la Trapa.

—¿Y cuando llega Van-den-Enden?

—Del 12 al 15 de este mes. Y para cumplir mi promesa, si trae la negativa de Monterey; si él y el príncipe de Orange retiran el dinero y los navíos, entonces, como no es posible hacer nada, renuncio á todo, llamo á un notario para hacer mi testamento y legarte mis bienes, dijo el coronel señalando los vestidos que llevaba puestos, y que eran su único haber; despues añadió con aire jocosó: Item mi espada... Item mi baul viejo, donde están custodiados todos mis proyectos de sedicion.

Luego dijo:

—Por medio de una bala en el cráneo, me voy al infierno á ver si puedo escitar allí alguna rebelion contra Belcebú, bajo pretesto de que el azufre de su horno es de mala calidad.

A pesar de todo el daño que le habia causado La-treaumont, no pudo Augusto menos de entristecerse al oir al coronel hablar de su fin de una manera tan lúgubre y grotesta, y le dijo:

—Pero, ¡Dios mio! ¿quien os obliga á obrar así? ¿por qué no abandonais esos proyectos que pueden mirarse como desesperados? ¿Y no sabeis que á pesar de los espantosos disgustos que me habeis causado, no olvidaré jamas que sois el hermano de mi madre, que á pesar de todo os ha amado siempre?

El coronel hizo un brusco movimiento y se ocultó el rostro con las manos: Augusto se apercibió de la emoción de su tío, sin concebir por esto la menor esperanza de verle abandonar sus proyectos; porque sabía por experiencia que el partidario podía abandonarse á sus recuerdos, y sentía momentáneamente su influencia, pero no por eso dejaba de tener una invencible tenacidad en sus condenados proyectos.

—Calla, Augusto, que no sé lo que me pasa, pero hoy es un día fatal. Esta mañana pasé por el cementerio de San Andrés, y vi la tumba de mi madre; y despues me has dicho que habia muerto mi pobre nodriza, y me he entristecido.

—Y aquella pobre mujer murió rogando por vos, teniendo en sus manos esta cruz de oro que le regalásteis, y jamás quiso creer nada de lo que decian de vos; siempre contestaba que eran calumnias.

—¡Buena vieja! me llamaba su delfin. ¡No se ha portado mal el tal delfin! Tal vez no tardará en tocarse el halali de la muerte del jabali, dijo pensativo despues de un largo silencio, frunciendo las cejas.

Despues, volviendo á recobrar su indomable carácter, y como avergonzado de haber tenido un momento de debilidad, dijo:

—Pero los ladridos de los perros serán muy sangrientos; vámonos.

Y se levantó el gigante sacudiéndose sus vestidos, así como las bestias bravas se sacuden algunas veces erizando su áspero pelo; y pasando la mano por la frente como para desechar los tristes pensamientos, dijo:

—No hay que apurarse, que todavía no estamos á los últimos... ¡Hourra por la audacia! ¡Desprecio al temor! Adios, muchacho. Voy á comer con Hyverville y un par de vestales de la calle de Isigny. Atiende; dentro de diez dias nos volveremas á ver en este sitio; si Monterey dice que sí... adelante con el complot; y

si dice que no... adelante con la onza de plomo; eres libre y te doy mi bendicion.

Augusto conocia demasiado la invencible tenacidad de su tio para pensar en combatir sus miras; pero poniendo toda su esperanza en la negativa de Monterey, dejó bien pronto al coronel para volver á Endreville, donde le esperaba tristemente Luisa.

Latreaumont, para aturdirse sin duda, fué á olvidar en una orgia crapulosa los últimos pensamientos regulares que habia tenido.

Esto pasaba el 3 de Setiembre.

---

# PARTE SESTA.

---

## LA BASTILLA.

### CAPÍTULO XXV.

---

#### La delacion.

El gabinete del rey en Versailles, el martes 11 de Setiembre de 1674; eran las once de la mañana; Luis XIV vestido de terciopelo negro con su cordon azul, se pasea con agitacion y rechaza bruscamente las caricias de tres falderillos que le asedian. El rey tiene en la mano una carta abierta, la lee muchas veces, palidece y se pone encarnado á la vez. Sus trastornadas facciones anuncian á la vez el odio y el temor, y alguna que otra vez, como el rayo que aclara una sombría nube, se pinta en su encolerizado rostro la espresion de la venganza satisfecha.

La carta que lee el rey es de Nazelles: en esta larga

delacion dá los detalles mas circunstanciados sobre el complot, su marcha y adherencias durante seis meses: designa al caballero de Rohan como jefe de la conspiracion, y á Latreaumont, Van-den-Enden, des Preaux, la marquesa y Mauricia como cómplices. Mas tarde veremos cuál fué la causa que movió á Nazelles á dar esta delacion.

En cuanto recibió el rey esta carta envió un guardia de corps á buscar á Louvois á Cheville; este mismo llegó al momento á Versailles, y acababa de salir del gabinete del rey para mandar arrestar al caballero; porque este, á fin sin duda de alejar toda sospecha, venia frecuentemente á la córte, á pesar de que el rey le volvía la espalda como de costumbre.

Aquel dia habia ido á Versailles para asistir á la recepcion del nuncio del papa y á la despedida del principe Zaluski, enviado estraordinario de Polonia; estas ceremonias eran por lo regular muy fastuosas, y el caballero esperaba al rey con la multitud de cortesanos.

—¡Ah, Mr. Rohan! dijo Luis XIV con una alegría colérica y concentrada; cuando hace cinco años ví á las impertinentes camaristas contar tus proezas y el dia en que me proporcionaste la ocasion de despedirte de mi servidumbre, no creia que habias de caer tan abajo. Ahora, gracias á Dios, creo que se probará completamente tu crimen. y no tendré que atenerme á conjeturas. Ahora veremos lo que dice la Montespan al saber la suerte de ese fátuo.

En este momento, un hombre magníficamente vestido, bajo y grueso, de facha apoplética, con una enorme peluca que sombreaba sus facciones duras é imperiosas, entró en el gabinete del rey.

—¿Qué hay, Louvois?

—Está arrestado, señor.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, señor: que no sabia por qué le arrestaban; pero que se sometia á la voluntad de V. M.

—¿Nada mas?

—Y que no habia comido y tenia hambre: Brisac le ha llevado á su habitacion donde han servido la comida, custodiándole entre tanto el teniente Lasane, y se espera un coche de V. M. para trasladarle á la Bastilla.

—¡Infame hipócrita! exclamó el rey con indignacion, piensa en comer en este momento... en lugar de pensar en su alma... ¡Qué audacia!... ¡pregunta por qué le arrestan!... ¡Sublevar la Normandia, marchar á Versalles... crimen de lesa majestad!... Pero, Louvois, ¿están bien tomadas todas las precauciones? ¿no hay nada que temer? Que todos mis guardias estén prontos para montar á caballo... Que vengan tropas de la frontera, ¡miserable! Esta vez á lo menos quedara probado su crimen, ¡y esa sublevacion! ¡esa sublevacion!

—Una quimera, una locura.. nada mas. Vengo de casa de Colbert que vendrá al momento á ver á S. M ; he recorrido rápidamente las cartas de Pellot; son de ayer, y dice que en Normandia está todo tranquilo. Como ya he tenido el honor de manifestar á V. M., desde que en Abril último se recibieron los avisos de que se habian hecho proposiciones á Monterey, Colbert y yo hemos dado nuestras ordenes para tranquilidad de la provincia. Acabo tambien de recorrer la correspondencia de Saint-Agnan, de Roquelaure y de Benvron; nada hay en Dieppe ni en el Havre; solo en Rouen han tardado un poco en pagar el impuesto; pero no hay motivo para alarmarse; voy á mandar á Chanlay, si V. M. lo aprueba, que vaya en posta á Rouen; tomará el mando de las tropas... y obrará severamente si es preciso; este complot es un sueño estúpido, que felizmente proporciona á V. M. el medio de hacer un grande y terrible ejemplar.

—Pero no vuelvo del asombro, dijo el rey volvien-

do á leer la carta de Nazelles; ¿se ha visto semejante audacia? ¿Y quién lo hubiera creído de Rohan? ¿Pero quiénes son esos otros, Latreaumont?

—Este, señor, es un desvergonzado partidario que no he visto mas que una vez cuando tuvo la osadía de presentarse á pedir un regimiento; sin la intervencion de Brisac le hubiera hecho podrirse en la Bastilla. Es un gigante, resuelto, tenaz, con un valor de leon, y que tan pronto sirvió en la Fronda como al cardenal; está dispuesto á todo y es muy peligroso.

—¿Y cómo Brisac ha podido interesarse por ese miserable?

—Creo que habian servido juntos en la guerra de los Países-Bajos.

—Es preciso que arresten al momento á ese hombre... Que marche pronto Brisac á Rouen, donde se halla á estas horas, segun dice la carta; que lleve consigo cuatro ó cinco guardias bien determinados, y que le traigan vivo ó muerto... Escribir la orden y la firmaré.

Louvois escribió la orden, en tanto que Luis XIV volvia á leer la carta nuevamente.

—¿Y quién es este de un nombre tan salvaje? Vanden-Enden.

—Segun los informes que me ha dado Louvigny que le conoció en Holanda, es uno de esos peligrosos visionarios republicanos; enemigo mortal de toda monarquía, espulsado de Amsterdam hace dos años por sus opiniones democráticas, que aun allí parecieron exageradas; se ha refugiado aquí donde tenia establecida una escuela de lenguas muertas: V. M. le permitió establecerse en Francia, porque se decia proscrito por el príncipe de Orange.

—¡Infame! Y abusa así de la hospitalidad que ha hallado en mi reino... ¿Y dónde está?

—Se espera que llegue de un día á otro de Bruselas, á donde ha ido para conferenciar de nuevo con

Monterey. Tiene ya la orden Desgrez (1) de arrestarle en cuanto llegue, y la mujer de Desgrez se disfrazará para evitar toda sospecha y seguirle desde el momento que se apea del coche. Esos miserables holandeses no se contentan con ser republicanos, sino que vienen á infestar los demás pueblos con sus detestables doctrinas. Quiero que se haga pronta justicia con él. Que no se economicen ni los rigores del calabozo ni de la tortura, que se le dé un trato verdaderamente extraordinario, y despues que le ahorquen, porque un canalla como ese no debe morir como un caballero.

—Creo, señor, que esta distincion entre culpables de alta categoria y ese miserable y oscuro doctor politico será de grande efecto.

—¿Y quiénes son los otros? ¿quién es esa Vilars que veo en la lista? ¿creo no será pariente de *Orondates*? (2)

—No, señor; el nombre de esta mujer se escribe con solo una *l*; es hija del famoso Cláudio Sastan, muy hugonote y muy parlamentario, porque siempre que se suscita una rebelion hay seguridad de encontrar un protestante.

—Teneis razon, Louvois; no se acaba en esos reformados el espiritu de rebelion. Será preciso acabar con ellos. ¿Y cómo es que ha tomado parte en el complot?

—Por amor, segun me ha dicho Nazelles, á quien acabo de preguntar ahora. Debia casarse con des Preaux, otro conjurado, y ha querido participar de su suerte.

—Y solo porque les diera algunos luises Monterey, ó mas bien ese execrable de Guillermo de Orange,

(1) Célebre jefe de policia.

(2) El afamado mariscal Willars.

que es el alma de todas las sublevaciones y de todas las resistencias que quieren oponerme.

—Señor, la marquesa de Vilars es muy rica; tiene mas de cuarenta mil libras de renta.

—Pues entonces, ¿cómo ha estado tan obstinada?

—Por no separar su suerte de aquel á quien amaba; una tontería.

—¡Una tontería, una tontería! ¿Pero sabes que se necesita amar de veras para arriesgar así la vida? dijo Luis XIV con una especie de celos involuntarios, y comparando sin duda los amores interesados que inspiraba con un afeto tan sublime, y despues dijo con tono irritado. Y ese miserable des Preaux habia entrado sin objeto en el complot.

—Sí, señor; el mas tenaz, el mas peligroso, el mas indomable de todos es Latreaumont; es verdaderamente el hombre de accion en el complot, segun me ha dicho Nazelles.

—Pues es preciso que se apoderen de él al momento: un criminal semejante es una verdadera calamidad pública.

—Vá a marchar Brisac, segun ha mandado V. M.

—De Mauricia nada me asombra, dijo Luis XIV, porque públicamente y sin vergüenza confesaba estar enamorada de ese traidor.

—Señor, me ha dicho Nazelles que la señorita Mauricia solo es culpable de no haber revelado el complot.

—Toda la comitiva de mi hermano vá á suplicarme que la perdone; la mayor parte son parientes suyos.

—Otra súplica harán á V. M.

—¿Quién?

—Mr. Colbert. .

—¿Para qué?

—Mr. Colbert es pariente de Rohan, y apoyándose en la autoridad que le dan con V. M. sus largos y

útiles servicios, creará influir con V. M. en favor de ese gran criminal, dijo el ministro, cuyo ódio contra Mr. Rohan databa desde la infancia, y que le detestaba todavía mas como pariente de Colbert, porque se sabe que Louvois tenia terrible envidia á este último, que murió verdaderamente de pesar y de vergüenza. Todos los esfuerzos que hacia para sacar á Francia del abismo se los inutilizaba la fatal omnipotencia del hijo de Letellier.

Previendo á Luis XIV de que Colbert pensaba en valerse de su influencia, Louvois heria el flaco de este príncipe, que siempre creyó que reinaba por sí mismo, cuando no hacia mas que obedecer ciegamente las miras ó caprichos de sus ministros y sus queridas. Advirtiendo de este modo al rey, que á pesar de la debilidad de su carácter pretendia tener una voluntad absoluta, Colbert, al ejercer su influencia, era para arruinar desde el principio la accion de este ministro, por saludable que fuera.

Asi es, que con secreta alegría de Louvois, á quien obedecia en aquel momento, dijo Luis XIV:

—¿Sabes, Louvois, que nadie tiene influencia conmigo? Yo reino por mí solo .. por esa razon no he querido tener primer ministro; no quiero que haya en mi reino mas que una sola voluntad, la mia.

—Demasiado lo sé, respondió bruscamente Louvois, arriesgando esta respuesta con rara habilidad.

—¿Qué dices? replicó el rey frunciendo las cejas.

—Quiero decir, señor, que despues de haber trabajado por mucho tiempo en proyectos que cria útiles al servicio de V. M., habiendo obrado segun las reglas que vos mismo, señor, os habeis dignado enseñarme, veo, digo, que V. M. los cambia de pies á cabeza, y los forma bajo nuevas bases, y no es ya mi trabajo, sino el de V. M., dijo Louvois incomodado, y añadió despues: yo no sé para qué necesita ministros V. M.

Este rasgo de adulacion lisonjeó tanto la ciega soberbia del monarca, que sin poder ocultar su contento exclamó con aire de vanidad.

—¡Pobre Louvois!... conozco que será fastidioso para tí... ¡pero qué quieres! al hacerme rey el Ser Supremo, me ha dado una voluntad de hierro y bastantes conocimientos.

En este momento vinieron á anunciar al rey que Brisac y Colbert esperaban sus órdenes.

—Que entre Brisac, dijo Luis XIV.

Entró Brisac vestido con el uniforme de guardias de corps, con galones de plata en todas las costuras. Era hombre de unos cincuenta y cinco años, pero fuerte y vigoroso.

—Brisac, vas á marchar al momento con cuatro ó cinco de mis guardias; escoge hombres valientes y re-sueltos... Se trata de correr la posta hasta Rouen, y coger allí muerto ó vivo á cierto Latreaumont... que me parece que tú conoces.

—En efecto, señor, dijo Brisac sonrojándose, antiguamente hice la guerra con él á los frondistas; pero hace diez y ocho meses que no le veo...

—Por vuestra escesiva bondad con ese miserable impedisteis que Louvois le encerrara en la Bastilla; por poco nos cuesta esa condescendencia muchas des-gracias; con que Brisac... á ver si hacéis olvidar todo esto, verificando tan importante captura.

—Señor, me permitirá V. M. que le haga observar que será muy fácil que solo traiga un cadáver, porque conozco al partidario, y para cogerle vivo...

—Es preciso cogerle vivo... ¿lo oís, Brisac? vivo, replicó el rey con viveza, porque él es el que tiene los hilos de cierto complot... en que ha tomado parte; con que así, arregláos. Al llegar á Rouen buscareis á Mr. Pellot, primer presidente del parlamento de Nor-mandía, que os acompañará y os ayudará con sus lu-ces para que se verifique esta captura.

Cuando salió el mayor de guardias dijo el rey á Louvois:

—¿Tenemos pruebas contra Rohan?... Hasta ahora me parece que no hay mas que una delacion, presunciones de malos designios, me habeis dicho, pero nada de ejecucion, y seria muy triste que no hubiera nada de positivo.

—V. M. tiene razon: en efecto, ese Nazelles me ha dicho que Rohan jamás ha querido escribir nada.

—¿Y si se atreviese á negar?... ¡es muy capaz de ello el infame! exclamó el rey con una especie de terror.

—Se podrá conseguir que lo revele todo.

—¿Prometiéndole el perdon?

—Diciéndole que si confiesa todo lo que sabe, V. M. tendrá compasion de él, y que no hará perecer á un hombre de su clase.

—Sí, sí.

—Sin contar, señor, con que V. M. puede nombrar comisarios para instruir el proceso y reservarse la sentencia definitiva.

—Es el partido mas seguro y mas prudente: tienes razon, Louvois.

En este momento un uquier anunció á Colbert. Este gran ministro tenia entonces mas de sesenta años; su cara era pálida, ruda, austera y glacial; sus cejas, siempre fruncidas y amenazadoras, le daban un aire duro; su traje era negro, porque por modestia habia conservado el hábito de vestirse con la rigurosa sencillez de los primeros secretarios de Estado, que al principio del reinado de Luis XIV no se permitian vestirse como los cortesanos, y no llevaban bandas, ni bordados, ni vestidos de color; así es que el vestido severo del viejo ministro hacia notable contraste con el magnífico de color de escarlata con encajes de oro y plata que ostentaba Louvois.

Al ver entrar á Colbert, Luis XIV, prevenido por

Louvois, se puso en guardia contra toda peticion en favor de Rohau. La escena era curiosa: Luis XIV, sentado en su sillón; Louvois de pié cerca de la ventana, miraba á Colbert con una envidia que no podia disimular, en tanto que este último, apoyado en uno de los bronces que formaban el ángulo de la mesa del rey, parecia muy preocupado.

—Señor Colbert, dijo Luis XIV queriendo manifestar sin duda á su ministro que no se dejaria engañar; ¡hace muy buenas cosas vuestro pariente Rohan!

—Con mucho sentimiento, señor, he sabido el arresto de Mr. Rohan, y se aumentará mi pena si es tan culpable como se dice.

—¡Si es culpable! No hay duda; es muy culpable.

—V. M. me permitirá confiar en que no sea así.

—Confiad, confiad, pero no esperéis otra cosa. Mi voluntad debe superar á todas las voluntades, y no se debe esperar abusar de antiguos servicios para trastornar determinaciones contrarias al bien del Estado, dijo el rey echando una mirada significativa á Colbert.

—Señor, yo no sé...

—Basta, basta, yo me entiendo; Rohan ha cometido un crimen espantoso, y es preciso hacer un ejemplar para enseñar á los descontentos lo que es mi poder. ¡No es esa tu opinion, Colbert?

—Señor...

—Habla libremente.

—Pues bien; puesto que V. M. me manda hablar libremente, yo diria que aun admitiendo que Rohan se hubiera dejado alucinar por los desdichados sueños que se le atribuyen, y aunque quede convicto por los jueces que nombre V. M., como no ha sido mas que un proyecto y no lo ha puesto por obra, yo creo que seria mucha gloria para V. M. el perdonarle.

—Espícate, dijo el rey con aire indiferente, ¿qué motivos tienes para opinar así?

—Señor, he leído toda la correspondencia que ha venido de Normandía durante estos últimos seis meses: aquí está (y enseñó un volumen en folio, encuadernado en tafíete verde); si V. M. se digna hojearla, verá que no hay allí la menor novedad, aparte de un rumor sordo causado por el impuesto, que se cobra con facilidad. Pero puesto que no hay ahora la menor apariencia de trastorno, el arresto de los jefes del complot, si hay alguno, bastará para paralizar toda la empresa. Lo confieso, señor, debo á las bondades de V. M. el ver á mi oscura familia unida á la casa de Rohan por el matrimonio de mi hija con el duque de Chevreuse, y no ocultaré á S. M. que si el bien de su servicio y el del Estado pudieran ganar con que V. M. perdonara á Mr. Rohan, sería el mas feliz de los hombres... Ruego á V. M. que tenga presente que Mr. Rohan no tiene ninguna clientela, ninguna raiz; está abandonado de todos, y si verdaderamente ha concebido atrevidos pensamientos, permitidme, señor, que diga que castigándole se dará á esta quimérica conspiracion una importancia que no tendria, si afectando V. M. que miraba al jefe como un loco, llegara á abrumarle con un perdon de desprecio.

—¿Y tú, Louvois, qué juzgas?

—Yo juzgo al contrario de Colbert, que por lo mismo que Mr. Rohan está sin consistencia ni raiz alguna, y por lo mismo que es de la mas alta categoría, sería de buen efecto manifestar al mundo entero que V. M. en su justicia imparcial guarda las mismas consideraciones con los que tienen parentesco con las casas soberanas como con el último de los súbditos, cuando unos y otros procuran turbar la tranquilidad de sus estados y la felicidad de sus pueblos, inficionándolos con máximas perniciosas, y atreviéndose á apelar á los extranjeros para conseguir sus execrables fines. No se puede negar, señor, que reina en Francia un descontento sordo y general. Gracias á las insi-

nuaciones extranjeras, en muchos puntos del reino se han debido cernir algunas tentativas de rebelion: es necesaria una grande y terrible leccion. En una palabra, Mr. Rohan por sus desórdenes y su conducta ofensiva á V. M. se enemistó con la córte y con su familia, y me parece que mejor y mas cobardemente que ningun otro debe ser sacrificado á la salud del Estado; porque V. M. me permitirá que diga que si dudase por clemencia, los mal intencionados interpretarian esta clemencia con perfidia, y dirian que V. M. no queria exasperar á los descontentos...

—¿Qué es lo que dices? exclamó el rey. ¿Qué me importan los descontentos? ¿No soy el rey? Y tú, Colbert, ¿no temes que descontente á alguno ensañándome contra este gran criminal?... ¿Los descontentos!... Vas á ver cómo temo á los descontentos... Siéntate, y escribe, Colbert.

Colbert, tan sorprendido como Louvois de esta brusca salida, se sentó, y Luis XIV continuó:

—¡Ab! ¡los descontentos! justamente es una buena ocasion para manifestar que los temo. Escribe los nombres que te vaya dictando, y les mandarás una carta y uno de mis criados para que les acompañe al lugar que se les destine. Primero el conde de Olona. Me han dicho que era muy amigo de Rohan; marchará dentro de veinticuatro horas.

—Señor, me permitirá V. M. que diga que hace dos meses que no sale de la cama.

—Pues hoy saldrá, Despues el marqués de Vassi, que es muy amigo de la familia de O., marchará á su casa de campo, y su Pilades, el abad de Bellebat, á su abadía. ¡Los descontentos!... En verdad que me asustan. Ahora dí lo que tienes que contestar á lo dicho por Louvois.

Colbert quedó un momento suspenso de tan súbita determinacion, que alcanzaba á personas estrañas al

complot: pero se repuso y contestó con mesura y firmeza:

—Señor, las razones que Louvois acaba de presentar apoyan cuanto yo he dicho. Por lo mismo que hay un germen de irritacion, se debe procurar no exasperar. Dar importancia á esa conspiracion seria alegrar á los enemigos de V. M., que pensarían que podían estallar grandes revoluciones en Francia, y esta creencia escitaria en los extranjeros pensamientos que no no tienen. Y puesto que hay en el complot dos mujeres, señor, considere V. M. que las cabezas de estas desdichadas criaturas deben rodar en el cadalso. ¡Señor, dos mujeres!

—El crimen no tiene sexo, y una de ellas es muy hugonota é hija de un hombre muy peligroso.

—Señor, permitidme que diga que Mr. Sarru fué el modelo de los hombres de bien: tenia correspondencia con la reina de Suecia y era venerado en Europa; Mad. Vilars es muy virtuosa y muy respetada en Normandía, y si ha cedido á un designio culpable, debe perdonársela por el motivo que la ha impulsado.

—Rohan y esa hugonota tienen en ti un hábil defensor, y en verdad que hoy no te enfureces contra los de la religion reformada.

—La gloria de V. M., el bien del Estado y la causa de la humanidad es lo que quisiera ver triunfar.

—Acabemos, Colbert. Todavía no se ha principiado el proceso; cuidarás de que Rohan tenga dos comisarios; me reservo la sentencia definitiva.

—¡Ah, señor!... se han salvado, exclamó Colbert arrodillandose á los pies de Luis XIV por un impulso de reconocimiento que irritó profundamente á Luis XIV.

Estoy tranquilo por la suerte de Rohan y sus cómplices; puesto que V. M. se reserva la sentencia definitiva. ¡Ah, señor! no podia ser de otro modo... V. M. es tan generoso...

—No nos entendemos: levántate, dijo el rey comprimiendo apenas su cólera.

Y despues añadió:

—Mandarás á tu hijo que diga al procurador general que quiero saber dia por dia, y mejor dos veces que una, todo lo que suceda en el proceso hasta sus menores detalles.

Y Luis XIV salió de su gabinete.

## CAPÍTULO XXVI.

---

### Los Unicos.

*Jus hoc animis morientis habebat.*

LUCANO. VIII. 636.

El 12 de Setiembre, dia siguiente al del arresto de Mr. Rohan, los cuatro guardias de corps encargados de apoderarse de la persona de Latreaumont, llegaron á Rouen á las seis de la mañana, á las órdenes de Brisac, habiendo corrido la posta con la mayor diligencia, y se apearon en casa de Mr. Pelot, primer presidente de Normandía.

Los que debian ayudar á Brisac eran La Rosa, Etang, Bois-Brun y Plessis, todos cuatro de resolucion é intrepidez, y La Rosa tenia setenta y cuatro años.

Habia llovido toda la noche y pesaba sobre las tristes calles de la poblacion una espesa niebla. Los pocos paisanos que se encontraban habian visto asom-

brados pasar á aquellos caballeros con el espléndido uniforme de la casa del rey, y corriendo tanto, que llevaban los caballos cubiertos de espuma.

Mr. Brisac llamó violentamente á la puerta del primer presidente, y bien pronto este magistrado, á quien enseñó la órden del rey, se vistió á toda prisa y se dispuso á acompañarles á donde se hallaba Latreaumont.

—Caballero, dijo Mr. Brisac, podeis mandar venir á la guardia civica, que venga para impedir que el populacho invada la casa mientras obremos mis guardias y yo.

—Si os parece, os daré tambien algunas gentes de confianza y decididos que os serán útiles, porque preveo una viva resistencia, pues conozco á ese hombre.

—Tambien yo le conozco.

Y volviéndose á sus compañeros les dijo:

—Cargad las armas, señores.

Los cuatro guardias de corps cargaron sus armas, en tanto que un criado de Pellot iba á avisar á los arcabuceros y arqueros que componian la milicia de Rouen, que estaba á las órdenes de la autoridad civil.

Cuando cargaron las carabinas se trasladaron á toda prisa á la posada de Latreaumont.

Era una casa de bastante mediana apariencia. Llamó Pellot en nombre del rey, y estas palabras intimidaron de tal modo al dueño, que al momento abrió la puerta, y cuando le preguntaron dónde se alojaba un caballero que se llamaba Latreaumont, apenas pudo decir:

—En el número 3 al pátio.

Los guardias prepararon sus mosquetes; Brisac se aseguró que la espada salia de la vaina, en tanto que Pellot, que conoció que iba á correr un riesgo incom-

patible con su cargo, dejó pasar á Mr. Brisac, porque conocia que la toga debia ceder a las armas.

Llegaron á un oscuro y largo corredor, en el que habia muchos cuartos; el número 3 estaba á la entrada, pero no tenía la llave puesta.

Brisac hizo una seña para que se detuvieran los guardias que le habian seguido de puntillas, temiendo que el ruido de sus espuelas causara sospechas á Latreaumon, y llamó con suavidad á la puerta.

Nadie contestó.

Llamó con mas fuerza.

—¿Quién es? ¿quién es el belitre que viene á despertarme tan pronto? dijo la gruesa voz de Latreaumont.

Despues añadió con su voz burlona:

—No abro la puerta mas que á la Aurora en persona, y si viene trasformada en una jóven.

—Amigo mio, dijo Pellot fingiendo la voz.

—Ya creo yo que será amigo, porque ¿quién se atreveria á venir á decir á la puerta de Latreaumont, enemigo?

Despues, como si llamase á un lacayo que estuviera en la pieza inmediata, dijo:

—Lanfranc, levántate y abre con mil diablos á ese amigo, á quien Morfeo confunda.

Un instante despues se abrió la puerta y entró solo Brisac, y marchando en derechura á la cama, dijo:

—Date preso en nombre del rey.

—¿Calla con mil diablos! es Brisac, exclamó el coronel que no habia oido al mayor, ó por lo menos lo fingia.

—Date preso en nombre del rey, repitió Brisac con una voz mas fuerte.

Latreaumont se mordió el lábio inferior tan violentamente, que saltó la sangre; frunció un instante las cejas y no hizo mas. Hasta el fin de esta escena

tan trágica, su sangre fría habitual y su carácter indomable é irónico no se desmintieron un momento.

—¿Con que vienes á prenderme, mi antiguo camarada? Pues aquí para entre nosotros, ¿sabes que has obrado muy mal?

Y parecía que el coronel buscaba alguna cosa con la vista.

—¿Qué quieres? un soldado debe obedecer; es preciso que te lleve á Paris. Vamos, no la echés de valiente, porque tengo la superioridad. Resígnate, ¡y con mil diablos! no será mas que una nube de verano.

—Como tú dices, uno ó dos relámpagos, uno ó dos truenos nada mas. ¿Pero de veras me llevas preso? ¡y para eso has madrugado tanto?

—De veras... vístete. No trates de escaparte, porque sería inútil: el dueño de la casa me ha dicho que este cuarto no tenía mas salida que esta, y mis gentes están en el corredor.

—¡Ah! ¿Con que tus gentes están en el corredor?

Y el partidario echó rápidamente una ojeada oblicua á una puertecilla cubierta con un tapiz que ocultaba una habitacion que comunicaba con aquella.

—Vamos, vístete pronto, que me voy incomodando.

—¡Ten paciencia con mil diablos! Tengo mucho pudor, y no es cosa de ir por esas calles como nuestro padre Adán. Vamos, puesto que no hay mas remedio.

Y el coronel hizo un movimiento como para levantarse de la cama.

En este instante se sintió un gran tumulto en la fonda.

Brisac, temiendo alguna súbita invasion del populacho, se dirigió hácia la puerta para mandar entrar sus guardias.

Aprovechándose de aquel momento, saltó Latreaumont de la cama y desapareció detrás del tapiz de que hemos hablado, oyéndose al momento el ruido que hacia para montar las pistolas.

A este ruido seco y tan familiar al oído del soldado, Brisac volvió vivamente la cabeza, y estupefacto de no ver á Latreaumont en la cama, corrió á la puertecilla y oyó al coronel que decia:

—Aquí me teneis, Brisac, pero todavía no me habeis cogido.

Brisac sacó la espada y levantó atrevidamente la cortina.

Vió á Latreaumont medio desnudo con una pistola en cada mano; sus pálidas facciones siempre tenian la misma espresion de audacia y burla.

Un rayo de luz en medio de anchas sombras iluminaba aquella gigantesca figura, que con el mayor atrevimiento se destacaba sobre el negro fondo del gabinete.

No pudo Brisac resistir á un movimiento de sorpresa, aun tal vez de espanto, al aspecto de este coloso que se levantaba como una fantasma, y cuyos ojos grises brillaban en la oscuridad.

—Sois un criminal, exclamó Brisac, que os atreveis á rebelaros contra una orden de S. M.

—¡Sí! me atrevo... A ti, Brisac...

Y el coronel tiró.

Pero habiendo separado Brisac el cañon de la pistola con la espada, dió la bala á La Rosa. Aquel viejo cayó al suelo gritando:

—¡Jesús! me muero.

Y murió en efecto.

Latreaumont tiró otro pistoletazo que no dió á nadie.

Queriendo despues abrirse paso, cogió una mesa

para que le sirviera de escudo; pero en aquel momento dijo Brisac:

—¡Tirad, señores... tirad!

Bolsbrun apuntó á Latreaumont y le envió una bala al medio del pecho.

El partidario puso la mano en la herida y cayó hácia atrás con la mesa, exclamando:

—Gracias, Brisac, muero como soldado.

Al verle en el suelo, los guardias y los dependientes de Pellot se precipitaron sobre él, le ataron y le trasladaron á la cama.

Estaba desmayado; la sangre salia á borbotones de la herida, que estaba próxima al corazón.

En aquel mismo dia, á las once y media de la noche, Latreaumont, que todavía vivia, habia sido trasladado al antiguo palacio, á una habitacion de aquel gótico edificio, habitacion inmensa y sombría en la que se habian hecho á toda prisa algunos preparativos.

El coronel estaba acostado en una de aquellas camas antiguas de columnas torneadas y colgaduras encarnadas; una lámpara de cobre colocada sobre una mesa proyectaba grandes sombras, y apenas alumbraba á los actores de esta escena.

Estos actores eran Brisac, Pellot, su secretario y el R. P. Patricio, capuchino, á quien se habia llamado, primero para que reconciliase á Latreaumont con el cielo, y despues para que por medio de la confesion obtuviese todas las noticias posibles acerca de la rebellion de Normandia: en caso que se confesara Latreaumont, era abusar indignamente del sigilo; pero como se demuestra por una carta de Mr. de la Regnie al padre Bardalue, los dependientes del rey no reparaban en tales miserias.

El coronel defraudó todas sus esperanzas, confesando desde luego que habia cometido todos los crímenes que un hombre podia cometer.

Las facciones de Latreaumont estaban descompuestas por la aproximación de la muerte; estaba livido; por su ancha frente corría un sudor frío, y sus ojos brillando con el ardor de la fiebre estaban hundidos en su ancha órbita. Su voz sorda y casi ahogada; de rato en rato se presentaba en sus labios una espuma sanguinolenta; pero á pesar de todo aquel carácter indomable había resistido á los dolores físicos y al terror de un fin próximo.

Con una increíble presencia de ánimo luchaba tenazmente con Brisac, Pellot y el P. Patricio, que querían persuadirle á que nombrara á sus cómplices, á lo que contestaba este antiguo criminal, como decía Pellot en su carta, con palabras de obstinación, fanfarronería y vanidad.

Brisac estaba á su derecha, el P. Patricio á su izquierda, Pellot á los pies de la cama, y el secretario sentado á su lado, á punto de escribir las declaraciones de Latreaumont.

—Pero nombra á tus cómplices, dijo Brisac; di lo que sabes, y harás un servicio al rey.

—No quiero hacer favor alguno á ese real bailarín, contestó el coronel con una voz débil, en tanto que hacía esfuerzos para sonreírse irónicamente.

—¿No conocéis, hermano, decía el capuchino, que podeis conseguir la absolución, teniendo un sincero arrepentimiento y confesando la enormidad de vuestros crímenes?

—Hermano, decía el coronel, me arrepiento de no haber podido conseguir lo que quería.

—¿Qué es lo que queriais? Dadnos detalles, decía Pellot.

—¿Para qué, digno proveedor del cadalso?

—¿Qué deseabas conseguir? replicó Pellot, que esperaba que el coronel confesara alguna cosa.

—Acariciar á Margarita, porque he sido muy tímido.

Y el coronel enjugó sus lábios que acababa de enrojecer una bocanada de sangre.

—¿Pero sabes, miserable, dijo Pellot irritado, queriendo valerse del terror á ver si conseguia mas que con la persuasion, sabes que si te obstinas en ese silencio culpable, que si no nombras á tus cómplices, te voy á mandar dar tormento?

Esta amenaza hizo alguna impresion en Latreaumont, que volviendo la cabeza contestó asustado:

—¿El tormento á mí, si no señalo mis cómplices? ¿el tormento? ¿cuando estoy medio muerto, señor Pellot!

—¡Sí, sí! y si no confiesas sus nombres, te se aplicará. Allí están los borceguíes y el caballete, dijo Pellot, encantado del efecto que creia habia producido en el animo del coronel.

—¿Con las tenazas hechas áscua para arrancaros la carne, y plomo derretido para que corra por vuestras venas! añadió el secretario con una vocecilla aguda, queriendo sin duda ennegrecer todavía mas el cuadro que hacia reflexionar al coronel con grande asombro de Brisac.

—Sufrirás todos los tormentos posibles; porque tengo orden de aplicarte el tormento ordinario y extraordinario.

—¡Dios mio! ¿el tormento ordinario y extraordinario!... ¡á mí! ¿en el estado en que estoy, señor Pellot? dijo el coronel cruzando las manos con grande asombro de Brisac, que creia que deliraba Latreaumont.

—¡Si! todos los rigores del tormento, si no hablas, si no nombras á tus cómplices.

—¡Dios mio! ya lo oís, padre mio, dijo el partidario volviéndose hácia el capuchino; ¿el tormento ordinario y extraordinario si no nombro á mis cómplices!...

—Hijo mio, el Divino Salvador padeció mucho mas en la cruz por la salud de los hombres.

—El tormento ordinario y estraordinario, repetia el partidario con voz débil.

—Sí, si no hablais.

—Pues bien, dijo el partidario, oye, Brisac; lo que me has dicho del servicio del rey me ha convencido...

Brisac hizo un movimiento de sorpresa y de alegría.

—Padre mio, lo que me habeis dicho del Divino Salvador me ha conmovido.

Otra esplosion de asombro del capuchino.

—Señor Pellot, vuestras máquinas de hierro, y sobre todo el plomo derretido de que ha hablado vuestro compañero que está acurrucado en este sitio, y a quien no veo mas que la peluca, me dá miedo, y voy á descubrirle todo, y diré los nombres de mis cómplices.

—¡Al cabo! exclamaron los cuatro á la vez aproximándose á Latreaumont.

—Pero, añadió con una voz cada vez mas débil, como me fatiga el hablar, voy á escribir; dadme papel, escribiré los nombres, y esto será mas auténtico.

Se apresuraron á facilitarle lo que deseaba. Pellot presentó el papel, Brisac le dió la pluma, el secretario tenia el tintero, y el P. Patricio tenia la lámpara que alumbraba de una manera estraña á aquel grupo que rodeaba á un moribundo, un soldado, un monje, un juez.

Cogiendo Latreaumont la pluma se preparó á escribir.

—¡Pero esto, dijo, es muy infame!... nombrar así á mis cómplices en Francia y en el extranjero.

—¡El cielo!

—El rey.

—La justicia os lo aconsejan, dijeron á su vez el monje, el mayor y el juez.

—Vamos, que mi infamia recaiga sobre vosotros.

Y Latreaumont escribió con sumo trabajo tres líneas ilegibles casi.

Los que le rodeaban trataron de leer conforme iba escribiendo; pero no habiendo podido conseguirlo se resignaron y esperaron.

Al cabo de dos minutos, Latreaumont, que habia fingido releer lo que habia escrito, dió el papel á Brisac.

—Ahora ya lo sabes todo, se ha salyado la Francia.

Aunque muy asombrado de que hubiera tantos nombres y revelaciones en tan pocas líneas, tomó Brisac el papel, y los cuatro fueron rápidamente hácia la mesa para leer lo que habia escrito.

Pellot, por su hábito de descifrar geroglíficos judiciales, se encargó de esta comision, y leyó lo que sigue con grande asombro y rábia de sus acólitos.

«Nada tengo que deciros, y todavía no os he dicho que sea criminal: jamás he conocido el miedo, y por lo tanto no me asustan vuestras amenazas.»

Y todos se miraron aterrados de la imperturbable audacia de aquel hombre, que con un pié en el sepulcro todavía se chanceaba.

Al ver cerca de su lecho aquellas figuras tan grotescamente sorprendidas, Latreaumont dió una carcajada salvaje y ronca.

Volvieron todos á rodear la cama.

—¡Miserable! dijo Pellot.

—Espera y escucha; atiende al final, dijo el coronel, cuyos ojos brillaron de una manera sobrenatural, y con un gesto imperativo y absoluto mandó que guardaran silencio.

Y sin que ninguno de los espectadores de tan terrible escena se atreviera á interrumpirle, recitó con voz entrecortada una copla de una antigua cancion de la Fronda.

Despues quiso reirse otra vez; pero fatigado ya, cayó pesadamente sobre la almohada.

Latreauumont estaba muerto.

En este momento el reloj de la torre del viejo palacio dió las doce.

---

## CAPÍTULO XXVII.

---

### El proceso.

Paso á la justicia del rey.

Los hechos van á marchar ahora con suma rapidez.

Al dia siguiente de la muerte de Latreaumont fué arrestado Van-den-Enden en Bourges el dia de su llegada de Bruselas y conducido á la Bastilla. La marquesa de Vilars fué arrestada en su castillo, Augusto en Breano, y Mauricia en Paris, y todos fueron trasladados á la Bastilla.

¿Quién era causa de estos arrestos? Nazelles. ¿Por qué esta delacion? Porque quería vengarse de los desprecios de Clara María.

Aquí se mezcla lo grotesco á lo horrible: El pensionista de Catalina era el verdugo de Van-den-Enden.

Encontraron á Van-den-Enden una nota sin firma;

era la respuesta de Monterey á las últimas proposiciones de Latreaumont.

Segun el tenor de esta nota, los Estados de Holanda decian que Latreaumont pedia mucho dinero; pero aseguraban que bien pronto una flota holandesa llegaria al Mediterráneo para unirse á las escuadras del Océano para intentar el desembarco en Quillebeuf ó en otra parte.

Cuando arrestaron á Augusto, encontraron en su habitacion en el fondo de una cajita que habia pertenecido á su madre, ocho cartas de Luisa, tesoro de amor tantas veces besado con idolatria por el caballero.

Estas cartas de que no aparece en el proceso mas que un extracto, parecen muy tristes, gravemente afectuosas, y demuestran la desesperacion de la marquesa, que reconociendo por la inutilidad de sus tentativas que era imposible esta revolucion, presentaba á Augusto los peligros de la posicion que se habian creado si se llegaba á descubrir el complot.

Estas cartas y la nota cogida á Van-den-Enden componian las únicas pruebas materiales reunidas contra los acusados.

Por sus incompletas confesiones, arrancadas por el terror, por falsas promesas, por el abuso del sigilo de la confesion y por una tortura de calabozo estrajudicial, se pronunció la sentencia.

Hé aquí á los cinco acusados encerrados en los sombríos calabozos de la Bastilla.

Ahora, si se quiere experimentar una violenta emocion de contrastes, contrastes que debian asombrar hasta á los mismos acusados, recordemos la vida estudiosa, pacífica y serena que tenia Van-den-Enden en Amsterdam en 1669 al principio de esta historia.

Ciudadano de una república, soñando con sus que-

ridas utopias, y confiando en el viento de libertad que impelia incesantemente desde las siete provincias unidas sus principios de independencia, esperando verlos germinar algun dia para dicha de los hombres en algun estado monárquico.

En 1674 habian pasado cinco años; la república de que era ciudadano Van-den-Enden, assolada primero por Luis XIV, se humilla bajo la mano ruda y despótica de Guillermo de Orange. En aquel momento Van-den-Enden, encerrado en un calabozo de la Bastilla, piensa mas en la ruina de sus proyectos favoritos que en la terrible suerte que le espera.

Recordemos tambien aquel hermoso dia en que Mr. de Rohan, entonces en todo el brillo de su fortuna, de su juventud y su hermosura, envidiado de los hombres, adorado de las mujeres, hacia dimision tan desdeñosamente de uno de los mayores empleos del reino, y anunciaba orgullosamente á Luis XIV que la casa de Rohan rompía para siempre con la de Borbon.

En 1674 han pasado cinco años; y Mr. Rohan arruinado, abandonado de todos, solo en la prision, piensa con desesperacion, que si hubiera escuchado á Mauricia en vez de seguir los fatales consejos de La-treaumont, estaria entonces con Mauricia, libre y feliz en su casa de Penchot, en tanto que ahora debe temerlo todo del ódio implacable del rey y de su ministro.

Recordemos la modesta casa de Preaux, de donde Augusto y su padre salian en 1669, todos los dias tan contentos para pasar largos ratos en Endreville.

Recordemos á los dueños del castillo, Mr. Vilars tan grave, tan noble y tan bueno; Luisa, tan hermosa, tan alegre y tan confiada en su virtud. Augusto, tan deliciosamente atormentado por el amor que tenia que ocultar.

Recordemos mas tarde las encantadoras esperanzas de Augusto y Luisa y sus planes de felicidad sin fin.

Ahora, Luisa, desde el fondo de un sombrío calabozo, considera estremeciéndose la suerte de Augusto.

Ahora, Augusto, desde el fondo de un sombrío calabozo, considera estremeciéndose la suerte de Luisa.

Haremos ahora una rápida reseña del proceso.

Entre las monstruosidades homicidas del gran siglo no hay tal vez ninguna mas espantosa que esta, que aparece fria y desnuda, coma el hacha del verdugo, bajo la forma del artículo 8 del título XIV de la ordenanza de 1670. «El procedimiento será secreto. Los acusados, de cualquier calidad que sean, se defenderán por sí mismos, sin el ministerio de abogados, y no los podrán tener ni aun despues de la confrontacion.»

San Luis habia restablecido el derecho de defensa: el rey caballero Francisco I le abolió por las indicaciones del canciller Poyet. Hizo mas, estableció el procedimiento secreto, hasta entonces desconocido en Francia, y puso inauditas trabas á la defensa. El gran rey continuó la obra de iniquidad del rey caballero, y la ordenanza de 1670 vino á confirmar el edicto de 1539.

Así es que los acusados, privados del consejo de los abogados, se ven obligados á defenderse por sí mismos: entre ellos hay dos mujeres jóvenes, Luisa y Mauricia, naturalmente ignorantes de todas las formas del procedimiento, entregadas sin piedad á todas las sutilezas, á las preguntas insidiosas, á todas las astucias infernales de los agentes del rey.

Sin duda en las circunstancias dificiles en que se encontraba la Francia, Rohan y sus cómplices voluntarios ó involuntarios debian parecer muy culpables á

la vista imparcial y severa de la justicia; sin duda que aunque no hubiera habido mas que deseos, el designio de llamar á las armas extranjeras al seno de la patria era un voto sacrilego; pero es tal la odiosa iniquidad de este proceso, que hiero ciegamente á todos á pesar de la diferencia tan enorme de grados de culpabilidad de cada uno y las circunstancias atenuantes para todos, puesto que se reconoce en el mismo proceso que Latreaumont fué el único que ideó la conspiracion: es tal la odiosa iniquidad de este proceso, que se olvida lo que hay de verdaderamente criminal en las vanas esperanzas de los acusados, para no pensar mas que en un sentimiento de venganza implacable que cegó tan terriblemente á Luis XIV en este caso.

En fin, el 24 de Setiembre, Mr. Bazin de Berons y Mr. Pommereux, consejeros de Estado, fueron nombrados comisarios para fermar el proceso á los acusados, y Mr. de la Reinié fué elegido para procurador general.

Van-den-Enden fué interrogado el primero: confesó todo sin restriccion con una especie de orgullo, sus tres viajes á Holanda, los antiguos proyectos formados en 1669 con Latreaumont, y renovados en 1672. No eludió ninguna pregunta; esplicó el sentido de la *Gaceta de Holanda*, y dijo que en su último viaje de que acababa de llegar cuando le arrestaron, le prometió Monterey de nuevo el apoyo de Holanda y España.

Mr. de Rohan fué interrogado en seguida: todo lo negó, y pidió que se presentaran las pruebas que habia contra él.

Sus respuestas eran secas, lacónicas, altaneras. Trató á Van-den-Enden de impostor, y rehusó firmar el interrogatorio.

Se le tomó segunda declaracion ocultándole como

á los demás acusados la muerte de Latreaumont, y á lo que le dijeron respecto al tratado que se habia hecho con Monterey en su nombre, contestó que no podia ser responsable de las locuras de Latreaumont y que le presentaran las pruebas.

Si Rohan hubiera insistido en esta línea de defensa, tal vez se hubiera salvado, porque no habia una sola prueba positiva contra él, porque su nombre no se habia escrito ni una sola vez ni en las cartas de Luisa, ni en la *Gaceta*, ni en la nota de Monterey, únicas pruebas que habia en el proceso.

Pero como era sumamente débil el desdichado, no pudo resistir á las insinuaciones de Louvois que fué á verle de parte del rey (vergüenza eterna para el gran rey) asegurarle el perdon si queria decir lo que sabia del complot. No queria S. M. hacer perecer á un hombre que podia servirle.

Por increíble, por horrible que parezca esta infame astucia de verdugo, es sin embargo muy cierta.

En su tercer interrogatorio, Rohan comenzó por esponer (asi lo dice proceso) que despues de sus primeros interrogatorios le dijo Mr. Louvois en la Bastilla que debia dar conocimiento al rey de lo que se habia intentado en la Normandia, y que le daba tres dias para reflexionar, debiendo esperar que el rey sin duda alguna no queria que pereciese un hombre que todavia podia servirle; que luego no habia vuelto á ver á Louvois, y que habiendo pedido que fuera Colbert para manifestarle lo que sabia, le contestó S. M. que habia nombrado comisarios y que ante ellos debia declarar lo que queria decir á Colbert.

Entonces Rohan lo confesó todo, diciendo para disculparse lo que era una verdad fatal, que habia sido impulsado, comprometido á pesar suyo por Latreaumont; pero que se debia distinguir el pecado venial del pecado cometido, y que las intenciones no debian ser castigadas como hechos.

La marquesa de Vilars confesó en su interrogatorio, reconoció sus cartas, no trató de negar; y únicamente estuvo silenciosa cuando la preguntaron las causas que la habian impulsado á sublevar la Normandía, siendo tan rica.

Mauricia dijo lo que era verdad, que hacia cinco meses que no habia visto á Rohan.

Augusto tambien confesó con estremada sencillez su viaje á Holanda, su participacion en el complot, su conviccion de que era imposible realizarse, las persuasiones de su tio, y sus instancias con la marquesa para que no tomase parte en él.

En vano preguntaron á Luisa y á Augusto quiénes eran los caballeros á quienes se habian dirigido para escitarlos á la revolucion: Augusto y Luisa guardaron el silencio mas tenaz, y no confesaron mas que uno de ellos, el señor Aigremont, porque otros testigos le habian denunciado.

Nos hemos olvidado de decir que todos los acusados, abandonados á si mismos sin consejo ni defensa, trataron antes de su primer interrogatorio de disculparse por un medio semejante, diciendo que tenian intencion de prevenir al rey de los designios del extranjero, y que no les habian prestado apoyo mas que para hacerlos abortar mas fácilmente.

Sin duda este medio de defensa era pueril y absurdo: así es que ninguno de los acusados insistió en él; pero viéndose frente á frente del cadalso, habia sido el primer movimiento de terror, el instinto de conservacion el que les habia hecho recurrir á este inadmisibile pretesto.

Acabadas estas operaciones preliminares, el rey, por letras patentes de 30 de Octubre, nombró al canceller de Aligre, á Poncet, Boucherat, Laine de la Marquisite, Bazin de Berons, Pussort, Voisin, Hotman, Bernard de Rezé, Jienbet, Canmartin, Pommereaux, Jortia, Constin, Gorgon de Thuss y Quentin de Riche-

bourg, para que se reunieran en el arsenal, y nombraran los diez individuos que habian de proceder á la instruccion definitiva del proceso formado á Rohan y sus cómplices.

Mr. de la Reinié los acusó ante este tribunal, y dijo:

«Que Rohan, Latreaumont (1), el caballero de Preaux y la marquesa de Vilars fuesen declarados culpables del crimen de lesa majestad, á saber: Mr. de Rohan por las conspiraciones y designios de revolucion que habia tenido por la correspondencia con extranjeros, y proposiciones, ofertas y solicitudes que habia hecho contra el rey y el Estado.

»Latreaumont por haber ideado dicha conspiracion, por la inteligencia que habia tenido con los enemigos extranjeros, y por su abierta rebelion á las órdenes del rey.

»El caballero de Preaux por haber tenido conocimiento de esta conspiracion, y haberse empleado en la ejecucion de la rebelion.

»La marquesa de Vilars por haber tenido tambien conocimiento de la conspiracion y hablado á muchas personas para que tomasen parte en ella.

»Y para reparacion de estos crímenes pide el procurador general que Mr. Rohan, el caballero de Preaux y á la marquesa se les corte la cabeza en la plaza de Greve, y que sea para siempre condenada la memoria de Latreaumont.

»Habiendo sido convencido Van-den-Enden de haber tenido participacion en los proyectos de conspiracion de Rohan y Latreaumont, y haber hecho varias negociaciones con el mismo objeto, debe ser ahorcado.

---

(1) Se formó el proceso á la memoria de Latreaumont, á quien representaba el procurador Juan de la Bruyere, nombrado por el tribunal.

»Todos los bienes de Mr. Rohan, el caballero de Preaux y la marquesa de Vilars que sean de feudo del rey, volverán á la corona, y los demás bienes de cualquiera naturaleza que sean, asi como los de Vanden-Enden, confiscados, escepto veinte mil libras que se destinarán á obras piadosas.

»Mr. Rohan, el caballero de Preaux y Vanden-Enden sufrirán primero el tormento ordinario y extraordinario para que se revelen sus cómplices. Respecto á la señorita Mauricia de O. Villars se ampliará el proceso.»

Tales fueron las peticiones del fiscal ante el tribunal el 30 de Octubre de 1674.

Se vé por esta acusacion absolutamente adoptada por los jueces que pronunciaron las sentencias, que los acusados no habian sido convencidos mas que de designios de rebelion, y que Latreaumont era el único que habia ideado la conspiracion.

A pesar de su derecho de perdon, Luis XIV se resolvió á que aquellas cuatro cabezas rodaran en el cadalso.

Fueron condenados á ser decapitados Rohan, Augusto y la marquesa, y Van-den-Enden debia ser ahorcado.

Segun un gran número de cartas de Seignelay á Reinié, es evidente que Luis XIV tenia tales deseos de que se concluyera el proceso, es decir, de ver ejecutado á Rohan; que todos los dias salian dos correos de Paris con cartas de Reinié para dar cuenta al rey de los mas pequeños detalles del proceso.

En fin, lo que parece una prueba tan terrible como significativa del encarnizamiento de Luis XIV contra aquellos desgraciados, es la carta de Seignelay, escrita catorce dias antes de la sententencia, y que juzgando la condenacion de los acusados, se ocupa de las órdenes que hay que dar para asegurar su suplicio.

«Amigo: os envío este espreso para saber lo que ha pasado hoy en el asunto de Rohan. El rey me manda que os diga al mismo tiempo, que como habra que dar algunas órdenes para la ejecucion de la sentencia que se pronuncie, os tomareis el trabajo de avisar un dia ó dos antes, cuando veais que se vá á concluir el proceso.

»Suyo afectisimo servidor,

»SEIGNELAY.

»A M. Lareynée, 12 de Noviembre de 1674.»

(Corresp. de Colbert, 1674, Julio, Diciembre. Man. Bibliot. del rey.)

---

## CAPÍTULO XXVIII.

---

**El 27 de Noviembre de 1674.**

Paso á la justicia del rey.

La formidable Bastilla se elevaba, como es sabido, en la estremidad de la calle de San Antonio, entre esta puerta de Paris y el pequeño arsenal. La plaza que habia delante del castillo estaba limitada por un lado á la derecha por el hotel du Maine, y á la izquierda por otras hermosas casas del cuartel de la plaza real, entonces muy á la moda.

En la noche del lunes al martes 27 de Noviembre habia llovido á torrentes, y un pálido sol de invierno iluminó un momento con sus amarillos rayos el horizonte nebuloso á través del cual se veian las sombrías torres de la Bastilla.

Eran las seis de la mañana: la triste luz de los faroles, reciente innovacion debida á Colbert, luchaba con la primera luz de aquel triste dia. La ciudad es-

taba silenciosa y desierta; hacia una hora que estaban refugiados bajo el ancho portal del hotel du Maine una mujer, un anciano, un sacerdote y un niño que hablaban muy pocas palabras y tenían constantemente fijas sus miradas en las murallas de la terrible prision.

La mujer era Clara, hija de Van-den-Enden.

El anciano Mr. de Saint-Marcey, padre de Augusto.

El sacerdote Mr. Isaac Sarru, ministro protestante, tío de la marquesa.

El niño, de edad de diez años, era Gabriel, hijo de Luisa.

Hacia dos meses que estaban presos los acusados; sus desdichados parientes, reunidos por una terrible comunión de dolores, se juntaban allí todas las mañanas. Como no podían escribir á los que tanto querían, ni pasar la terrible puerta de la Bastilla, porque estaba rigurosamente prohibida toda comunicacion con los acusados, iban á aquella plaza esperando un día y otro verlos salir, ó para el destierro, ó tal vez para el cadalso.

Ya hacia dos meses que volvían todas las noches tristemente á su casa, sin saber nada del estado del proceso, aunque se aventurasen á hacer algunas preguntas á los que salían de la prision; pero nada habían podido averiguar que les tranquilizara, porque la Bastilla estaba tan muda como sorda al grito de los que allí padecían.

Clara María, en vez de estar pálida como siempre, tenía las mejillas con un vivo encarnado. Su mirada, que siempre era glacial, brillaba con el ardor de una fiebre devoradora: medio oculta con su cofia estaba sentada en un banco de piedra y tenía en sus rodillas un canastillo con provisiones y unos vestidos que esperaba vanamente poder entregar á su padre.

Mr. de Baint-Marcey, envuelto en una larga capa, se apoyaba inmóvil en una de las columnas del sun-

tuoso pórtico. La barba blanca del anciano era larga, sus cabellos caían en desorden, sus ojos estaban hundidos, y espantaba ver aquel rostro demacrado.

Mr. de Sarrau, el sacerdote, era un hombre de cincuenta años, de aspecto serio y de firmeza; vestido todo él de negro. Abrigaba con su capa á Gabriel, hijo de Luisa, niño de figura encantadora, que se parecía mucho á su madre y que anunciaba ya una rara fuerza de voluntad, y que por sus lágrimas y sus súplicas obligaba todos los días á su tío á que le permitiera acompañarle.

Poco á poco fué entrando el día, siempre triste y frío. Paris, por decirlo así, comenzó á despertar. Se oyó tocar la diana en los muros de la Bastilla y se relevaron los puestos de la noche.

Entonces Clara Maria, Saint-Marcy y Sarrau se prepararon como de costumbre á hacer sus averiguaciones, á espiar á cada persona que salía del castillo, y á arriesgar una pregunta casi siempre inútil.

—¿Pasará este día como tantos otros? dijo Mr. de Sarrau.

—¡Padre mio! ¡padre mio! dijo sordamente Clara Maria.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! repitió Saint-Marcy con un eco desgarrador.

—Y no poder saber, dijo Sarrau, quiénes son los jueces (1), cuál es la sentencia y si se ha dado ó no.

—¡Tal vez le habrán matado en el tormento! dijo Clara Maria con voz breve. Extranjero, holandés, republicano, ¡qué será lo que no le habrán hecho sufrir!

—¿A quién, á mi hijo? dijo vivamente Saint-Marcy,

---

(1) Tenia tanto cuidado Luis XIV de que el procedimiento fuese secreto, que la mayor parte de él estaba escrito de mano de Reinié.

que en su espantosa preocupacion no pensaba mas que en Augusto.

—¡No, no, á mi padre! contestó la jóven con impaciente angustia.

Despues añadió hablando consigo misma:

—¡Pobre padre! ¡tan anciano! ¡cuánto sufrirá! ¡tal vez á estas horas esté muerto de hambre y de frio!

—¡Pero mi hijo! ¡á mi hijo no le harán daño, ¿no es verdad? dijo el desdichado Saint-Marcey. ¡Este pobre niño es tan bueno, tan noble! ¿no le harán daño, no es verdad?

—Si dan tormento y matan á mi padre, ¿cómo queis que no hagan daño á vuestro hijo? dijo Clara con un acento casi feroz.

—Y á mi madre, ¿por qué la guardan en esa prision? ¿Cuándo la verá?

—¡Dios es justo, hijo mio, replicó Sarrau, y salvará la inocencia!

—¡Dios! exclamó Saint-Marcey con tan terrible expresion que solo este ademan parecia una blasfemia.

—¡Son tan frias las noches!... á lo menos en mi casa le cuidaba yo, continuó Clara.

Despues, haciendo un brusco movimiento, añadió:

—¡Pero tal vez no tenga ya ni frio ni hambre! Yo soy causa de su muerte. Ese Nazelles, Nazelles, dijo con la misma voz sorda con que habia llamado á su padre.

Al oir el nombre de Nazelles, Saint-Marcey dió un salto y exclamó con furor:

—¡Sí, sí, Nazelles, Nazelles! le mataremos despues entre los dos como lleguen á sentenciar á mi hijo... os doy mi palabra.

Luego que pronunció el nombre de Nazelles parecia Clara mas agitada; sus ojos brillaban con mayor ardor. En fin, casi delirante cogió bruscamente el brazo de Sarrau y le dijo en voz baja:

—Las miras del Señor son impenetrables, ¿no es

verdad? sois su ministro; explicádmelas. Yo sabia la traicion de ese Nazelles que lo ha revelado todo. Me habia dicho: «sois mia ó hago que maten á vuestro padre denunciando un complot en que ha tomado parte.» No quise ser suya y al momento reveló el complot. Yo he sido la causa de la muerte de mi padre. Era preciso escoger entre un adulterio y un parricidio.

—Sosegáos, desdichada, dijo Sarrau asustado de las miradas de Clara Maria.

—¿Veré hoy á mi madre? dijo el niño.

—Tal vez, Gabriel mio, contestó tristemente Sarrau.

De pronto un ruido lejano de tambores hizo estremecer á estos tres personajes.

Dos compañías de guardias francesas y una de mosqueteros negros aparecieron en la plaza y se dirigieron hácia la puerta de la Bastilla: se bajó el puente levadizo de la fortaleza: los tambores resonaron bajo aquellas bóvedas sonoras: entraron las tropas, se volvió á levantar el puente. El ruido fué disminuyendo hasta que cesó del todo.

—¿Para qué será ese refuerzo de tropas? preguntaron casi instantáneamente los tres personajes con un inexplicable sentimiento de espanto.

—Vamos, vamos, es preciso saberlo y preguntarlo, dijo Saint-Marcy con resolucion, y darnos cuenta unos á otros de lo que averigüemos como de costumbre.

Apenas habian pronunciado estas palabras, cuando dieron las siete en el reloj de la prision.

Un nuevo ruido de tambores se oyó por la parte de la calle de San Antonio, y bien pronto el regimiento entero de guardias francesas desembocó en la plaza llevando á la cabeza á su coronel el duque de Feuillade.

—¿El regimiento de guardias francesas! dijo Saint-Marcy estremeciéndose; ¡qué aparato!...

—¿Dónde va? preguntó Clara Maria á Sarrau.

Despues se oyó el ruido lejano de caballos y carro-

zas, y apareció una compañía de mosqueteros negros. A su cabeza iba Jorbin.

—¡Mas mosqueteros! dijo Saint-Marcy.

Se colocó en batalla la caballería, y vino después otra compañía de mosqueteros blancos mandada por Joucelles, que se formó por compañías para sostener la línea que presentaba el regimiento de guardias, que apoderándose de todas las avenidas de la plaza de la Bastilla, colocó puestos avanzados á la entrada de la calle de Tournelles, en la puerta de San Antonio y frente al punto donde se hallaban Clara, Saint-Marcy y Sarrau.

—Echan las cadenas en las calles, dijo Clara.

—Es una revista, dijo Saint-Marcy con una espantosa sonrisa de falsa confianza, pero limpiando las gotas de sudor frío que caían de su frente.

—Si, sí, no puede ser otra cosa... Lo debeis saber muy bien, puesto que habeis sido capitán, dijo Clara María.

—Si, sí, mirad los guardias franceses que se forman en dos filas, á lo largo de las casas... Los mosqueteros los apoyan... Esto se llama... se llama formar el cuadro... Y el desdichado padre apenas respiraba.

—¿Pero qué es esto? dijo el niño; ¿y ese carruaje qué significa?

—Y está lleno de carpinteros, dijo Saint-Marcy santiguándose.

—¡Un patíbulo! exclamó la desdichada hija de Van-den-Enden, y cayó desmayada.

Saint-Marcy no oía ni veía; Sarrau socorria á la hija de Van-den-Enden.

En este momento el cordon de tropas que avanzaba á la vista de aquellos pocos espectadores de tan lúgubres preparativos, se aproximó á la puerta del hotel du Maine. Un hombrecillo de mirada ladina, acompañado de tres ó cuatro hombres vestidos de azul, exa-

minaba hacia un rato esta escena; se aproximó acompañado de sus acólitos.

Sarrau, que era el único que habia conservado su sangre fria, preguntó tomblando á aquel hombre:

—¿Podriais decirme, caballero, lo que significa ese aparato?

—Son los preparativos para el suplicio de Mr. Rohan y sus cómplices, dijo el hombre.

Despues, aprovechando el estupor de Sarrau, añadió:

—En nombre del rey, señor de Sarrau, Saint-Marcy y vos, señora, dáos presos.

—¡Dios mio! dijeron los tres personajes.

—Tranquilizáos; mañana estareis en libertad, dijo Desgrez, pero ahora es preciso seguirme.

Era inútil toda resistencia; los satélites trasladaron á Clara María á una carroza é hicieron subir á los demás; marchó al momento y continuaron los preparativos del suplicio.

## MAESE AFINIO VAN-DEN-ENDEN.

---

Un calabozo sombrío y húmedo: Entra la luz por un respiradero. Van-den-Enden lleno de harapos está echado en un camastro. Su barba larga, sus facciones lívidas, sus piernas llenas de vendajes. Acaba de sufrir el tormento ordinario y extraordinario y espera la hora de su ejecución. A su lado se halla un sacerdote.

*El Padre.* ¡Ay Dios! ¡en esta hora suprema insistir en vuestro endurecimiento!

*Van-den-Enden.* (Con una voz sosegada aunque débil y entrecortada por los suspiros causados por los horribles dolores que le causan las fracturas ocasionadas por el tormento.) No estoy endurecido. He querido el bien de la humanidad... mi conciencia de nada me acusa... muero tranquilo.

*El Padre.* Pero vuestro crimen .. pero el terrible tribunal de Dios...

*Van-den-Enden.* A mis ojos, á los ojos de los sábios, mi objeto era justo y grande.

*El Padre.* ¡Y los remordimientos?...

*Van-den-Enden.* No tengo remordimientos: he

cumplido mi mision; he querido con todo el poder de mi conviccion concurrir á la felicidad de los hombres. Habia soñado con una noble y grande regeneracion social. Pero todavía no es tiempo. Mi único deseo es que á lo menos mi muerte no sea vana, y que mi sangre fecunde para el porvenir nuestra santa causa... ¡oh, noble mártir! ¡oh, amigo mio! ¡oh, grande Wit!

*El Padre.* ¿Y no teneis ningun deseo, ningun último deber que cumplir? Quisiera ofreceros todos los consuelos posibles.

*Van-den-Enden.* (Con los ojos humedecidos y apretando la mano del sacerdote con reconocimiento.) Esta es la primera palabra de bondad que he oido hace dos meses. ¡Cuánto me han hecho sufrir! ¡A un anciano de setenta y cuatro años, enfermo, negarle un poco de pan y una colcha en estas noches de invierno! En este calabozo he pasado mucha hambre y mucho frio; pero esto vá á concluir. Pero ya que teneis tanta bondad, os ruego que veais á mi mujer y á mis hijos, á... Clara Mrria sobre todo; no les digais lo que he sufrido, sino que he muerto dándoles mi bendicion. Desdichadas criaturas, ¿qué van á hacer aisladas, rechazadas por todos?

En este momento entró un exento acompañado de un escribano.

*El exento.* (Con dureza) (1) Es el proceso verbal

---

(1) Van-den-Enden fué tratado con un rigor extraordinario. Se lee en un manuscrito de la biblioteca real intitulado: Mr. de Chavanes en 1735, entonces procurador general y despues consejero en el parlamento, y Mr. Berryer entonces consejero en el parlamento y luego ministro de marina, lo siguiente:

«A las diez de la mañana llegaron los comisarios y empezaron por mandar que se diera tormento á Van-den-Enden. Habia tal presuncion contra este doctor político, que le hicieron dar un tormento mas violento que el ordinario y extraordinario comunes. Se añadieron dos cuñas mas, como se indica en el proceso verbal.

de tus declaraciones mientras te tomaban medida de un par de borceguies, que es preciso que firmes.

*Van-den-Enden.* (Con exaltacion.) Firmaré, firmaré; y ¡ojalá que algun dia esas páginas depongan contra mis verdugos en el tribunal de la historia!

*El exento.* Si, sí, habla lo que quieras, viejo miserable.

*El Escribano.* (Leyendo en alta voz.)

«Proceso verbal de interrogatorio de Van-den-Enden, aplicado al tormento ordinario y extraordinario.

El año 1674, el martes 27 de Noviembre, á las nueve de la mañana, nos, Cláudio Barin, caballero de Berons, y Augusto Roberto Pommereux, etc., etc., nos trasladamos al castillo de la Bastilla, asistidos de Luis le Mazier, secretario del rey y comisionado para este proceso, y estando en una de las torres, mandamos venir a Francisco Afinio Van-den-Enden, condenado á muerte y á sufrir el tormento ordinario y extraordinario, y despues de haber prestado juramento de decir verdad, le dijimos que no habia dicho todo lo que sabia de las conspiraciones y designios de revolucion del señor de Rohan y sus cómplices.

Preguntado qué habia hecho de la nota que ha reconocido en el proceso que le fué dada por el señor Monterey.

Dijo que nada tenia que añadir á lo dicho en sus interrogatorios respecto á este punto.

Preguntado si su objeto cuando vino á Francia era formar una república de concierto con Latreaumont.

Dijo que sí.

Preguntado si no ha hablado con Latreaumont de

los medios de hacer la guerra y sublevar la Normandía antes que fuera enviada á Flandes la carta de 6 de Abril, y que Monterey contestase por la *Gaceta de Holanda* del 23 de dicho mes.

Dijo que sí; que primero habló con Latreaumont en 1669, despues en el campo de Vorden, diez y ocho meses antes de la dicha carta de 6 de Abril, diciendo muchas veces el dicho Latreaumont que la parte mas débil de la Francia era por la costa de Quillebeuf, y que se podría apoderar fácilmente de ella si apareciese alguna flota en las costas.

Preguntado quiénes son los cómplices de las conspiraciones y de su negociacion en Flandes.

Dijo que nada tenia que añadir á cuanto habia dicho ante nos.

En este estado le hicimos poner los borceguies al dicho Van-den-Enden, estando sentado y atado.

Dijo que aun cuando le hicieran morir no diria nada mas; que ninguna otra persona que él, Latreaumont y Mr. Rohan ha tenido conocimiento de las cifras de Monterey.

Preguntado si supo por Monterey que debia haber una revolucion en las costas de Normandía.

Dijo que nada sabia, y que Monterey ni le dijo ni le esplicó cosa alguna.

A la primera cuña

Dijo que habia dicho la verdad; que nada tenia que añadir... ¡Ay, Dios mio!

A la segunda cuña

Dijo que habia dicho lo que sabia.

A la tercera cuña

Esclamó: ¡Dios mio! he dicho lo que sabia.

Preguntado lo que sabia del proyecto de Quillebeuf antes del 5 de Abril.

Dijo que ya lo ha dicho, y que Latreaumont jamás

nombró á otra persona que al caballero de Preaux á quien vió en el campamento.

A la cuarta cuña

Dijo que Latreaumont le dijo que el caballero de Preaux seria de importancia en la conspiracion, á causa de una marquesa con quien debia casarse y que tenia muchos bienes en Normandía; pero que no habia nombrado ninguna persona de Rouen.

A la quinta cuña

Dijo: ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Dios mio!

Preguntado si ha oido nombrar al señor de Hiberville.

Dijo que no le conocia.

A la sexta cuña

Esclamó: ¡Ay, Dios mio!

A la sétima cuña

Esclamó: ¡Ah, me muero!

A la octava cuña

Dijo: ¡Dios mio! ¡no puedo hablar! y dijo que en Guyena debian montar á caballo los caballeros y que estaban muy descontentos.

Preguntado si habló á alguien del objeto de su viaje cuando fué á Flandes.

Dijo que no.

A la novena cuña, que es la mayor,

Dijo que Latreaumont le habia dicho que el rey habia hecho lo que él queria hacer; que habia dado armas á la nobleza y nombrado jefes de su banda sin designar persona.

A la décima y última cuña que es la colocacion de muchas cuñas

Dijo: ¿qué quereis que diga, señores... ¡Ah, Dios mio! ¡me muero!

En este estado mandamos desatar á Van-den-Enden y quitarle los borceguies.

Y habiendo leído el presente interrogatorio al dicho Van-den-Enden en su calabozo, dijo que las respuestas eran las mismas que había dado.

Y firmó en cada página: Francisco Afinio Van-den-Enden.»

*El Escribano.* (Dirigiéndose al doctor.) ¿Quereis firmar?

*Van-den-Enden.* (Levantándose con trabajo para firmar.) Juan Wit no pudo hacer otro tanto (1).

*El exento.* (Con dureza.) Vamos, firma sin hablar tanto.

*Van-den-Enden.* Ya voy.

*El Escribano.* Escribe por bajo y lee despues: Y se leyó este interrogatorio al dicho Van-den-Enden en presencia de su confesor. Firma: *Lemacier*, y sale con el exento.

*Van-den-Enden.* Sufro mucho... ¿á qué hora será?

*El Padre.* No sé: tal vez mañana.

*Van-den-Enden.* ¿Qué, no es ahora?... (queda profundamente absorto, y despues de un largo silencio dice:) Y por término de tan nobles designios, de tan sublimes inspiraciones, una muerte ignominiosa.. ¡Ahorcado!... y mis cómplices serán decapitados... Toda mi vida he soñado con la igualdad para todos, y no he podido conseguir ni aun la igualdad del supli-

---

(1) Es sabido que Juan Wit, antes de ser asesinado, sufrió el tormento y le colocaron las manos entre dos tablas, destrozándolas completamente y quemándoselas despues con mechas de azufre. El escribano, por una atroz inconsecuencia, le presentó el proceso verbal para que le firmara, y Wit sin contestarle no hizo mas que enseñarle sus manos horrorosamente mutiladas.

cio... ¡suerte rara! (queda largo rato pensativo.) ¡Y estais seguro que no será hasta mañana?

*El Padre.* Así lo creo... Tal vez...

*Van-den-Enden.* No creais que mi pregunta está dictada por el temor; pero ahora sufro tanto, que deseo ante todo el reposo, la calma de la nada.

(El sacerdote se arrodilla y ruega con fervor por Van-den-Enden.)

## EL CABALLERO AUGUSTO DE PREAUX.

---

Una habitacion en una de las torres de la Bastilla: una sola ventana alta y enrejada con dobles barrotes. Augusto está acostado en su cama. Tambien ha sufrido el tormento. Sus piernas están vendadas. Está muy pálido, y de rato en rato dá un grito de dolor arrancado por el tormento que ha sufrido. Al lado del lecho hay un jesuita.

*Augusto.* (Al jesuita.) ¿Me lo prometeis? ¿Vereis á mi pobre padre... se lo direis todo?

*El jesuita.* Sí, hijo mio.

*Augusto.* ¿Le dareis mi carta?

*El jesuita.* Si, hijo mio.

*Augusto.* ¿Y pedireis que mi cuerpo sea enterrado en la misma tumba que el de la marquesa de Vilars? ¿de Luisa!... de Luisa con quien debia casarme... (con acento desgarrador) y que he conducido al cadalso... ¡Ah, padre mio, qué horrible pensamiento!

*El jesuita.* Ahora, hijo mio, solo debeis pensar en la salud de vuestra alma.

*Augusto.* ¡Ya pienso en ello, padre mio! Toda mi esperanza está en la misericordia de Dios, en un mundo mejor, en un mundo en que la volveré á ver á ella y á mi madre.

*El jesuita.* Hijo mio, solo debes pensar en la presencia de Dios.

*Augusto.* ¡Perdonadme, padre mio! pero en esta hora suprema, lo que me hace el cadalso menos espantoso es la esperanza de que volveré á ver á Luisa allá arriba. Es la esperanza que Dios tendrá compasion de nosotros... Ha leído en nuestros corazones, y ha visto cuán escusable es nuestro crimen: y sin duda una vida pura, tan intachable como la de Luisa, absolverá ante el tribunal de Dios á aquella á que se han atrevido á condenar sus verdugos.

*El jesuita.* Hijo mio, Jesucristo perdonó en la cruz, y era inocente.

*Augusto.* Padre, yo les perdono todo el mal que me han hecho, los tormentos que me han hecho sufrir; pero perdonar á sus verdugos, á los verdugos de Luisa, ¡padre mio! ¡Pensadlo bien! Una pobre jóven, abandonada á merced de sus jueces, sin apoyo, sin consejo, sin defensa, y cuyo crimen ha sido tomar parte por el mas sublime afecto en el proyecto de una conspiracion imposible.

*El jesuita.* Hijo mio, se acerca el momento supremo; pensad en vuestra alma.

*Augusto.* ¡Ay, padre mio! tambien se acerca el último momento de ella, y yo... ¡yo soy el que la ha perdido!... ¡Ah! ¡este es mi verdadero suplicio! ¡mi verdadero tormento!

(Se cubre la cara con las manos.)

Entran el escribano y el exento, que salen del<sup>o</sup> ca-

labozo de Van-den-Enden; vienen á cumplir la misma formalidad del proceso verbal.

*El escribano.* Caballero, ¿quereis escuchar la lectura del proceso verbal del tormento, y firmarla como verdadera?

*Augusto.* Escucho, caballero (con dolorosa sonrisa): lo mas penoso ya ha pasado.

*El escribano.* (Leyendo.) Nos, etc.

Mandamos venir á Augusto Duchesne de Saint-Marcy, caballero de Preaux, condenado á muerte y á sufrir el tormento ordinario y extraordinario: y despues del juramento de decir verdad,

Preguntado á quién ha hablado de la sublevacion de Normandis,

Dijo que solo ha hablado á la marquesa de Vilars; y que si supiera otra cosa lo diria, ahora que iba á dar cuenta á Dios.

Preguntado si la marquesa de Vilars le habia dicho que habia hablado á muchas personas, y si la habia visto despues de esta carta en Evreux ó en el pais de Caux,

Dijo que la habia visto, y que la marquesa de Vilars no habia nombrado á otras personas que al señor Aigremont.

Preguntado qué es lo que sabia de la inteligencia con los extranjeros,

Dijo que habia sabido por su tio Latreaumont que Van-den-Enden habia hecho varios viajes á Flandes, pero no sabia los detalles de las negociaciones.

En este estado mandamos poner los borceguies al dicho caballero de Preaux, que estaba sentado en una silla, y le exhortamos á que dijera la verdad.

A la primera cuña

Dijo que habia dicho la verdad y que no sabia otra cosa.

A la segunda cuña

Dijo que si supiera mas no sufriria tanto y que la marquesa no habia nombrado á otra persona que al señor Aigremont, y que él solo habia tenido la culpa de que dicha señora tomase parte en el complot.

Preguntado qué es lo que sabia de la conjuracion con los holandeses,

Dijo que era cierto que habia dicho á la marquesa que los holandeses apoyarian la conspiracion; pero que no sabia mas que lo que habia oido á su tio La-treaumont.

A la tercera cuña

Dijo: ¡Ay, Dios mio! ¡Señor Dios! Si supiera alguna cosa no sufriria tanto.

A la cuarta cuña

Dijo: ¡Oh, Dios mio!

A la quinta cuña

Dijo: ¡Dios mio! ¡Dios mio! no tengo mas que decir.

A la sexta cuña

Que jamás habia oido decir que debian apoderarse de la persona del rey.

A la sétima cuña

Dijo: ¡Dios mio! ¡tened compasion de mi.

A la octava cuña

Dijo: si supiera alguna cosa mas lo diria. ¿Quereis que me condene?

Exhortado á que dijera la verdad,

Dijo que habia dicho todo lo que sabia.

En este estado mandamos suspender el tormento y desatar al dicho caballero de Preaux, y que fuera conducido á su prision, á donde le fué leído el interrogatorio que firma en prueba de verdad.

*El exento.* ¿Quereis firmar?

*Augusto.* Si señor. (Firma.) Dirigiéndose al exento: Os suplico me digais en qué estado se halla la marquesa de Vilars.

*El exento.* Resignada con su suerte.

*Augusto.* Gracias, caballero.

Salen el exento y el escribano.

*Augusto.* ¡Está resignada, padre mio!

Hace un movimiento Augusto estendiendo las manos hácia el sacerdote, y le arranca un grito de dolor.

*El jesuita.* (Inclinándose hácia él.) ¿Sufrís mucho, desdichado jóven?

*Augusto.* Sí, sufro muchos dolores en las piernas. Pero decidme, padre, ¿me prometeis que me enterrarán en la misma tumba que á ella?

*El jesuita.* No puedo prometerlo, hijo mio; estos tristes deberes incumben al prevoste; pero pensad en vuestra alma y haced oracion.

*Augusto.* He hecho oracion toda la noche con fervor, y confío en la clemencia de Dios que es soberanamente justo y bueno. Y despues, ¿qué mal le he hecho yo? él que lee en las almas lo sabe. Yo espero que Dios nos recibirá en el paraíso, y que nuestras almas participarán, serán eternamente felices.

*El jesuita.* Sí, hijo mio; si vuestro fin es religioso y ejemplar; si por vuestro profundo arrepentimiento os haceis digno del perdon. Pero, somos grandes pecadores, y vuestro crimen es muy grande, hijo mio.

*Augusto.* Sí, mi crimen es grande y terrible, padre mio, es un crimen espantoso el haberla perdido; teneis razon; ¡mi crimen es grande! Jamás mi arrepentimiento podrá espiarlo, y no me perdonará Dios el haber perdido á Luisa.

Entran un exento y un hombre vestido de encarnado.

Augusto, al verlos, se estremese, se cubre la cara con las manos, y dice con horror:

—¡Ah, ya, padre mio!

*El jesuita.* No, hijo mio; pero...

*El exento.* Pero... vuestros cabellos son muy largos, caballero.

---

## EL CABALLERO LUIS DE ROHAN.

---

Una habitacion de la Bastilla grande y convenientemente amueblada. Una puerta comunica con la habitacion que hay al lado. El padre Talon y el padre Bourdalue.

*El padre Talon.* (Entrando.) Vengo de los jesuitas, donde he dicho misa y apenas he tenido tiempo de desayunarme. ¡Qué niebla hay tan sombría y espesa, y á pesar del frio hay ya mucha gente en la plaza; las ventanas del hotel du Maine están llenas de gente de gran tono; parece que toda la Plaza Real se ha dado cita para aquel punto; no os podriais figurar que he encontrado á las señoras de Lyonne y Ham-buse muy adornadas.

*El padre Bourdalue.* Si es cierto lo que se dice (1),

---

(1) Mr. de Rohan habia sido el amante de madame Lyonne.

la presencia de madama Lyonne en semejante espectáculo es una enormidad.

*El padre Talon.* Es horrible sin duda; ¡pero es tan grande la curiosidad! y además (añadió con aire misterioso) se sabe que es hacer la corte al rey asistir al castigo que impone a un príncipe á quien destesta. A propósito, ¿sabes lo que ha dicho ayer S. M. al duque de la Tenillade á quien ha visto en la plaza envuelto en su capa y muy triste?

*El padre Bourdaloue.* No.

*El padre Talon.* Cuando dió el rey la orden á este señor para que viniera con su regimiento, á fin de asegurar la ejecucion de Rohan, la Tenillade, que habia sido uno de los mayores amigos del desdichado Rohan, tuvo el noble valor de suplicar al rey que le eximiese de tan penosa mision, y S. M. le contestó con aire terrible: «Eres muy sensible, Tenillade.» El duque no se atrevió á insistir y obedeció. ¿Pero cómo se halla Mr. Rohan?

*El padre Bourdaloue.* (Señalando la puerta de la habitacion inmediata.) Abrumado por no haber dormido en tres noches; afortunadamente descansa hace un cuarto de hora.

*El padre Talon.* ¿Y cómo está ahora? Le dejé tan irritado...

*El padre Bourdaloue.* Se ha calmado poco á poco. Pero me ha asustado con sus arrebatos de la noche anterior; creí que iba á perder la cabeza; me ha hecho estremecer la exasperacion con que hablaba de su madre y de su tia.

*El padre Talon.* Aquí entre nosotros, ni la princesa Guemenee, ni la princesa de Soubise (1), no se han portado como debian; de público se aprueba su

---

(1) Entonces querida de Luis XIV. (Véase San Simon.)

conducta por agradar á S. M.; pero en secreto se condena la sequedad de corazón de su madre, y su inexorable severidad para con su hijo, á quien no ha dado la menor muestra de cariño desde que se halla preso. Respecto á madama Soubise, se diría que no era pariente suyo Mr. Rohan, y ella declaraba ayer en San German que no reconocía como príncipe de su casa á un súbdito traidor y rebelde á su rey.

Por otra parte, madama Montespan, que segun se dice, habia amado mucho á Rohan, trata de hacerse la indiferente á la espantosa muerte de este desdichado señor para no despertar la cólera del rey, que segun se cree, ha tratado de satisfacer con esta condenacion una venganza. De celos.

*El padre Bourdaloue.* ¡Oh! ¡la córte, la córte!

*El padre Talon.* Es triste; ¿pero qué se ha de hacer? Se adora el ídolo que tiene por emblema un simbolo pagano. Roma está á sus pies: es preciso esperar el momento de los terrores y remordimientos...

Una pausa. El padre Bourdaloue y el padre Talon cambian una mirada significativa: continúa despues el padre Talon:

Decidme: ¿este desdichado caballero está mejor dispuesto?

*El padre Bourdaloue.* Sí, sin duda, aunque no puede dominar sus movimientos de cólera y odio contra S. M. y Louvois. Pero Rohan es un hombre tan versátil, de un carácter tan extraño en sus contrastes, que á cada instante varia.

Se oye algun ruido en la pieza inmediata.

*El padre Talon.* Creo que se despierta. (Escucha y no se oye nada.)

*El padre Bourdaloue.* No: ¡ojalá durmiese hasta el último momento!

*El padre Talon.* ¿Y á qué hora es?

*El padre Bourdaloue.* A las dos y media.

*El padre Talon.* Me olvidaba deciros que acabo de ver en su encierro á la señorita Mauricia.

*El padre Bourdaloue.* ¡No la han puesto en libertad?

*El padre Talon.* No; esperan á que se verifique la ejecucion para dejarla salir de la Bastilla; me habia suplicado que pidiera al rey en su nombre permiso para ver á Mr. Rohan; S. M. le ha negado. Entonces pidió autorizacion para escribirle; el rey contestó que consentia siempre que la carta no contuviese mas que la expresion de sentimientos religiosos y conformes á las circunstancias, y me dió orden de leer este billete y enviarle una copia. La señorita escribió una carta que me pareció muy llena de sentimientos terrenales; la rogué que escribiese otra mas grave y mas solemne. Ha llorado mucho y me ha dado esta, que es mucho mejor y mas en relacion con la terrible situacion de Mr. Rohan, y que me parece mas propia para hacer olvidar unos vínculos reprobados; ¿quereis que la lea antes de entregársela á Mr. Rohan?

*El padre Bourdaloue.* Con mucho gusto.

*El padre Talon.* (Leyendo) (1). «Si supiera que teniais un alma menos fuerte ó mas miedo á la muerte, tendria mucho cuidado para prepararos y noticiaros la poca esperanza que debeis tener de vivir; pero como jamás habeis tenido miedo, no creo que temais renunciar á una existencia que tantas veces habeis despreciado, y cuya pérdida debeis mirar como un bien, y puesto que os libra de tantas miserias y os abre un camino de salvacion, ofreciendo vuestra muerte á Dios como un sacrificio en expiacion de vuestras faltas. Confiad en su clemencia, porque sois una desgraciada victima que Latreaumont ha inmolado á su ambicion,

---

(1) Esta carta se halla en el proceso. Biblioteca real. Manuscrita.

un amigo demasiado confiado, de cuyo nombre y bondad ha abusado cruelmente; comenzad por recurrir á Dios, y emplead todos los momentos que os quedan en trabajar por vuestra salvacion. ¡Animo, ánimo! ¡que vuestro fin sea pacífico, firme, religioso y digno de vuestro nombre! Yo no deseo inspiraros mas que los sentimientos que ocupan mi alma en este momento; porque á pesar de la debilidad de mi sexo, yo hubiera querido de todo corazon aparecer criminal á vuestros jueces para librarme de una vida desdichada, que es ahora para mí odiosa y funesta. ¡Os lo juro! No hubiera pedido su prolongacion ni á Dios ni al rey; pero si soy bastante desdichada para verme reducida á soportar tan miserablemente mis pesares, hay una cosa que me impedirá murmurar contra mi horrible suerte; que durante el resto de mis tristes dias podré rogar á Dios por vos, hasta el momento que vaya á reunirme con vos.

»Por la suprema y última vez, adios; esperanza y valor, noble y desdichado príncipe; adios... por la última vez... adios...

»MAURICIA DE O.»

*El padre Talon.* (Después de haber leído.) ¡No os parece que en cada palabra se advierte la reserva y que se vé el mayor afecto que quiere á cada instante rasgar el velo que se le impone y que pesa tan dolorosamente á las aspiraciones de esta alma desdichada?

*El padre Bourdaloue.* Es cierto, y afecta sobremanera.

*El padre Talon.* ¡Qué habia de hacer? El rey ha mandado que se le envíe una copia, y la primera le hubiera irritado, no solo contra la señorita Mauricia, sino contra Mr. Rohan; al paso que esta...

En este momento se oye un nuevo ruido, y Mr. de Rohan, pálido, azorado, entra precipitadamente en la habitación.

*Rohan.* ¡Qué sueño tan espantoso! el sueño de Mauricia... ¡un cadalso! ¡ah! ¡es horrible! (Cae en un sillón.)

*El padre Bourdaloue.* (Acercándose). ¡Hijo mio!

*Rohan.* (Saliendo de su estupor mira con espanto.) ¡Qué es eso? ¡Cómo? ¡Qué queréis? ¡Dónde estoy?

*El padre Talon.* Príncipe, tranquilizaos.

Rohan le mira, primero fijamente; despues, echando una mirada á su alrededor, vuelve poco á poco á su estado normal.

—¿Pero no es un sueño ese sueño del cadalso?... ¡es una realidad! sí... esos sacerdotes... esta sala... ¡ah! ¡Dios mio! si es el cadalso... estoy sentenciado. ¡Ah! (con rabia) ¡maldicion! ¡maldicion! ¡estoy sentenciado!

*El padre Talon.* ¡Príncipe, confiad en Dios! tal vez os perdonará... Un arrepentimiento sincero...

*Rohan.* (Furioso.) ¡Y qué me importa el perdón? El del rey es el que yo quiero, y le tendré; me lo ha prometido; ¡un rey no miente con tanta bajeza! ¡Por qué me ha enviado á Louvois? Porque Louvois me ha dado, en nombre del rey, su palabra de caballero de que me perdonaria si decia lo que sabia de esta rebelion. No se puede hacer perecer así á un hombre de mi clase, á un príncipe de la casa de Rohan... Louvois ha dicho bien: mi madre, mi tia, Colbert, todos intercederán por mí, y ya han intercedido, estoy seguro de ello. El rey quiere asustarme primero y perdonarme despues... ¿no es verdad? Sí, padre, tenéis mi perdón! ¡ha querido darme una terrible lección!... Pues bien, sí... me arrepiento... me arrepiento de haber pensado en esta revolucion: si hubiera querido,

le hubiera servido fielmente; ¡le queria tanto! ¡le hubiera sido tan leal! ¿No he olvidado todos sus desprecios para seguirle á Maestrich? ¿No he sido herido en su servicio? Y despues de todo sabe muy bien que ese infame de Latreaumont es el que lo ha hecho todo, el que ha abusado de mi nombre. Si, si, el rey ha querido asustarme; teneis mi perdon; dádmelo; ya veis lo que he sufrido.

*El padre Bourdaloue.* Estas iusiones os hacen perder un tiempo precioso para vuestra salvacion... Principe, no tenemos vuestro perdon; no teneis que esperarle mas que de Dios.

*Rohan.* ¿No teneis mi perdon?... pues me hace falta... es preciso... ó si no mataré al rey... mataré á ese infame Louvois.

*El padre Bourdaloue.* ¡Principe! ¡principe! calmaos, pensad en donde estais... Os habiamos dejado ya tan bien dispuesto para vuestra salvacion...

*Rohan.* No he sido acusado mas que por mi propia declaracion, y le he dado por la promesa de obtener mi perdon. Pero ¡Dios mio! si no hay ninguna prueba contra mí... no se condena á ningun hombre sin mas pruebas que las que él mismo dá; esto seria un asesinato, un asesinato espantoso. ¡Que me dejen echarme á los pies del rey! estoy seguro que le enterneceré... le persuadiré á que me conceda el perdon... porque cuando un hombre se halla á vuestros pies, aunque sea vuestro enemigo, cuando os pide la vida... cuando con una sola palabra podeis darle la vida, ¿quién tendria el horrible valor de no pronunciar esta palabra... ¿no es verdad, padres?

*El padre Talon.* Principe, S. M. ha rehusado veros... se acerca el momento... no teneis que confiar mas que en la misericordia de Dios.

*Rohan.* (Entristecido despues de un largo silencio.) ¡No hay esperanza! ¡Ah! teneis razon, ¡no hay esperanza; el rey es implacable!... ¡Oh! ¡qué feliz

debe ser en este momento!... ya vé su ódio satisfecho... ¡Y mi madre ya está vengada!... el hijo que detesta vá á peccer!... y mi tia y mis amigos... nadie ha intercedido por mí! ¡nadie, Dios mio, nadie! ¡Abandonado de todos! ¡ni un recuerdo!... ¡Morir así tan indiferente y odioso á todos! ¡morir sin que nadie lo sienta! ¡morir sin una voz amiga que me diga: ¡ánimo!

Cae anonadado en un sillón y se oculta la cara con las manos

*El padre Talon.* Si, principe, una voz amiga os dirá: ¡ánimo! una voz amiga se unirá á la nuestra: esta voz es la de la señorita Mauricia, n fin... el rey ha permitido que os escriba, y su carta es esta.

El caballero de Rohan levanta la cabeza y toma con viveza la carta de Mauricia.

A medida que lee se calma su agitacion furiosa, no porque la espresion de la carta de Mauricia obre absolutamente este cambio, sino porque el caballero penetra el sentido de cada palabra; despues de todo, esta carta despierta en él mil recuerdos consoladores. La benéfica influencia de esta jóven tan noble, tan apasionada, se hace de nuevo sentir en aquel ánimo tan versátil como impresionable.

Al despertarse los instintos religiosos que siempre ha tenido, parece que se engrandecen de repente en tan terrible momento, y segun la naturaleza de aquel carácter personal y temeroso se concentran en una especie de creencia que le hace esperar que al morir con arrepentimiento y resignacion podrá salvarse de los castigos eternos.

Despues, como sucede á todas las organizaciones débiles, irritables, eminentemente nerviosas, todas las partes de valor, soberbia, orgullo de raza y nombre que estaban en Rohan sobreescitadas por su espantosa posicion, se exaltan de repente en una febril resolucion, tan enérgica como efímera, pero que debe

sostenerle hasta el momento supremo, porque se acerca la hora fatal.

Sus ojos brillan, sus mejillas se colorean, sus hermosas facciones revelan una determinacion tranquila y fuerte; jamás ha parecido tan hermoso.

Se levanta, besa piadosamente la carta de Mauricia.

El padre Bourdaloue y el padre Talon que le han examinado atentamente, no pueden ocultar su sorpresa por tan repentino cambio.

*Rohan.* ¡Mauricia! ¡Mauricia! ¡Tenias razon! Si yo hubiera seguido tus consejos, tus nobles inspiraciones, estaria ahora tranquilo y dichoso en mi casa de Penchot; ahora tampoco me abandona tu cariño... ¡Oh, tú! la amiga mas apasionada, la mejor y la mas despreciada, tranquilizate. A lo menos mi fin será digno de tí y de mi (con exaltacion.) No sé por qué en esta última hora me parece que penetro todo lo que hasta ahora me habia ocultado una infernal intriga. Si... si, sé feliz, Mauricia... En este momento supremo te creo... En este momento supremo tu sublime pasion se me aparece en todo su esplendor... Yo no sé si la aproximacion de la muerte me dá nuevas facultades; pero abrazo, como con una sola mirada de mi pensamiento, desde las menores hasta las mas inmensas pruebas de tu afecto sin límites.

(Cae de rodillas y cruza las manos.)

¡Dios mio! ¡Dios mio! yo te bendigo por haberme enviado este supremo y último consuelo. Perdóname, Dios mio, si los pensamientos terrenales me han desviado un momento de tu contemplacion. ¡Ahora vuelvo á tí, imploro tu piedad por mi vida detestable, y sufriré con reconocimiento y humildad todo lo que tu voluntad me envíe.

Los padres Bourdaloue y Talon, enternecidos, se acercan al príncipe, y le aprietan en sus brazos.

*El padre Bourdaloue.* ¡Animo, ánimo, noble príncipe! Dios os oye.

*El padre Talon.* El escuchará vuestras súplicas.

*Rohan.* Padre, direis al rey que muero como súbdito fiel y arrepentido; feliz, porque mi crimen no ha sido mas que imaginado; feliz, muy feliz sobre todo, por no haber escitado la guerra civil en mi país y no haber entregado la Francia al extranjero...

*El padre Bourdaloue.* Sí, hijo mio, sí, príncipe, el rey lo sabrá todo.

*Rohan.* Decid á mi madre que en los dos meses que he estado en prision... en este momento terrible hubiera agradecido, profundamente agradecido una sola señal de afecto y de perdon; pero que muero sin quejarme, conociendo que mis faltas para con ella son mucho mayores que el castigo que se me impone. La direis que la suplico que escuche mi sola y última petición; que no me olvide en sus oraciones diarias.. porque Dios escuchará los votos de una madre que pide á Dios por su hijo.

*El padre Talon.* (Cosmovido.) Príncipe, veré á vuestra madre... lo sabrá todo, no lo dudeis... ¡rogará por su hijo!

*Rohan.* (Enternecido.) En fin, padres, direis á Mauricia que he seguido sus nobles consejos; que, gracias á vosotros, padres, me he moderado en mis arrebatos... que confío en la infinita misericordia de Dios; y despues, cuando me hayais visto morir, como moriré (con valor), asegurareis á Mauricia que he muerto como Rohan...

Pero perdonadme, padre, este orgulloso pensamiento... La última súplica... Deseo que no me quiten esta carta... que la dejen... sobre mi corazón... ¿me lo prometéis?

*El padre Talon.* (Enjugando sus lágrimas.) Si... si, príncipe, se hará como decís.

*Rohan.* Y que un rizo de mis cabellos se entregue á mi madre... si se digna aceptarlo, y otro á Mauricia: ¿lo prometéis, padres?

*El padre Talon.* Sí, hijo mio.

*Rohan.* (Con firmeza.) Ahora que he acabado con la vida, me dedicaré todo á vos, ¡Dios mio! Padre, escuchad mi última confesion.

Se arrodilla á los pies del padre Bourdaloue. El padre Talon se retira á otra pieza.

Dan las dos: entran Mr. Besemaux, exentos y un hombre vestido de encarnado que lleva unas cuerdas.

Mr. de Rohan palidece y se estremece un momento pero bien pronto se repone.

*Rohan.* ¿Quién es ese hombre?

*Besemaux.* (Dudando.) Príncipe...

*Rohan.* (Al hombre vestido de encarnado.) ¿Eres tú el que... (Señala con la mano.)

*El hombre.* Sí, monseñor.

*Rohan.* ¿Podrás echarme abajo la cabeza de un solo golpe... y sin quitarme la casaca?

*El hombre.* Procuraré hacerlo así, monseñor.

*Rohan.* ¿Hay que atarme? ¿Traes esas cuerdas con ese objeto?

*El hombre.* Sí, monseñor... pero puedo atar á monseñor con las cintas de su corbata.

*Rohan.* No, amigo mio... Nuestro Señor Jesucristo fué atado con cuerdas... Yo, miserable pecador, quiero ser atado como él con cuerdas .. Vamos, átame (estiendo las manos). Solo que quisiera tener un crucifijo en la mano.

El verdugo ata las manos á Rohan con una cuerda y el padre Bourdaloue le dá un crucifijo.

*Rohan.* (Al verdugo.) Nadie mejor que tú sabrá á qué hora... es esto: ¿cuanto me queda de vida?

*El hombre.* Una media hora, monseñor.

*Rohan.* Bueno .. Todavía tengo tiempo de reconciliarme y hablar con vosotros.

El verdugo, Besemaux y el exento salen; Rohan se arrodilla de nuevo á los pies del padro Bourdaloue.

---

## LA MARQUESA DE VILARS.

---

Una habitacion de la Bastilla. Luisa, vestida de negro, está extraordinariamente pálida. Sus hermosos cabellos rubios han sido cortados por el hombre vestido de encarnado, que tambien la ha atado las manos. Luisa está sentada con las manos puestas sobre las rodillas. Cerca de ella Mr. Sarrau su tio, que por la proteccion de Mr. Rouvigny ha obtenido el permiso de verla una hora antes de su muerte. La fisonomía de la marquesa es tranquila y resuelta; pero en este momento tiene el sello de profunda tristeza, porque se halla bajo el imperio de un remordimiento desgarrador.

*Luisa.* (Con angustia.) ¡Es espantoso!... Sin este horrible pensamiento, moriria feliz, porque moria con Augusto.

*Sarrau.* ¿Pero no tienen vuestros hijos en mí un apoyo cierto?

*Luisa.* Si... ¡pero les he desheredado! porque entregada á mi amor por Augusto... no habia pensado

en esa odiosa confiscacion, que enriquece al rey con los despojos de los que su tribunal ha condenado, y que deja á mis desdichados hijos sin pan y sin asilo.

*Sarrau.* Pero Luisa, ¿no quedo yo? No os deses-  
pereis. Es muy amigo Rouvigny; y tal vez por su me-  
diacion se puede esperar que no se confisquen todos  
los bienes.

*Luisa.* (Con una espresion desgarradora.) Pero yo  
no lo sé, y muero con una cruel incertidumbre acerca  
de la suerte de mis hijos. ¡Y si os pierden! ¡si pier-  
den á mi tia! vuestra modesta fortuna tiene que ser  
para vuestro hijo; y mi pobre hija, y mi Gabriel!  
¡dejarlos sin bienes! ¡qué idea tan espantosa, Dios  
mio! Sí, este es mi verdadero crimen; yo no los debia  
haber sacrificado á mi amor por Augusto; es horrible;  
pero ya es demasiado tarde... Pero si yo lo hubiera  
sabido, en lugar de confesarlo todo, hubiera negado,  
hubiera empleado todos los medios posibles para que  
me absolvieran; en vez de querer morir con Augusto,  
hubiera implorado la piedad de mis jueces para que  
me absolvieran; hubiera descendido hasta la bajeza,  
hasta toda la infamia de la mentira, para salvar la  
fortuna de mis hijos. Pero ¡ay, Dios! sin abogado, sin  
consejo, entregada á mí misma, ¿qué sabia yo de con-  
fiscaciones?

*Sarrau.* Luisa, Dios tomará en cuenta la pureza  
de vuestra vida. Desecha tan terribles pensamientos.

*Luisa.* (Hablando consigo misma con los ojos fijos.)  
Este pensamiento es tanto mas espantoso, cuanto que  
mi muerte me parece vergonzosamente egoista; parece  
que me quiero amparar despues de haber hecho el  
mal... conociendo que no puedo repararle. ¡Ah! sin  
esto, sin este terrible remordimiento, ¿qué habia de  
temer? Hubiera sufrido mi suerte con firmeza; porque  
no era nada mas que morir con él. (Una pausa.) ¡Qué  
extraño es esto! ¡El 27 de Noviembre, la época en que  
fijó Mr. Vilars mi enlace con Augusto!... mi enlace...

Este vá á ser nuestro enlace... ¡Inconcebible destino, ¡terribles desposorios! Hace dos meses que no veo á Augusto; voy á verle por primera vez al pié del caldoso. ¡Qué fin para tantas ilusiones, para tantas esperanzas de felicidad!... ¡Fatalidad! ¡fatalidad! (Queda un momento callada, derrama lágrimas silenciosas; de repente esclama con acento desgarrador.) ¡Pero me está permitido acaso pensar en mis miserias?... ¡y mis hijos! ¡mis hijos! qué voy á responder á Dios cuando me pregunte: Mujer, ¿qué has hecho de su porvenir? ¡Ah, dejarlos así!

*Sarrau.* ¿Y no tienes en cuenta la esperanza de verlos algun dia? ¿Qué es este paso tan rápido de la vida para llegar á la eternidad? Un segundo comparando á la duracion de los siglos. Pues bien: se verán privados de los bienes de la tierra, pero les espera el cielo. Sí, Luisa, porque si siendo yo pobre no puedo darles los bienes que les arrebatan, creo en sus buenas inclinaciones y que les daré los tesoros del alma, con cuyo auxilio encontrarán á su madre en medio de los elegidos.

*Luisa.* (Moviendo tristemente la cabeza.) ¡Ay, Dios! En esta hora terrible ya conozco lo que debia haber hecho; haberos hecho donacion ó venta de mis bienes, y entonces podia haber tomado parte en el complot. Pero ya es tarde. Decidme: ¿me perdonará Dios?

*Sarrau.* ¡Si te perdonará, noble criatura! Pues qué, ¿no vé que tu vida ha sido santa y virtuosa? En este momento, en esta hora fatal te vé resignada, en vez de estar abatida por el terror de una muerte que se aproxima de minuto en minuto, y vé que no tienes mas que un solo pensamiento, fijo y devorador que absorbe todos los demás: ¡la suerte de vuestros hijos! Y este es un noble arrepentimiento que no dejará de tomarse en cuenta. Anda, valerosa mujer, confia en que tu vida ejemplar contribuirá á que se perdona una

falta; espera en la eternidad á donde nos reuniremos todos.

*Luisa.* Es mi único consuelo. Confiaré en la Omnipotente misericordia de Dios... Porque si el arrepentimiento mas profundo, el mas amargo, el mas doloroso, sirve de algo .. me arrepiento y terriblemente. (Largo silencio.) Luisa enjuga sus lágrimas y coge con sus manos atadas la mano de Sarrau, y añade con acento desgarrador: En fin, amigo mio... os confio esos pobres niños; amadlos como habeis amado á su madre. Decidse lo todo... contadles la vida de su madre; aprenderán algunas cosas buenas y sobre todo una terrible leccion. Habladles de Augusto, si; decidles cuán noble, virtuoso y bueno era; decidse lo á fin de que puedan comprender que al amarle he podido olvidarles un instante; decidles los espantosos remordimientos de su pobre madre; pero sobre todo, que no maldigan á Augusto, porque no ha tenido la culpa. El desdichado ha sido impulsado por espantosas circunstancias; queria aislarse, huir de mí, en vez de unirme á la fatalidad de su suerte, y yo sola fui la que quise tomar parte en el complot. Decidles todo esto, ¿si? rogadles en nombre de su madre que no maldigan á Augusto; recordadles lo mucho que le amaba; aseguradles que hubiera sido para ellos el mas tierno de los padres, el mejor de los amigos; decidles que me perdonen, á mí que soy la causa de su desdicha; decidles que este horrible pensamiento ha hecho que sean espantosos los últimos momentos de su madre, y que si no fuera por este motivo moriria con confianza y serenidad.

*Sarrau.* Créeme, les contaré todo, y os bendecirán y no maldecirán á Augusto. Si su odio debe recaer sobre alguno, que caiga sobre los verdaderos autores de tan espantosos males; que caiga sobre vuestros verdugos. ¿Acaso sois culpable? ¿Es culpable Augusto? El motivo que os ha impulsado á tomar parte en ese complot imaginario, ¿no os hubiera hecho absolver por

cualquiera otro que no fuera un tribunal de tigres? ¡Desdichados! ¡Condenar sin piedad! ¡sin permitir que los reos se defiendan! ¡Vergüenza, vergüenza eterna á los jueces! ¡vergüenza eterna al príncipe que deja de usar del mas hermoso derecho de su corona, y permite que se consuma el mas espantoso sacrificio, que ruede en un cadalso la cabeza de una mujer que, por la pasion mas santa, ha tenido participacion en los vanos deseos de una revolucion imposible!!!

En este momento dan las dos y media; es la hora del suplicio. Se abre la puerta; aparece el escribano.

*El escribano.* (Conmovido.) Señora marquesa, ya es hora...

*Luisa.* (Echándose en los brazos de Sarrau, en voz baja.) Que me perdonen mis hijos, y no maldigan á Augusto. (Volviéndose al escribano.) Estoy á vuestras órdenes, caballero.

---

## CAPÍTULO XXIX.

---

### La ejecucion.

#### Paso á la justicia del rey.

Un testigo ocular de esta sangrienta escena hace en esta carta escrita desde una de las ventanas de la Bastilla la siguiente relacion (1).

No se ha querido variar nada, porque es estremadamente sencilla, y en cuanto á los hechos generales está absolutamente conforme con el despacho de Rey-nic, de que hacemos mencion mas abajo, excepto en algunos detalles confirmados en otra parte, y omitidos en la relacion del procurador general.

«La guardia francesa se habia apoderado desde las siete de la mañana de todas las avenidas, donde se

---

(1) Nota de Clerambaut. Manusc. Bibl. Real.

tendieron las cadenas; los mosqueteros blancos y negros los sostenian por brigadas, á saber: en la puerta de San Antonio, en la entrada de la calle de Tournelles, frente al hotel du Maine, y hácia la calle que vá á la Plaza Real. La plaza que está delante de la puerta de la Bastilla estaba rodeada de dos filas de guardias francesas, y detrás una fila de mosqueteros, á las órdenes del duque de Tenillade y de Mr. Jorbin. En medio de la plaza, donde no habia nadie, porque el pueblo se apretaba contra las paredes, habia una horca y tres cadalsos; el mas próximo á los Santos Mártires para Rohan, el de frente de la puerta de la Bastilla para el caballero de Preaux, y el que estaba frente al primero para la marquesa de Vilars, haciendo todos tres un triángulo, y casi en medio la horca del maestro de escuela Van-den-Enden.

A las dos y media salió Mr. Rohan de la Bastilla á pié, porque pidió, lo mismo que de Preaux, no ser conducido en la carreta, que les seguia con los otros dos, la mujer y el maestro de escuela. Apareció Mr. Rohan sin sombrero, con las manos atadas, llevando un crucifijo, el padre Talon á su derecha, y el padre Bourdaloue á su izquierda. Jamás habia tenido tan buena presencia, aunque parecia un poco abatido. Se volvió, y mirando por dos veces á su alrededor, vió cerca de sí al señor de Saindoy y otros oficiales á quienes saludó; despues echó á andar y se detuvo luego cuando llegó la carreta que se detuvo entre él y de Preau. El verdugo subió primero para oír la sentencia que le leyó el escribano.

Entre tanto los jesuitas, abrazando á su vez á Mr. Rohan, le exhortaban; leida la sentencia, se llegaron cerca del cadalso.

Los criados del verdugo quisieron ayudarle á subir; pero volviéndose les dijo:

—Dejadme, que puedo subir solo.

En efecto, á pesar de que tenia las manos atadas,

no permitió que le ayudaran, y subió al cadalso, donde se puso de rodillas, estando constantemente á su lado los padres: en seguida besó el crucifijo.

El verdugo se acercó y le bajó la valona. Entonces se conmovió un poco, aunque habia pasado revista á tan terrible aparato; sin embargo, se sostuvo con firmeza y resignacion, y puede decirse que murió sin debilidad, sin ostentacion y como verdadero cristiano. Le cortaron el cabello y le descubrieron un poco la espalda.

En este momento el padre Talon le tapó con su capa para evitarle la confusion y resguardarle un poco del frio. Le vendaron los ojos, se encomendó á Dios: bajó el padre Bourdaloue, el padre Talon se separó un poco y acercándose á él el ejecutor le cortó la cabeza de un solo golpe; rodó hasta el borde del cadalso y el padre Talon echó su capa sobre el cuerpo y se bajó: á poco rato le volvieron su capa.

Despues se ejecutó al caballero de Preaux, que no hizo ningun movimiento; murió con valor mirando á la señora de Vilars, porque no quiso que le vendaran los ojos; su cabeza cayó al suelo y la volvieron á echar en el cadalso.

Despues fué ejecutada la marquesa que subió atrevidamente al cadalso, se puso de rodillas cantando el *Salve Regina*, besó por tres veces el tajo, y sin sufrir que la tocara el verdugo se quitó ella misma su cofia, y despues sufrió con valor y noblemente su destino: su cabeza cayó al suelo.

En seguida subieron á la horca al maestro de escuela, porque el tormento le habia quitado el uso de las piernas, le ahorcaron los criados del verdugo.

Me olvidaba decir que durante la ejecucion del caballero de Preaux, salieron seis soldados de la Bastilla y se llevaron el cuerpo y la cabeza de Mr. Rohan á la Bastilla; el cuerpo de la señora de Vilars fué en-

vuelto en un paño y le llevaron por la calle de Tournelles, donde le pusieron en una carroza.

El del caballero de Preaux le echaron en la carreta despues de haberle desnudado públicamente, y le echaron encima todas las tablas de los cadalsos; luego el cuerpo de Van-den-Enden, y por último la horca.

Así acabó este triste espectáculo á las tres y media.»

---

## CONCLUSION,

---

Una hora despues de la ejecucion de Mr. Rohan y sus cómplices, un correo que llegaba á toda brida al castillo de San German, entregaba un pliego para el rey.

Luis XIV que habia preguntado varias veces con impaciencia si habia llegado aquel correo, recibió este despacho con la mas viva satisfaccion, y leyó atentamente una larga carta de Mr. Reynie, y en seguida fué al cuarto de madama Montespan, á la que encontró triste y pensativa.

—Señora, leed esta carta, dijo el rey.

Y despues añadió con una espresion de ódio, alegría y cruel ironía:

—Que este dia no sea de felicidad para mi solo...

Mad. Montespan fijó la vista en la carta.

Era un despacho de Mr. de la Reynie, que anunciaba al rey la muerte de Mr. Rohan...

Es inútil decir que el rey hacia una sangrienta

alusion á las palabras, en otro tiempo amorosamente dichas á Mad. Montespan por Mr. Rohan y tan imprudentemente referidas hacia cinco años en la conversacion de las camaristas, conversacion que exasperó tan furiosamente á Luis XIV contra el montero mayor de Francia...

No se sabe nada de la suerte de Mr. Saint-Marcy.

Clara Maria llegó á ser una de las mas influyentes profetisas de Cevennes.

Gabriel de Endreville, hijo de Mad. Vilars, tomó parte en la insurreccion de los montañeses protestantes.

Despues de tantos horrores, y comparando aquellos tiempos con los presentes, viene á la imaginacion un pensamiento consolador, y es que los hombres y las cosas han marchado progresivamente, y que son ya absolutamente imposibles tan *gran rey* y tan *gran siglo*.

FIN DE LATREAUMONT.



